

REBECCA RUGER



SÓLO LOS VALIENTES

LEJOS DE CASA: UN ROMANCE ESCOCÉS
DE VIAJE EN EL TIEMPO, LIBRO 5

SÓLO LOS VALIENTES

Lejos de casa: Un romance escocés de
viaje en el tiempo

Libro 5

Rebecca Ruger

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO UNO

Megan West salió del Lodge of the Loch con pasos torpes y poco gráciles, enclavado entre el reluciente lago y las montañas que se alzaban más allá. Munros, llamaban a esas montañas aquí, o al menos a algunas de ellas. Había perdido quince minutos de su vida, que nunca recuperaría, escuchando ayer, en el autobús turístico, a aquella mujer hablar sin parar sobre Munros, Donalds y Corbetts, y cómo aquí se clasificaban las colinas según su altura.

—Yo vine por las ruinas románticas de castillos y con una vaga esperanza de encontrarme con un rudo granjero de ovejas de las Tierras Altas que quiera una linda esposa americana —le había dicho Megan con ironía a la autoproclamada *fanática de las cumbres*—. Solo compré un billete de ida.

Aunque la mujer también era estadounidense, no había captado el sarcasmo intencionado de Megan, con el que esperaba mostrar su total desinterés en el tema, pero que la otra eligió ignorar porque lo sabía todo y le encantaba escucharse hablar.

Frente a la posada encalada, en otro tiempo un pabellón de caza construido hacía casi dos siglos, Megan se dirigió al arcoíris de bicicletas alineadas lo más ordenadamente posible en un portabicicletas de metal, disponibles de forma gratuita para los huéspedes. Eligió la azul playera en lugar de la lavanda pálida, la verde menta o la color salmón, y luchó por sacarla de entre las demás, encajonadas tan juntas que los manillares estaban enredados unos con otros.

Con un gesto impaciente de sus labios, al fin la arrancó de allí y se subió, pedaleando lejos del pintoresco hotel. Recordó a la mujer de unos sesenta años en la recepción, Janet McLaren, advirtiéndole:

—Tenga cuidado con los bordes irregulares del camino. Y fíjese, ¿sí?, en los autobuses que circulan por la calzada.

Ella tenía una bicicleta propia en casa, casi idéntica a esta. La suya era, recordaba con precisión, de color *turquesa océano*, y la habían anunciado como una bicicleta playera de una sola velocidad. Aquello la había intrigado. Además del bonito color, había decidido que *playera* sonaba decididamente relajado y que esa era la bicicleta para ella. No tenía intención de "*conquistar*" nada con ella, solo quería un medio de transporte barato y de bajo mantenimiento para moverse por su ciudad natal, Des Plaines, Illinois, justo al norte de Chicago, cuna del primer restaurante McDonald's. Sobre todo, la bici era utilitaria: no tenía coche y la usaba para ir y volver del trabajo nueve meses al año, aunque también disfrutaba de paseos más pintorescos en sus días libres, a menudo por la senda del río Des Plaines, que atravesaba un bosque de robles y nogales junto al serpenteante río homónimo.

Megan apenas había salido del estacionamiento y ya resoplaba, aunque podía culpar parte de ello a la pura frustración.

Su primer viaje al extranjero estaba resultando, hasta ahora, en una decepción y molestia tras otra. Y solo era el Día Tres. El Día Uno había comenzado con su equipaje llegando al aeropuerto de Dublín, ¡ni siquiera al mismo país! Le habían dicho, con mucha amabilidad, pero poca compasión, que tendría suerte si veía alguna de sus cosas durante las dos semanas de estancia. Una hora más tarde, en la oficina de alquiler de coches, el empleado pasó diez minutos explicando el contrato antes de levantar las cejas, alzar las llaves y preguntar cuál de las dos, Megan o su compañera de viaje, Jasmine, conduciría el coche con transmisión manual, recordándoles que en el Reino Unido todo era al revés: marchas, pedales y el lado de la carretera. Tras intercambiar una mirada estupefacta con Jasmine, cuyo único trabajo había sido reservar el coche, pidieron uno automático. Costaban más del doble, pero daba igual; no tenían ninguno disponible.

El Día Dos las había visto en el autobús, con la *fanática de las cumbres*, en medio de una tormenta oceánica tan salvaje que no se podía ver nada por las ventanas bajo el azote de la lluvia. Hasta

ahí lo de ver las majestuosas vistas. Salir del autobús e intentar llegar al albergue junto al Loch Duich, en Dornie, las había empapado hasta los huesos. La fabulosa cena en el restaurante del hotel las había reconfortado un poco y había devuelto a Megan la esperanza en el resto del viaje.

El Día Tres, hoy, la veía huyendo en bicicleta del hostel, necesitando un respiro de cada uno de los cinco mil cuatrocientos treinta y nueve hábitos y manías irritantes de Jasmine, que podían acabar en asesinato en las Tierras Altas.

Megan apretó los dientes, preguntándose cómo no había visto antes el verdadero carácter de Jasmine, lo molesta que podía ser. Trabajaban juntas desde hacía dos años, desde que se conocieron en la orientación en urgencias, su primer empleo tras salir de la escuela de enfermería y aprobar el examen NCLEX para obtener la licencia de enfermeras registradas.

Megan se había acercado a Jasmine no por el pelo rojo ardiente ni por los múltiples tatuajes, aunque ambos la habían intrigado, sino por su nombre: Jasmine Lane. En su primer descanso, Megan la buscó, se presentó y bromeó con que tenía un nombre perfecto de stripper, por si lo de enfermera no funcionaba.

Apenas unas semanas más joven que Megan, que tenía veinticuatro, Jasmine la miró seria y le informó que sí se había desnudado para pagar la universidad, pero que su nombre era auténtico, no inventado para ese trabajo. Megan se disculpó de inmediato, y Jasmine le restó importancia, sin ofenderse. Ese incómodo comienzo no fue impedimento: congeniaron al instante, forjando una gran relación laboral y lo que Megan creyó una amistad sólida.

“Encajaba perfecto en el papel”, pensaba Megan ahora, pedaleando furiosa por la carretera asfaltada. Jasmine se reía de todos sus chistes, era trabajadora, dispuesta a hacer horas extra cuando era necesario, el hospital siempre estaba corto de personal, y se preocupaba genuinamente por sus pacientes. Jamás, ni en el trabajo ni en las decenas de veces que habían salido de copas, había mostrado rastro de ser amante del drama, o de que prefiriera quejarse, refunfuñar o lamentarse antes que encontrar algo positivo.

Encajaba perfecto en el papel era la forma en que Megan describía su certeza de que Jasmine sería una gran compañera de viaje. En la realidad, aquí y ahora en Escocia, Jasmine pasaba más tiempo quejándose del equipaje perdido de Megan que la propia Megan. Tras el fiasco del coche, desde entonces se movían en Uber y taxis, sin suerte con los automáticos en ninguna empresa, Jasmine había pasado el viaje con los brazos cruzados, el bolso apretado contra el pecho, quejándose sin parar de que la web debía haber dejado claro que los coches de alquiler eran, por defecto, manuales.

Después de un rato, Megan solo pudo quedarse boquiabierta, como si estuviera viendo a Jasmine por primera vez. Ella no quería lloriquear por lo que había salido mal; quería aprovechar los días allí. La mierda pasa. Había que seguir adelante.

Pero hoy, Jasmine estaba discutiendo por teléfono con su novio y se negaba a salir del hotel, donde la señal de wifi era buena, por miedo a perder su próxima llamada, en la que, estaba segura, él se disculparía.

Megan estaba pasmada. *¿En serio?*

—Sí, en serio —le había respondido Jasmine, cuando Megan le planteó esa misma pregunta media hora antes—. Él sabe que está equivocado. Y va a llamar. No saldré de esta habitación hasta que lo haga. —Se echó el largo cabello liso hacia atrás con un gesto triunfante, claramente satisfecho antes de tiempo—. Quiero escucharlo suplicar.

Megan no sabía si quería estrangular a Kyle, el Dr. Kyle O'Donnell, el novio intermitente y frecuente sparring verbal de Jasmine, o si quería rodear con sus manos el cuello de la propia Jasmine, que parecía empeñada en irritarla aún más.

"Relájate", se dijo. Aún quedaban diez días. Técnicamente, no necesitaba a Jasmine para disfrutar de sus vacaciones. Habiéndose criado huérfana, saltando de una familia de acogida a otra durante once años, estaba acostumbrada a la soledad, a sobrevivir por sí misma y a buscarse su propia diversión.

Perdida en sus pensamientos, Megan fue menos cuidadosa con el terreno, desviándose un poco del asfalto hacia la grava y el

barro dejado por las tormentas. Se tambaleó, hizo una mueca, pero recuperó el equilibrio a tiempo y regresó al pavimento negro y liso.

La bicicleta era similar en estilo a la suya de casa, pero esta, pese a la posibilidad de que no fuera retro sino verdaderamente vintage, era más robusta. Aun así, la carretera cerca de la posada era una pendiente interminable y sinuosa, siempre cuesta arriba. Aunque al mirar por encima del hombro todavía veía el hotel, lejano pero a la vista, lo que significaba que no había llegado tan lejos, sus piernas ya le dolían, y estuvo tentada de dar la vuelta.

Pero entonces se detuvo a mirar de verdad el paisaje. Se lamentó de haber pedaleado junto al lago durante al menos un kilómetro sin dedicar un segundo a contemplar la vista. Ahora se detuvo, plantó los pies en el suelo, se apoyó contra el muro de piedra al borde del camino y dejó caer los hombros, sobrecogida. Incluso bajo un cielo nublado, el agua del lago centelleaba y brillaba. Más allá, como en todas direcciones, se alzaban más montañas, quizá muros, cubiertas del verde intenso del verano. La magnitud y el número de montañas alrededor la hicieron sentirse diminuta e insignificante, pero la belleza no pasó desapercibida.

Ella siguió adelante y, cuando el camino giró a la derecha alrededor del lago, Megan dobló a la izquierda, hacia lo que parecía ser el sendero para bicicletas, del que también había hablado la posadera. Este serpenteaba aún cuesta arriba, pero la pendiente era lo bastante gradual y el camino lo bastante liso como para que ella continuara. Pasó junto a un par de caminantes y a una pareja en bicicleta que venía en dirección contraria, a quienes saludó con un gesto, suponiendo que las bicicletas de colores pastel que llevaban indicaban que se alojaban en la misma posada.

El sendero pronto se niveló y luego descendió lentamente, dando un respiro a sus piernas. Al minuto siguiente, pasó junto a un grupo de jinetes, bastante segura de que también eran turistas, a juzgar por su atuendo nada ecuestre, zapatillas deportivas y botas de moda en lugar de botas de montar, y por la expresión de terror congelado en el rostro de una mujer de mediana edad que se aferraba con los nudillos blancos a las riendas. El sendero era particularmente estrecho en ese tramo y Megan pasó despacio y en

silencio, sin querer incitar a los caballos a igualar el ritmo de su velocidad relativamente mayor.

Acostumbrada a recorrer largas distancias en bicicleta y tan encantada con las zonas boscosas como con los tramos abiertos del sendero y su sobrecogedora belleza mientras se retorció entre los valles, Megan pedaleó durante un buen rato. Incluso cuando se topó con pavimento y lo siguió por algunas millas más, las vistas eran espléndidas mirase adonde mirase. El terreno y el paisaje la llenaban de energía, y no le apetecía renunciar a esa paz para regresar a la posada y a la rabieta de Jasmine. Estaba en medio de la nada, en un país extranjero, sin un alma alrededor en millas, y aun así se sentía curiosamente segura. En su entorno habitual, tan cerca de la criminalidad de Chicago, Megan pasaba mucho tiempo en su bicicleta mirando por encima del hombro. Por si acaso.

Incluso cuando oyó un crujido leve en el aire, como un trueno agudo, seguido de un destello extraño de relámpago, extraño porque parecía una bola y no una chispa, no se preocupó. Estaba fascinada.

Y entonces coronó una pequeña subida, descendió por el estrecho camino y divisó las ruinas de un antiguo broch más adelante, sobre las que había leído en uno de los numerosos folletos que había recogido durante sus días de viaje. Decidió que debía de ser Dun Troddan o Dun Telve.

Estaba situado al norte de la carretera, a media ladera, una gran ruina gris, con algunas piedras cubiertas de musgo verde, la parte trasera más intacta que la delantera, y sin techo en ninguna de sus secciones. Era notable contra el telón de nubes grises ondulantes. En la ladera delantera, justo detrás de una improvisada cerca de alambre, las ovejas yacían esparcidas por la hierba.

Megan frenó justo ante la puerta de madera, cerrada y trabada solo con un gran gancho metálico, y se preguntó si aquel sendero desgastado en la hierba dentro del portón sugería que la gente solía, o podía, recorrerlo por su cuenta. Un cartel en la puerta identificaba la ruina como Dun Troddan, un sitio histórico, pero no había advertencia alguna de "prohibido el paso".

Al sur de la carretera, justo enfrente y a pocos metros de la vía, se alzaba una construcción alargada de piedra antigua con un techo metálico más reciente. Parecía un establo, quizás para esas ovejas, pero no vio ninguna casa ni persona cerca a quien preguntar si podía subir hasta el broch.

Tras asegurarse una vez más de que no había nadie a quien pedir permiso, Megan abrió la puerta y empujó la bicicleta hacia adentro, cerrándola tras de sí para que no se escapara ninguna oveja por su culpa. Les echó una última mirada a aquellos animales dóciles, notando que, aunque parecían estar tranquilamente echados, todos eran ovejas, no hombres, miraban fijamente hacia las ruinas circulares de piedra.

Descartando esto como curioso, pero no alarmante, empujó su bicicleta por el angosto sendero hasta dejarla a un lado, cerca de la parte delantera de las ruinas. La hierba estaba alta allí y alrededor del frente, donde quedaba menos de la mitad del muro. Megan rodeó la parte trasera, junto a la pared de dos pisos más vieja pero mejor conservada. Allí pudo acercarse más a los restos y levantó la mano para rozar la piedra con los dedos, imaginando las manos que podrían haberla construido hacía quizá dos mil años, si los arqueólogos estaban en lo cierto.

—¿Holly?

Megan jadeó, girándose bruscamente al oír la voz profunda, claramente masculina y angustiada. No vio más que hierba, arbustos bajos y las ovejas desperdigadas en la colina.

—¿Dónde estás, lass? —se escuchó después, la voz más fuerte, quizá un poco enojada—. ¡Holly!

Suponiendo que aquella voz torturada pertenecía a un padre buscando a su hija perdida, Megan rodeó rápido la antigua construcción, buscando a su dueño.

Donde el muro era más bajo, más dañado por el tiempo y tal vez por otros factores, Megan se inclinó sobre él, apoyando el pecho en la piedra. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a un hombre enorme sentado dentro de la casa circular.

Era... inesperado, ciertamente, por la ropa que llevaba y por parecer un poco aturdido, sentado en el suelo dentro de las ruinas.

Llevaba una camisa color gamuza que parecía de lino, suelta sobre unos hombros anchos. Era sencilla, de líneas rectas y con una pequeña abertura en forma de "V" en el cuello. Una tela a cuadros le cubría un hombro y cruzaba su amplio pecho, sus extremos estaban atrapados por un grueso cinturón de cuero marrón. Su cuello era fuerte y grueso, la carne y los tendones se movían mientras inclinaba la cabeza de un lado a otro, como probando su propio estado o equilibrio. Tenía abundante cabello castaño oscuro, un poco largo, que le caía en rizados sobre las orejas y la nuca.

Sacudió la cabeza, agitando el pelo, e intentó levantarse.

El proceso resultaba casi doloroso de ver, sus esfuerzos eran lentos y descoordinados. Después de trabajar más de dos años en la sala de urgencias de Des Plaines, Megan había visto de todo, desde ebrios hasta personas bajo efecto de drogas, pero esto... esto era distinto. No estaba flojo, sino rígido, cada movimiento hecho con una rigidez extrema que resultaba tan desconcertante como preocupante.

—¿Señor? —llamó con cautela, preguntándose si había estado allí desde que ella llegó al portón al pie de la colina. En realidad, parecía recién despertado, como si estuviera aturdido y tratando de ubicarse. Pero otra vez, estaba tan tenso, como si forzara a cada miembro a obedecerle.

Al oír su voz, él giró la cabeza bruscamente, aunque incluso ese movimiento parecía torpe, como si le costara por el mareo. Sus ojos se enfocaron a unos tres metros a la izquierda de ella, con la mirada desviada. Extendió los brazos con el giro y Megan vio las venas marcadas en su muñeca, la manga subida hasta el antebrazo grueso. Su mano estaba cerrada en un puño.

Megan divisó un sector más derruido del broch, por donde él podría haber entrado. ¿Sería un vagabundo? ¿Un hombre sin hogar durmiendo allí, recién despertado, quizá molesto por su llegada? Retrocedió del muro y caminó hacia la abertura, diciendo otra vez:

—¿Señor?

Él volvió a girarse, el ceño fruncido y arrugado con dramatismo.

—¡Detente! —ordenó, con tono cortante y voz profunda que hizo a Megan detenerse en seco—. Muéstrate.

Ahora estaba justo frente a él, a no más de seis metros de distancia. Parecía mirarla directamente, pero no la veía. ¿Era ciego? ¿Literalmente ciego?

—¡Sigue tu camino! —dijo entonces, levantando la mano en un gesto amenazante.

Daba miedo, pero parte de eso era su tamaño, tan alto y musculoso, con grandes brazos y muslos. Y, aun así, Megan estaba más sorprendida por su aspecto en general que aterrada por su imponente físico y extraña vestimenta, jamás había conocido a un hombre, fuera de un disfraz, que metiera los pantalones en botas hasta la pantorrilla. Si esto fuera un siglo mucho más antiguo, y con el mar tan cerca, podría haberlo tomado por un pirata. Ropa extraña aparte, quizá era el hombre más rústicamente atractivo que había visto en su vida. Cabello alborotado, mejillas con barba incipiente dorada, un destello de dientes blancos al mostrar el gesto severo que lo dominaba, todo enmarcando unos labios generosos y una mandíbula de granito cincelado. Los ojos que brillaban, sin verla realmente, eran de un verde notable, extraordinario incluso en este entorno lleno de verde, aunque entornados con fiereza por lo que lo perturbaba en ese momento. Era tan... varonil, tan absolutamente masculino.

—Señor, ¿está bien? ¿Debería llamar... una ambulancia? ¿Es nueve-uno-uno aquí, como en Estados Unidos?

Seguramente Escocia tendría su propio número de emergencias.

La pregunta pareció enfurecerlo. Su expresión se ensombreció y cayó, cayó de espaldas al suelo, apenas doblando las rodillas. Medio segundo después, mientras Megan lo observaba boquiabierta, se desplomó sobre su espalda.

Entonces notó por primera vez lo que golpeó el suelo a su lado, lo que él había levantado hacia ella y que ella no había registrado, demasiado absorta en su asombrosamente guapo rostro: una espada.

¿Una espada?

Él gimió.

—Oh, rayos, ¿está bien? —preguntó ella, con su voz ahora cargada de ansiedad, su extraño comportamiento empezaba a alarmarla de verdad. Pero, en serio—. ¡Ay! ¿Por qué... por qué lleva una espada?

—¡Detente! —exigió por segunda vez—. Dame un maldito minuto, ¿quieres?

Los ojos de Megan se agrandaron otra vez, y su estómago dio un vuelco, muy inoportuno, muy inapropiado, al escuchar su voz. Si el terciopelo se mezclara con el whisky y su hijo hablara con un marcado acento escocés, sonaría como aquel hombre. Vaya.

Él no se movió en todo un minuto. Megan se mordió el labio inferior y, con cautela, entró en el broch, saltando hacia el interior hundido donde él yacía. Se acercó despacio. A pesar de su letargo, había en él una vitalidad que la prevenía de que podía lanzarse sobre ella sin previo aviso ni provocación. Avanzó lentamente y luego se agachó para agarrar la empuñadura de su espada, alejándola de su alcance en el suelo. Caramba, aquello pesaba, una réplica muy lograda, aunque su presencia allí, junto con ese hombre, seguía sin tener sentido.

Cuando estuvo fuera de su alcance, se giró y salió del interior deprimido, llevándose el arma consigo. Un movimiento en su visión periférica llamó su atención antes de que pudiera colocar la espada en algún lugar más alejado. Se enfrentó al interior de las ruinas, estando una vez más en terreno más elevado, y lo encontró todavía recostado sobre su espalda, pero con sus fabulosos ojos verdes abiertos, mirando hacia arriba mientras su mano palmeaba frenéticamente el suelo, donde antes había estado su espada y ya no estaba.

—Lo siento —le gritó, con la ansiedad evidente—. *¿Qué demonios está pasando aquí?* Tomé tu espada. Yo... no creo que estés lo suficientemente bien para tener esto.

El hombre se incorporó, ejerciendo una gran energía para hacerlo, al parecer. Cerró los ojos brevemente y sacudió la cabeza. Y cuando los abrió de nuevo, su rostro se endureció notablemente, su semblante aterrador por lo furioso que parecía.

—No se le quita la espada a un hombre, lass—gruñó—, a menos que quieras acabar siendo atravesada por ella.

—Oh... está bien —dijo ella—. *Okey raro*. Voy a llamar al número de emergencia que tengan aquí.

Metió la mano en el bolsillo de su sudadera rosa con cuello y sherpa, sacando su teléfono. Planeaba buscar primero en Google cuál era la versión escocesa del 911, pero su teléfono no funcionaba, no tenía señal. Pudo escribir la pregunta, pero nada sucedió. Ni siquiera vio indicios de que el aparato estuviera funcionando o desplazándose. Su teléfono era viejo y pequeño, los íconos eran tan diminutos que debía entrecerrar los ojos para verlos, pero estaba segura de que al menos había una barra indicando que tenía cobertura. Con una frecuencia que rozaba lo exasperante, su teléfono tenía mente propia, a veces apagándose o encendiéndose cuando le parecía.

—¿La bruja también te trajo a ti?

Su pregunta, lanzada con brusquedad, la sobresaltó y la apartó de su inútil búsqueda, al ver que él se había puesto de pie una vez más. Era enorme, al menos uno con ochenta y siete u ochenta y ocho centímetros, con hombros increíblemente anchos y cuadrados. No tenía la tez oliva que lo haría parecer moreno, pero estaba lo suficientemente bronceado como para que Megan añadiera mentalmente “desgastado” a su descripción. Qué lástima que un tipo tan guapo estuviera más loco que un cencerro.

¿Bruja? ¿Traerla? Santo cielo. Tal vez este tipo realmente estaba drogado. Dejando de lado sus tendencias a empuñar espada, claramente no estaba bien. Tal vez desquiciado. Megan guardó el teléfono en su bolsillo. La enfermera en ella quería ayudarlo, pero claramente no era una situación segura, no con él tan grande y musculoso y estando tan lejos, en medio de la nada. Con ese pensamiento, Megan giró y lanzó la espada lejos, muy atrás, detrás de la alta e intacta muralla del broch.

—¿Qué es esto, Sidheag? —gruñó el hombre—. ¿Malditos trucos mentales, bruja descarada?

—¿Señor? —dijo Megan automáticamente, deseando instantáneamente no haberlo hecho. Debería haberse escapado en

silencio, volver a la posada y enviar ayuda desde allí.

Esta vez él la miró directamente, sobresaltándola con la ferocidad de su mirada. Megan tragó saliva y la contuvo mientras él la examinaba con una curva en el labio que no podía confundirse con otra cosa que no fuera disgusto o absoluto desprecio.

Su baja pero inexplicable opinión de ella, tras mirarla suficiente, pareció confirmarse cuando murmuró:

—Maldita sea.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Necesito mi espada, lass—dijo, con un tono implacable, sus ojos verdes penetrantes hasta el punto de distraer.

—Sí —respondió ella, con la voz temblorosa—, pero dime primero: ¿estás bien? ¿O debo llamar a una ambulancia?

—Estaré bien, lass, en cuanto me devuelvas mi espada.

Ciertamente sonaba mucho mejor, su voz más fuerte, más molesta que torturada como al principio.

—Bien —dijo Megan, sabiendo que necesitaba alejarse del raro, ahora que estaba de pie y parecía tener control completo de sí mismo—. Está bien —dijo—. La puse allí, detrás de esa parte del muro —señaló vagamente a su izquierda.

Tan pronto como él se movió, dirigiéndose directamente hacia ella, probablemente porque ella estaba en el área por donde podía salir, donde no había muro, Megan también se movió. Como parecía extrañamente apegado a su espada, más preocupado por eso que por su propia desconcertante condición, Megan giró, agarró la bicicleta y comenzó a correr con ella, alejándose de las ruinas y del hombre. Habiendo visto demasiadas películas de terror en las que una puerta cerrada era un gran obstáculo para la presa intentando escapar del loco cazador, Megan no corrió directamente hacia la puerta, sino que se subió a la bicicleta y rodó por el césped resbaladizo dentro de la puerta y la cerca, paralelo al camino. Solo necesitaba poner distancia entre él y ella. Y aunque él parecía menos lento de movimiento, no estaba segura de que no pudiera correr tras ella.

Fue difícil conducir en el costado de la pendiente, pero afortunadamente, el terreno se niveló un poco después de unos

cincuenta metros y pudo avanzar recta y con mayor velocidad.

Una mirada nerviosa por encima del hombro aumentó su pánico. El tipo la perseguía, con la inexplicable velocidad de cualquier villano persiguiendo en una película de acción que ella hubiera visto. Megan chilló de pánico y pedaleó más rápido. El miedo y el terror llenaban sus pulmones con cada respiración asustada. Su pecho latía con horror: ¿por qué la estaba persiguiendo?

Arriesgó rápidas miradas hacia atrás una y otra vez, y cada vez veía que él la alcanzaba. Gimió en voz alta su angustia y ya no necesitaba mirar atrás para saber que se acercaba aún más; podía oír el golpe de sus pies y el ridículo sonido de la espada contra su pierna. El cabello en la nuca se le erizó y esperaba que en cualquier segundo una gran mano la atrapara del brazo.

Había algo en su pánico que aún no había explotado, habiendo solo temido una mano que viniera hacia ella. Solo que, como si eso no fuera suficientemente aterrador... habría derramado lágrimas de verdad, quizá habría muerto de un paro cardíaco si hubiera imaginado que él se lanzaría hacia ella, chocando con todo su cuerpo para detenerla.

La envolvió con sus brazos mientras la derribaba de la bicicleta, de algún modo girándolos de manera que él absorbiera la mayor parte del impacto al caer, fuerte y rápido, al suelo. Un "¡uf!" sorprendido y asustado escapó de ella, y se retorció de inmediato para liberarse apenas tocaron el suelo. Él no permitió nada, su peso y fuerza eran incomparables con el delgado marco de Megan, de un metro sesenta y ocho. Ella logró colocar sus manos entre ambos y comenzó a golpear su pecho. De poco sirvió; le resultó vergonzosamente fácil capturar sus manos y empujarlas sobre su cabeza y hacia la hierba.

—¡Basta! —gruñó—. No te golpearé.

—¡Pero me acabas de derribar de mi bicicleta! —replicó ella, mirando hacia arriba esos ojos verdes que podrían ser los más hermosos que jamás hubiera visto si no estuvieran en este monstruo.

—No podía dejar que escaparas —dijo, su pecho subiendo y bajando.

—¿Escapar? —gimió y luego se quedó completamente quieta, cerrando los ojos—. *Oh. ¿Cómo pasó esto? ¿Qué está pasando?*

—¿Lass?

Megan abrió los ojos pero se negó a mirarlo. En su lugar, se fijó en las venas de su cuello, sobresalientes por la furia violenta, y dejó escapar el grito más fuerte y ensordecedor que pudo lograr. Posiblemente la larga inhalación que hizo para gritar alertó su intención, pues de repente él cortó el sonido colocando una enorme mano sobre su boca. Megan trató de girar la cara para liberarse, pero nuevamente, su fuerza resultó muy superior.

Tras un momento, cuando dejó de luchar contra él, cuando sus ojos se encontraron y se mantuvieron, los suyos inflamados de amenaza mientras los de ella mostraban todo su miedo, él gruñó:

—Maldita zorra. Te dije que no te haría daño. No grites otra vez o te llenaré la boca con... ¡no grites!

Los ojos de Megan se abrieron de par en par. Taparle la boca con el puño, apostaba a que eso era con lo que había querido amenazarla.

—¿Gritarás? —preguntó, levantando una ceja oscura, apretando más su mano sobre su boca.

Sin muchas opciones, sabiendo que mentía, sí, gritaría si pudiera, si creyera que ayudaría, negó con la cabeza.

—¿Me vas a matar? —quiso saber en cuanto la mano se retiró de su rostro.

Y no lo conocía de nada, ni estaba segura de que no estuviera loco, pero por un instante pareció ofenderse por la pregunta.

—No te mataré. Mantendré la espada enfundada.

—Podrías romperme el cuello con tus propias manos —replicó ella, segura de no exagerar—. Podrías violarme...

—No soy un MacHeth —interrumpió, claramente ofendido por esa provocación. Con movimientos rígidos y bruscos, como si se diera cuenta de lo amenazantes que eran sus acciones, rodó sobre ella y se puso de pie, sorprendiéndola al extender la mano para ayudarla a incorporarse.

Megan lo ignoró, sentándose sin ayuda.

—Eres... no sé qué eres, pero creo que necesitas atención médica.

Frunció el ceño de nuevo, posiblemente por el uso de "*qué*" en lugar de "*quién*". Pero así le parecía; no parecía real, o más bien, parecía irreal, sobrenatural. Había algo que simplemente... no estaba bien con él.

—Necesito regresar a mi tiempo —dijo, confirmando sus pensamientos.

—¿Qué? —respondió ella con impaciencia, aún gobernada por el miedo. Pero desechó su propia pregunta y levantó las manos temblorosas, con las palmas hacia él. No quería saber; solo quería alejarse.

—Me temo, lass, que tú y yo no tenemos opción. Requeriré tu ayuda.

—No puedes obligarme a ayudarte. —¿Por qué los estaba agrupando así? *¿Tú y yo?*

—¿Qué temes más? —preguntó secamente, aterrorizándola de nuevo—, ¿la muerte o la violación?

—Eres un monstruo.

—Elige —le espetó.

—Cualquiera. Ambas cosas —respondió de inmediato.

—Muy bien. Entonces cualquiera o ambas será, si no me das ayuda.

Megan se puso de pie y levantó el mentón hacia él, sintiéndose menos vulnerable sobre sus pies, una sensación que se desvaneció poco a poco, ya que él aún la superaba en altura y por la forma en que sus fríos ojos verdes la recorrían, deteniéndose en sus piernas, lo que por alguna razón aumentaba la ferocidad de su severo semblante.

—¿Ayudarte a hacer qué? —preguntó.

—A regresar a mi tiempo —dijo, finalmente devolviendo la mirada a la de ella—. Como ya he dicho antes.

—No entiendo. ¿Qué significa eso... tu tiempo?

No respondió, sino que preguntó:

—¿Me viste llegar?

—¿Qué? No. Solo llegué en mi bicicleta, que ahora has roto, y tú estabas allí tendido. Pero no me di cuenta de que estabas allí hasta que gritaste. Pensé que estabas herido. Pero no pude conseguir señal y tú... lo siento, no puedo ayudarte. —Retrocedió un paso, abrumada por una nueva línea de pensamiento y el terror que la acompañaba—. Por favor, no me mates. —Era un asesino en serie con espada, acababa de decidir, sintiendo que todo el color desaparecía de su rostro. Las imágenes de carteles tristes y aterradores cruzaban fugazmente su mente. Se veían por todas partes, por toda las Highlands, en cada esquina, en cafés y tiendas, en el escritorio de la pequeña oficina de la posada donde se alojaba, chicas americanas, turistas, cinco desaparecidas ahora, aquí y luego desaparecidas, sin rastro de ellas jamás encontrado. Esos cinco rostros, vistos una y otra vez en todos los noticieros y redes sociales, pasaban por su mente. Las hipótesis imaginadas por seguramente muchas personas, de que esas pobres chicas estaban muertas, la miraban a la cara.

Era él, pensó. Las había tomado. Las había matado. Él y su estúpida espada. Oh, pero debería haber seguido su camino, haber pedido ayuda desde algún lugar seguro.

Graeme dio un paso hacia adelante.

—Puedes, lass—insistió, refiriéndose a su afirmación de que no podía ayudarlo—. Mis disculpas por asustarte. Pero me temo que no tengo otra opción más que insistir en que puedes y lo harás.

—¿Sabes qué? —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho, fingiendo un valor que definitivamente no sentía. Pero no, no iba a ayudarlo de ninguna manera que provocara su propio secuestro y muerte. Él ganaría, seguramente, por ser más rápido, más fuerte, lleno de maldad, pero la cobarde en ella no quería sufrir. Las lágrimas se acumularon en sus ojos—. Mátame ahora. Soy muy consciente de todas las chicas desaparecidas de las Highlands en los últimos años. Eres tú, ¿verdad? Eres un asesino en serie. Las has tomado, ¿las tienes prisioneras en algún lugar? ¿Todas están muertas ahora? ¿Y yo soy la siguiente? Bueno, no seré metida en un sótano sin ventilación para ser usada para tu enferma gratificación sexual.

—¿De qué estás hablando?

Para un asesino en serie, tenía la curiosa costumbre de ofenderse fácilmente.

—¿Cora Bennett? —se burló Megan, con los ojos muy abiertos—. ¿Kayla Forbes? ¿Eloise? ¿Gabrielle... um, Noble, creo que era su apellido? —oh, eras tú. Puedo decirlo por la expresión de tu cara.

El asesino malvado dio un paso adelante, sobrepasándola.

—¿Cómo sabes de ellas? —preguntó, su voz con un arrastre acusador desagradable.

—¿Cómo sabes tú? —respondió ella con renovada ira, empujando su dedo índice contra su duro pecho—. No las conozco. Solo he oído hablar de ellas en las noticias. ¿Qué les hiciste, monstruo?

—¿Parezco un asesino de mujeres? ¿Para qué? ¿De qué hablabas... por placer carnal?

—Bueno... bueno, Ted Bundy también era bastante apuesto. Así que sí, más o menos.

—¿No estás en tu sano juicio?

—¿Yo? ¡Yo! —chilló—. Eres tú quien secuestra y asesina mujeres, corriendo vestido así... —sus hombros cayeron—. Pero ¿por qué? ¿Por qué las matas? ¡Por favor! Busca ayuda para lo que sea que tengas. Solo detente.

—No las maté. Están vivas y bien, y bastante felices.

—Muy creíble —se burló—. Claro que sí.

—Te juro que no les he hecho daño.

—Bien. Y te prometo que irás a la cárcel por lo que has hecho.

—Te estás volviendo cansina —decidió. Rodeó firmemente su brazo con la mano—. Llévame a tu fortaleza. Exijo hablar con tu laird.

Megan se tapó la boca con la mano, pero no pudo ocultar todo su jadeo.

—Oh —bajó la mano y señaló con el dedo tembloroso—. ¡Estabas gritando por Holly! Eso es lo que escuché cuando llegué.

¿Holly Wright? ¡La que ha estado desaparecida el último año! Cristo. Ella escapó, ¿verdad? Se escapó y tú la estás persiguiendo.

Tiró de su brazo, pero él no aflojó, así que simplemente cayó al suelo, abrumada por la verdad tal como ahora la creía. Él había estado llamando a Holly.

Posiblemente porque no quería agacharse al suelo como ella, dejó que su brazo escapara de su agarre. Megan se dejó caer de espaldas con resignación y miró melancólicamente el cielo.

Sorprendida por lo fortuito de su encuentro y el papel que algo tan nebuloso como el Destino jugaría finalmente en su posterior muerte, Megan comenzó a reír. Y pronto se volvió histérico y luego comenzó a llorar más fuerte también, sollozando entre suspiros mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Ella escapó —lloró. La pobre Holly, a quien él había estado llamando, que había estado desaparecida el último año, había escapado. *Bien por ella*, pensó Megan, sintiendo un momento de alegría, hasta que el miedo volvió al frente y su labio tembló—. Y ahora estoy atrapada.

—Por los dientes, lass, deja de aullar —ordenó el carnicero de inocentes, sonando más disgustado que enfadado. Ahora se agachó junto a ella, logrando verse intimidante, pero de alguna manera menos temible, como si deliberadamente tratara de relajar su expresión, y eso era lo menos severo que podía hacer, aún gruñón y quizás acostumbrado a... ¿qué? ¿Una pelea mayor de sus víctimas? —¿Tu nombre, lass? —preguntó.

—M...Megan —respondió, ya imaginándolo en el siguiente cartel de desaparecida.

—Soy Graeme MacQuillan y te juro que no te haré daño —le prometió—. No mentí sobre esas lasses desaparecidas; solo las conocí ayer y estaban bastante vivas cuando fui... obligado a irme hoy. ¿Dónde está el burgo más cercano? ¿Asentamiento?

Ella tragó y respondió casi automáticamente, inspirada por el tono amable que él usaba.

—Bueno, déjame pensar. Quiero decir, donde me estoy quedando es lo más cercano, supongo. No pasé por nada en mi

camino hasta aquí. Eso es... me estoy quedando en Dornie, cerca del castillo de Eilean Donan.

—¿Donnán? —repitió, con un sonido e inflexión completamente diferente debido a su grueso acento—. ¿La isla MacKenzie?

—Yo... no sé.

—¿Conoces Thallane, el bastión MacQuillan?

Ella negó con la cabeza, mirándolo con desconfianza.

—Megan —comenzó, sosteniendo su mirada—, ¿serías tan amable de escoltarme a la posada en Dornie?

—¿De verdad me das opción? —preguntó.

—No, lass, me temo que no. Pero te ofrezco paz, llegando a una posada pública, ¿y querría ir allí si tuviera intenciones nefastas contigo?

—No sé... nada —dijo, con voz lastimera.

El asesino que se presentó como Graeme MacQuillan se levantó nuevamente y esta vez, cuando extendió la mano hacia ella, Megan la tomó y permitió que la ayudara a ponerse de pie. Francamente, en ese momento casi esperaba que él hiciera su movimiento: sacar su espada u otra arma, ponerla en un estrangulamiento, cubrirle la boca y nariz con un paño con sedante.

Cuando él no lo hizo, cuando en realidad le soltó la mano, Megan se giró y contempló su bicicleta rota.

—Bueno, supongo que eso ya no sirve —dijo, volviéndose de nuevo hacia Graeme, al mismo tiempo que daba un paso atrás—. Pero como es alquilada, no puedo dejarla... ¿qué estás haciendo? —preguntó, encogiéndose con una mueca, retrocediendo ante la mano que él alzaba hacia ella.

—Tienes una ramita en el cabello —dijo él, aun moviendo la mano hacia adelante, pero despacio, como para no asustarla—. También hojas.

Se dijo a sí misma que corriera, pero, por más que lo intentaba, hipnotizada como estaba por lo intensamente verdes que eran en realidad sus ojos y por el timbre ronco y seductor de su voz, o bien sus pies no obedecieron, o nunca había dado verdaderamente la orden.

—Eres —empezó a decir, con la voz entrecortada—, eres un poco contradictorio: me amenazas con una espada, me tiras de la bicicleta y ahora muy educadamente me quitas hojas del cabello. No te entiendo.

—No me complace decirlo, lass, pero eso no va a mejorar en ningún momento cercano.

Megan lo observó, y la forma nada intimidante en que lo había admitido, casi con una mueca, como si lamentara asustarla. Por un momento breve, se preguntó si no era solo que ella quería creer que era inofensivo, y no un asesino de mujeres, porque era tan increíblemente guapo.

—Eso suena como lo primero verdadero que me has dicho.

—Y, sin embargo, no he mentido en absoluto —dijo él, estudiándola con su mirada penetrante antes de preguntar—: ¿Hacia dónde queda Dornie?

Distraída, incómoda por esa mirada que de pronto parecía menos amenazante y más ardiente, Megan señaló por encima del hombro.

—Ven, lass.

Ella miró alrededor, mordiéndose el labio. Estaban completamente solos allí arriba, nada más que colinas y bosques por todas partes. Tendría que soportar su compañía y su pretensión de inocencia al menos hasta encontrarse con otra persona. Se lanzaría delante de un auto en marcha si era necesario, con tal de alejarse de él.

—Lo juro —prometió, clavándole una dura mueca—, si eres un asesino serial y me matas, te perseguiré sin piedad todos los días de tu vida.

—Aye, no lo dudo, Megan.

CAPÍTULO DOS

Con su propia circunstancia pesándole en ese momento, Graeme apenas podía reunir simpatía por el caballo con ruedas de la muchacha, que estaba en mucho peor estado que antes de haberla tirado de él. Aun así, suponiendo que el vehículo podía compararse con el caballo real de un hombre, no lo abandonó sin más, sino que lo recogió, sorprendido de lo liviano que era, y se lo echó al hombro. En menos de diez segundos ya estaba fastidiado por la rueda de muchos radios que giraba sin parar delante de él, y le puso la mano encima brevemente para detener el giro.

Luego levantó esa misma mano hacia Megan, indicando la dirección: que debían bajar la colina y cruzar la verja. Ella avanzó a zancadas delante de él, claramente con la intención de dejarlo atrás. Para su disgusto, sus pasos más cortos permitían que él mantuviera el ritmo fácilmente, sin mayor esfuerzo.

Todavía no lo podía creer, no lo creería en realidad hasta que le mostraran pruebas, pero tenía la desagradable y perturbadora sospecha de que ya no estaba en el siglo XIV, de que alguna de las brujas que habían llegado a Thallane lo había movido increíblemente a través del tiempo. Aunque se lo habían contado Holly y las esposas del Thain, del Cameron y del MacClellan, no había creído que fuera posible.

Pero al pie de la colina y cruzando la carretera se alzaba un edificio que lo hizo detenerse. La piedra y el revoque de los costados no eran raros, pero el techo que lo cubría era algo que Graeme jamás había visto: hecho de una sustancia dura, pintada de gris con líneas imposiblemente uniformes.

Su mente bullía con todo lo inverosímil e improbable. Graeme miró de reojo a la muchacha de ojos azules y cabello rojizo, que

rebotaba con viveza sobre sus hombros y espalda en reacción a su paso tan agresivo.

Aunque tenía poca paciencia para la inquietud que ella mostraba con tanto entusiasmo, Graeme decidió que la aprensión de Megan no era infundada. Recordaba bien su primera impresión de Holly Wright, la esposa de su primo: una viajera del tiempo, como ahora imaginaba que él mismo era sin querer. Ni él ni Duncan habían podido señalar con exactitud qué había despertado en ellos esa sospecha sobre Holly, pero ambos habían coincidido en que había algo raro en ella. Solo después, apenas dos días atrás, habían sabido la verdad sobre Holly.

Eso fue lo que había llevado a Graeme hacia adelante en el tiempo. Duncan no le había creído a Holly cuando ella le contó la verdad, cuando se descubrió que en realidad no era Ceri MacHeth, con quien Duncan había sido comprometido en matrimonio. No había sido más que un peón involuntario. Duncan había pensado que estaba loca, inventando historias increíbles de viajes en el tiempo. Le había ordenado a Graeme que se la llevara de su vista.

Sospechando, a pesar del impacto de sus mentiras, que Duncan sentía algo profundo por Holly, Graeme no la devolvió a la familia que la había hecho pasar por una MacHeth, sino que la llevó con Cora, la esposa de Lucas Thain. Lo había impulsado la idea de que Cora, compasiva y con una forma de hablar inquietantemente similar a la de Holly, decididamente inglesa, pero también extrañamente distinta, podría ayudar mejor a Holly o saber qué hacer con ella, en caso de que su mente realmente estuviera perturbada.

No estaba preparado para la verdad tal como se la presentaron los maridos del siglo XIV de otras viajeras en el tiempo, hombres que había conocido y con quienes había luchado durante años. Pero sus revelaciones jugaron un papel menor en convencerlo de aquella absurda verdad; fueron las brujas, auténticas brujas, flotantes, centelleantes, criaturas feéricas, las que hicieron el verdadero trabajo de obligarlo, sin darle opción, a creer que era real.

Rechazada por Duncan, que no sabía nada de aquella realidad absoluta y escandalosa, Holly había rogado a la bruja que la

había enviado al año 1303 que la devolviera a su tiempo.

Incluso ahora, menos de una hora después de aquel suceso según sus cálculos, Graeme no estaba seguro de si su propia intervención, rogándole a Holly que se quedara y le diera a Duncan la oportunidad de comprender, había hecho que fuera él quien viajara en el tiempo en lugar de ella, o si la bruja, Sidheag, había planeado desde un inicio moverlo a él y no a Holly. Recordaba bien que la bruja lo había mirado fijamente antes de alzar la mano para ejecutar su magia.

Resignado al hecho de que tendría pocas respuestas hasta regresar a su tiempo, Graeme pensó que lo mejor era procurar tranquilizar a la lass, Megan. A menos que encontrara otra alma más digna que pudiera ayudarlo, ella era lo único que tenía para guiarlo en aquel desconcertante asunto. Aunque en ese momento lo creía culpable de asesinato por razones incomprensibles.

Tal vez solo necesitara su ayuda por un tiempo corto. Consideraba que quizás sería mejor contratar a un lad como explorador. La lass era bonita, pero sus gritos, lágrimas y dramatismos dejaban claro que no tenía la fortaleza suficiente para soportar la verdad como él la entendía, ni para ayudarlo a viajar de regreso a través de los siglos. Se preguntaba además si su belleza no sería una distracción. A pesar de la confusión del viaje en el tiempo y de querer nada más que volver a Thallane, de donde la bruja lo había desplazado, Graeme se descubría con demasiada frecuencia mirando las piernas torneadas de la muchacha en esos extraños pantalones negros. Fuera cual fuese la tela, pensó que la adoraba, porque se ceñía con tanta devoción a su figura. Una distracción constante.

¿Viajar hacia atrás por los siglos? Sospechaba, basándose únicamente en los ruegos de Holly a la bruja para que la devolviera al siglo XXI, que en realidad él había viajado hacia adelante, a un futuro antes inimaginable. Pero no era más que una conjetura, y hasta ahora solo tenía como referencia la extraña ropa de Megan: sus pantalones ajustados y su túnica peluda, curiosamente teñida de rosa. Había un cartel en la verja que lo había hecho detenerse, que había golpeado con el dedo, descubriendo que el metal pintado y

brillante era extrañamente preciso, liso y ridículamente delgado, con esquinas redondeadas, algo como nada que hubiera visto antes.

Ella ya pensaba muy mal de él, por lo que Graeme creyó que no tenía nada que perder aclarando esto de una vez.

—No estoy loco ni desvariando, lass—comenzó—, pero estoy un poco perdido en mi viaje, así que debo preguntarte: ¿en qué año me encuentro?

Ignorando su presencia a su lado durante los últimos minutos, mientras caminaban por aquel camino negro y liso, no solo barro endurecido, sino una superficie sólida, ella giró bruscamente el rostro hacia él, clavándolo con sus vivaces ojos azules.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Estamos en 2022. ¿Te golpeaste la cabeza? ¿Eso fue lo que te dejó mareado y atontado cuando te encontré? —Sus ojos se abrieron más, mostrando aquel azul sorprendentemente claro—. Ya hablaste tonterías como esta antes, sobre tener que volver a tu tiempo. ¿Estás herido? ¿Te caíste?

Graeme apenas escuchó algo después de su declaración del año. ¿Dos mil veintidós? ¿Más de setecientos años lejos de donde él vivía, cuando él vivía, se corrigió internamente? ¡Demonios! ¿No sería más difícil regresar estando tan lejos?

Para distraerla de su preocupación, ya que parecía estar revisándole la cabeza y el cabello con ojo crítico, bajando el paso y levantando el rostro para hacerlo, Graeme preguntó:

—¿Bajo qué estandarte vives, lass?

—Yo no... ¿qué significa eso?

—¿Quién es tu laird?

—¿Laird?

—¿Señor? ¿Esposo? ¿Hermano? ¿Quién te defiende a ti y a tu casa?

—Eh... nadie me defiende. Yo... me defiendo sola. —Alzó la barbilla con esa proclamación, recordándole su suposición de que él mataba mujeres por deporte, advirtiéndole que podía protegerse.

Por supuesto, no podía. No contra él, si tuviera malas intenciones. Sus pantalones negros pedían atención y consideración, pero ningún pensamiento provocado por esa prenda ajustada era en absoluto perverso.

—¿De dónde vienes? —preguntó él en cambio, suponiendo que en realidad no vivía en una posada, como solo había mencionado que estaba hospedada.

—Soy de los Estados Unidos —dijo ella—. Cerca de Chicago.

Graeme frunció el ceño ante aquel lugar desconocido.

—¿Inglaterra? —preguntó, pero enseguida recordó que Holly, Cora y las otras viajeras del tiempo habían mencionado ese sitio, los Estados Unidos.

—Chicago, Illinois —aclaró ella, frunciendo el ceño de lado mientras medía sus pasos para poner más distancia entre ellos—. ¿América?

—No lo conozco —dijo él, y luego pensó en advertirla—: No puedes huir de mí, lass, así que no intentes una carrera que solo nos dejará sin aliento, a mí fastidiado y a ti arrastrada por mi mano sujetándote.

Sus delgados hombros se hundieron de un modo que sugería derrota, como si hubiera estado pensando exactamente en eso y ahora lamentara saber que sería un esfuerzo inútil.

—Te lo he dicho, ¿no? No planeo hacerte daño. Solo necesito orientación hasta ubicarme.

Ella asintió, bajando la barbilla ahora, con la mirada en el suelo. Sus manos estaban ocultas, metidas en los costados de su túnica peluda. Alzó la vista tras un momento, hacia el largo tramo del camino serpenteante delante de ellos.

—Estaba tratando de calcular cuánto tiempo llevaba pedaleando antes de descubrir las ruinas —dijo—. Estoy segura de que fue más de una hora. Y ahora a pie, ya que arruinaste la bici, tardaremos el doble, si no más, en llegar a la posada.

Graeme empujó con un gesto el vehículo que ella mencionaba, la máquina sobre su hombro.

—¿Esto es una bici? —preguntó, repitiendo con cuidado la nueva palabra.

Otro ceño fruncido fue su respuesta, antes de que ella pusiera los ojos en blanco.

—Sí, es una bici. Bicicleta —dijo, con montañas de impaciencia en el tono—. ¿Qué? ¿Nunca habías visto una bici?

—No.

—¿Qué eres, como un ermitaño? —preguntó—. ¿O un hombre de montaña que baja al pueblo una vez por década o algo así?

—No entiendo “ermitaño”.

—Ermitaño —explicó ella—, como un solitario, alguien que vive fuera del sistema.

—¿Fuera del sistema? —repitió él después.

—¿Lo haces a propósito? ¿Actúas como si hubieras nacido ayer?

“Nací hace setecientos años” no le pareció la respuesta adecuada en ese momento.

—¿Avanzaríamos más rápido en tu bici? —preguntó entonces.

—Bueno, habríamos avanzado —dijo ella, moviendo la cabeza de un lado a otro con su renovado fastidio—, si no te hubieras estrellado contra mí y contra ella y hubieras doblado la llanta. Ahora solo sirve si pensamos en dar vueltas en círculos.

Sus ojos azules brillaron fugazmente hacia la bici y luego recorrieron de arriba abajo a Graeme.

—Aunque no creo que pudiéramos subir los dos. Eres... bastante... grande.

Aunque la afirmación lo intrigaba, Graeme sabía que había cosas mucho más importantes en las que debía concentrarse en ese momento, no si había notado asombro o temor en su tono al dar aquella opinión.

Y entonces, deseando apurar la marcha hacia esa posada que, con suerte, aceleraría su regreso a casa, Graeme bajó la bici de su hombro y observó la rueda delantera, que había recibido el impacto y estaba realmente torcida e inútil. La dejó en el suelo y plantó sus botas a cada lado del borde exterior, blando pero firme, y comenzó a pisotearla hasta que se enderezó un poco.

Al apartarse, Graeme evaluó el resultado. Bien, aunque no perfecto. Una de las curvas todavía tenía una hendidura. Levantó ese extremo de la bici de modo que la rueda quedara contra su pecho y usó ambas manos y toda su fuerza para empujar aquí y tirar

allá, enderezándola un poco más. El círculo estaba más cerca de ser perfectamente redondo.

Podría haberle pedido que probara el vehículo ahora, pero temía que ella solo se escapara, lo mismo que él intentaría en su lugar.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó en cambio, suponiendo que él manejaría la máquina, pero sin saber todavía dónde podría encajar ella. La silla de cuero azul tenía una forma peculiar; no había manera de que cupieran los dos ahí.

La boca de Megan se abrió mientras lo miraba fijamente, atrayendo su atención hacia sus labios, generosos, seductores, aparentemente sin importar la expresión que llevaran.

—Claro —dijo, negando con la cabeza—. No sabías lo que era una bici, así que tiene sentido que no sepas usarla. —Se cubrió los labios con los dedos brevemente antes de añadir—: No podemos ir los dos ahí. Pero corres bastante bien. Tal vez deberías trotar a mi lado mientras yo pedaleo.

Dicho con demasiada esperanza, y quizá suponiendo que su ignorancia sobre ciertos objetos y lugares del siglo XXI significaba que era un idiota en general, no pudo ocultar su alegre expectativa, obviamente planeando escaparse de él.

—No, lass—dijo él—. Si se puede usar, la usaremos juntos.

Una vez más, sus hombros cayeron, mostrando decepción. En realidad, parecía más confusión, confirmada por su siguiente declaración vacilante.

—Tú... ciertamente no actúas como un asesino serial.

—Sí, y por buena razón —replicó, cansado de esa acusación—. No lo soy.

Sosteniendo la bici por la barra que cruzaba la parte delantera, Graeme pasó una pierna por encima hasta quedar sentado, como lo había visto hacer a ella.

—Dos manos en el manillar —aconsejó Megan, acercándose un poco, quizá empezando a aceptar la verdad: que él nunca había visto, tocado ni montado una bici en su vida—. Mira, esos son los pedales —señaló las piezas de metal que salían de la barra cerca de

sus espinillas—. Los empujas con los pies, y eso mueve las ruedas. Obviamente.

—¿Ruedas?

—La rueda —explicó, tocando el aro negro firme pero flexible que rodeaba cada una—. Bueno, la rueda es todo esto, supongo. Pero la llanta es la parte negra de goma.

Graeme probó la mecánica de sus instrucciones, colocando los pies en los pequeños pedales y pisando fuerte, repetidamente.

—¡Oh, no! —gritó Megan—. Suave, suave. No estás tratando de matarla. Solo estás intentando que se mueva en círculo.

Se agachó y puso la mano sobre la bota izquierda de él, obligándola a girar hacia adelante.

O al menos lo intentó. Graeme se mantenía rígido, observando la parte superior y trasera de su cabeza, su cabello cayendo de manera desordenada sobre los hombros, brillando con reflejos dorados creados por el sol que trataba de hacerse notar.

—Está bien, olvídale —dijo cuando apenas podía mover su pie—. O me dejas enseñarte o caminaremos todo el camino. —Sus cejas delgadas y ordenadas se fruncieron—. De hecho, no voy a caminar todo ese camino y, como no sabes montar en bicicleta, no confío en que no volvamos a chocar. —Le dio una palmada ligera en la mano izquierda sobre el manillar—. Déjame entrar —dijo.

Graeme abrió los brazos, completamente sorprendido cuando ella levantó la pierna sobre la barra central, quedando prácticamente frente a él, a solo unos centímetros, y pateó impacientemente su pie en el pedal derecho.

—Yo pedalearé —dijo ella—. Tú solo siéntate y evita que tus pies arrastren en el suelo. —Hundió ambos pies en los pedales y comenzó a girarlos, el movimiento era lento como si enfrentara una gran resistencia—. Aguanta —dijo cuando la bicicleta empezó a rodar lentamente hacia adelante.

Graeme supuso que su peso no facilitaba el avance. Como empujar un birlinn desde la orilla, golpeó con los pies el suelo durante varios pasos hasta que ella puso la bicicleta en movimiento.

Era lo suficientemente pequeña como para que él pudiera abrazarla con los brazos y sujetarse de la barra transversal, justo

donde ella misma agarraba con las manos. Pero luego sintió que interfería con su dirección y movió las manos, colocándolas audazmente sobre la parte superior de sus caderas, sosteniéndola firmemente por la cintura.

—Con cuidado, amigo —dijo por encima del hombro.

Graeme aflojó su agarre y luego retiró una mano por completo, usándola para mantener su espada lejos de la rueda trasera mientras pedaleaban.

No miró directamente hacia adelante durante bastante tiempo, teniendo que apretar los dientes para evitarlo, pero trató de mantener su atención en el paisaje que pasaba lentamente. Aparte del extraño camino negro, y sin ver otras construcciones, las montañas, árboles y cielo lucían igual que en su tiempo.

Pero no podía evitarlo para siempre; ningún hombre podría, se dijo, y finalmente posó la mirada en ella. En su trasero específicamente, casi al nivel de su pecho por cómo se mantenía sobre los pedales, sus glúteos se movían arriba y abajo con cada revolución. Sus caderas subían y bajaban, se movían de lado a lado, la tela dejando poco a la imaginación respecto a su forma. Bastante pronto, Graeme decidió que adoraba esos pantalones negros por cómo le favorecían.

Pero, maldita sea, ¿qué tortura era esta?

Solo el camino, que los sacó del asfalto liso y los llevó a un sendero estrecho y lleno de baches a través de un valle escasamente arbolado, desvió su atención del dulce trasero. El terreno irregular lo obligó a abrazarla de nuevo, aunque solo por un momento, antes de que la pendiente se elevara y su avance disminuyera. Megan manejaba bien la bicicleta, pero ahora le costaba mover el vehículo, y el peso extra de Graeme hacía la travesía más difícil.

Agarró su cadera y arrastró los pies.

—¡Alto! —ordenó cuando apenas se movían.

—Esto no sería tan difícil —dijo por encima del hombro, deteniéndose y jadeando— si no fueras tan grande. La bici es para una sola persona. —Apoyó los pies también en el suelo.

—Sí, entiendo —dijo, quitándose la espada y la funda del cinturón—. Me será más fácil hacer el trabajo. Aquí, sostén esto —

extendió el brazo alrededor de ella, entregándole la espada.

Ella no la tomó.

—No puedo pedalear y sostener esto.

—No. Yo moveré la bici. Siéntate sobre la barra —dijo, golpeando la barra transversal que ella usaba para dirigir.

—¿Qué? No puedo. No hay guardabarros sobre la rueda, no hay donde poner los pies. Mejor caminemos, creo.

—Megan, date la vuelta y siéntate sobre la barra —instruyó pacientemente.

Con movimientos que sugerían un pequeño fastidio, Megan levantó una pierna sobre la barra central y se bajó por completo. Puso las manos en las caderas, exactamente donde Graeme había estado un momento antes, y lo miró frunciendo el ceño.

—No hay dónde poner los pies —volvió a protestar—. Me caeré de inmediato.

—No te dejaré caer, lass. Vamos, súbete —dijo, dándole palmadas nuevamente a la barra—. Mírame. Pon tus pies en este soporte —sugirió, señalando la barra entre sus piernas sobre la que descansaba el sillín.

Parecía que iba a discutir más, pero Graeme no lo permitió, tomando su mano y acercándola.

—Funcionará, lo juro —le dijo.

—Es... incómodo —protestó, aunque permitió que la acercara.

Sus mejillas adquirieron un rosa encantador, pero Graeme no podía decir si era por el esfuerzo reciente o por la percepción de *incomodidad*. Cuando dudó, con la mano libre apretándose cerca del pecho, Graeme la acercó más y la levantó con facilidad de nuevo, asentándola sobre la barra transversal.

Por supuesto se puso rígida, y un breve pánico la hizo agarrarse de sus hombros antes de retirar las manos y acusarlo:

—Eres muy brusco.

Ignorando su pequeña indignación, Graeme continuó con su manejo firme, levantando su pie por el tobillo para colocarlo sobre la barra entre sus piernas. Sus ojos se abrieron, pero no protestó y puso el otro pie sobre el primero.

Luego le entregó la espada de nuevo.

—Ahora puedes sostener esto, lass.

Ella lo hizo, sujetándola con un brazo contra el costado e inclinándose para que no tocara el suelo.

Graeme colocó sus manos en los manillares a cada lado de ella y empujó con los pies. Al primer movimiento, Megan se agarró del brazo superior de Graeme.

—Sí, agárrate fuerte —dijo, con cierto interés en aliviar la vergüenza que sufría por tocarlo tan libre y ansiosamente.

Le tomó varios intentos acostumbrarse, poner la bici en movimiento de la manera más suave posible en la pendiente irregular, y aunque Megan casi se cayó de la barra hacia adelante, finalmente comprendió el uso de los pedales, que funcionaban mejor cuando mantenía la barra rígida y recta. Pronto descubrió que mayor velocidad significaba un viaje más estable; era más difícil mantener la bici recta moviéndose demasiado lento.

En pocos minutos, avanzaban con regularidad, y Graeme estaba satisfecho de haber superado el desafío tan rápido. Llegaron a la cima de la pendiente y rodaron por terreno plano durante bastante tiempo antes de empezar a descender. La figura esbelta de Megan le permitía ver más allá de ella, aunque debía mantener la cabeza inclinada hacia un lado. Estaba acostumbrado al movimiento constante y al trabajo duro, pero sus muslos pronto protestaron por el esfuerzo continuo.

—Mi trasero no está disfrutando esto —gruñó ella con una mueca tras un bache particularmente fuerte.

—Tu trasero está bien —respondió él, dejándole interpretar la frase a su manera. Quizá su entonación, su énfasis en “bien”, fue lo que provocó el ceño más pronunciado. —Vaya, el sendero se divide —dijo, notando dos caminos adelante.

Megan giró la cabeza, con sus dedos aferrándose involuntariamente con más fuerza a su brazo al hacerlo.

—Toma el camino de la izquierda —dijo—. Espera, no. El de la derecha.

—Es como montar a caballo —observó él con calma—, salvo que ningún hombre ni bestia está obligado a hacer todo el trabajo.

Ella se rio, mirándolo de nuevo, mostrándole una amplia sonrisa y un destello de dientes blancos.

Oh, pero se veía aún más hermosa cuando sonreía.

—Entonces, tal vez ahora puedas imaginar cómo se siente el caballo —sugirió—. ¿Montas? Caballos, quiero decir.

Graeme frunció el ceño ante la curiosa pregunta.

—¿No montas?

—¿Yo? No. Nunca he montado a caballo.

—¿Por la bicicleta?

—Eh, no. Porque... bueno, no estoy segura por qué. Supongo que nunca se presentó la oportunidad. No creo conocer a nadie que tenga caballo.

Ah, entonces no era tan rica como sugería su ropa. No podía imaginar a alguien gastando más dinero en esta bicicleta que en un buen corcel.

Montaron en silencio un rato, Megan girando a veces la cabeza para observar el sendero y la ruta. En varias ocasiones, el terreno desigual la hizo sujetarlo con más seguridad. Dos veces, sus pies se resbalaron de la barra brillante entre sus piernas y se inclinó un poco hacia adelante, obligando a Graeme a soltar un lado de la barra y asegurarse de que no perdiera el asiento. Una vez casi dejó caer la espada, mostrándole un gesto de preocupación. Finalmente encontraron de nuevo el camino negro y liso, haciendo su trayecto menos peligroso. Graeme se preguntó qué tan rápido podría correr un caballo en un terreno tan suave; estaba incluso mejor cuidado que el del torneo.

Y aunque principalmente mantenía la mirada en el camino delante de ellos, Graeme no pudo evitar lanzar miradas a Megan, más a menudo cuando no lo enfrentaba. Se estaría mintiendo si fingiera no estar cautivado por lo hermosa que era. Sus mejillas estaban sonrojadas, dándole un resplandor encantador; su cabello ligeramente despeinado por el viaje o la brisa rápida, cayendo sobre sus hombros hacia Graeme. Olía a cielo, un aroma suave y dulce, no empalagoso pero intrigante, haciéndole casi desear que ella cayera más de su posición, chocando contra él con su fragancia fresca y cuerpo flexible.

Graeme se dio un sacudón mental, ahuyentando cualquier deliberación adicional sobre Megan y lo que le gustaría hacer con ella. Necesitaba su ayuda, pero no tenía ni tiempo ni inclinación para involucrarse con ella de otra manera.

Cuando ella pareció quedarse frente a él por un tiempo más prolongado mientras él miraba el camino más allá de ella, abandonó brevemente su mirada fija para encontrarse con la suya, tan fácil de hacer estando ella tan cerca. La había atrapado mirando, notando el rubor creciente que subía por su cuello y mejillas, el tono más rojo haciendo que sus ojos parecieran aún más azules.

Megan se mordió el labio inferior con vergüenza y luego soltó apresuradamente una pregunta que distrajo a Graeme.

—¿A dónde estás intentando llegar? —preguntó—. Y recuerda que decir “necesito regresar a mi tiempo” no me dice nada.

—A la fortaleza de los MacQuillan, Thallane —dijo él. Una idea le vino a la mente. Probablemente debería regresar primero a donde dejó a Holly, o más bien de donde lo habían arrastrado de la esposa de su primo—. A menos que conozcas un lugar llamado Newburn, la fortaleza del Thain.

Ella negó con la cabeza.

—Pero cuando lleguemos a la posada, la mujer de la recepción podría —ofreció con esperanza—. O tendré señal en mi teléfono y podemos buscarlo en Google. —Sus cejas se fruncieron levemente—. ¿No eres... de por aquí que no parece saber dónde estás?

Desestimando su segunda oración, de la cual no podía entender ni una palabra, Graeme se centró en su pregunta.

—No he estado por estos lugares en mucho tiempo —dijo, lo cual no era exactamente una mentira, ya que no había ido a Dornie en algunos años.

Ella giró la cabeza cuando tomaron una curva en el camino. Graeme no sabía qué pensar de las marcas blancas que corrían a lo largo del camino, pero evitó cuestionar a Megan, aumentando así su incomodidad o sospechas sobre él.

—Deberías mantenerte a un lado del camino —dijo Megan mientras avanzaban por el centro.

—No —dijo él, sin explicar que con los acantilados irregulares a ambos lados del camino, que estaba hundido en la tierra, cualquiera podría aparecer en las elevaciones a los lados, y necesitaba estar en el medio, ganando así, aunque fuera un instante más para reaccionar si eran atacados. La sola idea de bandidos, ladrones y guerras de clanes enojados de su propio tiempo lo hizo fruncir el ceño, recordando tarde que Megan había viajado todo ese trayecto sin acompañante, sin escolta alguna, ni siquiera una pequeña daga, por lo que él sabía. Seguramente ya la habría usado contra él si tuviera algún arma.

—¿Qué clase de lass eres —preguntó— que viaja sin compañía y sin arma? Dijiste que te defiendes, pero ¿cómo? ¿Y tus parientes varones permiten que lo hagas? ¿Qué sucede en este sig...? —Se detuvo a tiempo, apretando los labios y la mandíbula, molesto consigo mismo por descuidar la verdad.

El ceño de Megan volvió a fruncirse. Sus labios se entreabrieron mientras lo miraba, su mirada y expresión rígidas por la cautela.

—Yo... tengo mi teléfono —dijo, con voz más baja que antes—. No pensé que necesitara llevar...

Su respuesta se cortó cuando Graeme giró violentamente a la derecha, su reacción instintiva, atónito ante el monstruo metálico blanco que venía directo hacia ellos a una velocidad feroz. Un fuerte ruido estridente llenó el aire mientras la máquina demoníaca pasaba rugiendo. Graeme estaba con los ojos desorbitados, con la impresión fugaz de un hombre dentro del monstruo, gritando tras una ventana de cristal. Tenía ruedas como la bicicleta, negras, pero de un tamaño grotesco.

Tan sorprendido estaba, tan frenética fue su reacción, que envió la bicicleta fuera del camino, tambaleándose por un zanjón. Alcanzó instintivamente a Megan mientras ambos eran levantados y arrojados de la bicicleta, pero no logró sujetarla bien, agarrando solo un puñado de su túnica antes de que ambos cayeran de nuevo al suelo.

Su lado izquierdo golpeó con fuerza el suelo implacable, y gimió al impactar, la fuerza del golpe no muy distinta a ser arrojado

de su caballo. Inmediatamente se puso de rodillas, sintiendo solo dolor, pero ninguna fractura, y se arrastró unos pocos pies hasta donde Megan había caído de espaldas. Sin pensar, se arrastró casi encima de ella, con los codos a cada lado de sus hombros.

—*Oh, lass, ¿estás...?* —se detuvo, apartando el cabello de su rostro, respirando nuevamente al encontrar dos ojos azules, atónitos pero muy enfadados, sobre él. Sus ojos ahora parecían zafiros, el azul brillante bajo un flequillo de largas pestañas rizadas y cejas fruncidas dos tonos más oscuros que su cabello castaño rojizo.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó ella, y luego tosió. Su mano, atrapada entre ambos, cayó sobre su pecho.

Graeme recorrió su rostro con la mirada, estremeciéndose al encontrar sangre en su sien, justo en la línea del cabello.

—Ah, Cristo, lo siento, lass—dijo. Pasó su dedo sobre la sangre que goteaba, determinando que solo era un rasguño superficial, la piel abrasada pero no lo suficiente como para requerir atención. Aun así, se sentía responsable y terrible por haber causado daño a su piel intacta.

Megan apartó bruscamente su mano, probablemente más enfadada con él por ser arrojados de la bicicleta de nuevo que por el susto de la máquina demoníaca. A regañadientes, Graeme se apartó de ella y se puso de pie. Una vez más, ella ignoró la mano que le ofreció, levantándose también con movimientos rápidos.

Observó la vegetación al borde del camino y la carretera en ambas direcciones, pero no percibió más peligro.

—¿Por qué sigues...? ¿por qué hiciste eso? —le dijo, mostrando cómo se sacudía la túnica y los pantalones con movimientos bruscos.

—Vi el... —comenzó, mirando de nuevo el pavimento liso, donde no quedaba rastro del monstruo que había pasado. —¿Qué era eso?

—¿Qué era qué? —preguntó Megan con tono seco—. ¿El coche? Bueno, Graeme, sin ofender, pero realmente me estás empezando a asustar. O más bien, a espantar. Por favor, dime que sabes qué es un coche.

No había manera de mentirle. No podría borrar la confusión y alarma de su rostro lo suficientemente rápido como para convencerla. *Coche*, era una palabra demasiado simple y limpia para describir esa... monstruosidad que acababa de pasar rugiendo. Su pecho se agitaba con un pequeño susto, tal como no había sentido desde niño. Miró a Megan, incapaz de verbalizar un acontecimiento tan raro: miedo.

—¿Graeme? —Ella dio un paso adelante, levantando la mano, olvidando su propia irritación—. ¿Estás bien? Pareces... Cristo, estás tan pálido como un fantasma. Por favor, dime qué está pasando.

Graeme se centró en Megan. Megan, que no tenía miedo del coche, estaba más preocupada por su reacción. Era un corazón tierno, decidió, tan fácilmente afectado por el terror y la confusión por su propia compasión, ahora su preocupación por él.

—¿Graeme? —Puso su mano en su antebrazo y sonrió con ternura—. Está bien.

Realmente necesitaba su ayuda. Si ella no creía o no podía comprender, simplemente buscaría a alguien que sí pudiera. Por alguna razón, sin embargo, intuía que podía y debía confiar en Megan con la improbable verdad.

—No tenemos nada como eso en mi lugar de origen —dijo deliberadamente.

—Oh, ¿de dónde vienes?

—De ningún *lugar*, lass, más bien de *cuándo*. —Al ver su expresión incomprensible pero inmóvil, dijo—. Vengo del año de nuestro Señor, mil trescientos tres.

CAPÍTULO TRES

Megan lo miró fijamente, sin entender. La parte de ella que comprendía sus palabras esperaba que él sonriera, que revelara, confirmara, que estaba bromeando.

Graeme MacQuillan no sonrió.

Pero aun así, obviamente estaba bromeando. Debía hacerlo.

Megan estalló en carcajadas.

—Te veías tan serio cuando dijiste eso —dijo—. Pero supongo que eso explicaría por qué, o cómo, no sabes qué es una bicicleta o un automóvil... o... o por qué estás vestido así y llevas una espada.

Su sonrisa se desvaneció y la de él, la que debería haber aparecido finalmente para mostrar que estaba bromeando, nunca llegó. Pero no, eso era, bueno, eso simplemente no era posible. Se rio de nuevo, ahora con más nerviosismo.

—Hablando en serio, ¿de dónde eres?

—Ya lo he dicho —respondió con calma—. Sé que es difícil de comprender, o en palabras de Cora Bennett, *difícil de digerir*.

—Eso no es gracioso —dijo ella, odiando profundamente su sentido del humor—. Esa pobre chica está desaparecida, probablemente muerta, ¿y usas su situación para bromear? Eso... eso es bastante bajo.

—No bromeo, lass—dijo él, pareciendo casi triste al revelar esto, lo que pretendía que fuera la verdad—. No están muertas, ni Cora ni Holly, y tampoco Kayla, Eloise o Gabby. Están vivas y bien. Holly está casada con mi pariente, Duncan...

—¡Para! —gritó ella, cubriéndose los oídos como una niña—. Basta. Ya te divertiste, raro.

Se inclinó y agarró el manillar, poniendo la bicicleta en posición vertical, y enfrentó a Graeme MacQuillan, obviamente un tipo seriamente trastornado, con una mirada desaprobadora.

—Que tengas buena vida —dijo y comenzó a alejarse, empujando la bicicleta consigo. Luchó por salir del pequeño canal al costado del camino, teniendo que apoyar los pies firmemente y empujar con fuerza hasta que una mano más grande y fuerte se posó en el centro del manillar y maniobró la bicicleta con facilidad sobre el pavimento.

—¡Déjalo! —gritó Megan, tratando de alcanzarlo, golpeando su mano cuando lo hizo—. No sé cuál es tu juego, pero ya se terminó, no fue divertido y ya se terminó.

Con su mano nuevamente sobre la bicicleta, señaló con la otra por encima del hombro, hacia la siguiente curva cerrada del camino.

—La posada está justo allí y allí nos separamos. Seguramente me oirían gritar si intentaras algo ahora. —Señaló con firmeza—. Y no creas que no llamaré a la policía si te quedas por ahí...

—Megan, si tú quisieras...

—No lo haré —le aseguró con irritación, marchándose para subirse a la bicicleta de nuevo—. Se acabó. Mi primer viaje a Escocia ya fue un desastre. Increíblemente, lograste empeorarlo. Así que gracias por eso. Buen día.

Se subió al asiento.

Graeme trotó hacia delante y detuvo el poco progreso que había hecho a un lado del camino, colocando la rueda delantera entre sus enormes muslos y sujetando el manillar. Su mano izquierda se posó sobre el borde de la de ella.

—No quise alarmarte con historias tontas y sin sentido, lass— dijo con firmeza—. Tuve la misma reacción que tú: una incredulidad escéptica. Sé que es imposible, pero sigue siendo verdad. Esas lasses... están vivas, felices, te lo juro. Pero necesito regresar y necesito que tú...

—No puedo ayudarte —replicó ella—. Te lo dije.

Megan intentó sacárselo de encima, empujando la bicicleta hacia delante contra su tamaño y fuerza, inútilmente, lo cual no le sorprendió.

—Suelta —gruñó entre dientes, más molesta que asustada.

Él suspiró, con su ancho pecho expandiéndose con su propia frustración mal dirigida, pero soltó la bicicleta, sus grandes manos resbalaron del manillar mientras se hacía a un lado.

Megan le lanzó una mirada rápida, decidiendo que su decepción estaba bien actuada. Ciertamente lo parecía; su ceño se relajó, y la resignación tomó el control de sus rasgos atractivos. Una parte de ella se sintió mal por negarle ayuda, aunque sabía que no debía, pues estaba claramente desequilibrado.

—Lo siento —dijo—. Tal vez... no sé... tal vez deberías ir a un hospital.

Él asintió.

—Aye, lo haré —y retrocedió un poco más.

Queriendo echar un último vistazo al atractivo y extraño tipo, tomando un momento para memorizar el exacto tono de sus ojos verdes claros y magnéticos, Megan hizo rodar la bicicleta lentamente hacia adelante, manteniendo la vista fija en él.

Sus ojos realmente tenían un tono de verde notable, claro con motas marrones más oscuras en el centro, aunque no suficiente para llamarlos avellana. Finas líneas se extendían desde las esquinas externas de sus ojos, sin tocar la piel por el sol. Dos líneas más gruesas surgían desde el interior de sus cejas hasta la frente, nacidas de esos ceños que ella ya había visto. Su rostro estaba dividido en luz y sombra. La luz del sol brumoso iluminaba su lado izquierdo, dando brillo a la barba negra y plateada casi negra y a la hermosa textura de su piel rugosa. El lado derecho estaba en sombras, el hueco de su prominente pómulo estaba marcado por un sombreado más oscuro, y su ojo derecho borroso por la sombra.

El estudio de Megan sobre Graeme volvió a agudizarse con alarma cuando todo el color desapareció de su rostro rudo al mirar más allá de ella. Su conciencia se activó, y Megan echó un vistazo atrás para ver otro pequeño sedán tomando la curva a gran velocidad. ¿Qué tenía él con los autos?

Se giró justo cuando Graeme volvió a chocar contra ella. Esta vez no la tumbó de la bicicleta, sino que la abrazó con ambos brazos mientras ella seguía montada. Los torció de manera que su espalda quedara frente al vehículo que se acercaba. Megan no estaba tan

aterrorizada como confundida, apenas podía ver, con la cara enterrada contra su pecho. Sus brazos eran poderosos, su agarre firme pero no aplastante, no del todo desagradable excepto por lo inesperado de su embate. Empujó contra su pecho mientras el auto pasaba zumbando.

Y fue entonces cuando lo sintió: el peligroso y acelerado latido de su corazón y el calor que desprendía, como si de repente estuviera invadido por el miedo. ¿Graeme MacQuillan? ¿Asustado?

Recordando cómo se había palidecido hace un momento, su extraña y exagerada reacción al primer auto que vieron, Megan se sintió tentada a creerle, al menos la parte que decía que nunca había visto un auto antes de hoy.

—Ya se fue —dijo contra su pecho, queriendo tranquilizarlo, actuando como cuidadora—. Todo se fue.

Bajó las manos entre ellos y las rodeó alrededor de su cintura delgada, dándole palmaditas suaves en la espalda.

—Se fue.

Lentamente, rígido, Graeme la soltó, retrocediendo. Pareció modestamente apenado por su reacción exagerada, quizás por haber mostrado miedo cuando ella no lo hizo. Era grande y viril, muy masculino, probablemente acostumbrado a controlarse, posiblemente poco asustado por cualquier cosa.

—¿Por qué truenan como lo hacen con tanta amenaza y luego solo pasan de largo? —preguntó, mirando la carretera, solo su perfil visible para ella, mientras se pasaba una mano por la nuca.

Megan abrió y cerró la boca dos veces, intentando entender la pregunta.

—Porque solo intentan ir del Punto A al Punto B —dijo finalmente—. No buscan hacernos daño—aclaró rápidamente—. Pero sí, uno puede ser atropellado, aunque eso sería un accidente... a menos que tengas enemigos realmente malvados.

—Todo hombre tiene enemigos, lass—afirmó él—. Los míos no tienen coches.

Ella no se había movido desde que la soltó, permaneciendo como estaba, solo con las manos de nuevo en el manillar.

—¿Graeme?

Sus hombros subieron y bajaron con la gran respiración que había tomado antes de girar para enfrentarla. Ya no estaba asustado, pero lo que ella percibía como vergüenza por haberlo estado todavía era evidente. Lo enfrentaba, pero no la miraba a los ojos.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella. No sabía qué la impulsaba, pero tampoco sentía ganas de retractarse de la pregunta o de evitar la inevitable invitación. Francamente, no sabía qué pensar de él. Aparte de su masculinidad y belleza, no encajaba en ninguna categoría de hombre que conociera. Y aun así, de algún modo, creía que no estaba en peligro.

Él la miró ahora, mostrando lo que ella imaginó era esperanza de que ella le creyera y lo ayudara, lo cual no era el caso, ciertamente.

—Aye, tengo hambre —reconoció.

A pesar de todo lo extraño y problemático de él y de su encuentro, Megan sonrió.

—Hambre, sí, yo también. ¿Quieres cenar conmigo en la posada?

Él se palmeó la camisa de lino cerca del lado izquierdo de la cintura antes de responder.

—Aye, me gustaría.

Megan asintió, su sonrisa repentinamente menos genuina, un instante de remordimiento recorriéndola. ¿Cómo le explicaría a Jasmine? ¿Cómo se comportaría en público? Aclarando la garganta, bajó de la bicicleta y la empujó por el camino.

—No falta mucho —dijo, sin estar segura de poder soportar otro viaje sobre el manillar con este extraño que decía ser del siglo XIV. No había odiado el viaje, pero tampoco lo había disfrutado. Demasiado cerca, demasiado íntimo, algo que preferiría no repetir, habiéndose esforzado por no quedarse mirando fijamente, habiendo notado sus frecuentes y curiosas observaciones sobre ella.

—Sugeriría dejar la espada afuera cuando entremos a la posada —dijo mientras él se colocaba a su lado. Se mantuvieron al costado del camino y Megan no sabía qué pensar cuando él se movió deliberadamente para caminar a su izquierda, entre ella y

cualquier automóvil que viniera en sentido contrario. A pesar del miedo que había mostrado hacia los autos, estaba intentando protegerla.

—¿Es territorio hostil, entonces? —Supuso él—. ¿Todas las armas afuera?

—Eh, bueno, no estoy segura de eso —dijo, esforzándose de nuevo por entender todas las cosas que él no comprendía, sin mencionar el porqué o el cómo de todo eso—. Es solo que tu espada parece auténtica, y la gente podría fruncir el ceño al cenar al lado de un hombre de tu estatura, empuñando una espada ancha en el restaurante de la posada.

Se preguntó por un instante si él estaría riéndose por dentro de ella, porque cada vez que le había explicado algo que evidentemente debería saber, bicicletas, autos, la etiqueta correcta con la espada, no se sorprendería si simplemente la estuviera fastidiando con su papel de cavernícola, si todo fuera solo una gran broma, aunque todavía no estaba segura de que alguien pudiera haber fingido con éxito el terror en su mirada al ver el auto doblar la curva hace unos momentos.

—No voy a renunciar a mi espada, lass—juró él—. No diste un apellido, lass. ¿Quiénes son tus familiares?

Aunque estaba bastante segura de que había cambiado de tema porque no tenía intención de entregar su espada ni de discutir sobre eso, claramente eso no era debatible, pero tal vez la mujer seria y sin tonterías, Janet McLaren, detrás del pequeño escritorio del negocio familiar, tendría más suerte haciéndolo desprenderse de lo que Megan estaba segura era solo una extraña afectación, respondió a su pregunta de todos modos.

—Bueno, no tengo familia aquí —dijo. Aquí, o en cualquier lugar, pensó—. Soy de Estados Unidos, como mencioné, y solo estoy vacacionando aquí.

—¿Va-ca-cio-nan-do? —preguntó él, repitiendo la palabra como si nunca la hubiera oído antes.

Ah, pero esto era el Reino Unido.

—Estoy de vacaciones —dijo ella en cambio—. Y mi apellido es West.

—Es una dirección, oeste en inglés —fue su respuesta.

—Sí, pero también es un apellido.

Caminaron en silencio los siguientes cientos de metros, Megan consciente del constante giro de cabeza de él o de cómo su mano derecha permanecía lista sobre el mango de su espada, como si estuviera acostumbrado a desenfundarla ante cualquier peligro percibido.

El camino era estrecho, relativamente, considerando los estándares americanos de ella, y estaba flanqueado a ambos lados por acantilados bajos y escarpados cubiertos de vegetación y una variedad de árboles, todos igualmente verdes en pleno verano. Los acantilados descendían gradualmente mientras caminaban y pronto el lago y el camino de entrada del Lodge of the Loch aparecieron a su derecha.

La posada era tan poco impresionante por fuera como acogedora y encantadora por dentro. El exterior tenía una forma extraña, el techo del amplio edificio de dos pisos de tablones blancos no tenía punta, sino que estaba invertido, con un perfil en forma de V. Había una gran estructura tipo granero muy cerca del hotel, con la pintura azul desgastada, astillada y descascarada. El estacionamiento era amplio, pero mucho más inclinado que el camino y más de grava que pavimento. Un gran contenedor estaba al final del camino de entrada, sugiriendo que se hacían trabajos en el lugar, aunque Megan no había visto evidencia de esto. Contó seis autos en el estacionamiento y gimió internamente al ver a Jasmine caminar de un lado a otro frente a la entrada cerca del pequeño porche cubierto.

—Aquí es donde me hospedo —dijo a Graeme al girar hacia el patio de la posada.

Su ceño fruncido, parecía tener pocas otras expresiones, mostraba confusión al observar toda la propiedad, especialmente los autos estacionados tan benignamente. Cuando ella apartó la vista de Graeme, Jasmine la vio, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Corrió hacia ellos antes de que llegaran demasiado dentro del camino de entrada.

—¡Oh, Megan! —gritó estando aún a seis metros de distancia—. ¿Dónde has estado? ¡Has estado desaparecida durante horas! —Le dio un ligero golpe en el hombro con el dorso de la mano al alcanzarla—. ¡Me asustaste muchísimo!

—Lo siento por eso. Eh... tuve un pequeño problema con la bicicleta —dijo, señalando la bicicleta, con su rueda no perfectamente redonda y aún con terrones de tierra en varias partes del marco, mientras hierba y más tierra se adherían a algunos radios—. ¿Llamó Kyle? —preguntó, intentando distraerla.

—No —se quejó Jasmine, frunciendo los labios—. Pero lo hará. Y le voy a dar una buena reprimenda cuando lo haga... Megan, ¿quién es este tipo?

—Oh, lo siento —murmuró ella, girándose hacia Graeme, que miraba ferozmente a Jasmine, particularmente su cabello teñido de rojo, atado en una coleta, y la manga de tatuajes, visible porque llevaba solo una camiseta sin mangas y pantalones deportivos—. Este es Graeme MacQuillan. Él... me ayudó con la bicicleta. Graeme, esta es mi amiga, Jasmine.

Él inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y entrecerró los ojos mientras la examinaba meticulosamente. A Jasmine, Megan dijo:

—Pensé en devolverle el favor invitándolo a cenar con nosotras. Espero que no te importe... ¿o no vas al restaurante y sigues esperando a que Kyle llame?

Jasmine, quien a veces Megan creía que se consideraba irresistible, le devolvió a Graeme una evaluación muy minuciosa y nada sutil, mirándolo de pies a cabeza.

—Sí, no quiero perderme esto, así que sí, cenaré contigo —dijo, inclinando la cabeza y mostrando su mejor sonrisa, bastante impresionante. Jasmine era hermosa, pero parecía tener poco efecto en Graeme.

Megan se mordió el labio, preocupada por algunas de las cosas extrañas que Graeme decía o las preguntas que hacía, esperando que no dijera nada demasiado raro frente a Jasmine. Pero ya era demasiado tarde; la idea de la cena se acercaba, y ahora parecía no ser de sus mejores ideas haber invitado a Graeme.

Empujó la bicicleta hasta donde esperaba el portabicicletas, sabiendo que tendría que confesar los varios incidentes con ella a la mujer detrás del escritorio, quien era la dueña del hotel, o mejor dicho, la matrona, como se había presentado. La puerta principal se abrió y Megan giró rápidamente, preocupada de que Janet McLaren hubiera visto la bicicleta casi destrozada desde la ventana y viniera a regañarla. Pero solo eran cuatro chicos, claramente huéspedes, saliendo, posiblemente para salir por la noche. Su preocupación disminuyó, y Megan siguió adelante, colocando la bicicleta en el portabicicletas.

—Necesito lavarme un poco —dijo, aunque no pensaba que tendría tiempo para una ducha, o más bien, no estaba segura de poder o de si debía dejar a Graeme solo tanto tiempo. Estaba a punto de pedirle a Jasmine que lo acompañara aquí afuera, pero supuso que sería de mala educación no invitarlo a entrar al baño—. ¿Necesitas usar el baño? —preguntó, desviando su mirada de los cuatro chicos que ahora se subían a un sedán de cuatro puertas. Ante la expresión vacía de Graeme, decidió por él—. Por aquí —dijo, invitándolo a entrar con un gesto de la mano.

—Sigán adelante —dijo Jasmine, caminando con ellos—. Tú y tu... amigo. Yo pasaré por el escritorio y les avisaré que seremos tres para la cena, no dos.

—Gracias —dijo Megan, y luego se dirigió a Graeme nuevamente—. Tú y yo podemos ir directamente al piso de arriba. —Y ojalá nadie comente sobre el hombre extrañamente vestido que lleva una espada. Sospechaba que había menos posibilidades de que su presencia pasara completamente desapercibida. Graeme MacQuillan llamaría la atención en cualquier lugar y en cualquier momento, y no solo por su extraño atuendo y enorme arma.

El escritorio principal no estaba directamente frente a la entrada; no era lo primero que uno encontraba al entrar, sino que se accedía por una puerta a la izquierda. La escalera al segundo piso estaba inmediatamente dentro de la entrada, y Megan subió de inmediato, girando solo una vez para asegurarse de que Graeme la seguía. Todavía llevaba ese ceño confundido, con la mirada moviéndose por todo el vestíbulo y posiblemente hacia la oficina

frontal donde Jasmine había ido, con la puerta siempre abierta. Megan continuó subiendo, suponiendo que no tenía que preocuparse de que él mirara su trasero mientras caminaba delante de él. No es que no hubiera tenido asiento de primera fila mientras ella montaba la bicicleta.

Sacó del estuche de su celular la tarjeta llave de la pequeña suite que compartía con Jasmine y la usó para abrir la puerta, que empujó, quedándose cerca e invitando a Graeme a entrar. Él entró con cautela, diría ella, sus ojos verdes se mostraron desconcertados al mirar la cerradura de la puerta y luego el interior, aumentando su aparente desconcierto al detenerse justo dentro, donde estaba la puerta del baño.

Temerosa de que Jasmine hubiera dejado un desastre y sabiendo que sus propios artículos de tocador ocupaban gran parte del pequeño tocador, Megan cerró la puerta de la suite y se quedó junto a Graeme, mirando dentro del baño también. Nada parecía fuera de lugar o incómodo; no había ropa interior ni toallas esparcidas por el suelo y el inodoro mostraba solo agua limpia.

Su expresión era tan creíblemente de total desconcierto que Megan se quedó momentáneamente sin palabras. Lo observó fijamente, no inmune al efecto que la luz brillante del baño tenía sobre sus ojos verdes.

—¿Qué... qué tienes? —preguntó él con vacilación.

—Es... es un baño —dijo, entrando en la habitación, corriendo la cortina de la ducha antes de ir al lavabo y abrir la canilla—. Uno bastante normal, con lo básico: inodoro, ducha, lavabo. —Levantó y bajó la tapa del inodoro y luego se volvió hacia él con un encogimiento de hombros.

Posiblemente él no la escuchó, porque estaba, o parecía estar, aturdido por el agua corriendo. Entró y se acercó al lavabo, con su ceño agudizándose en una expresión feroz de profunda sospecha. Su mano se apretó alrededor de la empuñadura de su espada.

Con la intención de disminuir su inexplicable incomodidad, Megan se puso a su lado en el lavabo y pasó la mano bajo el agua de un lado a otro.

—Solo es agua —dijo—. Un poco demasiado caliente. —
Movi6 la manija hacia la derecha y volvi6 a probar. Mejor.

Alz6 la vista hacia Graeme y lo encontr6 absorto ahora en el espejo, un peque1o rect6ngulo de marco r6stico. Su mirada estaba fija en ella a trav6s del reflejo, su asombro imposible de ignorar y a1n m6s dif6cil de comprender.

Ella inspeccion6 sus reflejos y se pregunt6 si 6l ser6a en realidad m6s alto que su c6culo anterior de un metro ochenta y ocho o noventa. Ella med6a un metro sesenta y siete, tal vez un poco m6s con sus zapatillas de correr, y 6l parec6a m6s de quince cent6metros m6s alto. Y mientras todo su cuerpo cab6a en el espejo desde su 6ngulo, solo la mitad de 6l aparec6a reflejada, sus hombros imposiblemente anchos y el pliegue de su manta a cuadros no alcanzaban a verse completos.

Mientras 6l se quedaba boquiabierto mir6ndola, o mirando el espejo en s6, Megan pens6 m6s en su expresi6n de sorpresa, consider6ndola desconcertante pero, en su opini6n, una reacci6n honesta, lo que planteaba la pregunta:

—¿Nunca has visto un ba11o antes?

6l neg6 con la cabeza y se dio vuelta.

—¿Qu6 es eso? —pregunt6, se11alando la ducha.

Megan le mostr6 la canilla all6 tambi6n, encendiendo una lluvia desde la alcachofa sobre su cabeza.

—Es una ducha. Ya sabes, donde te quitas la ropa y te lavas.

—No lo entiendo —dijo 6l en voz baja—. ¿Y eso? —Se11al6 otra vez.

—El inodoro —le inform6 ella, aparentemente la primera persona que lo hac6a.

—¿Y qu6 haces ah6 dentro?

Megan sonri6.

—No adentro, claro, sino encima. Te sientas. O te paras. Los chicos se paran, obviamente.

No era tan obvio, dec6a su expresi6n. Inclini6 la cabeza y se agach6 para mirarlo con duda.

—¿Pero qu6 prop6sito cumple?

—Bueno, tú... eh, lo usas —dijo ella, poco convincente—. Tú, eh... te alivias. —Sus mejillas se encendieron en mil tonos de rosa, estaba segura, cuando él se enderezó y la miró—. ¿Orinar? —dijo, preguntándose si esa palabra le resultaría familiar—. O... lo otro... ya sabes... más... cosas. Ay. No puedo creer que esté teniendo esta conversación.

No podía saber si él todavía no entendía para qué servía o si simplemente dudaba de la verdad mientras miraba fijamente de nuevo el agua en el fondo del inodoro.

—Está bien —dijo Megan con rigidez—. Sigamos. —Se detuvo en la puerta del baño—. Perdón. A menos que necesites usarlo.

Él negó lentamente con la cabeza, como si no estuviera del todo seguro.

—Bueno —dijo Megan, entrando en la habitación, que tenía dos camas queen y un pequeño rincón con una mesa y dos sillas junto a las ventanas que daban al lago—. Puedes... ¿te importa quedarte aquí mientras me lavo la cara y me cambio? Jasmine debería volver en cualquier momento.

—¿Es una guerrera, tu amiga? —preguntó él.

—¿Qué? ¿Jasmine? ¿Por qué... ah, quieres decir como una chica dura? Supongo. Lo aparenta, al menos. —Con sus brazos tonificados, su cabello teñido de colores brillantes y los tatuajes, probablemente la gente la confundía con alguien ruda, cuando en realidad era bastante blanda y, como había descubierto en los últimos días, bastante quejumbrosa también.

—Las pinturas en su piel la marcan como guerrera.

—Eh —dijo Megan, chasqueando los labios—, no, no es guerrera en ese sentido. No tiene una espada, si es lo que piensas. —Al menos, ella no creía que tuviera.

Él asintió y de inmediato se acercó a la gran ventana, quedándose mirando afuera.

Megan habría preferido, y ciertamente sentía que necesitaba, una buena siesta reparadora, pero sabía que no era posible ahora. Justo cuando volvía a acercarse al baño, Jasmine reapareció, el sonido del seguro de la puerta alertándola de su regreso.

Los ojos de Jasmine casi pasaron de largo a Megan, fijándose primero en la silueta ancha junto a la ventana. Cuando por fin miró a Megan, abrió mucho los ojos y levantó ambas manos, preguntando en silencio, y si Megan la conocía, y la conocía, *¿Qué demonios? ¿Quién es este tipo, en serio?*

Megan articuló un *"Te lo contaré después"*, pero no esperó la respuesta de Jasmine antes de preguntar con un tono suplicante, odiando ser tan molesta:

—¿Puedo pedirte prestado otro conjunto para la cena?

La única ventaja de este viaje, o más bien de que Jasmine fuera su compañera, era que la mujer había empacado como si se mudara a Escocia para siempre, y ambas usaban la misma talla.

—Claro. Yo iba a ponerme un vestido de verano —dijo Jasmine, cuya menuda y curvilínea figura y piernas torneadas eran la envidia de muchas—. ¿Quieres uno también?

—Seguro. Gracias. Solo tíralo aquí —dijo Megan antes de entrar al baño y cerrar la puerta. Se quedó un momento con la espalda apoyada contra la madera, las manos detrás, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Qué demonios, en serio.

Pero luego escuchó la voz apagada de Jasmine, seguramente intentando conversar con el poco hablador Graeme MacQuillan, y Megan se apartó de la puerta, considerando imprudente dejarlo mucho tiempo sin supervisión. Se lavó la cara, se cepilló los dientes y se puso desodorante nuevo, ya en ropa interior. Cuando se estaba peinando, Jasmine volvió, golpeando suavemente, diciendo que tenía el vestido.

Megan apenas abrió la puerta, ya que estaba desvestida, y murmuró un agradecimiento antes de cerrarla de nuevo de inmediato, sin querer ponerse a hablar en susurros en ese momento.

El vestido, una vez puesto, le quedaba bien en todo excepto en el pecho. Megan no estaba precisamente bien dotada. Mientras que Jasmine, pequeña y curvilínea, llenaría perfectamente el corpiño, Megan era esbelta y delgada, y solo soñaba con un talle C. La tela estampada en turquesa y rojo le quedaba floja en el escote. Ugh. Ató el cinturón de tela trenzada a juego, sabiendo que no podía

hacer mucho más al respecto. Se tomó cinco minutos más para usar el rizador, ponerse bronceador, rímel y brillo labial.

Dedicó solo treinta segundos más a ordenar el baño antes de salir.

—Mi turno —dijo Jasmine, casi aliviada de verla. Tenía una expresión parecida a la de diez minutos antes, pero esta vez, al pasar junto a Megan, había más negatividad en ella, como si quisiera preguntar con mayor gravedad: *¿Qué demonios?*

Graeme seguía junto a la ventana, con los pies firmes y los brazos cruzados, ahora con un aire más relajado. Pero en cuanto Megan se acercó, la tranquilidad desapareció, sus ojos verdes se posaron en ella y la recorrieron de arriba abajo, su desaprobación feroz y absoluta.

—¡Maldita sea! ¿Qué estás...? ¡Maldita sea, Megan! —bufó otra vez.

Ese, sin duda, era su ceño más severo hasta ahora. Megan sintió cada centímetro de su piel arder de vergüenza. Más ridículo aún, su nariz se le calentó y las lágrimas amenazaron con brotar. No se había arreglado con ninguna intención de impresionarlo. Había hecho lo básico, *siempre la misma, siempre la misma*, Jasmine la había molestado más de una vez. Mortificada, se cubrió el escote del vestido cruzado con la mano abierta.

Atónita, bajó la vista a su vestido de mangas con volados, escote en V y ruedo con volantes. Nada parecía fuera de lugar. Ciertamente, nunca sería considerada una belleza deslumbrante, pero sabía que no era fea, ciertamente no para merecer una reacción tan intensa.

Enderezando la barbilla, tragándose las lágrimas y reavivada por la furia, Megan anunció:

—Pues acabas de convertirte oficialmente en la persona más grosera que he conocido. —Se volvió hacia la puerta, dispuesta a mostrarle la salida—. Siento que hoy fui más allá de cualquier amabilidad que se hubiera esperado de mí —dijo acalorada, con su enojo en niveles épicos—, más aún cuando tú no has hecho más que comportarte como un cavernícola, atacándome, tirándome de la bicicleta no una sino dos veces, hablando como un loco todo el

tiempo y ahora... ahora esto. —Abrió la puerta y se volvió hacia él—. Así que terminé. Pero te agradezco: tu grosería injustificada e imperdonable probablemente acaba de ahorrarme un dolor de cabeza aún mayor. Que tengas un buen día.

—Megan —empezó él, sin verse tan arrepentido como debería, aún con gesto de fastidio—, no puedes ir... a ninguna parte vestida así. —Sus largas zancadas lo llevaron rápido al otro lado de la habitación—. ¿Por qué expones tu carne a ojos hambrientos? ¿Por qué...?

Su siguiente pregunta fue interrumpida por la puerta del baño que se abrió, casi directamente a su lado.

Jasmine apareció, mucho más ligera de ropa que Megan, con un vestido ajustado, sin mangas, de escote profundo y escandalosamente corto, de un fucsia brillante.

Graeme se quedó boquiabierto y luego lanzó una mirada rápida entre Jasmine y Megan.

—Och, mierda —dijo entonces, golpeándose la frente con la palma—. ¿Es un burdel, aye? —aventuró, girando el brazo y la cabeza hacia el interior de la habitación, donde había dos camas.

—¿Un burdel? —preguntó Jasmine.

Graeme frunció el ceño.

—Eh, prostíbulo, sé que es la palabra.

La boca de Megan se abrió de par en par con asombro. La reacción de Jasmine no fue muy distinta.

Jasmine se recuperó primero. Menos indignada de lo que estaba divertida, apoyó una mano en el fornido bíceps de Graeme para sostenerse mientras se ponía las sandalias de tacón con tiras.

—Tío —rio—, ¿en serio? No estás ganando puntos aquí, créeme. Y la espada tiene que quedarse. Quiero decir, me encanta, por todas las miradas que atraerá en el restaurante, pero no, no está bien llevar armas a cenar.

Con las sandalias ya bien abrochadas, se enderezó y se inclinó hacia Graeme, llevando la mano cerca de su boca como si fuera a contarle un secreto, aunque no bajó la voz cuando dijo:

—Mucho mejor que llamarnos putas, pero igual no está bien.

Con eso se giró hacia Megan y salió por la puerta, diciendo al pasar:

—Iré a conseguirnos una mesa. Ustedes dos aclaren su pelea antes de la cena, por favor y gracias.

Megan tragó saliva, odiando de verdad que le doliera más que nada la reacción de Graeme al verla cambiada. Cristo, ¿había querido que la encontrara atractiva? Parpadeó y se volvió hacia el pasillo, por donde había desaparecido Jasmine.

Graeme la estaba mirando con ferocidad, y el ceño fruncido. Megan estaba bastante segura de que tenía los dientes apretados. Carraspeó.

—No creo que necesitemos molestarnos en aclarar nada. Mejor... llamémoslo empate y sigamos caminos distintos.

—Nae —dijo él, negando con la cabeza y dando un paso hacia ella—. Aún te necesito.

—Ese no es —bajó la mirada—, y nunca fue, mi problema.

—Te pido disculpas por mi arrebató, por haberte ofendido, lass.

Alzó la vista justo a tiempo para ver sus ojos verdes recorrerla otra vez de arriba abajo. Creyó reconocer ahora lo que su furia había ocultado antes: una franca apreciación masculina, y un cosquilleo le recorrió la espalda en respuesta. Pero contuvo la respiración mientras el pecho de Graeme parecía agitarse un poco. Su mandíbula seguía apretada, y ella aún no sabía qué pensar de eso.

—Las... lasses, en mi tiempo, no se vestían para... provocar como lo haces tú.

El breve embrujo de su mirada admirativa se desvaneció rápido con esas palabras.

Una risa amarga escapó de Megan.

—Ah, cierto. Tu tiempo. El siglo XIV. —Ridículo, la mera idea, pero también una explicación perfecta para su constante sorpresa ante tantas cosas modernas, grandes y pequeñas.

—Sé que suena inverosímil —dijo él—, pero sigue siendo la verdad.

—Yo no me visto para provocar... atención masculina, supongo que quieres decir —respondió, intentando sonar firme pero fallando, su voz quedó pequeña—. Me visto para sentirme bonita. Y esta semana, estoy obligada a usar la ropa de Jasmine porque el aeropuerto perdió mi equipaje. —Apretó los labios, enfadada consigo misma. Lo había hecho a propósito, había cambiado de tema para evitar que él siguiera con su disparate de viajes en el tiempo y no se incriminara como alguien mentalmente desequilibrado. Él seguía siendo un tanto intimidante, aún sin explicación en gran parte, pero también terriblemente magnético, y Megan se sentía como un trozo de metal incapaz de escapar de su atracción.

Graeme sostuvo su mirada con sus asombrosos ojos verdes cuando dijo:

—Sé que no necesitas vestidos, ni siquiera uno como este, para ser bonita. Simplemente lo eres.

—¿Como prostituta, quieres decir?

Él hizo una mueca acorde y le mostró su primera sonrisa. Era tan perezosa como juvenil, y no tan arrepentida. También era preciosa, seductoramente preciosa, como todo en él.

—Normalmente no soy tan torpe —dijo—. Ni tan torpe con las palabras. Te pido disculpas, Megan. ¿Me permitirás acompañarte a cenar?

La parte de ella que se sentía seducida por su sonrisa, por su disculpa y por su opinión casual de que la encontraba bonita, asintió con ganas. Megan le ofreció una sonrisa tímida.

—De nuevo, sé que no tiene sentido —continuó él—, pero ¿me harías el favor de fingir, como si me creyeras, que no soy de este tiempo?

Megan asintió con rigidez.

—Muy bien. Entonces, por favor muéstrame cómo funciona esto... estas cosas aquí dentro de esta cámara, el baño, dijiste que era.

Sus ojos se agrandaron.

—Eh... te diré cómo funcionan. Pero no te lo mostraré.

—Justo, lass.

CAPÍTULO CUATRO

Diez minutos después, Graeme y Megan bajaron las escaleras, su peculiar calzado, no muy diferente del de su amiga por la curiosa suela con un largo tallo adherido, golpeando de manera constante los tablones de madera del piso.

Al parecer, él parecía en control de sus emociones, parecía un hombre sin preocupaciones en el mundo. No era así. Pocas habían sido las batallas que no le hubieran causado conflictos y distintos grados de desarmonía, pero nunca había experimentado una sensación tan constante e inquietante de fatalidad, conociendo un cierto temor de que, aunque la situación no era inmutable, no sabía cómo corregir la injusticia hecha en su contra. Y en ese momento le dolía la cabeza, cuya causa seguramente se debía a su irritabilidad por su propia falta de control, por lo poco que entendía de la vida en esta época. La pérdida de control era el elemento más molesto de esta circunstancia; el control era vital.

Forzó a sus nervios y músculos a relajarse mientras seguía a Megan hacia el comedor.

A pesar de su incomodidad, todavía estaba maravillado con el garderober donde se había lavado, con el agua que aparecía de manera tan mágica y el jabón que había usado, que se extraía de un frasco, con una consistencia similar a la miel. Ni siquiera le molestaba que sus manos y rostro ahora olieran a algún dulce preparado floral, tan misteriosa era toda la experiencia, los paños ofrecidos por la posada siendo los más finos y suaves que jamás habían tocado su piel.

Solo dejó su espada en su habitación después de que Megan le aseguró que no tendría necesidad de ella, que de hecho podría causar más problemas de los que podría evitar. Pasar unos minutos

acomodando los pliegues y la disposición de su tartán le dio un pequeño sentido de normalidad.

Se había resistido a la idea misma, ¿qué era un hombre sin su espada?, pero había cedido ante su mayor conocimiento de lo que era aceptable y lo que no lo era.

—Te lo juro, Graeme —le había dicho, usando sus hipnotizantes ojos azules con gran efecto mientras lo miraba hacia arriba—, no tendrás necesidad de ella, ni de ninguna arma, de hecho.

Su seguridad, junto con la ligera distracción que era su atuendo, logró persuadirlo. Bien, no era ligera; qué cautivadora resultaba su figura en el vestido corto y poco modesto, que mostraba tanto de su cálida piel color arena. Su piel no podía ser tan suave como el terciopelo más fino, pero maldita sea si no parecía serlo. La prenda era peculiar, tan cargada de patrones, pero Graeme no había mirado el vestido cuando ella apareció ante él. Desde el principio supo que era bonita, pero su hermosura era distinta en esa prenda. Era como si de repente hubiera sentido lo atractiva que era, como si algo despertara a la conciencia en su cabeza, corazón y estómago. Había visto y tocado muchas mujeres hermosas en su tiempo, pero nunca había sufrido una reacción como la que tuvo con Megan. Entonces se obligó a recordar que iba de regreso a su tiempo. No podía, ¡no debía!, demorarse solo para estar cerca de ella, tan cerca de su piel suave, sus ojos luminosos y sus labios tan tentadores.

Ella era, como había señalado, más amable de lo necesario, considerando todo lo que él le había hecho pasar, no menos el haber asumido brevemente que ella y su amiga eran prostitutas.

Era demasiado pronto para que se hubiera acostumbrado al interior de la posada, las cajas cuadradas que servían como habitaciones, el baño como lo llamaba Megan y todo su misterio, las paredes perfectamente lisas, algunas decoradas con lo que parecía pergamino en relieve con un patrón repetitivo de flores mal dibujadas. Sentía como si su cabeza estuviera en una pica, girando a izquierda y derecha para captar todo lo que le intrigaba y desconcertaba: la artesanía experta de los moldes de madera;

ventanas con cristal muy claro; y las velas de esta época, que Megan le había mostrado se encendían o apagaban solo levantando o bajando lo que ella llamaba un *interruptor*, entre muchas otras cosas.

Megan se acercó a una mujer que estaba detrás de una extraña caja de madera, equipada con una de esas peculiares velas, encorvada sobre el púlpito y cubierta por un semicírculo de oro. La mujer, cuyos brazos también estaban descubiertos, arqueó una ceja ante Megan antes de lanzar una mirada crítica a Graeme. Él no estaba más impresionado con ella y sus cejas que parecían pintadas, haciéndola parecer perpetuamente sorprendida, de lo que ella estaba con él, y se lo hizo saber estrechando los ojos, lo que agrandó los de ella.

—Estamos aquí para ver a Jasmine Lane —dijo Megan—. Tenemos la habitación 203.

—Sí —dijo la mujer—. Por aquí, por favor.

Megan sonrió brevemente a Graeme y luego procedió a seguir a la mujer por un pasillo cuadrado hacia un enorme comedor.

Siguiendo detrás, los pasos de Graeme vacilaron un poco. El tamaño de la sala lo asombraba tanto como lo que contenía. Había numerosas mesas, más de veinte quizás, aunque eran cuadradas y no largas, la mayoría ocupadas, cada una cubierta con un preciado mantel blanco. Justo a su derecha había una estructura de madera brillante con una tubería dorada en la parte inferior. Frente a esta curiosidad había una docena de taburetes de cuatro patas, pero más altos que cualquiera que hubiera visto. Detrás de esa estructura de madera, una mujer servía bebidas de botellas de vidrio, cientos de ellas alineadas en la pared, brillando bajo las velas que parecían insertadas en el techo.

—¿Graeme?

Cerró la boca de golpe y miró a Megan, una vez más desconcertado por todo lo que le era desconocido. Su pequeña tranquilidad solo existía gracias a Megan, su presencia y su completa *falta* de asombro ante todo lo que lo inundaba de maravilla y sorpresa.

Tal vez ella percibía el revuelo interior en él. Se detuvo y lo miró, pero ahora acertó la distancia entre ellos, sin seguir a la mujer eternamente sorprendida.

—Vamos —dijo—. Jasmine está allí atrás.

Le levantó la mano como si fuera a tomar la suya, aunque no llegó tan lejos, no la tocó.

Graeme apretó su mano en un puño y asintió rígidamente:

—Sí.

Su recompensa fue otro destello de su cautivadora sonrisa.

Se unieron a Jasmine en una mesa cubierta con mantel en la parte trasera del salón.

—Pensé que se habían olvidado de mí —dijo la pelirroja.

La mesa estaba cerca de una columna entre dos ventanas enormes. Megan se sentó con la espalda hacia la ventana, como Jasmine.

—No, lass—dijo él—. Tomaré ese asiento.

—Oh —dijo Megan, pareciendo sorprendida, no molesta—. Está bien.

Esperó a que ella se sentara antes de ocupar la silla acolchada con respaldo metálico entre las dos chicas. Jasmine le sonrió, levantando un lado de la boca. Graeme prestó atención al salón, no a ella. Había nacido en el siglo XIII, no ayer, y entendió de inmediato que Jasmine podría creer que había pedido ese asiento a Megan solo para estar cerca de ella.

—¿Bebes whisky, Graeme? —preguntó Jasmine—. Eres escocés, debes hacerlo —adivinó—. Por favor, no me decepciones pidiendo alguna bebida frívola.

—Sí, una vez me recuperé de un golpe de espada en el hombro en la Abadía de Lindores con los monjes tironenses. Tenían una destilería decente...

—Espera —interrumpió Jasmine, negando con la cabeza y apoyando la mano en la mesa—. ¿Un golpe de espada en el hombro?

Graeme asintió.

—Sí. No fue durante una batalla importante, sino en una pequeña escaramuza con...

—Muy divertido —lo interrumpió—. Por un momento pensé que hablabas en serio. Pero hemos establecido que bebes whisky. Iba a probar un Glendronach o un Glenfarclas. —Consultó de cerca un rígido pergamino a la luz tenue—. Describen el segundo como una bebida cítrica y chocolatosa. Suena a mi tipo de alcohol. ¿Cuál recomiendas?

Ella lo miró esperanzada y luego fue distraída por un pequeño dispositivo negro en la mesa cerca de su codo, que cobró vida, zumbando ligeramente mientras la pantalla iluminaba su rostro muy cerca del de un chico de ojos somnolientos. Jasmine tomó el dispositivo y le dijo a Megan:

—Te dije que llamaría.

Luego sacó la lengua y se levantó de la silla.

—Lo llevaré a la habitación —dijo mientras se alejaba, acercando el dispositivo a su oído y hablando con voz menos entusiasta—. Estoy de vacaciones. Te dije que lo discutiríamos cuando llegara a casa.

Graeme miró a Megan, quien encogió los hombros y murmuró:

—Problemas de chicos.

Justo entonces, un joven vestido de negro se acercó a la mesa, sonriendo ampliamente.

—Hola, soy Adam —dijo, aplaudiendo las manos—. Seré su camarero esta noche. —Aunque su cabello era corto alrededor del cuello, caía bajo sobre la frente, casi cubriéndole los ojos. Sacudió la cabeza, levantando los mechones, y preguntó—: ¿Puedo traerles algo de la barra?

Su sonrisa permaneció, pero pareció desvanecerse un momento al mirar la túnica de Graeme.

Megan lanzó una rápida mirada a Graeme, posiblemente pensando que no comprendía lo que el joven ofrecía, y sonrió abiertamente al camarero:

—Sí, tomaré el cóctel Drunken Berry.

Se volvió hacia Graeme:

—Solo whisky, ¿verdad?

Cuando él asintió, informó al camarero:

—Mi amigo tomará un Macallan 18, solo. Gracias.

—Muy bien —dijo el camarero, entrelazando firmemente las manos—. Los traeré enseguida.

—No es un banquete —comentó Graeme.

—¿Un banquete? Oh, no, no tienen buffet. Pedimos individualmente, cada mesa. Tienen buffet de desayuno todos los días, eso lo sé, pero no veo nada en el menú sobre eso —hizo una pausa mientras revisaba el objeto y levantó sus ojos azules hacia Graeme—. Ni siquiera has mirado el menú.

—¿Necesito hacerlo?

—Bueno... ¿cómo decidirías qué pedir si no miras el menú? —masticó el interior de la mejilla y consideró su desinterés en el tema—. ¿Quieres que pida por ti? —ofreció Megan—. ¿Decirle al camarero qué quieres para cenar? Pareces un tipo de carne y papas.

Graeme asintió, su mirada distraída brevemente por las demás personas en el concurrido salón. Varios de ellos prestaban gran atención a dispositivos similares al que había hecho que Jasmine se alejara. La mayoría de las mesas estaban ocupadas solo por dos personas. Aún no entendía su manera de vestir. Los hombres llevaban calzones cortos que mostraban la mitad de sus piernas. Algunas mujeres usaban vestidos similares al de Megan, revelando demasiada piel; otras también llevaban calzones cortos o prendas más modestas que cubrían las piernas casi hasta los tobillos. Una mujer al otro lado de la sala, frente a Graeme, tenía el rostro pintado de manera tan ridícula que imaginó que era parecido a lo que William Wallace había observado sobre las damas pintadas de Francia, el maquillaje usado tanto en burdeles como por quienes asistían regularmente a la corte francesa.

—Ciertamente tienes el aspecto adecuado —dijo Megan, con un ligero tono de nerviosismo en su voz, atrayendo su mirada de nuevo hacia ella—. Quiero decir, considerando cómo estás vestido y el hecho de que llevas una espada, sumado a la admiración que parece que sientes por todo a tu alrededor, aún no sé si eso es genuino o no, uno podría adivinar que realmente eres de otra época.

Enfatizó "*podría*" como si aún le costara considerar la posibilidad de que fuera real.

Graeme apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos frente a él sobre una mesa elaboradamente puesta, con utensilios de plata brillantes y servilletas de tela verde bosque. Inclino la cabeza hacia Megan.

—A menos que lo veas con tus propios ojos, sé que no hay manera de creerlo realmente. Pero, ¿qué motivo tendría para mentir? No me sirve de nada. Llevaba a Holly, dijiste que la conoces como Holly Wright, a Newburn bajo órdenes de su marido, Duncan MacQuillan. Ya conozco a Lucas Thain de Newburn y a su esposa, Cora, ella lleva... —hizo una pausa, levantando una mano hacia su rostro—, algún extraño adorno en los ojos. Conozco a Michael MacClellan de nuestro tiempo con Wallace hace años, pero apenas el otro día me presentaron a su esposa, Kayla. Había otro laird presente, Aedan Cameron, con su esposa Gabby.

Ella inclino la cabeza, mostrándole una expresión que decía que no apreciaba para nada que le sirvieran lo que suponía eran más mentiras.

—Lo sé, es poco creíble —reconoció Graeme—. Pero estaban allí. Y Holly reconoció de inmediato lo que Cora llevaba en la cara, algo que no habíamos visto en nuestro tiempo. Y ellas, las esposas, decían venir de lugares que nunca había oído mencionar —Kansas, Pen... Penn-cil... no recuerdo exactamente. Pero hablaban, como tú, de *los Estados Unidos*. Y Holly lloró, su alivio era palpable, sabes, al descubrir que no estaba sola en su viaje.

Había algo curiosamente encantador en la manera en que se mordía el labio entonces, un pequeño titubeo, como si quisiera creerle, pero lo encontrara tan improbable como realmente era.

—Dijiste que Holly se había casado con tu primo, ¿Duncan? Entonces, ¿por qué la llevabas a ese lugar? ¿Newburn?

Graeme suspiró, recordando la tragedia.

—Holly se casó con Duncan bajo falsos pretextos. Según entiendo, cuando llegó a nuestro tiempo, fue acogida por los MacHeth, nuestro vecino más cercano y enemigo más molesto. Para garantizar la paz, Duncan había planeado casarse con la hija de los MacHeth, Ceri. Pero, como supimos poco después, Ceri había muerto dos semanas antes de la boda y los MacHeth pidieron que Holly

tomara su lugar. Cuando Duncan se enteró, después de casarse con ella y llevarla a Thallane, la desterró de Thallane y me encargó entregarla a los MacHeth. Sabía que eso no era seguro para Holly y decidí confiarla en manos de Cora Thain, opción más segura.

Hizo una pausa cuando el joven llamado Adam regresó, colocando un alto vaso de cristal con un líquido de color rojizo frente a Holly y un vaso bajo frente a Graeme, de un cálido tono miel.

—¿Han decidido ya? —preguntó.

Justo cuando Graeme se preguntaba qué decisiones se esperaban, Megan le dijo al joven:

—Necesitaremos unos minutos más.

Luego volvió su atención a Graeme y preguntó:

—¿Qué te hizo pensar eso? ¿Que llevar a Holly con Cora era una buena idea?

—Fue una tontería, lo he decidido después —confesó—. Desde el primer día que conocimos a Holly, en la boda misma, Duncan y yo nos sentimos un poco inquietos por todos los sonidos muy ingleses que ella pronunciaba. Era un inglés como nunca había oído hablar a nadie más salvo Cora Thain. Y ahora tú... yo... —continuó, encogiéndose de hombros—. Supe desde solo un encuentro semanas antes que Cora tenía un corazón tierno. Ayudaría a Holly, con cualquier cosa que le aquejara.

—¿Tu primo la envió lejos, la desterró, porque no era Ceri MacHeth?

—Sí, esa fue la esencia, la traición, el engaño —respondió—. Y quizás todo se habría salvado, reparado, lo que sea, si Holly no le hubiera explicado a Duncan que venía de otro tiempo, este tiempo ahora que lo pienso, y Duncan no podía casarse con una loca. Tenía profundos sentimientos por ella, estaba seguro, pero no tenía opción.

—Bien —dijo Megan, queriendo entender un aspecto de la historia—, o eres el músculo de Duncan, como quien hace todo su trabajo pesado, o confía en ti más que en nadie. En cualquier caso, supongo que tú y Duncan son muy cercanos.

—Sí, como hermanos —le dijo Graeme—. Nacidos con semanas de diferencia, sin otros hermanos de nuestras madres,

crecimos como tales. No confío en nadie salvo Duncan sin reservas. En nadie. Daría mi vida por la libertad o por cualquiera de mis parientes, pero por Duncan la daría gustosamente si fuera necesario.

—Entonces llevaste a Holly con Cora, ¿y luego qué pasó? —Megan insistió, apenas interrumpida por un sorbo de su bebida. Sus cejas se levantaron y miró de nuevo su copa, gratamente sorprendida.

—¿Por qué tu cerveza es rosa? —preguntó.

—No es cerveza, en realidad, sino un cóctel. Lleva puré de frambuesa —dijo y luego sonrió—. Con una buena dosis de ginebra.

La ginebra debe ser algo bueno, decidió Graeme.

—Bien, continúa —ella lo animó, apoyando los codos sobre la mesa y rodeando el vaso de cristal con las manos.

La piel de sus brazos desnudos se veía tan suave como el terciopelo, lujosa e invitando al tacto. Sus ojos azules brillaban reflejando la luz de las velas. Su cabello caía en ondas sueltas y gráciles sobre sus hombros delgados. En ese momento, mientras lo miraba tan expectante, exquisita y abierta a considerar la verdad si tuviera todos los detalles, Graeme perdió el enfoque. Aclaró la garganta y probó su bebida, tomando un sorbo cauteloso. Era suave y a la vez robusta, el sabor hizo que Graeme considerara el líquido mientras lo bajaba de la boca.

—¿Es bueno? —preguntó Megan.

—Muy bueno.

—Genial. ¿Y qué pasó después de que llevaste a Holly a Newburn?

—Sí, los Thain y Aedan y Michael actuaron rápidamente para separarme de Holly, lo cual no me gustó en absoluto. Intentaron explicarme lo del viaje en el tiempo —dijo, contando lo más importante de la historia lo más casual que pudo—. Naturalmente, como tú harías, rechacé sus relatos y comencé a temer que Holly estuviera en verdadero peligro con estas personas que sé que eran amigas y no enemigas. Quería sacarla de allí. Sí, Duncan la había desterrado, pero todavía creía que habría matado a cualquiera que dañara un cabello de su cabeza. Y luego estábamos dentro del salón

de Newburn y apareció... una vieja bruja, que conocía de la boda como tía de Holly.

Hizo una pausa, recordando el momento y toda la locura que siguió. Miró a Megan buscando las palabras para describirlo todo.

—Era tan... ordinaria. Solo una anciana. Pero Holly comenzó a gritarle de inmediato, acusándola de jugar con la vida de las personas. No quería que Holly estuviera cerca de ella e iba a intervenir, y la bruja me miró directamente a los ojos y dijo, no olvidaré sus palabras: "*Tú te irás mientras nosotros nos quedamos aquí. Estás prometido a otra.*" Me enfureció, la amenaza percibida.

—¿Y ella solo... qué? ¿Movié una varita mágica o algo así y puff...te enviaron aquí?

—No exactamente —respondió—. Apareció como cualquier mortal, carne y hueso, sólida, frente a mí tal como estás sentada a mi lado ahora.

Adam apareció una vez más, con la esperanza de que ya se hubiera tomado alguna decisión.

—Oh, cierto —dijo Megan, revisando el pergamino rígido que había llamado menú, recorriendo el papel con el dedo—. Um, tomaré el Menú Dos, con coliflor especiada de entrada, la lubina a la parrilla como plato principal y el delice de chocolate negro, ¿lo digo bien? ¿Delice?, como postre. Y mi amigo tomará el Menú Cuatro. Que sean las vieiras selladas y el lomo de res asado como entrada y plato principal, pero en lugar de la selección de quesos para el postre, ¿podría sustituirlo por el pudin de toffee?

El camarero asintió mientras Megan preguntaba a Graeme:

—No quieres queso de postre, ¿verdad? —planteado de tal manera que sugería que no, él no quería.

—El pudin está bien —dijo él, preguntándose qué tenía de malo el queso.

Adam entonces recogió el pergamino de Megan y el que había estado cerca de Graeme sin tocarse.

—¿Vigilarás a mi otra amiga para que regrese? Debería estar de vuelta en cualquier momento —sonrió ante la afirmativa disposición de Adam de hacerlo, lo observó alejarse por un momento y volvió su atención a su bebida y a Graeme—. ¿Dónde estábamos?

Él retomaría la historia, por supuesto, pero primero preguntó:
—¿Soy tu amigo, Megan?

Aunque la iluminación no era tan favorable como la del exterior ni tan intensa como la de la habitación que ella le había mostrado arriba, el rubor instantáneo en su rostro no pasó desapercibido.

—Bueno, quiero decir —comenzó, mirando su bebida y moviendo un pequeño palito dentro de ella en círculos—, somos amigables, o lo hemos sido, a pesar de los accidentes en bicicleta y el mal comienzo. Pero no, obviamente, habiéndote conocido solo hoy, no somos amigos. Supongo que sirvió como una mejor descripción que decir: *Sí, este tipo del siglo XIV querría un trago de whisky.*

—¿Entonces me crees? —insistió él, encantado tanto por cómo manejó la pregunta de “amigo” como por su respuesta, que no era realmente una respuesta, salvo que revelaba que no sabía qué era él.

—¿Creerte sobre que vienes de otro tiempo? —preguntó ella, levantando sus ojos azules de la bebida para mirarlo—. No —dijo sin disculparse—. Pero cuentas una buena historia, así que puntos por eso. Ciertamente eres entretenido.

Otro suspiro escapó de él. Se recostó en la silla, alejando el vaso de whisky mientras lo hacía. Entonces era inútil permanecer en su compañía. Necesitaba seguir adelante, encontrar a alguien que primero creyera y segundo pudiera ayudarlo. Levantó el whisky y lo bebió de un trago.

—Si ese es el caso, no puedo quedarme, lass—le informó, comenzando a levantarse de la silla—. Necesito encontrar...

Su mano en su antebrazo lo hizo detenerse.

—Espera. ¿Vas a levantarte y salir así nada más? ¡Pero quiero escuchar el resto de la historia, sobre...!

—No es un cuento disparatado, lass—gruñó—. Es la verdad tal como ocurrió.

—Está bien, está bien. Vaya, lo siento —inhaló y exhaló, frunciendo los labios—. Bien. De hecho, probablemente sea lo mejor. Como acabas de recalcar, *no* somos amigos y no nos debemos nada.

Se recostó también, llevando su vaso de frambuesa con ginebra consigo y tomando un largo sorbo.

—Buena suerte con tu búsqueda y... con todos tus asuntos turbios. Gusto en conocerte.

Lo que más lo atormentaba era la decepción que percibía en ella. Acababa de admitir que no creía una palabra de lo que decía, pero ¿era reacia a dejar su compañía?

—Megan —dijo él—, no puedo perder tiempo... —sus ojos abiertos lo alertaron sobre este último error de palabras—. *Oh*, no quise implicar... No siento que estés perdiendo mi tiempo ni que yo... mierda. De nuevo, me disculpo —dijo, más en ese día solo que en toda su vida de tres décadas combinadas, comenzaba a sospechar. Se pasó la mano sobre la barba incipiente—. Perdóname.

Megan no respondió a su solicitud de perdón, y tampoco podría hacerlo si no quería que el camarero, Adam, lo escuchara, quien llegó en ese momento con dos platos de cerámica, colocando uno frente a Megan y otro frente a Graeme.

Graeme alzó la ceja ante la comida, sus fosas nasales estimuladas por el aroma, mientras miraba tres enormes vieiras sobre una cama de verduras. El vapor de los moluscos aromáticos, sin conchas, le hacía salivar.

—Lo siento, recién me doy cuenta de que debería haber preguntado si eres alérgico a los mariscos —dijo ella con suavidad, aún sin inclinarse hacia la comida frente a ella.

—¿Qué es alérgico?

Contuvo una sonrisa cuando su respuesta fue precedida por un suspiro de cansancio, como si estuviera agotada de responder a preguntas que seguramente podrían considerarse continuamente tontas.

—Alérgico —repitió, con solo un leve matiz de molestia en el tono—, como tener una alergia. ¿Ciertos alimentos no te sientan bien? Y consumirlos puede tener efectos adversos, algunos potencialmente mortales.

—Nunca he tenido problema alguno con nada proveniente del mar.

—Entonces probablemente no eres alérgico. Sigue.

Se miraron fijamente, sin moverse. Él acababa de decir que necesitaba irse.

Antes de que llegaran las vieiras.

Antes de que la lastimara. Como tantas cosas sobre Megan West, nada escapaba a su atención, ciertamente no el destello de dolor por su descortés desliz verbal.

Su mirada azul y firme casi lo desafiaba, y luego lo dijo en voz alta:

—Estabas a punto de irte hace un momento, no querías hacerme perder el tiempo, dijiste. Supongo que estás reconsiderando eso, dado que las vieiras se ven y, sin duda, huelen increíbles. —Le levantó las cejas, pero se mantuvo rígida.

Él era muy consciente de que no era un hombre dotado de delicadeza, ciertamente no para calmar los sentimientos heridos de una joven de corazón sensible. Igual de seguro estaba, pese a su relativamente breve trato, de que lo último que quería era lastimar a Megan.

O dejarla.

Todavía.

Extendió la mano y tomó el vaso de su rígida mano, colocándolo cerca de su pequeño plato, no estaba seguro de qué era la *coliflor especiada*, pero preguntaría después de atender la herida, y luego tomó su mano, apartándola de su pecho.

—¿Me perdonas, lass? Ni siquiera usaré la verdad de dónde y cuándo vengo para excusar mi comportamiento grosero. Podríamos simplemente acordar que soy un idiota.

La expresión dura de su bonito rostro se suavizó. Una mirada serena la transformó, devolviéndole a Megan tal como la conocía.

Aun así, ella preguntó:

—Pero, ¿esto tiene que ver con las vieiras? ¿Es por eso que de repente no tienes prisa por irte?

Incluso al percibir su perdón y su renovada ligereza, él respondió con calma:

—No, lass. No estoy listo para despedirme de ti.

Ella le había dado más que suficientes razones para creer que podría sentir lo mismo.

CAPÍTULO CINCO

Negándose a reconocer internamente el alivio que sentía porque él se había quedado, que al igual que ella, no quería despedirse todavía, y evitando cuidadosamente mirar demasiado críticamente las cosas crueles que había dicho, un hábito de larga data de ignorar las señales de alerta en las personas; un síntoma de ser huérfana, según le había dicho con acritud una trabajadora social, agregando que buscaba amor en los lugares equivocados, Megan tomó su tenedor y pinchó suavemente un trozo de coliflor especiada asada.

No estaba segura de qué pensar sobre la forma en que Graeme miraba con tanta duda su tenedor y luego el que estaba en su lugar. Tomó el utensilio y golpeó con su dedo índice las púas antes de repetir lo que Megan había hecho, ensartando su vieira con él. Y de alguna manera no le sorprendió en absoluto cuando se llevó el enorme bocado entero a la boca.

—Déjame adivinar —dijo, intentando un tono no crítico—, tampoco habías visto un tenedor antes. —Le agitó el suyo.

Negó con la cabeza.

—Conozco el cuchillo y la cuchara, pero no, nunca había visto algo así. —Su mirada recorrió el restaurante—. ¿Simplemente los ponen por ahí, los cuchillos? ¿Armas para que cualquier hombre se equiepe?

Megan sonrió y levantó su cuchillo de mantequilla.

—Ah, sí, cuánto daño podría hacer con esto. —Lo observó con mirada especulativa—. Con su extremo suavemente redondeado y su lado apenas dentado.

—¿Te burlas de mí?

Parecía más impresionado que molesto.

—Sí, un poco, al menos —dijo. Le lanzó una mirada lateral y una sonrisa antes de hincar otro bocado de coliflor, que estaba fenomenal. Detectó matices de ajo y comino, pero no pudo identificar todas las hierbas utilizadas. Pero no importaba mucho, porque estaba deliciosa.

—¿Y eso qué es? —preguntó él.

—Coliflor especiada. Deliciosa.

La miró con otra de sus miradas inexpresivas.

Como ya se estaba convirtiendo en costumbre, ella explicó sin que él tuviera que preguntar.

—La coliflor es una verdura, algo insípida pero no sin su propio encanto. Pero la sazonaron y la asaron, y esto es fabuloso. *Deliciosa*, si te lo estabas preguntando —continuó—, es como decir, *esto sabe realmente bien*. ¿Y tus vieiras? —. Las tres enormes vieiras habían desaparecido rápidamente.

—Deliciosas —dijo él, mostrándole una de sus raras sonrisas—. ¿Y por qué escondes el paño bajo la mesa? —preguntó luego.

—¿Esconder...? —Le tomó un segundo entender—. Oh, mi servilleta. —Se encogió de hombros—. Supongo que es un hábito. Una de las familias que me crio era, bueno, bastante quisquillosa con la etiqueta y lo correcto. —En realidad, se creían descendientes de dinero viejo y un apellido antiguo, y actuaban en consecuencia. La verdad era que eran demasiado mayores para criar preadolescentes y el dinero antiguo había desaparecido unas cuantas generaciones antes.

Entonces volvió su camarero, retirando sus platos vacíos y preguntando si querían otra bebida cada uno. Bastante segura en ese momento de que no había suficiente ginebra en el mundo para hacer que la historia de Graeme fuera más creíble, Megan aceptó de todos modos, y Adam los dejó solos de nuevo.

—¿Podrías —le preguntó a Graeme entonces—, volver a la historia... a lo que pasó en Thallane? Después de que la vieja bruja te amenazara.

—Déjalo reposar un rato, lass—fue la respuesta de Graeme—. Déjame conocer más sobre ti.

Ella no pronunció el pensamiento inmediato que cruzó por su mente: *Eso es corto y aburrido.*

En cambio, preguntó:

—¿Qué quieres *saber*?

—¿Qué estás dispuesta a compartir?

Megan le regaló una sonrisa autocrítica.

—No hay mucho que valga la pena ocultar. Y bueno, hablaré de mí, pero ten en cuenta que la conversación sobre la bruja y tú y toda esa gente en Newburn probablemente debería tener lugar mientras Jasmine no esté.

—Tenemos tiempo para eso, lass.

—Está bien, pero promete que no me dejarás colgada — aclaró, a lo que Graeme asintió solemnemente. Tomó el último sorbo de su bebida, que estaba bastante buena a pesar de ser un poco fuerte para su gusto—. Um, veamos. —No se sentía nada cómoda hablando de sí misma, ciertamente no cuando su vida era tan rutinaria como había dicho, con muchos más momentos bajos que altos. Por esto, apresuró un montón de información muy genérica—. Te dije que soy de Estados Unidos, probablemente lo notaste por mi acento muy americano. Tengo veinticuatro años. No tengo hermanos ni hermanas, de hecho no tengo familia. Soy enfermera en Chicago, o justo afuera de Chicago, en un hospital más pequeño. Me gusta ser enfermera. La escuela siempre fue difícil para mí, pero me gusta el trabajo. Me gusta ayudar a la gente. Durante el Covid fue muy duro, no solo por las largas horas y todo el equipo y las máscaras al principio, sino por ver morir a personas solas, sin familia cerca. Eso realmente me afectó.

Se detuvo cuando Adam trajo su segunda ronda de bebidas, avisando que sus cenas estarían listas pronto, retrocediendo mientras lo hacía.

Cuando Graeme aún parecía querer más información, o esperaba seguir entreteniéndose con su lamentable vida, añadió con un encogimiento de hombros:

—Vivo en un pequeño apartamento de un dormitorio, no tengo mascotas, quiero decir, tendría, pero trabajo demasiado, y no

tengo auto, solo una bicicleta, muy similar a la que chocaste dos veces hoy.

Él sonrió ante esta pequeña indirecta en su contra y comentó:

—No te gusta hablar de ti misma.

—No tanto —dijo ella. No quería parecer lastimosa ni buscar simpatía, así que no repitió que no había mucho de qué hablar.

—No entiendo lo de *enfermera* como lo usaste, pero puedo asumir por el contexto que eres una sanadora de cierta fama si, como dices, trabajas demasiado.

Megan se rio abiertamente y luego movió la mano frente a ella, diciéndole:

—Perdón, no me río de ti, sino de mí misma. Soy una persona de poca importancia, no famosa por nada. Pero sí, tienes razón, una enfermera es una sanadora. —Bebió de su vaso de nuevo y observó a Graeme tomar un sorbo también, consciente de sus ojos verdes observándola por encima del borde. Aun así, culpó del rubor que le siguió al alcohol de su bebida.

No era frustrante tener que explicarle cosas tan básicas, pero sospechaba que él se estaba divirtiendo mucho a su costa. Por supuesto, sabía qué eran todas esas cosas, enfermeras, tenedores, baños, autos, pero se reía internamente de lo ridícula que era al instruirlo sobre cada palabra o cosa que fingía no conocer.

Deseando mucho quitarse el foco de encima, preguntó de nuevo si continuaría con su historia.

Graeme asintió, pero antes de que pudiera retomar la narrativa, se escuchó un fuerte estruendo del otro lado del restaurante. Saltó de su asiento tan rápido que Megan se echó hacia atrás, sorprendida, con la mano en el pecho, murmurando:

—Cristo.

Casi al instante reconoció el ruido por lo que era: algún camarero torpe había dejado caer posiblemente una bandeja grande de platos. Platos y cubiertos cayeron sobre el piso de baldosas, según el estruendo, probablemente rompiéndose.

Graeme no se dio cuenta de lo que probablemente había pasado, pero se levantó tan rápido que casi volcó la silla. Su mano

derecha fue inmediatamente a la cadera, donde podría haber esperado su espada. Su labio se curvó al recordar que no la llevaba encima sino en la habitación de Megan en el hotel.

—Graeme —lo llamó ella, su voz pareciendo suavizar el ceño feroz—. Todo está bien. Probablemente un camarero dejó caer varios platos. —Al notar que no se rendía ante la probable verdad, agregó con picardía: —En serio, está bien. No hay clanes merodeando.

Se sentó de nuevo, pero su mandíbula permaneció tensa unos segundos más, mientras sus ojos recorrían todo el comedor abierto, como si esperara que ella se equivocara y algún peligro fuera inminente.

Adam apareció entonces, con una sonrisa casi tolerante.

—Ese fue el nuevo —dijo mientras presentaba sus platos—. No le veo futuro en el negocio de restaurantes. Tras entregarles la comida, aplaudió y preguntó si necesitaban algo más.

—Creo que estamos bien —le dijo ella—. Gracias, Adam.

Se le hizo agua la boca con el pez espada a la parrilla sobre polenta acompañado de un salteado de verduras: berenjena, remolacha y corazones de hinojo. Levantó la mirada de su plato para observar a Graeme considerar su asado como un hombre condenado podría babear por su última comida.

—El menú decía que se servía rosado, es decir, término medio, supongo —dijo Megan—. Espero que esté bien.

—Sí —respondió él, sin apartar la mirada del plato—. No creo que encuentre ningún fallo aquí.

Megan dio el primer bocado al pez espada y observó a Graeme lanzarse sobre su asado.

Él sonrió ampliamente, sin preocuparse de mostrar brevemente algo de comida en la boca, y la atrapó mirándolo.

—No te preocupes, lass, si lloro como un niño —dijo, con un nuevo tono ligero—. Nunca he probado algo así. ¿Carne de res, verdad? ¿De una manada de las Highlands?

—Probablemente —aceptó Megan, divertida por su entusiasmo—. ¿Ahora crees que puedes manejar dos cosas a la vez?

Salivar de placer por este asado divino y contarme lo que pasó en Newburn... ¿al mismo tiempo?

Graeme terminó de masticar y tragar su segundo bocado antes de responder.

—Puedo manejar más de una cosa a la vez —dijo, con la mirada tornándose en un ardor que no estaba dirigido a su comida—. Te sorprendería, lass, de lo que soy capaz.

¿Lo imaginó ella? ¿O acababa de dirigir esa frase estrictamente a su boca?

Tragando un repentino cosquilleo de conciencia, Megan siguió con un sorbo de su bebida.

—Sí, la vieja, Sidheag era su nombre, vino a la fortaleza del Thain, buscando a Holly. La muchacha le dio a Sidheag una bofetada y luego...

Se detuvo, habiendo cargado un tenedor con sus papas, cerrando los ojos para saborear el primer bocado.

—¿Qué es esto que acabo de tragar? —preguntó, golpeando el tenedor contra lo que quedaba de papas en su plato.

Maestro o no en mentir, Megan ciertamente disfrutaba de sus reacciones.

—Crema de rábano picante, puré de papas —dijo sonriendo—, o al menos, eso decía el menú que acompañaba tu asado.

—¿Papas?

—Sí, un vegetal de raíz, muy almidonado. Rico para el estómago pero malo para las caderas —dijo con ligereza—. Supongo que están ricas, ¿no?

—Sí. ¿Quieres probar? ¿Está permitido? ¿O prohibido? —preguntó, levantando un tenedor cargado entre ellos.

Megan llenó su tenedor con un poco de polenta y un trozo de pez espada. —No solo está permitido, sino que se fomenta, pero hay reglas. Tienes que intercambiar bocados —inventó, acercando su tenedor cargado al de él—. Dando y tomando, o la oferta puede ser retirada.

Una comisura de su boca se levantó, pero se inclinó hacia adelante para tomar lo que llenaba su tenedor. Megan se movió al mismo tiempo, llevando las papas con bultos, pero hermosas a su

boca. Durante uno, dos, tres segundos estuvieron a solo unos centímetros, con los ojos fijos y labios entreabiertos. Con los tenedores vacíos, permanecieron cerca, probando la comida del otro.

Megan masticó lentamente y tragó, las papas estaban increíbles.

—Eso era polenta con el pescado —le dijo—, que es una masa a base de harina de maíz. Creo que la hornearon para que quedara esponjosa. —Había bajado la voz por lo cerca que estaban, pero ciertamente no esperaba que sonara tan ronca como lo hizo.

Con los tenedores vacíos y la comida en sus estómagos, permanecieron así, Megan prisionera de la intensidad ardiente de sus ojos verdes. Su respiración se volvió entrecortada, no acostumbrada a ser devorada por una mirada. Sus labios se entreabrieron y parpadeó. Tragando solo saliva, se enderezó y le sonrió torpemente.

—Creo que estás retrasando esta historia, señor —intentando imprimir firmeza a su leve reprimenda.

—No es así —respondió él—. Quiero contarla antes de que regrese tu amiga. Tu Jasmine parece menos inclinada a creerlo —aclaró de inmediato—, pero eso no significa que no sea cierto. Solo que ella tiende a lo teatral y tomaría toda la noche llegar al corazón del suceso.

—Amo a Jasmine, pero tienes razón —dijo Megan, con un gesto de incomodidad por ser una amiga desleal, aunque solo decía la verdad—. Aun así, me hace sentir que me consideras la más crédula.

—No eres crédula. Pero te ruego tengas, si aún no la posees, una mente abierta.

Encantada por su expresión, asintió.

—Lo intentaré.

—He aquí —continuó—, aparece otra bruja, pero esta no es una vieja fea, sino quizá en su cuarta o quinta década, no desagradable, aunque poco recuerdo aparte de que no entró al salón en Newburn, sino que simplemente... apareció, y Sidheag supo que estaba allí antes que el resto de nosotros. Lo más asombroso era su... aura. Flotaba, muchacha, a treinta centímetros del suelo, y

brillaba. No brillaba como si estuviera en llamas, sino como si llevara un pequeño sol propio para iluminarse. En cualquier caso, ella y Sidheag comienzan a enfrentarse, discutiendo sobre los juegos que han hecho con los mortales, moviéndolos en el tiempo. Y luego la bruja luminosa, och, era Samara, ahora lo recuerdo, mueve su mano y Sidheag se transforma, no es una vieja bruja sino que se parece a la otra, claramente una criatura feérica de algún tipo. —Se detuvo y agitó la mano mientras masticaba y tragaba más asado—. Holly le suplica de nuevo a Sidheag que la envíe a casa. Les preguntó a las lasses, Kayla, Cora y Gabby, si querían enviar mensajes con ella. Rechazaron su favor, diciendo que habían discutido la idea, de cómo decirle a sus familiares que no estaban muertas. Pude ver cómo eso las destrozó, pero saben lo que has demostrado, que es demasiado imposible para ser creído. No quieren que sus familiares se llenen de esperanza o miedo.

Se detuvo de nuevo, pero no para comer. Megan adivinó que lo revivía, determinada por la forma en que miraba al frente, lejos de la mesa. Su mandíbula se tensó y brevemente sus fosas nasales se abrieron.

Se controló y enderezó la espalda, sentado aún más recto que antes, y se ocupó un poco más de su cena antes de continuar.

—Luego, Holly suplica a Sidheag una vez más: *envíame a casa*. Le supliqué que se quedara, sabiendo que Dunc se comportaría diferente si supiera la extraña verdad sobre ella. —Se detuvo para mirar de reojo a Megan—. Él lo negaría, pero la ama ferozmente.

Megan suspiró internamente ante la idea.

—Luego, Sidheag levanta su mano luminosa. Mira a Holly y luego a mí... y eso es lo último que recuerdo. Desperté dentro del broch. No puedo decir cuánto tiempo estuve allí hasta que tú me encontraste.

Su tenedor no se había movido desde que él comenzó la historia, y tampoco lo hizo ahora. Megan lo estudió abiertamente, mordiendo la mejilla. Todo el relato sonaba tan increíble como el resultado mismo, que él hubiera viajado en el tiempo. Pero, ¿qué clase de idiota era ella que quería creerle tan desesperadamente?

Señales de alerta, de hecho. Esta era brillante y evidente, posiblemente en llamas.

Respiró profundo y exhaló por los dientes.

—Bien, supongamos que creo en este relato tan extravagante —aún no lo hacía—. Pero si lo hiciera, ¿cómo podría ayudarte?

—Temo *lass*, y mucho, que Holly realmente haya conseguido su deseo. Puede que haya vuelto conmigo, quizá haya sido... dejada en otro lugar, no sé cómo funciona. Si está aquí, necesito llevarla de regreso conmigo. Sé que Duncan querría eso. Si no está aquí, solo necesito encontrar Newburn y esperar que las brujas aún estén allí. Sé que han pasado setecientos años, pero puedo suponer que viajan fácilmente a través del tiempo también, aunque para ser justo, no estoy seguro. Aparte de eso, imagino que volver al *broch* y esperar es mi siguiente mejor opción.

—Siento que no veo ni leo suficiente ciencia ficción como para poder ayudarte —fue la conclusión general de Megan sobre todo el asunto. Por supuesto, esto no tenía sentido para Graeme, y su expresión lo decía. Megan suspiró.

—Supongo que si Holly ha regresado, estaría en las noticias, *por todas partes* y en redes sociales, una vez que haga notar su presencia en este tiempo. Eso sería fácil de descubrir. Pero si ha vuelto, suponiendo que toda esta locura sea cierta, ¿quién dice que no esté sufriendo su propio trauma y quiera mantenerse alejada de la prensa?

—Estás hablando contigo misma, ¿no? No entiendo... la mitad de lo que acabas de decir.

—Perdón, sí. Supongo que sí. —Claro que sería fácil descubrir si Holly había regresado. No necesitaría estar aquí más de un día para darse cuenta del revuelo que su desaparición había causado, la cuarta chica americana en unos años. Si tenía un mínimo de sentido común, iría directamente a la policía a alertarla de su... regreso. Lo que pudiera decir a las autoridades, Megan no podía saberlo. Pero definitivamente se difundiría en redes sociales, pronto si no lo había hecho ya.

—¿Podrías encontrar Newburn, dónde estuvo, desde aquí? —preguntó a Graeme, que acababa de limpiar su plato y apartarlo.

—Podría tomar algo de tiempo —dijo él—. ¿Sabes dónde podría conseguir un corcel?

—Suponiendo que por “conseguir un corcel” te refieres a encontrar un caballo, la respuesta es no. Pero tengo la aplicación de Uber, así que deberíamos estar bien una vez que te ubiques, o más específicamente, una vez que sepas exactamente dónde está. —Lo ayudaría, por loca que pareciera la idea, pero no pagaría un auto contratado para buscar las ruinas de una fortaleza de setecientos años.

Graeme levantó su vaso de whisky, ahora solo medio lleno, y se recostó en su silla, estudiándola con la misma intensidad, aunque con solo la mitad del ardor, que cuando habían intercambiado comida.

—¿“Deberíamos”? —preguntó, con una ceja oscura arqueada.

Varias cosas habían quedado perfectamente claras para Graeme a lo largo de la comida.

Primero, aunque no lo más importante, que los alimentos del siglo veintiuno, y posiblemente los métodos de cocción, eran muy distintos de lo que él estaba acostumbrado. Esa carne podría haberse cortado con la cuchilla redondeada y apenas dentada con la que Megan lo había molestado antes. Hasta esa noche en ese comedor, las papas le eran desconocidas; no estaba seguro de no lamentar su ausencia en su tiempo cuando regresara, imaginando que el sabor permanecería en su memoria por mucho. Luego, al tener una visión clara de casi todo el comedor, se sintió un poco desconcertado por los hábitos y comportamientos de las personas presentes, calculando que había más de cuarenta llenando las mesas. Nadie se levantaba; nadie se mezclaba con otros ni cambiaba de asiento para iniciar conversaciones distintas. Y el lad que los atendía, Adam, solo se dirigía a esa mesa y a unas pocas más; la

posada parecía tener un excedente de sirvientes de cocina y otros ayudantes, algunos de los cuales hacían poco más que verter agua de jarras de vidrio o retirar platos vacíos. Todo muy curioso.

Lo más revelador de la última hora había sido la propia Megan.

No quería, pero no pudo evitarlo: estaba cautivado.

Una circunstancia inoportuna, pero aparentemente ineludible.

Oh, cuánto deseaba conocerla más, romper la coraza que ella había levantado a su alrededor. Era, según su propia estimación, aunque esta podía cambiar dado el poco tiempo de su trato, casi perfecta.

Sí, ella no creía en su verdad, pero aún estaba allí, no lo había desechado de inmediato por su relato escandaloso, o no había podido hacerlo, por más que lo había intentado varias veces. De corazón blando era, creía él, aferrándose a una primera suposición sobre ella. Y dotada de una necesidad o, al menos, un deseo de ayudar.

Y no habría de creer otra cosa, ni en diez siglos más de viaje, que ella no sentía alguna conexión, algún tirón hacia él, como él hacia ella. No era solo porque había sido la primera persona que encontró al despertar. Había algo visceral y significativo en cada roce, un poderoso intercambio en cada cruce de miradas. Jamás había experimentado una atracción tan intuitiva hacia una persona, nunca antes había sentido que ese momento u hora, o ese día, sería todo lo que conocerían, y ya sufría un poco por ello.

Te irás mientras nosotros nos quedamos aquí. Estás prometido a otra.

Las palabras adivinatorias de Sidheag regresaron a él.

¿Podría ser...?

No sabía si eso era posible, si una persona podía estar prometida, ¿por brujas?, ¿por el destino?, ¿por la providencia?, a otra. Pero sí sabía que cuanto más tiempo pasaba en compañía de Megan, menor era la urgencia que sentía de regresar a su época.

—Está bien —dijo Megan—, sí, nosotros. He decidido que no me costará más que un poco de tiempo ayudarte con esas cosas, averiguar si Holly ha regresado y quizá, de algún modo, encontrar

ese lugar, Newburn. Puedo sacrificar tanto de mis vacaciones. Obviamente, todo este... asunto tendrá que incluir a Jasmine, ya que vine con ella y no puedo simplemente dejarla. ¿Lo entiendes, verdad?

—Aye —respondió él e inclinó la cabeza hacia la entrada, donde Jasmine aparecía, finalmente de regreso.

Megan también la vio y rápidamente se inclinó hacia Graeme, posando su mano sobre la de él, que descansaba en el borde de la mesa. Al instante, él sintió el calor de su contacto, pero ¿cómo podía ser que ya le resultara tan familiar?

—Lo siento, pero si ella se opone, como tiene derecho a hacerlo y como, de hecho, espero que lo haga, tendré que, por decirlo de alguna manera, ponerme del lado de mi amiga y, eh, bueno, te quedarías solo.

Su gesto de dolor fue pequeño pero sincero, juzgó Graeme.

Jasmine, con su llamativa cabellera roja y brazos tatuados, avanzaba entre las mesas, anunciando antes de llegar:

—¿Adivinen qué? ¡Kyle toma el próximo vuelo desde O'Hare y se reúne conmigo aquí! —Juntó las manos frente al pecho y dio pequeños saltos en el lugar, su exuberante alegría estaba dirigida a Megan, quizá esperando la misma emoción en respuesta.

—Genial —dijo Megan arrastrando la voz, un poco aturdida, tal vez un poco molesta por esta incorporación a lo que llamaba sus vacaciones.

—¿Verdad que sí? —preguntó Jasmine, dejándose caer en una de las dos sillas vacías de la mesa.

La mirada de Graeme se mantuvo en Megan, observando la danza de emociones en su rostro. Juzgó que no estaba tanto irritada o enojada como herida por la falta de sensibilidad.

Pero la gente veía lo que quería ver. Apenas habían pasado unas horas desde que conocía a Megan, pero detectó con facilidad la ligera vacilación antes de que ella se obligara a sonreír. Jasmine fingía no percibir la consternación de su amiga.

—Es que es una gran noticia. Increíble. Estoy muy feliz por ti, Jas.

—Yo también. —Jasmine encogió los hombros y ladeó la cabeza—. Es romántico, ¿no crees? Lo deja todo por volar hasta aquí para pasar la próxima semana conmigo. Estará aquí por la mañana.

—Muy romántico —dijo Megan, su sonrisa falsa aún intacta.

Ajena, Jasmine continuó, agitando la mano primero hacia Megan y luego hacia Graeme.

—Pensé que ustedes dos querrían algo de tiempo a solas, así que es perfecto.

—Perfecto —repitió Megan, haciendo ahora un trabajo admirable, con el impacto disipándose, de mostrarle a Jasmine lo que quería ver y escuchar.

—Genial —dijo Jasmine, dando unas palmadas suaves en la mesa—. Los dejo...

—¿Adónde vas? —la interrumpió Megan, claramente molesta ahora—. Recién llegaste. No has comido.

—Pediré servicio a la habitación —dijo poniéndose de pie. Le guiñó un ojo a Megan—. Tengo que ocuparme de un poco de mantenimiento, ya sabes a qué me refiero. No esperes que el baño quede libre en al menos una hora. —Y con un gesto despreocupado, se marchó.

Megan se quedó sentada, con los hombros caídos y los labios entreabiertos, mirando cómo Jasmine volvía a abrirse camino por el salón. Al cabo de un momento, ya fuera porque recordó la presencia de Graeme o porque sintió su atenta mirada, se volvió hacia él con una nueva sonrisa.

—Ella es maravillosa, lo juro, pero a veces... —Soltó un suspiro—. A veces no lo es.

—Y aquí, lass, aprendes un —se inclinó hacia adelante y alzó un dedo índice para enfatizar *un*— beneficio de conocer a un hombre de otro tiempo. No sé qué pensar de la mitad de las interacciones que he presenciado. Se te concede una libertad espectacular para ser tú misma. No tengo la capacidad de juzgar a nadie ni a nada en este momento.

Su sonrisa mejoró, genuina esta vez.

—Claro, dejando de lado las acusaciones de burdel —bromeó.

—Naturalmente; pero eso no fue un juicio, solo una conclusión, que ahora sé errada. Pero no finjas que no estás molesta con todo esto que Jasmine acaba de soltarte.

Megan se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y dejando caer la cabeza entre las manos, permaneciendo así unos segundos antes de incorporarse, sus manos apartando hacia atrás la abundancia de cabello castaño de su rostro y hombros.

—Justo a tiempo —dijo entonces, con la vista fija no en Graeme.

Adam se acercaba de nuevo, trayendo el siguiente plato.

—Justo lo que necesitaba, gracias Adam. ¿Podrías traernos también una taza de café a cada uno, mezcla Americano? Gracias.

El ceño de Graeme se frunció. La comida era más que satisfactoria en sabor y presentación, pero mentiría si dijera que no lo perturbaba un poco lo diminutas que eran las porciones.

—¿No es lo que esperabas? —preguntó Megan, arqueando las cejas, su tenedor ya suspendido sobre el rico pastel marrón.

—Espero no encontrarle fallas, doncella —dijo él—, salvo que no hay suficiente.

Ella se relajó.

—Coincido. Llegado el postre, deberían traerlo en carretillas.

Como sus ojos se habían encendido con la llegada del pastel, Graeme la observó mientras lo probaba.

Usó el lateral del tenedor para cortar un pequeño trozo de una esquina y lo deslizó entre sus labios. En el instante siguiente, sus hombros se hundieron, líquidos de placer. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando expuesto el magnífico arco de su cuello, su piel clara y cremosa, una invitación irresistible que Graeme decidió que debía ignorar al menos hasta salir de aquel comedor. El leve gemido de placer que siguió no podía ignorarse tan fácilmente.

Graeme se removió en su silla y desvió la mirada hacia su mano, la que sostenía el tenedor. Al igual que la piel de su rostro, de sus brazos y del provocador triángulo en su pecho, sus manos parecían formadas sin tacha, sin imperfecciones. Sus dedos no eran particularmente largos, pero sí delgados, cada movimiento era

elegante, incitando una imagen tentadora de esas manos pequeñas apoyadas contra su piel desnuda.

—No has probado tu pudding —dijo ella, arrancándolo de su contemplación.

—Aye, pero lo haré —respondió, tomando un tenedor sin usar sobre la mesa, antes de decidir que la cuchara, reconocible, le serviría mejor si la consistencia del pudding coincidía con su aspecto. Se sirvió tres buenas cucharadas antes de asentir hacia Megan, indicándole su satisfacción.

—Normalmente no comparto mi postre —dijo ella, levantando hacia él un bocado en el tenedor como había hecho antes, el codo desnudo de nuevo apoyado en la mesa—, y menos aún si es un pastel de chocolate decadente, pero quizá haga una excepción esta vez si te preguntas si esto es lo más cerca del cielo que podrías llegar a estar.

Sonriendo ante su encantadora forma de expresarse, Graeme comenzó a preparar una cucharada de su pudding para ella.

—No, gracias —dijo ella, deteniéndolo—. No soy muy fan del sabor a toffee. O más importante, no quiero que interfiera con toda la deliciosa bondad chocolatosa que está pasando dentro de mi boca y mi panza.

Su sonrisa permaneció mientras se inclinaba hacia adelante para aceptar la porción que le ofrecía.

—Dark chocolate delice —le recordó—. No estoy segura de qué significa delice, pero supongo que en el diccionario debe estar cerca de delicioso o divino.

Era, en efecto, un pastel húmedo y denso, con una pasta marrón dulce entretejida y cubriendo la parte superior. Era, innegablemente, celestial.

Pero los ojos de Graeme estaban en Megan. Megan con sus bonitos ojos azules y grandes expectativas, su sonrisa anticipada era algo hermoso.

—Perfecto —dijo, refiriéndose a ella y no al pastel.

Deseando expandir esa sonrisa satisfecha, queriendo ver una de sus sonrisas más amplias y brillantes, añadió:

—Te daré todo el oro y las monedas que poseo a cambio de lo que queda. —Señaló su plato.

Fue generosamente recompensado: su sonrisa deslumbró.

—No hay trato —dijo, alejando el plato hacia su lado más lejano—. No está a la venta. Y para que lo sepas, desconfío instantáneamente de cualquier hombre que intente interponerse entre mi chocolate y yo.

Una carcajada estalló de él, la primera que había sentido en mucho tiempo. Se sintió bien.

—Justo, lass.

CAPÍTULO SEIS

Se quedaron en la mesa solo el tiempo suficiente para terminar sus respectivos postres y beber media taza de café cada uno, Graeme maravillándose una vez más con otro sabor supuestamente nuevo.

Graeme, estaba casi segura Megan, se había ofrecido a pagar la comida.

—¿A quién le doy la moneda por el alimento? —había preguntado.

—¿Quieres decir, cómo pagamos la cuenta? —preguntó Megan—. Está todo resuelto. Tienen mi tarjeta de crédito registrada, la cargarán a la habitación. —Junto con el servicio a la habitación de Jasmine, sin duda, pensó con fastidio.

Había ahorrado bastante para sus vacaciones, tenía más que fondos suficientes en su cuenta bancaria y había saldado todo el saldo de su tarjeta de crédito meses atrás en preparación. Era la cuestión de principio, o más bien la falta de él en Jasmine, lo que la irritaba.

—¿Te esperan en algún lugar? —preguntó mientras salían del comedor—. ¿O simplemente quieres irte ya? ¿Y deberíamos despedirnos aquí?

—No puedo dejarte —dijo él.

Las palabras le provocaron un estremecimiento inesperado en la espalda, uno que le agradó sentir. Hacía tiempo que ningún chico le prestaba atención. Y, francamente, ninguno la había intrigado tanto como Graeme MacQuillan. Y eso, a pesar de la persistente y preocupante sospecha de que tal vez estuviera demente.

Pero quizá él no supiera el tumulto que causaba en su interior con solo esas palabras. El entusiasmo se aplacó fácilmente

con su siguiente declaración.

—Dijiste que me ayudarías a encontrar a Holly—si es que había venido—y a hallar Newburn.

—Oh. Cierto.

Graeme le tomó el codo con la mano y la condujo alrededor de un grupo de personas que entraba al restaurante.

—Suponiendo que realmente no podamos hacer mucho hasta mañana, siendo que ya es tarde —dijo ella, calculando que debía de ser pasada las nueve porque ya había oscurecido—, ¿damos un paseo alrededor del lago?

—¿Para buscar a Holly? —preguntó él cuando se detuvieron cerca de la puerta principal del hostel.

—Eh, no. Solo para... caminar. Ya sabes, ayudar a la digestión. Estirar las piernas. Hacer una actividad tranquila.

No lo sabía, según delataba su mirada vacía. Al parecer, los caballeros del siglo XIV no solían dar paseos relajados que sirvieran de poco. Pero lanzó una mirada a través del vidrio de la puerta principal, considerando la penumbra que caía, y luego volvió a Megan, antes de inclinar la cabeza hacia las escaleras a su derecha.

—Sí, pero no sin mi espada, lass—le dijo.

—Naturalmente —respondió ella.

Subieron de nuevo las escaleras y Megan golpeó con fuerza la puerta de la pequeña suite que compartía con Jasmine, sin querer sorprenderla corriendo envuelta en una toalla. La respuesta que llegó del interior fue lo suficientemente apagada como para que Megan adivinara que todavía estaba en el baño. Deslizó la tarjeta en la cerradura y entró, llamando cerca de la puerta del baño:

—Vamos a dar un paseo. No deberíamos tardar mucho.

—¡No hagan nada que yo no haría! —canturreó Jasmine alegremente desde detrás de la puerta.

Megan puso una cara al escucharla, preguntándose con poca caridad cuán corta sería la lista de cosas que Jasmine no haría y enseguida sintiéndose mal por ser tan mala amiga, aunque fuera en secreto.

Graeme recogió su espada, que Megan había guardado antes dentro del armario, y salieron de nuevo al pasillo para bajar las

escaleras, Graeme ajustándose el cinturón otra vez en sus caderas delgadas.

Graeme le sostuvo la puerta, claramente, la caballerosidad había nacido al menos para 1303, y salieron al crepúsculo, cruzando la entrada de autos. Su primera vista del lago, que quedaba justo detrás del hostel, tuvo que esperar hasta que dejaron atrás la entrada y llegaron a la carretera.

Megan pensó que debía advertir a Graeme:

—Para que lo sepas, puede que veamos más autos pasar rápido, pero a esta hora tendrán los faros encendidos. No quiero que te alarmes ni que me vuelvas a taclear.

—¿Dices que no nos harán daño?

—Ninguno en absoluto —respondió ella—. Solo tenemos que mantenernos fuera de su camino, así que por el costado de la carretera, como ahora, está bien.

Graeme se puso a su lado, una vez más tomando la posición interna para quedar más cerca del tráfico que se aproximara. Loco o no, al menos era cortés.

—¿Te sientes mejor, o más tú mismo, cuando tu espada está en tu cadera? —preguntó Megan.

—Sí. Cualquier guerrero que valga lo que pesa te dirá que se siente desnudo sin ella.

Tenía que admitir que, si estaba mintiendo, si esto era simplemente, y cruelmente, solo un juego que estaba jugando, él nunca flaqueaba. Todas sus respuestas llegaban rápidas y fáciles, aparentemente sin ninguna planificación previa para encajarlas en su tejido de mentiras, si es que ese era el caso.

—Hablas inglés muy bien. Si eres de las Highlands del siglo XIV, ¿no deberías hablar gaélico escocés?

—*'S urrainn dhomh bruidhinn ann an cànan sam bith a thogras tu* —dijo, presumiblemente en gaélico escocés—. Fui acogido en el '88 y '89 por Gilbert de Clare, el Conde de Gloucester —continuó—, y previamente me enseñaron inglés básico solo para arreglármelas, aprendiendo más durante esos años con el conde y los otros escuderos y pajes.

—Entonces... ¿eres un caballero, eh... ahora? ¿O en este momento?

—Tengo ese honor —reconoció—, otorgado por el Rey John. —Sus labios se comprimieron brevemente antes de continuar—. Fue justo antes del desastre en Dunbar, antes de la abdicación del rey.

—¿Entonces luchaste o has luchado en todas esas batallas sobre las que he leído, durante la Primera Guerra de Independencia de Escocia?

Él arqueó ligeramente el ceño hacia ella, posiblemente por el título que ella había usado para esos sangrientos años.

—Yo *no* lo nombré —dijo ella—. Solo leí sobre ello.

—Sí, lucho —respondió entonces— junto con todos los patriotas de buen cuerpo. ¿Dices "*primera*"?

Megan frunció el ceño.

—Sí, pero no te preocupes por la segunda serie de guerras. No creo que comiencen en tu tiempo hasta dentro de unos treinta años o algo así.

—Quieres creerme —adivinó él, después de que caminaran una docena de pasos en silencio—. ¿Qué te impide comprometerte a creer? No careces de fuerza propia; ¿es que temes mi mayor fuerza? ¿Qué tan rápido y fácilmente podría someterte o matarte?

—¿Esas serían mis opciones, si llegara a eso? —preguntó ella, sin ocultar una sonrisa—. ¿Ser sometida o ser asesinada?

—Si fueras enemiga, sí, esas serían las únicas opciones disponibles para ti.

—¿Eres despiadado?

—Cuando es necesario, sí, lo soy.

—Está bien, por el bien del argumento, supongamos que todo es real, cada cosa increíble, inconcebible, improbable que me has contado. Debiste haber sufrido tu propia incredulidad cuando lo escuchaste por primera vez, ¿verdad? Cuando Holly te dijo de dónde venía.

—Sí, pero fui testigo de las brujas —dijo él.

—Está bien, pero ahí está la diferencia, Graeme —interrumpió ella—. Yo no he visto nada, ciertamente no brujas. Así que en la escala de "disposición a creer", estoy donde tú estabas

cuando solo te lo contaron, pero no tenías pruebas sólidas, no habías visto nada que te convenciera.

—Entiendo —dijo él, con tono apagado.

—Y odio decirlo —continuó Megan—, pero cualquiera que fuera tu pregunta o pensamiento sobre Holly cuando ella mencionó por primera vez que había viajado en el tiempo, lo que pensaste de ella, que podría estar loca, que tal vez había bebido demasiado, lo que fuera, eso es lo que está pasando en mi cabeza sobre ti.

Porque él la estaba mirando cuando reveló este estado, Megan encogió un poco los hombros.

—Lo siento.

—Y aun así, me haces compañía —la desafió él—, caminas conmigo en la oscuridad ahora.

—Bueno, no me has hecho daño, y has mostrado cierta tendencia a la protección —dijo ella.

—Podría ser todo un engaño —sugirió él con calma.

—Entonces te he malinterpretado, no sería la primera vez —permitió ella—. Tengo un historial bastante pobre de juicio de carácter, así que tómalo como quieras.

—Juzgas desde el corazón y no desde la cabeza, eso sería mi suposición.

—Hm, no estoy segura de que me conozcas lo suficiente para hacer suposiciones sobre mí —desvió ella, aunque pensaba que podría tener razón. Nunca estaba ansiosa por ver o asumir lo peor de las personas.

La luna colgaba baja sobre el lago, iluminando el agua gris hasta platearla. Una pequeña playa de guijarros rodeaba la mayor parte del lago y allí el agua rodaba suavemente, casi sin hacer ruido. Más allá, las montañas se iluminaban modestamente por la luna amarilla, sus siluetas borrosas contra un cielo que parecía no poder ser demasiado negro para todas las estrellas que brillaban.

Graeme apenas prestó atención al majestuoso paisaje.

—¿La familiaridad engendra desprecio? —le preguntó Megan—. Me encuentro sin aliento casi cada hora aquí en las Highlands y, sin embargo, apenas has mostrado aprecio por todas las grandiosas

vistas y los panoramas más pequeños, pero aún espectaculares que hemos visto hoy. Por favor, dime que no te cansas de esto.

Ante sus palabras, destinadas solo a invitar a la conversación y no como reproche, él levantó la mirada hacia el lago y las montañas más allá, mirando durante varios segundos largos antes de responder:

—No cansa. Y supongo que no debería sorprenderme encontrar la vista tan similar a como es en mi tiempo, salvo por la menor cantidad de bosques: el tiempo no debería cambiar algo tan grandioso como las montañas ni tan misterioso como la luna.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, pero solo por un segundo, necesitando mantener ocasionalmente la vista en el costado del camino, donde la grava estaba suelta y a veces tenía que esquivar matorrales más grandes. Debería haberse cambiado de sandalias con tacón.

Debería haberse cambiado.

Lamentablemente, gran parte de su vida se veía a través del lente reflexivo del “debería haber...”.

Se preguntó si eso podría ser cierto en esta circunstancia, en todo esto, su viaje soñado a Escocia y conocer a Graeme MacQuillan. ¿Vería en algún momento de su viaje a Escocia alguna parte a través del lente del “debería haber...”?

Debería haber viajado sola y no con Jasmine.

Debería haber ignorado al hombre confundido encontrado dentro del broch.

Debería haber prestado atención a esas señales de alerta.

No debería haberlo invitado a cenar.

Debería haber...

—¿Y qué te ha hecho fruncir el ceño así justo ahora? —se preguntó él.

—Solo...todo —dijo ella abatida—. Pero lo que está dando vueltas en mi cabeza ahora fue provocado más recientemente por ti, al decir justo ahora que tal vez solo estés fingiendo todo esto... todo, que podría ser solo un engaño. Pensaba que estaba un noventa por ciento segura de que no eres un asesino en serie de mujeres, y tal

vez un cincuenta por ciento segura de que no eres un lunático, pero... esas exclusiones no me dicen lo que realmente eres.

Él se detuvo al lado del camino, obligando esencialmente a Megan a hacer lo mismo. Acortó la distancia entre ellos a poco más de treinta centímetros y no era menos atractivo bajo la luz pálida de la luna, sus ojos verdes brillaban más como ónix. Aunque ella llevaba tacones, se sintió obligada a levantar el rostro hacia él.

—Soy Graeme MacQuillan —afirmó con orgullo—, hijo de John, pariente del laird de Thallane, capitán del ejército MacQuillan, descendiente de Maol Chaluim mac Choinnich, hijo de Kenneth. Mi *màthair* fue Margaret, nieta de Gille Brigte, mormaer de Strathearn. Mi esposa y mi hijo están muertos y enterrados, pero mis parientes abundan en Thallane. No soy un mentiroso.

Mi esposa y mi hijo están muertos.

—Graeme, lo siento mucho. ¿Qué... qué pasó con tu esposa y tu hijo?

Él negó con la cabeza, su rostro impasible, difícil de leer en las sombras.

—Está en el pasado. Y allí permanecerá. Éramos apenas niños cuando nos casamos.

Megan asintió de inmediato, respetando su deseo de privacidad, pero no pudo borrar completamente la simpatía de su rostro.

—No lo digo para provocar lástima, lass—dijo él, leyendo ya sea su mente o su semblante—, sino para darte una idea de quién soy. No debes temerme. No te haría daño más rápido de lo que profanaría la tumba de mi hijo.

Megan asintió, sin otra opción que aceptarlo, y a él, tal como se presentaba. Si camina en cuatro patas y mueve la cola...

Llegaron al lugar donde el camino giraba a la izquierda en una curva y el lago se curvaba a la derecha.

Megan giró, todavía capaz de ver las luces de la posada, tal vez a un octavo de milla de distancia.

—Probablemente debería regresar —dijo—, no es que crea que Jasmine se preocupará por mí, pero nunca se sabe... y es tarde.

—Sí.

Caminaron en silencio, difícil imaginar o inventar una conversación apropiada después de lo que él acababa de revelar, no menos importante que el hecho, dependiendo de su definición de niños, de que se había casado muy joven.

Al borde del camino de entrada, justo antes de girar hacia el estacionamiento, Graeme se detuvo.

—Diré buenas noches y te veré entrar, lass.

Megan contempló la puerta de la posada y la ventana allí, el interior iluminado mostrando que nadie se movía adentro, la posada acomodándose para la noche.

—¿Cómo me pondré en contacto contigo? —se preguntó.

—Te encontraré, lass, mañana.

—Oh, está bien. Bastante vago —lo que, francamente, era su manera de insinuar que en realidad no confiaba en volver a verlo jamás—. ¿Pretendes ser un hombre misterioso?

Su hermosa boca se contrajo en una ligera sonrisa.

—Eso habría requerido ocultarte la verdad sobre viajar en el tiempo.

La sonrisa de Megan respondió afirmativamente.

—Sí, supongo que sí.

—Duerme bien, Megan West.

Su boca se curvó en una sonrisa, divertida por su semi-formalidad, aún no acostumbrada al efecto que el sonido de su nombre en sus sensuales labios tenía en su interior. Cada vez, parecía como si mariposas se levantaran en su estómago.

—Buenas noches, Graeme MacQuillan —dijo ella, intentando, con poco éxito, imitar el rico y aterciopelado sonido de su acento.

Esperó solo a que él sonriera y no se sintió decepcionada; luego, felizmente, grabó esa sonrisa en su memoria antes de girar y cruzar el camino hacia la puerta.

Debería haberlo besado a la luz de la luna.

—Megan.

Los pasos crujieron sobre la grava del camino. Megan se giró justo cuando él la alcanzó.

Parecía que quería decir algo, pero luego apretó la mandíbula, guardando las palabras dentro.

Los labios de Megan se separaron, ¿por qué la había detenido?

Y entonces la besó.

Dio un paso más y, sin decir una palabra, le tomó las mejillas con las manos, moldeando su hermosa boca sobre la de ella. No hubo un coqueteo suave y lento ni tanteos; el beso fue profundo desde el principio, sus dedos entrelazándose en su cabello. Con una destreza inesperada y hasta entonces desconocida para Megan, movió su lengua dentro de su boca, con sabor a buen whisky y toffee, que sabía bien en él. Megan se aferró a él, sus manos sobre sus gruesos y firmes bíceps. Se entregó de inmediato, su respuesta tan ansiosa como había sido el inicio del beso, tomando lo que necesitaba, ofreciendo lo que él parecía querer, su participación completa, una pasión robusta y correspondida.

Oh, era asombroso.

Duró una eternidad, con Megan inclinándose con entusiasmo hacia él y todas las sensaciones que evocaba, su beso tan poderoso como el hombre. Y aun así, tan formidable como era el hombre, tan intenso como su beso, había también una suavidad en él, una reverencia que la maravillaba.

Terminó el beso y la abrupta forma en que retiró su boca de la de ella, empujándola hacia atrás con las manos sobre sus brazos mientras él retrocedía un paso, con su boca torcida por tanto desagrado, resultó diez veces más desconcertante que la probabilidad de que ella acabara de besar voluntaria y ansiosamente a un viajero del tiempo genuino o a un lunático de la vida real.

—¿Qué... Graeme? —preguntó.

—Vete —dijo, o mejor dicho gruñó, con un claro... enfado.

Pero fue él quien se marchó, girando y caminando por el camino hasta la carretera, desvaneciéndose en las sombras mientras Megan lo miraba, perpleja, con la boca abierta y deseando más.

Una Megan aún desconcertada y excitada regresó a la posada, teniendo que usar su tarjeta en la puerta principal porque estaba cerrada a cierta hora. ¿Por qué la había besado y luego parecía tan molesto por ello? No podía saberlo con certeza, pero

nadie le había dicho nunca, y tampoco pensaba que fuera mala besando. ¿Estaba enojado consigo mismo por haberlo hecho, por no poder resistirse a... qué? ¿La tentación? ¿La curiosidad? ¿Solo quería determinar si besar era igual en dos siglos tan distintos?

El beso no podía olvidarse, nunca podría, pero maldita sea si Jasmine no hizo lo posible por arruinarle a Megan toda la diversión al revivirlo apenas entró en su suite.

Megan la encontró empacando sus maletas, que estaban abiertas sobre la cama que ella había reclamado.

Como la mirada de Megan se centró en las maletas siendo llenadas, Jasmine no dio saludo, sino que explicó la razón de inmediato.

—Espero que no te importe, pero como Kyle viene ahora, pensó que era mejor que encontráramos nuestro propio lugar.

Honestamente, la timidez mostrada en sus hombros encogidos y voz vacilante no fue suficiente para apaciguar a Megan.

—Sería incómodo, ¿verdad, compartir habitación con nosotras? —preguntó Jasmine cuando Megan no dijo nada, demasiado sorprendida incluso para pensar en una respuesta.

Eso fue lo que sacó a Megan de su feliz estupor creado por el beso de Graeme. Y eso la enfadó, que su pequeña burbuja romántica y sensual no fuera estallada por un chorro de agua fría o alguna distracción en redes sociales, no por una vista romántica ni siquiera por los intentos iniciales de imaginar cómo sería un día con Graeme mañana, sino por el falso remordimiento de Jasmine y su mala interpretación de la verdad. ¿Compartir habitación con ellas? No. Todo estaba reservado con la tarjeta de crédito de Megan, por la cual Jasmine aún no había pagado su parte. Esencialmente, compartirían la habitación de Megan.

—Kyle no quiere estar tan lejos en el campo —dijo Jasmine, teniendo al menos suficiente vergüenza para hacer un pequeño gesto de incomodidad ahora—. Creo que nos reservó un lugar en Glasgow.

Mentiría a Jasmine, pero no podía mentirse a sí misma. Dolía. Pero al haber crecido como huérfana, había aprendido primero y ante todo a ocultar todas las emociones negativas. Hacía mucho que

no lloraba al dejar un hogar de acogida por otro, dejando la poca seguridad que había conocido. No lloraba en la escuela, cuando la acosaban por ser huérfana, por no tener familia. No lloraba por malas notas, maestros crueles o chicos que la habían dejado, algunos de ellos porque no accedía a acostarse con ellos lo suficientemente rápido.

Lloraba, sí, pero raramente, con películas cursis de familias felices; cada vez que leía un libro de romance sin final feliz; al ver imágenes de animales maltratados, especialmente perros; cuando estaba aterrorizada, como hoy, pero no lloraba frente a la gente si podía evitarlo, no dejaba que vieran su dolor, nunca.

—¿Cuándo te irás? —preguntó Megan, con voz plana, segura de que Jasmine no lo notaría o, tal vez, preferiría ignorarlo.

Otro gesto de incomodidad apareció, pero con una sonrisa oculta detrás, tan complacida de salirse con la suya sin ningún drama de Megan.

—A primera hora de la mañana. Esa mujer, Janet, en la oficina, dijo que hay un transporte que sale de aquí a las siete en punto que me llevará donde puedo tomar un autobús a Glasgow.

Megan se negó siquiera a considerar que esto pudiera haber sido premeditado, y solo ahora lo escuchaba, pero no lo descartó completamente de las posibilidades. ¿Había sido la pelea telefónica planeada, o fingida, para generar simpatía y hacerla más propensa a que Kyle viniera a Escocia?

—Genial. Perfecto, ¿verdad?

Tomando el supuesto deleite de Megan como positivo, Jasmine se emocionó:

—Sí, ¿verdad? ¿Estás segura de que no te importa? Quiero decir, podrías venir a Glasgow con nosotros... si quieres. Pero sé que has pagado por cuatro días aquí y las excursiones a Skye y... esas otras visitas. Probablemente no te reembolsarían si cancelaras alguna ahora.

Megan rio abiertamente, sabiendo cuándo la manipulaban.

—Estará bien. Seguiré y nos encontraremos para los últimos tres días en Glasgow. ¿Qué tal? —Tenía un hotel reservado allí, para ella y Jasmine, para el final de su viaje.

—Eh, sí, claro. Veré qué dice Kyle.

O, supongo, simplemente te veré en el aeropuerto, pensó Megan, aunque logró contenerse de rechinar los dientes.

—Oh —dijo Jasmine a continuación, antes de que Megan se encerrara en el baño—, sé que aún no tienes tu maleta, pero, ¿te importa si te dejo un atuendo más? ¿Te servirían esos shorts color lavanda? Todavía tienes tu camiseta y tu sherpa rosa si hace frío, aunque la app del clima decía que mañana estaría soleado y templado, más o menos cálido.

—En realidad, estaré bien. Me pondré mis leggings —dijo Megan, haciendo un gesto de desdén con la mano desde la puerta del baño, cortando todo vínculo vacacional, queriendo no deberle nada—. Puedes empacar todas tus cosas. —Tras una rápida y completamente falsa sonrisa, entró al baño y cerró la puerta.

CAPÍTULO SIETE

Tal como se esperaba, la mañana amaneció con un brillante sol que se filtraba por las ventanas, que ocupaban toda una pared. Hacía calor sobre el rostro de Megan, que estaba orientado hacia ese lado de la habitación.

Megan había sido despertada brevemente por Jasmine, no hacía mucho tiempo, pensó. Jasmine simplemente había anunciado que se iba. La despedida fue corta y dulce, con Jasmine sin poder ocultar del todo su entusiasmo. Megan se había dado la vuelta, diciéndose a sí misma tarde anoche que todo estaba bien. Tal vez a Jasmine no le había agradado sentirse como la tercera rueda con Megan y Graeme. Ningún daño, ningún problema.

Curiosamente, no había fantaseado sobre el beso de Graeme MacQuillan la noche anterior, ciertamente no hasta el punto que habría esperado de sí misma, y como se merecía un beso tan impresionante. Honestamente, todavía desconfiaba de él, una parte de ella incapaz de creer que fuera real, mientras que el resto seguía aferrada a todas las sospechas obvias, una de las cuales suponía que no debería sorprenderse si nunca lo volvía a ver. Tristemente, sabía que se sentiría más que un poco molesta si él no aparecía esa mañana. Lo cual, por supuesto, planteaba la pregunta: *¿qué tan desesperada estoy por la atención de un hombre, y su beso; no olvides el beso, que ignoro tan felizmente tantas señales de advertencia?*

Te encontraré, lass, había escuchado repetido una y otra vez en su mente antes de quedarse dormida. Ay, pero una palabra de cuatro letras, de una sola sílaba, no debería poder hacerle estremecer los dedos de los pies tan maravillosamente como lo hacía *lass* cuando salía de sus labios.

Se duchó rápidamente y luego cantó junto con la música de su lista de reproducción mientras se movía frente al espejo, secándose el cabello, cantando de vez en cuando en su cepillo-micrófono. Esto era más un intento de sentirse ligera, feliz y sin preocupaciones, y menos un reflejo de su estado de ánimo real.

Habiéndose lavado sus panties en el lavabo la noche anterior, como había hecho cada noche de este viaje, Megan se puso esos, luego sus leggings negros y su camiseta gráfica, que anunciaba en letras grandes *The Dude Abides*, alrededor de una serigrafía de Jeff Bridges con esas gafas de sol que lo hicieron famoso, de una de sus películas favoritas, *The Big Lebowski*.

Tomó su teléfono y su sherpa rosa, limpia de todo rastro de que había estado en contacto con el suelo varias veces el día anterior, colgó su pequeña cartera al hombro, se puso las zapatillas y bajó justo después de las ocho. Revisó su teléfono, que había estado cargando toda la noche, rodando los ojos, sin sorprenderse de que la batería mostrara apenas la mitad. Sin tener idea de dónde podría encontrar a Graeme, si es que lo hacía, inspeccionó rápidamente el restaurante, que por las mañanas estaba dispuesto como buffet de desayuno. No estaba allí. Asomó la cabeza por la puerta principal, tampoco allí, y decidió que debía continuar con su día como si esperara pasarlo sola, lo que debía empezar con el desayuno.

Pasó de nuevo junto a la escalera y la oficina a su izquierda y luego, por casualidad, echó un vistazo al salón abierto, como lo llamaba el folleto de la posada, aunque parecía original de la casa cuando se construyó como coto de caza. Las paredes estaban revestidas de madera de piso a techo, los moldes rústicos oscurecidos por la edad, y con pesadas cortinas anticuadas cubriendo demasiado las grandes ventanas, que, como casi todas las demás en este edificio extenso, ofrecían una excelente vista del loch y los munros más allá. Diferentes disposiciones de muebles de cuero y mesas tradicionales se situaban alrededor del perímetro de la sala sobredimensionada, cuyo centro estaba ocupado por una gran mesa de billar, posiblemente antigua y valiosa, equipada con varios letreros que indicaban que los niños no debían tocarla.

Al otro lado de esa mesa de billar, de pie en silueta frente a una de las ventanas, estaba un hombre. Graeme, supo de inmediato, la forma y el tamaño de su imponente figura ya conocidos por ella.

Sus zapatillas eran casi silenciosas sobre el parquet de madera, pero él se giró antes de que ella estuviera a mitad de camino por la sala, escuchando o percibiendo su presencia.

—Buenos días —dijo ella, con una sonrisa espontánea, el corazón acelerado simplemente porque él estaba allí. Ni sus constantes recuerdos ni el loco sueño que había tenido, donde ella y Graeme estaban atrapados en un calabozo, encadenados a la pared, la habían engañado: él estaba tan atractivo hoy como ayer. Su mirada se posó en su boca, recordando la seducción de su beso, y Megan comprendió que ahora estaba doblemente vulnerable a su alrededor.

—Y a ti, lass—dijo él, cruzando los brazos de nuevo.

—Oh, llevas lo mismo... —se detuvo y lo miró, frunciendo el ceño—. Graeme, ¿dónde dormiste? —Su hermoso cabello oscuro estaba despeinado, como si se hubiera pasado los dedos varias veces.

—Cerca.

—Oh, críptico —comentó ella, con un atisbo de impaciencia por su ambigüedad, por el hecho de que no parecía del todo contento de verla, lo que le provocó un nudo en la garganta. No preguntó por su espada, que curiosamente, pero menos mal, no llevaba hoy en la cadera. —Sabes, si me hubieras dicho que no tenías dónde quedarte, habría visto si había otra habitación disponible. O... no sé, podrías haberte quedado con nosotras. Jasmine y yo podríamos haber compartido cama —tuvo un pensamiento poco caritativo, que él era simplemente un vagabundo, extrañamente en posesión de una espada antigua y vestimenta medieval, intentando solo conseguir un cuarto o cama por unas noches.

No. Imposible, decidió.

Pero luego, también lo era viajar en el tiempo.

Lo vio mirando su camiseta con una expresión que ella juzgó como de desconcierto. Mirando el dibujo de Jeff Bridges y luego a Graeme, le dijo:

—No preguntes. En diez siglos, no podría explicarte esta camiseta.

—Es muy... en realidad no sé qué pensar de esto.

—No, supongo que no —permitió ella—. Bueno, Jasmine ya se fue, así que...

—Aye, la vi.

—¿Cómo?... no importa, no quiero saber. Ella y Kyle querían estar cerca de una ciudad más grande y animada. Pero el desayuno está incluido en mi estadía, y he pagado por dos. ¿Te gustaría acompañarme de nuevo en el restaurante? —La pregunta estaba cargada de confianza, presumiendo una respuesta afirmativa ya que, de hecho, él estaba allí.

Graeme asintió.

Se acercaron al mismo podio que ayer en la entrada del restaurante, donde Megan anunció su nombre y número de habitación, y los condujeron rápidamente a una mesa no muy lejos de donde se habían sentado la noche anterior. Había elegido la franja horaria de las 8 a.m. con esa esperanza exacta: que la sala no se llenara todavía, y tendría una mesa bien situada y con buena vista.

Como la noche anterior, Graeme dirigió a Megan a una silla específica, lo cual estaba bien, ya que le permitía una mejor vista, eligiendo una para sí mismo a su lado, pero con la espalda contra la pared entre las ventanas, lo que la llevó a preguntar:

—¿Por qué eres tan particular con las sillas en las que nos sentamos?

Él le lanzó una mirada que implicaba que la pregunta era tonta.

—¿Cómo podría protegerte si tengo la espalda hacia la sala?

Se dio cuenta de que él no le había sonreído hoy. Bueno, estaba bien, rara vez sonreía, hasta donde podía notar. Pero mientras sabía que su corazón se había acelerado al verlo esta mañana, no estaba segura de que él sintiera lo mismo.

Algo desconcertada por la posibilidad, Megan hojeó la hoja única de cartulina que era el menú, que en realidad eran solo complementos opcionales al buffet de desayuno, y casi se sintió aliviada cuando se acercó un camarero. Era una joven, no podía tener más de dieciséis o diecisiete años, con las mejillas sonrojadas, la mirada mayormente fija en Megan, y solo lanzando miradas ocasionales, y nerviosas, supuso Megan, hacia Graeme.

Megan le ahorró el trauma de quedarse demasiado tiempo en su mesa, pidiendo café y jugo de naranja para ambos, antes de que la joven, llamada Kirsten, les indicara que podían dirigirse al buffet cuando quisieran, que los platos los esperarían allí.

—¿Necesito explicarte cómo funciona la fila del buffet? —preguntó, con un leve tono de escepticismo.

—Como si no lo supieras —fue su respuesta.

Tenso, pensó ella, y se preguntó si la frialdad de hoy tenía algo que ver con lo que había pasado después de que él la besara, lo perturbado que había parecido entonces.

—En realidad —dijo ella, levantándose de la silla, incapaz de ocultar su propio fastidio—, todo se explica por sí mismo. Sígueme y llena tu propio plato. Esto es un buffet.

Había pequeñas tarjetas frente a cada plato, pero Megan no las necesitaba para identificar los huevos benedictinos, llamados Eggs Royale aquí, con salmón rosado asomando por debajo de los huevos y la salsa holandesa, o el tocino ahumado o el pudding negro, los tomates cherry asados, o los pequeños waffles gruesos y cortados de manera irregular. Solo el que nombraba el plato como scones de papa pudo haberla sorprendido, al menos por lo de la papa. Había fruta fresca, salchicha Cumberland, una estación para armar tu propio tazón de avena e incluso una selección completa de hummus, Megan pasaba; la textura a veces arenosa y pastosa la asustaba.

Megan mantuvo medio ojo en Graeme, que efectivamente la siguió y aparentemente necesitó poca guía después de ver cómo Megan comenzaba a llenar su plato, avanzando frente a la mesa cubierta con mantel. Varios otros comensales pasaban frente a ellos y, en el lado opuesto, otro ejemplo a seguir, de modo que el plato de

Graeme se llenó rápidamente. Megan no se sorprendió en lo más mínimo al ver que la carne ocupaba la mayor parte de su plato rebosante.

—Puedes volver las veces que quieras —le informó—. El camarero recogerá tu plato usado y podrás empezar de nuevo con otro.

¡Ahí está! El primer indicio de algo más allá de la frialdad general, su ceño se levantó y sus ojos se iluminaron ante la idea tan agradable. Prueba, supuso ella, de que el viejo dicho sobre cómo llegar al corazón de un hombre tenía algo de verdad.

Regresaron a la mesa y comenzaron a comer, intercambiando poca conversación salvo comentarios sobre el desayuno.

La mente de Megan empezó a inclinarse y girar. Había dicho que lo ayudaría con sus extrañas solicitudes: averiguar si una chica desaparecida había regresado del lugar donde había estado el último año, el siglo XIV, e intentar descubrir la ubicación de una fortaleza de más de setecientos años, donde podría o no encontrarse con una bruja que posiblemente pudiera devolverlo a ese mismo siglo. Por más salvaje e improbable que sonara, ella estaba dispuesta, aunque arrastraría los pies bastante, posiblemente refunfuñaría también, si él pretendía mantener su actual distancia.

Con toda probabilidad, sus esfuerzos no serían baratos, ciertamente no con algunas cosas adicionales que tenía en mente, una de las cuales era comprarse suficiente ropa para el resto de su viaje. Por lo tanto, antes de comprometerse a gastar dinero en él y el tiempo precioso de sus vacaciones, necesitaba saber una cosa.

Tomó un sorbo de su jugo de naranja, observando a Graeme por encima del pequeño vaso, apenas pudiendo evitar disfrutar de su deleite con la comida una vez más. Eso era triste: que él no pareciera tan feliz de verla como lo había estado con el desayuno. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué había regresado hoy? ¿Simplemente estaba aprovechándose de su amabilidad?

Megan dejó el vaso, aunque no volvió a tomar el tenedor, sino que continuó mirándolo, esperando a que él se percatara de su atención.

Cuando lo hizo, nivelándola con una pregunta en sus llamativos ojos verdes, ella reunió el valor para preguntar:

—¿Por qué me dejaste tan abruptamente, tan enojado, anoche después de besarme?

—¿Me preguntas por qué me fui o por qué estaba enojado?

—Cualquiera de las dos cosas. Bueno, ambas ahora que lo mencionas. —Se quedó perfectamente quieta, posiblemente conteniendo la respiración también.

—La misma respuesta sirve para cualquiera de las dos —le dijo, con la intención de explicarse pero terminando primero su jugo. Estaba en deuda con ella por numerosas razones, no menos por su disposición a ayudarlo en su viaje, pero también porque hasta ahora había permitido bastante abuso incidental de su parte y, por supuesto, no lo había rechazado después de que él revelara su historia—. No debí haberte besado, lass—dijo, repitiendo el estribillo que le había sonado tan duro en la cabeza toda la noche anterior después de despedirse de ella. Pero cómo explicárselo, su expresión ligeramente melancólica lo advertía de que debía andar con mucho cuidado. No deseaba lastimarla de ninguna manera.

Aparte de que revelar la verdad expondría más de lo que necesitaba o quería compartir, la verdad era su mejor manera de explicarse sin causarle dolor. Durante todo el día de ayer había deseado besarla, a menudo y con gran detalle en su mente incluso antes de haberse tomado esa libertad. Habiendo experimentado su beso y probado sus labios succulentos, no estaba seguro de poder pasar tantas horas hoy sin robar otro. Y maldita sea, si no le había molestado más que nunca anoche que su beso fuera tan perfecto como ella. Irse, regresar a su tiempo, oh, incluso ahora, todo el tiempo que pasaría con ella intentando hacerlo, era mucho más difícil porque no pudo resistirse a la tentación de sus labios.

Empezó de nuevo:

—No debí besarte. Te pido disculpas por ello, aunque no puedo encontrar en mí mismo el arrepentimiento que debería sentir. Pero Megan —dijo, girando la palma de la mano mientras hablaba, extendiendo ligeramente la mano hacia ella—, debes saber que

provocas en mí un deseo intenso. Tus labios me provocaron todo el día, con cada palabra que pronunciabas y en cada ocasión que mordías el inferior. Dejando de lado tu carácter generoso y todo lo que has hecho por mí, solo era cuestión de tiempo, pensé, antes de tener que comprobar si todo era cierto. No, me dije, ella no puede ser tan hermosa y tan generosa de espíritu y tener la capacidad de destruir a un hombre con su beso. Pero sí, es cierto, tú lo eres y lo hiciste. Así que solo estaba irritado conmigo mismo por mi poco común falta de control, sabiendo que no debí haber comenzado algo que querría terminar por completo y de corazón, pero que no puedo, porque mi vida, mi futuro y mi destino están en otro siglo.

No se movió, quizá todavía contenía la respiración. La única reacción perceptible fue el brillo de sus ojos. Tras un momento, Graeme apretó los dientes, dándose cuenta de que eso se debía a que sus ojos se llenaban de lágrimas. *Maldita sea*, justo lo que había querido evitar: lastimarla. Abrió la boca, pero no encontró palabras que ofrecieran consuelo, y lo único que salió fue un suspiro.

Megan bajó la cabeza, colocándose una de esas sonrisas falsas que solía poner. Jugueteó con la tela de su regazo.

—Gracias —dijo, con voz particularmente baja—, por explicarme eso tan... cuidadosamente. Aprecio que no hayas ignorado mi pregunta.

Francamente, él no estaba del todo seguro de qué parte de su respuesta la había molestado, o si, en verdad, realmente estaba afligida. Pensó que la había pintado con un pincel muy benevolente en todo momento.

—Pero tú... vas a llorar...

—Sí —respondió ella alegremente, moviendo la cabeza, todavía mirando hacia abajo—. Lo sé. Ridículo, ¿verdad?

Graeme no tenía idea de cómo responder a eso. Esperó.

Pasaron treinta segundos completos antes de que Megan alzara sus ojos azules y vidriosos hacia él.

—Lo siento —dijo, tomando un profundo respiro—. Entonces... y solo para entender bien —dijo, su rostro aún inescrutable, aunque ninguna lágrima había caído de sus ojos azules—, estás molesto y te comportas con frialdad conmigo porque...

disfrutaste demasiado el beso. Y también estás enojado porque estás bastante seguro de que quieres besarme de nuevo.

Eso era la esencia del asunto.

—Sí —dijo él despacio, un poco suspicaz, preguntándose si esto, ahora, finalmente provocaría un estallido mayor.

En cambio, Megan le regaló una de sus sonrisas soleadas. Esta era más allá de cualquier cosa hermosa, lenta en comenzar, se pausó un momento como si intentara contenerla, antes de expandirse, sus labios se abrieron, sus dientes blancos quedaron al descubierto, y la sonrisa alcanzó sus ojos, que se fijaron firmes y felices en él.

—Bueno, esas son probablemente las palabras más bonitas que alguien me ha dicho —dijo, con su voz aún lenta y reflexiva, como si estuviera llena de un pequeño asombro—. Siempre que hayas sido honesto justo ahora, siéntete libre de estar gruñón todo el día y no te preocupes por mí, disfrutando del resplandor de la posibilidad de otro beso.

Graeme la miró con la boca abierta. Sus ojos se arrugaron de deleite, su sonrisa estaba intacta incluso mientras volvía su atención a la comida en su plato. La luz del sol entraba por la ventana, iluminando mechones rojos y dorados en su cabello, bañando la mitad de su rostro en una luz impresionante.

Por todos los santos, nunca iba a poder dejarla.

Habiendo terminado su propio plato, y admitiendo sentirse perturbado por las extrañas sensaciones que evocaba la simple idea, Graeme se levantó de repente y volvió al banquete. El recuerdo de la mirada llorosa de Megan y su posterior sonrisa lo acompañaba. Apretó la mandíbula, concentrándose en la abundante comida sobre la mesa, recordándose, como lo había hecho durante toda la larga noche, durmiendo en el edificio anexo pintado de azul en compañía de un búho muy molesto y nada más que su brazo de almohada, que no le correspondía, ni tenía derecho, maldita sea, pensar en nada fuera de su objetivo: regresar a casa.

Brevemente distraído por una bandeja recién entregada de salchichas y tocino, preguntándose por qué no había presentado queso, volvió a llenar su plato, agregando más huevos y algunos de

los extraños pero sabrosos pasteles curiosamente estampados con cuadrados, antes de regresar a la mesa que compartía con Megan.

Entendió cómo Holly podría haberlo logrado, sobrevivir en su tiempo, cuando fue enviada allí por primera vez. Todo habría sido tan extraño para ella, mucho de ello irreal. Pero tal vez, como Graeme había aprendido, mezclarse e integrarse con la gente y costumbres del presente requería constante atención y la habilidad de simplemente replicar lo que se hacía a su alrededor. Tener a Megan para aprender había sido, y era, francamente, una bendición. Había perdido la cuenta de cuántas veces podría haber desenfundado su espada, tan sorprendido por tantas cosas. Solo su tranquila seguridad de que no era necesario había detenido su mano. Y había tenido razón: aún no había visto a otra persona portando armas. Tenía mucho que aprender y, probablemente, la intuición que le había servido bien hace setecientos años le sería de poca ayuda ahora.

No diría que estaba ansioso por acostumbrarse a ciertas cosas, la ropa escasa que vestían muchos, los monstruos ruidosos que eran los autos, hacer fila y servirse uno mismo, entre otras cosas, pero no podía negar una curiosidad robusta por ver más de Escocia en este siglo.

Se sentó, encontrando a Megan con la cabeza inclinada sobre un pequeño dispositivo negro, cuya parte frontal estaba llena de imágenes y palabras, supuso, pasando al comando de su delgado dedo índice. Sostenía su tenedor en la otra mano, lista sobre su plato, inmóvil.

Primero echó un vistazo a su plato, sus ojos se abrieron al ver lo lleno que estaba.

—Estaba tratando de planear nuestro día —dijo cuando él se sentó—. Ya cancelé mi excursión a Skye y pude conseguir un reembolso. Estoy buscando en redes sociales locales y hasta ahora no he visto nada, ni una noticia ni un clip sobre Holly. Habría sido viral, estoy segura, si hubiera habido alguna noticia. Si ha regresado, no se ha hecho pública.

Otra parte de integrarse requería que fingiera entender cada palabra que decía, lo cual ciertamente no hacía. Pero ella era, o

hasta ahora había demostrado ser, inteligente, y claramente tenía más conocimiento y perspectiva en este tiempo que él.

Pasó su dedo unas cuantas veces más y sacudió la cabeza.

—Nada —dijo antes de tocar el dispositivo de otra manera que hizo que su pantalla se volviera negra.

—De todos modos —dijo, prestando a Graeme toda su atención—, antes de hacer cualquier cosa necesito ir de compras. Mi equipaje se perdió en tránsito, larga historia —dijo al ver su mirada en blanco, a la que ya debía estar acostumbrada. —Así que necesito ropa nueva y Graeme, no lo tomes a mal, pero creo que tú también. Quiero decir, creo que necesitamos vestirme más apropiadamente, sin ofender. O... ¿tienes otra ropa?

—No, la bruja no me dio tiempo de empacar —señaló él, pero luego reconoció—. Sé que destaco, más bien como un tabardo rojo sangre en un mar de tartanes escoceses finos —dijo, mirando su túnica y su tartán. Alcanzó y desabrochó una pequeña bolsa de cuero gastada de su cinturón, vaciando su contenido en sus manos.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso? —preguntó Megan, inclinándose y, sin pedir permiso, pasando los dedos por todas las monedas que él poseía. Tomó una de las monedas plateadas opacas—. ¿Qué? ¿Son auténticas?

—Sí, pero ¿será suficiente para vestirme adecuadamente para esta época?

Megan rio, levantando la moneda para inspeccionarla mejor.

—No, Graeme —dijo con ligereza—. Estoy bastante segura de que no se considerarán moneda legal. Pero son muy geniales.

Graeme devolvió las monedas a la bolsa y la bolsa a su cinturón antes de volver a ocuparse de su plato.

Megan volvió su atención al rectángulo negro sobre la mesa, volviéndolo a activar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, con la boca llena.

—¿Qué? ¿Esto? —ella tocó el dispositivo—. Es mi teléfono. Puedo hacer llamadas, buscar cosas en Google, bueno, aquí puedes hacer prácticamente de todo: enviar mensajes, pagar cuentas, ver películas, tomar fotos... cualquier cosa. Vaya, todo está tan lejos —se lamentó, consultando las imágenes disponibles—. Bien, parece

que el lugar más cercano está a poco más de una hora. Podemos pedir un Uber, comprar ropa y luego ir a donde crees que podría estar Newburn. Tal vez debería buscarnos un buen mapa en papel, en lugar de usar mi teléfono, por si perdemos señal.

Él entendió menos de la mitad de lo que había dicho, pero no se preocupó demasiado, asumiendo que más se le revelaría cuanto más tiempo permaneciera en esta época, y suponiendo también que la lista Megan sabía lo que hacía.

—Megan, conoces el objetivo —dijo cuando ella lo miró como buscando su opinión—. Y conoces mis limitaciones por mi circunstancia. Dejo los detalles en tus capaces manos.

Odiaba la sensación de dejar su destino en manos de otro. Su falta de comprensión lo frustraba enormemente en este aspecto, pero no tenía más opción que confiar en ella.

—Muy bien. Entonces voy a pedir un Uber ahora, bueno en veinte minutos, y primero haremos las compras. Oh, demonios. No hay autos disponibles. Tal vez no tengan Uber tan al norte. Oh, espera. Hay algo llamado Ubicabs. —Tocó varias veces su teléfono y luego levantó la cara, sonriendo de nuevo—. Listo. Reservé el auto para nosotros.

Quince minutos después, durante los cuales Megan anunció regularmente el estado del auto, *está a diez minutos; está a siete minutos; está a dos minutos, debemos salir*, salieron del salón y se adentraron en el brillante sol de la mañana.

Caminando detrás de ella, permitió que su mirada recorriera su figura, nada quedaba a la imaginación ya que su pequeña túnica era tan ajustada como sus calzas. Estaba fascinado por su cintura estilizada y caderas redondeadas y la forma en que se movía su trasero con esas extrañas calzas. Si creyera que era traviesa, podría haber pensado que lo había hecho a propósito, vistiéndose con esas familiares calzas negras, con la intención de fastidiarlo.

—Ese es —dijo ella, señalando un coche que se acercaba.

Sí, ella había dicho *coche*, había dicho que iba a contratar uno, pero él no había pensado en ello más allá. Pero ahora parecía que esperaba que él subiera al monstruo sobre ruedas.

—No voy a meterme en una caja de muerte —dijo, mientras ella abría la puerta y extrañamente pedía su nombre al joven que ya estaba dentro del vehículo.

—¿Qué? —jadeó, mirando a Graeme—. Vamos. Graeme, en serio, te juro que... no está aquí para matarte.

Cuando él permaneció firme, poco persuadido por su débil intento, Megan se situó directamente frente a él.

—¿Graeme? ¿Confías en mí?

Su respuesta llegó despacio, un tenso asentimiento, acompañada de otra de sus cejas fruncidas con fuerza, muy consciente de la manipulación que vendría a continuación.

—Claro que sí. Entonces pregúntate: ¿querría yo meterme allí si fuera, de hecho, una caja mortal? —Se encaramó dentro de la pequeña caja gris, se inclinó y miró hacia arriba, palmeando el espacio abierto a su lado como invitación—. ¿Por favor? —Lo persuadió, mostrándole una de sus encantadoras sonrisas.

Imaginando que tenía poca elección, si los caballos no estaban disponibles, y porque a Megan no le importaba en absoluto, Graeme se inclinó y se metió junto a ella, rozando con la cabeza el techo y con las rodillas pegadas a la silla del hombre frente a él. *Maldita sea.*

—Cierra la puerta —dijo Megan, y luego simplemente se inclinó sobre él, sus pechos aplastados sobre sus muslos, y cerró lo que le había pedido, asegurando la puerta del coche. —Listo, señor —informó a la tercera persona en el vehículo, enderezándose y recostándose contra el amplio asiento. Le ofreció otra radiante sonrisa a Graeme.

—Y no sabes que podrías motivarme a recorrer toda las Highlands solo con esa sonrisa —dijo él con brusquedad—. Puede que sea brillante, pero no te ganará todas las batallas.

CAPÍTULO OCHO

Llegaron a Fort William poco después de las diez de la mañana.

El viaje en coche habría sido tranquilo si no fuera por el agarre mortal de Graeme al reposacabezas del asiento del conductor, que a veces incluía el pobre cabello del chofer. Se calmó después de los primeros quince kilómetros más o menos, aunque sus manos permanecieron cerradas en su regazo durante todo el trayecto. Los intentos de Megan por distraerlo señalando el paisaje que pasaban no lograron calmarlo en absoluto. Durante la mayor parte del viaje, simplemente había muy pocas cosas de interés para señalar. Cuando pasaban una casa, un granero o pastos salpicados de ovejas, él mostraba poco interés, su palidez era casi preocupante, tanto que, al cabo de un rato, Megan tomó su mano y la sostuvo en su regazo. En ese momento era específicamente infantil, ofreciéndole una sonrisa rígida que parecía destinada a demostrar que no sentía miedo alguno.

Posiblemente, por un tiempo, la palidez de Megan igualó la de Graeme, el costo del viaje levantándole las cejas. Aunque ella tenía la capacidad de pagar la tarifa, nunca en su vida había gastado más de cien dólares en un taxi. Todo el día sería caro, ya lo había deducido: tendría que comprarse a sí misma y a Graeme un vestuario, suficientes prendas para al menos unos días cada uno. Y necesitarían comer nuevamente en algún momento y luego alquilar un coche para encontrar Newburn, y todavía tomar un taxi de regreso a Dornie.

Habiendo vivido una infancia donde no tenía nada, Megan era muy cuidadosa con su dinero, pero aun así había ahorrado y recortado gastos durante un año entero, había saldado por completo el balance de una tarjeta de crédito y había prepagado todo lo

posible, todo en preparación para este viaje. Uno de sus profesores universitarios había mencionado casualmente que las personas tacañas, aquellas que no estaban dispuestas a gastar ni un poco, no deberían molestarse en ir de vacaciones. Ella había guardado esa opinión por un tiempo, decidiendo que sería mucho menos ahorrativa en su viaje, queriendo disfrutar y no preocuparse constantemente por sus fondos.

Aun así, pensó con una risa interna sobre sí misma, *el beso de Graeme MacQuillan había salido bastante caro*. Su siguiente pensamiento, no era la primera vez que se lo preguntaba: Ay, ¿qué tan desesperada estoy para que esto sea lo que estoy dispuesta a hacer, sacrificar o dar por un hombre? Más específico para esta ocasión: ¿un hombre que podría ser enviado de vuelta setecientos años al pasado en cualquier momento?

Megan se sintió un poco desconcertada al ver, apenas bajó del coche, un viejo cartel de personas desaparecidas de Kayla Forbes, varias imágenes de su hermosa cara sonriente descoloridas por el tiempo. Había sido pegado hacía mucho tiempo a una de las farolas del estacionamiento de Middle Street, donde el conductor los dejó. Se detuvo, boquiabierta, preguntándose si el destino, y no solo el conductor, los había dejado justo allí, en esa esquina cerca de ese cartel.

Graeme, teniendo solo unos minutos para asimilar todo lo que supuestamente le era nuevo al entrar a Fort William, ahora estaba en la acera, girando la cabeza, con la mandíbula caída como la de Megan, aunque por una razón muy distinta. Probablemente, simplemente estaba asombrado por la cantidad de coches estacionados tan cerca, junto con algunas furgonetas pequeñas. Había otro extenso loch y más montañas más allá en una dirección, el estacionamiento cerca del agua. Frente a eso, lo que mantenía la atención atónita de Graeme era la carretera, ocupada de coches y peatones, con semáforos y lo que parecía ser la parte trasera de un centro comercial, donde varios camiones de carga grandes estaban junto a las rampas de carga.

Se giró bruscamente y miró a Megan, con una expresión que claramente preguntaba: *¿tú también estás viendo esto?*

—Esto es Fort William —dijo ella, moviendo la mano para indicar todo lo que estaba a la vista, todo el pueblo—. No estoy segura de cómo se llamaba en tu época, ni tengo idea de cómo se clasifica en tamaño y población actualmente en Escocia, pero sé que no es tan grande como Edimburgo o Glasgow. Y creo haber leído en algún lugar que Aberdeen es quizá la tercera o cuarta ciudad más grande. De todos modos, vamos a cruzar la calle aquí y caminar hasta la parte delantera de este pequeño centro comercial.

Lo hicieron, caminando por la acera junto a una valla de construcción, cubierta con una lona azul tensada al acero.

Megan señaló a una mujer esperando en una esquina más adelante, presumiblemente a que cambiara el semáforo.

—Por cierto —lo advirtió—, el tráfico *debería* ceder el paso a los peatones, es decir, se espera que los coches se detengan para la gente que camina, pero debes asumir que podrían no hacerlo. Esa mujer está esperando la luz roja para detener el flujo de tráfico, que son todos los coches en movimiento, para poder cruzar la calle.

Giraron por una curva y bajaron por un callejón entre dos edificios de un solo piso, lo que los llevó a un espacio abierto con una calle moderna de adoquines y un pabellón central de césped verde rodeado de arbustos cuidadosamente recortados con hojas color granate. Una acera dividía el césped y conducía a una estatua de un hombre apoyado en una espada, cuya hoja era mucho más delgada que la de Graeme, y detrás se veía una iglesia. En el lado oeste, que era la fachada de la plaza cuya parte trasera habían visto desde el estacionamiento, había una fila de tiendas bajo un paseo cubierto.

Megan examinó esas tiendas, pero decidió primero probar con una tienda más grande, que según su apreciación se encontraba al norte, un edificio independiente cuyo cartel indicaba que era el Nevisport Mountain Centre y que vendía libros y mapas. También sabía por su búsqueda en Google que ofrecía una amplia selección de ropa, principalmente orientada a excursionistas y amantes del aire libre, pero que creía que podría convenir perfectamente a Graeme.

Solo tenían una selección limitada de jeans, ninguno de los cuales Megan reconocía por la marca. Pero también contaban con *pantalones de senderismo*, como indicaban las etiquetas de algunos pantalones ligeros, algunos de los cuales eran convertibles, con cremalleras justo por encima de la rodilla para transformarlos en pantalones cortos. Megan encontró unos *pantalones de senderismo* de la marca Columbia y comenzó a revisar el perchero.

—No tengo idea de tu talla —dijo, sacando un par de color caqui y sosteniendo los pantalones y la percha a la altura de su cintura—, pero supongo que una longitud de noventa y un centímetros.

Graeme parecía... bueno, lejos de estar emocionado mientras miraba los pantalones.

Megan se acercó un poco y levantó la cara hacia él.

—Te sugeriría que suspendas todo lo que sabes sobre ropa. Todo aquí, imagino, te parecerá y se sentirá raro, pero siento que tú, o sea, no tienes otra opción.

—Todo, lass, abarca más que solo la ropa presentada tan abundantemente aquí o lo que pueda verme obligado a ponerme. Sé que necesito adaptarme, pero... —dejó la frase en el aire, mirando alrededor de la tienda.

Megan hizo lo mismo, observando la estética de la tienda, los interminables percheros y mesas de ropa, los maniquíes mostrando las novedades, una docena de compradores revisando diferentes secciones, la luz fluorescente brillante, la música ambiental que salía de altavoces invisibles, interrumpida regularmente por mensajes pregrabados anunciando ofertas y la opción de inscribirse como miembro de recompensas.

Megan tomó la mano de Graeme, que estaba de nuevo o todavía cerrada en un puño. Todo él, de hecho, parecía rígido y tenso. Dos venas se marcaban en su cuello y un músculo le latía en la mejilla.

De manera distraída, intentando atraer su atención hacia ella, Megan puso su mano sobre su pecho, que, como había sospechado, estaba duro como una roca.

Eso funcionó, haciendo que él bajara la mirada hacia ella.

—Vamos a hacer esto y luego podemos volver afuera.

—Aye, hagámoslo —respondió él.

—Está bien, pero primero tienes que probarte la ropa porque solo estoy adivinando tu talla —dijo ella. Había trabajado varios años en la universidad en una tienda de ropa en Des Plaines y tenía cierta idea, pero seguía siendo una suposición. Él era enorme y musculoso, pero con cintura estrecha y muy alto. Brevemente le explicó los probadores mientras revisaba más pantalones, encontrando al menos un par de jeans que podrían servir, sin imaginar que estaría cómodo en unos skinny modernos. Agregó unas cuantas camisetas grandes y extra grandes, casi emocionada ante la idea de ver sus brazos y pecho ajustados por el algodón fino.

Y entonces abordó el tema que había pensado y dudado cómo preguntar.

—Um, Graeme —dijo, sintiendo un rubor subir por su cuello hasta las mejillas—. ¿Qué usas... um, debajo de los pantalones? —preguntó, girando un dedo alrededor de su área pélvica. Para su disgusto, él no entendió de inmediato—. Um, quiero decir, usamos... ropa interior, bragas y, bueno, bóxers o calzoncillos para hombres. —Seguramente su rostro estaba rojo como un tomate. Tocó con un dedo la tela de sus pantalones, justo debajo del cinturón que colgaba bajo en sus caderas—. ¿Llevas algo debajo de esto?

Y tal vez solo estaba haciéndose el tonto, obligándola a esforzarse en la explicación. Levantó una sola ceja sugestivamente mientras una esquina de su boca se movía en el inicio de una sonrisa.

—Es muy personal, lass—dijo, con la sonrisa creciendo—, pero estaría feliz de mostrártelo.

—Oh —dijo ella, poniendo los ojos en blanco, aunque su estómago se revolvía con solo imaginarlo. Nunca habría sospechado que un feroz guerrero medieval fuera del tipo que coquetea traviesamente, lo cual no pasó desapercibido para ella, aunque respondió—. No, gracias, Casanova. —Honestamente, le costaba controlar su propia sonrisa—. Y solo por eso, tú no tienes voz en esto. Bóxers serán. —Pero tendría que esperar a conocer su talla antes de escogerlos. Con casi diez prendas colgando de su brazo, lo

dirigió hacia los probadores—. Mira, solo entra en una de esas puertas —dijo, señalando las puertas azules de cada cabina—, quítate la camisa y los pantalones y prueba cada una de estas. Otra vez, se sentirá raro, pero te acostumbrarás. Tendrás que hacerlo. Sal de aquí con los pantalones puestos, para que pueda revisar la talla o ajustarla si es necesario según cómo te queden.

Le volcó toda la selección de ropa en los brazos y le dio un pequeño empujón hacia la puerta. Se preguntó lo difícil que debía ser para él, un guerrero que maneja espada, mostrar tanta cautela ante casi todo lo extraño que encontraba. No avanzaba con propósito y facilidad, sino que caminaba despacio, con la cabeza quieta y siempre moviéndose, observando todo a su alrededor. Debía sentirse tan fuera de lugar, tan incómodo.

Al segundo siguiente, pensó: vaya, mírame, pensando en él como si realmente fuera de otra época. Sin embargo, no profundizó más, sin querer ensombrecer el momento, él, ellos, lo que fuera que estaba pasando.

En lugar de eso, ella revisó la ropa de mujer, permaneciendo a la vista de los probadores, encontrando poco de interés salvo una sudadera gris de forro polar con ribetes rosa brillante en el borde y el cuello, con cordón. La elevada etiqueta indicaba que no era tan linda como pensaba. Mantendría los dedos cruzados para tener mejor suerte en la otra tienda de la plaza, para encontrar bragas y otro sostén, y tal vez shorts o capris y algunas camisetas más. Si encontraba un vestido bonito para cenas, podría tomarlo, pero no se preocuparía si...

Ese pensamiento desapareció violentamente de su mente al ver a Graeme salir del probador. Caminó por el piso de linóleo descalzo, con un par de pantalones verde salvia y posiblemente nada más. Su pecho, Oh, su pecho, estaba desnudo.

Uno de sus primeros pensamientos fue: *es demasiado atractivo para mí*. Siempre se había considerado medianamente bonita, nada más. A veces deseaba tener una figura más curvilínea, con pechos y caderas un poco más pronunciados. Regularmente llamaba "vainilla" a su cuerpo: bonito, pero simple; más bien ordinario, sin ninguna característica distintiva.

Graeme MacQuillan no era vainilla. No era ordinario. Era espectacular.

Había visto más de un pecho masculino desnudo en urgencias, de todas formas, tamaños y colores. Pero el pecho de Graeme era inusual, impecable según su rápida evaluación, y le cortó la respiración al acercarse. Sus hombros eran no solo anchos sino gruesos, sus pectorales esculpidos como acero, brazos musculosos, el pecho con un ligero vello oscuro.

No era completamente perfecto, aunque, su pecho y brazos tenían numerosas cicatrices, finas líneas blancas y patrones gruesos, una irregular levantada que cruzaba su hombro izquierdo.

—Graeme... ¿de dónde vienen todas estas cicatrices?

—De la guerra —respondió simplemente.

Guerra, reflexionó ella, nunca habría imaginado... Oh, ¿será cierto?

Megan parpadeó, con los dedos hormigueando, casi frenética por tocarlo. Su mirada bajó a donde los pantalones colgaban maravillosamente, aunque casi indecentemente bajos en sus caderas, bajo el abdomen plano y bien definido.

Ay, ¿qué le pasaba? Ningún pensamiento en su cabeza era decente en ese momento. Pero ¡vamos! No es como si no hubiera visto un cuerpo masculino magnífico antes. Claro, esos, cualquier hombre que mereciera una segunda mirada, habían sido pacientes en urgencias, donde trataba de mantener la profesionalidad, o los había visto en una pantalla de cine gigante o en miniatura en su teléfono, no tan cerca ni con vida propia.

Al darse cuenta de que no había escuchado una palabra de lo que él dijo, tragó saliva y se recompuso.

—Perdón... ¿qué?

—¿Estás soñando despierta? ¿Se supone que deben ajustarse así, tan cerca entre mis piernas que imagino una voz más aguda en poco tiempo?

Oh.

—Um, bueno, sí, los bóxers ayudarán con eso —dijo ella, atreviéndose, como si fueran amigos de toda la vida, tirando de la pretina de los pantalones, los cuatro dedos traseros encontrando la

cálida y firme piel de él. Esta acción reveló por vista y tacto que definitivamente no llevaba nada debajo. Otro rubor coloreó sus mejillas, consciente de ello, pero sin poder hacer nada al respecto—. Oh, son perfectos. Probablemente necesitarás cinturón, pero no están apretados y la longitud es buena. ¿Cómo se sienten en el muslo? —preguntó, levantando la pierna y doblando la rodilla—. Haz esto. Hay suficiente espacio, ¿verdad? —aclaró cuando él lo hizo.

—Aye. Habiendo notado que los hombres de esta época se visten de manera similar, con estos calzones ceñidos y largos, sé que esto tendrá que servir.

—Calzones —dijo Megan, dándose un ligero golpe en la cabeza—. Esa era la palabra que estaba pensando, para esos pantalones que estabas usando. Bien, solo necesitamos conseguirte unos bóxers. Espera un momento. —Revisó la talla en la etiqueta de los pantalones que llevaba puestos y buscó los bóxers que le quedaran, regresando lo suficientemente rápido, deseando que él y su magnífico pecho volvieran al probador.

Graeme frunció el ceño al verla regresar con varios bóxers en la mano.

—Sé que no es lo que estás acostumbrado —dijo ella—, pero vas a tener que...

—No puedo usar eso —dijo él secamente, señalando el primer par, con un estampado a cuadros bastante sutil.

—¿Podrías al menos...?

—¡Nae! —le gruñó—. Es el tartán de los MacDouall. No voy a mancillar mi nombre ni mi carne usando el tartán de un traidor. —Su ceño se profundizó—. No quiero que lo toques, Megan, ni nada relacionado con los MacDouall.

—¿En serio? —Sí, estaba hablando en serio, decía la línea dura de su mandíbula—. Está bien —dijo ella, ocultando ese colgador y los bóxers detrás de su espalda, ofreciendo los siguientes tres pares para su inspección, sin cuadros a la vista.

Entonces se acercó un vendedor, un adolescente alto y delgado, con cabello rubio pálido y ojos azules saltones, la etiqueta colgada en el cordón alrededor de su cuello lo identificaba como Will.

—¿Puedo... ayudarles en algo? —preguntó, mirando a Graeme con un pequeño atisbo de sospecha.

—No, gracias. Solo estábamos tratando de averiguar su talla.

—¿No sabe su talla? —preguntó con ceño dudoso—. ¿O que no debe andar descalzo y sin camisa?

Megan entrecerró los ojos y ajustó su opinión inicial de él como un chico benigno y sin pretensiones.

—Um, no. Él, ah, sufrió una TBI hace un tiempo —le dijo rápidamente, inventando—, un traumatismo craneoencefálico. Sí, así que, um, a veces se confunde. De todos modos, esperaba poder darte las etiquetas de lo que compramos pero que él realmente se lo pusiera fuera de la tienda. ¿Estaría bien? —Mientras el chico dudaba, Megan arrancó la etiqueta de los pantalones y desenganchó un par de bóxers del colgador, retirando esa etiqueta también. Le entregó los bóxers a Graeme y la etiqueta con el colgador al chico y dijo—: Gracias —antes de que él pudiera objetar—. También necesitaremos ayuda en el departamento de calzado en unos minutos.

—Genial —dijo el chico, mirando los pies muy largos y muy blancos de Graeme, con su expresión neutra diciendo que no era nada genial antes de alejarse, encorvando los hombros.

—¿Cómo te quedaron las otras cosas? —le preguntó Megan a Graeme, logrando en gran parte no babear más sobre su cuerpo impresionante.

—¿Otras cosas? —Graeme frunció el ceño, cruzando un brazo sobre el pecho para rascar el hombro contrario—. Lass, me tomó bastante tiempo recuperarme del encuentro conmigo mismo en la pared. Ay, casi tuve que levantarme del suelo.

—Bueno, vaya —rió ella—, solo da la espalda al espejo.

—Lo intenté, pero entonces no podía ver si él permanecía y seguía mirando.

—Estás bromeando, ¿verdad? —Honestamente, no podía saberlo—. *Él* eres tú. ¿Lo entiendes, verdad?

—No soy tonto, Megan. Entiendo lo que estoy viendo, igual que lo que vimos dentro de tu habitación en la posada, en el baño, no lo hace menos inquietante, digo.

—Entendido. Bien, asumiendo que sabes o puedes decir si una camiseta te queda o no, busca un par que te queden bien y nos quedaremos con esos. Oh, espera —dijo, deteniéndolo antes de que se diera vuelta por completo. Le entregó los bóxers. —Querrás ponértelos... debajo, claro.

Ambas cejas oscuras se levantaron ante esto, mirando el pequeño artículo, que podría perderse dentro de su enorme puño.

—Sí —dijo Megan por encima del hombro al dejarlo—. Eso es lo que usan ahora.

Diez minutos después, estaban sentados en un par de sillas metálicas con brazos y cojines naranjas, Graeme usando un par de calcetines, tomados de un paquete de cinco, cuya etiqueta Megan también había entregado al desilusionado Will.

No estaba segura de si importaba si llevaba bota o zapato de senderismo, pero asumiendo que a veces podrían recorrer las Highlands a pie, pensó que sería mejor que solo un calzado deportivo, considerando el terreno más accidentado. Por lo tanto, dejó la decisión a él, bota o zapato, y para disgusto de Will, Megan pidió que sacara varios para probar en la talla diez y medio del Reino Unido de Graeme, que equivalía a once y medio en Estados Unidos, o lo haría si alguna vez llegaba allí.

Después de probar varios zapatos y botas, se decidió por la bota.

—Se siente más como mi bota —dijo Graeme—, más alta.

Will estaba mucho más adelantado que Megan esta vez, entregando el otro zapato para que Graeme se lo pusiera, arrojando todas las etiquetas previamente recogidas a la caja vacía.

—¿Nos encontramos en la caja entonces? —preguntó Will con demasiada esperanza.

Megan decidió que ya lo habían torturado lo suficiente y asintió, recogiendo el par de pantalones extra, más bóxers y las tres camisetas que Graeme no llevaba puestas. Él llevaba, afortunadamente o no, según se vea, una camiseta gris jaspeada que se estiraba deliciosamente sobre su amplio torso y se ajustaba lo suficiente para tentar un poco a Megan pero sin que pareciera que se estaba exhibiendo.

De camino a la caja, un exhibidor de cinturones llamó su atención, recordándole que Graeme probablemente necesitaría uno. Encontró su talla y lo agregó a la creciente pila. En la caja, Megan volcó todos los artículos sobre el mostrador desgastado y esperó que el total no la hiciera perder la compostura.

Will comenzó a escanear cada etiqueta, echando algunas miradas de reojo a Graeme, que estaba absorto con los pequeños productos cerca del mostrador, el exhibidor lleno de cosas para compradores impulsivos. Megan normalmente era inmune a su atractivo y sabía que hoy su total no le permitiría mirar dos veces.

Graeme, por otro lado, estaba intrigado o fascinado, manipulando varios artículos, incluyendo barras de proteína, un llavero de rana, una pequeña botella de desinfectante de manos y un par de cordones de bota, estos últimos los levantaba a la nariz para olerlos.

Megan cerró los labios para ocultar su sonrisa, pero luego vio que Will entrecerraba los ojos hacia Graeme, lo que activó sus defensas.

—Es su primera salida desde el incidente —dijo, mostrando un rostro de paciencia angelical. Suspiró—. Solo la semana pasada recordó su nombre. Todavía no me recuerda completamente —su voz se quebró un poco.

—¿Qué dices, lass? —preguntó Graeme bruscamente desde tres metros de distancia, de repente dándose cuenta o escuchando lo que decía—. Acabo de conocerte, solo llegué a este siglo ayer.

Megan le lanzó a Will una mirada que decía: *¿ves a lo que me refiero?* Tocó el lado de su cabeza y}e hizo una mueca, otro indicador de la lesión cerebral que había inventado antes.

—Och, mierda, pobre chico —dijo Will, conmovido. Se alejó un poco del mostrador, mirando debajo, donde presumiblemente había estantes—. Tengo un cupón aquí, señorita —dijo—. Es solo un quince por ciento, pero sé que podría necesitarlo.

—Ay, qué dulce. Gracias, Will.

Se inclinó y le susurró a Megan:

—Me preguntaba sobre la corriente que sale de su boca.

¿La corriente...? Ah, se refería a la expresión de Graeme, con la boca entreabierta ante tantas cosas distintas.

De alguna manera, Megan logró no estallar en risa. En cambio, se encogió de hombros y miró a Graeme, que estaba casi con la boca abierta nuevamente, aunque ahora con un ceño intenso, mirando a una pareja adolescente que acababa de entrar, ambos con cabello azul, el del chico de pie recto, unos quince centímetros por encima de su coronilla.

Suspiró de nuevo, entregando su tarjeta de crédito a Will.

—Sí, todavía tiene dificultades con esa habilidad motora. Afortunadamente, mejora cada día —dijo, inclinándose y susurrando—. Todavía a veces cree que es un caballero medieval, con espada.

CAPÍTULO NUEVE

Megan los condujo a través de los adoquines y hacia otro amplio mercado. Graeme caminaba a su lado, cargando dos bolsas por sus asas estrechas de cuerda. Una bolsa contenía más prendas nuevas que ella había comprado para él y la otra guardaba la ropa, botas y su tartán, que había estado usando al llegar. La ropa estaba bien hecha, con costuras casi perfectas, decidió, pero se sentía extraña en su cuerpo; la túnica lo abrazaba demasiado, aparentemente preferencia de la gente del siglo XXI. Aún no sabía qué hacer con los calzones, lo que Megan llamaba “boxers”, pero no encontraba defecto en los calzoncillos ligeros que se movían bien con él.

—Ahora necesito conseguir algunas cosas para mí —dijo ella—. Puedes seguirme o... no sé, tal vez curiosear un poco.

Todavía no se sentía cómodo con todo lo que lo desconcertaba, pero se estaba acostumbrando a *sentirse* atónito por la confusión y la admiración. Ya imaginaba que esa noche, antes de dormir, podría repasar en su mente todo lo que antes era inimaginable y desconocido pero que era real en este tiempo.

Graeme curioseaba con Megan siempre a poca distancia a la vista. Confiaba en ella, al menos en su mayoría, pero no confiaba en nada ni en nadie más de este siglo. Su ceño volvió, pero luego se suavizó al encontrarse con la figura de una mujer sin rostro, vestida con pequeños trozos de tela sobre los pechos y genitales. La tela parecía seda con encaje decorativo curvándose alrededor de las piezas, de un rojo intenso. Muy provocativo, pero increíblemente indecente, sin importar el propósito de esa exhibición tan inapropiada.

—Deja de babearte sobre el maniquí, Graeme —sonó la risa de Megan a unos metros.

Avergonzado de haber sido atrapado mirando la indecencia, Graeme rodeó el cuerpo inerte hasta donde Megan estaba revisando prendas colgadas en un poste circular brillante.

Ella sacó una y la sostuvo, usando la mano libre para darle la vuelta al pequeño pergamino adherido. Aunque este artículo era blanco, tenía forma similar a lo que cubría los pechos de la mujer falsa.

—¿Qué es esto? —preguntó él—. ¿Por qué la figura lleva esos pedacitos de tela?

Sin mirarlo, ella respondió con casi impaciencia:

—Es un sostén, Graeme. Nadie quiere que sus pechos se muevan por todas partes. Se considera descortés, tal vez de mala educación, o flojo supongo que podrías decir, no usar uno. Excepto al dormir, me siento desnuda sin sostén.

Habiendo apenas contemplado la réplica femenina y su *sostén* con desconcierto, y ahora provocado inadvertidamente por las palabras de Megan, Graeme recorrió con la mirada su figura, contemplando de manera tosca su desnudez. En su mente se aseguró de que su cabello estuviera recogido sobre los hombros para que nada interpusiera su mirada hambrienta y las dulces curvas de su cuerpo, imaginando sus pechos altos y redondeados y sus caderas suavemente curvas, donde podría posar sus manos. Sintió el cosquilleo de su propio cuerpo ante la imagen confusa e imaginaria y se reprendió por comportarse como un joven inexperto.

Con los brazos nuevamente llenos de ropa, Megan pasó junto a él, deteniéndose brevemente, levantando la mano y colocando dos dedos entre sus ojos, en la parte superior de su nariz. Empujó suavemente su piel hacia arriba.

—Frunces demasiado el ceño, Graeme.

Y continuó su camino, dejando su aroma atrás, uno que casi, pero no del todo, lo había distraído en los confines del incómodo carruaje; el aroma era cálido y ligero, pero por lo demás irreconocible. Él se giró después de un momento, justo a tiempo para verla desaparecer detrás de una tela colgada en una puerta. Había un letrero sobre la puerta, pero no pudo descifrar la escritura. Queriendo mantenerla a la vista, la siguió en silencio,

acostumbrándose rápidamente a su nuevo calzado. No era tan flexible como su propia bota, ajustaba un poco alrededor del tobillo, pero le gustaba la firmeza de la suela.

A través de la primera cortina de tela azul, se encontró con cinco puertas más cubiertas de manera similar, y sintió un golpe inmediato en el pecho, temiendo haberla perdido. Empujó la primera, sorprendiéndose al encontrar solo una pequeña cámara de probadores, cada pared lateral equipada con espejos pero sin salida. Su ceño volvió al levantar la cortina de la segunda y luego la tercera, ¿a dónde se había ido?

—¡Megan! —gritó, apartando la cortina de la cuarta puerta.

—¡Cristo! ¡Graeme! ¡Qué demonios!

La encontró. La encontró en un desorden espléndido, girando hacia él, cruzando los brazos sobre sus pechos desnudos, vistiendo solo sus pantalones ajustados y una expresión muy molesta.

Se lanzó hacia adelante y mantuvo una mano sobre sus pechos, lo suficientemente apretada para levantar los redondeados globos, y con la otra empujó su pecho.

—¡Sal de aquí! ¡Santo cielo! ¡Has cruzado la línea, Graeme!

Él retrocedió, la vista magnífica lo dejó brevemente sin palabras, capaz de ser movido por su pequeña mano.

La cortina se cerró frente a él.

—No sé dónde estás...

—¡Es un probador, Graeme! —gritó ella desde detrás de la cortina—. ¡Estabas en uno! No me digas que no sabías qué era ni dónde estaba yo.

Ahora lo entendió, sí, pero haberla perdido un momento antes lo había confundido brevemente. Y las puertas en la pequeña cámara que había usado en la tienda anterior eran de madera, con curiosas ranuras en la mitad superior que no llegaban al suelo.

—Lass, yo...

—Solo vete, Graeme —dijo ahora, ya sin gritar, aunque su tono aún rebosaba irritación—. Espera afuera.

Sabiendo dónde estaba y que no había peligro para ella, Graeme regresó a la sala principal de la tienda. Aunque se sentía un tonto por su grave error, pudo agudizar las partes de la imagen que

había imaginado antes viendo a Megan desnuda. En verdad, había visto poco: se lo recordaría cuando ella se calmara, habiendo girado y ocultado su cuerpo con la velocidad del rayo.

Megan salió del probador, buscando y encontrando a Graeme, que no se había ido lejos, fulminándolo con una mirada intensa. Justo cuando él abrió la boca para disculparse, ella levantó la mano frente a su rostro, la palma pálida estaba a menos de un pie de distancia.

—Eso fue inexcusable —dijo secamente—. Incluso para ti. La próxima vez, trata de llamarme antes de asomar la cabeza detrás de cortinas o puertas.

—Te pido disculpas eternamente, lass, pero no creas que esto es trivial. No quise entrometerme. Supe que desapareciste.

—¿Qué? ¿Como si una bruja te hubiera teletransportado?

—No llegué a pensar tan lejos —dijo él, sin haber considerado esa posibilidad específicamente—. Solo me preocupé. —No le recordó que ella lo había invitado a seguirla.

Su semblante se suavizó.

—Bueno, por muy agradable que sea que alguien se preocupe por mí, no es necesario, Graeme. —Continuó más allá del lugar donde él había esperado cerca de esa puerta con cortina, diciendo por encima del hombro—. Solo necesito algunas cosas más y podemos irnos.

Quince minutos después, Megan también llevaba varias bolsas de papel, y salieron a la plaza del mercado. El sol había alcanzado su cenit, pero se estaba desvaneciendo, siendo cubierto por nubes blancas y grises.

—Sentémonos aquí —dijo Megan, señalando un banco de metal—. Creo que estará lo suficientemente cerca del wi-fi de la tienda. Puedo pedir un Uber o ese otro servicio de taxis desde aquí... oh, mira, hay un museo cerca. Deberíamos... oh, espera. Probablemente... bueno, ¿tienes prisa? Quiero decir, el siglo XIV no va a ningún lado, ¿no?

—Quizás no —dijo él—. No sé cómo se maneja el tiempo ni cómo funciona, lass, pero recuerdo que Michael, el MacClellan, declaró que cuando Kayla y Eloise se conocieron, descubrieron que

había alguna diferencia, algún desplazamiento entre los siglos. Cuando Kayla llegó, aparentemente Eloise había estado fuera de este tiempo solo unas semanas y se conocieron poco después. En ese momento, Eloise ya llevaba más de un año con Nicol en nuestro, mi tiempo.

—Pero eso no tiene sentido —argumentó Megan, cuestionando la improbabilidad—. ¿Cómo podría...?

Se detuvo al leer la ceja levantada de Graeme, que le pedía considerar lo que decía.

—Cierto —dijo—. ¿Cómo podemos esperar que las partes racionales tengan sentido con lo imposible? —Volvió su atención al teléfono—. Bien, resolveremos primero lo importante y tal vez dejemos el museo para otro día... si aún estás aquí.

Graeme se quedó frente a ella mientras ella se sentaba en el banco, manos en las caderas mientras esperaba a que terminara con su dispositivo. No respondió a su última declaración, pero la meditó. "*Si aún estás aquí*" despertó varios pensamientos, no menos importantes los de pensar en no estar aquí, no conocer a Megan.

Tal vez las palabras también la hicieron detenerse. Levantó sus ojos azules de las imágenes que desplazaba para mirarlo. Su nuevo atuendo ya había provocado varias miradas curiosas de ella, algunas más reservadas que otras, un gran contraste con cómo lo había mirado cuando salió del probador sin camisa.

No alzó ningún escándalo en ese momento, y ella podía negarlo todo cuanto quisiera, pero él no era tan obtuso como para no reconocer la admiración en la mirada de una mujer. Sonrió interiormente mientras ella volvía a mirar su teléfono. Sí, claramente había mostrado una evidente apreciación por lo que había visto entonces. Habiéndola sorprendido desprevenida y prácticamente con el torso descubierto unos minutos después, podría haberla molestado, ¿tranquilizado?, diciéndole que la alta estima era mutua, si no mayor.

—Graeme —dijo ella, levantando nuevamente el rostro hacia él—, ¿puedes mirar esto? ¿Puedes leer este mapa?

Se sentó a su lado, tocándose los muslos.

Megan le mostró una imagen estática en su teléfono, un mar de azul con delgadas líneas de azul más oscuro serpenteando por toda la superficie.

—Así que este es el mapa de Ross-Shire.

—No veo mapa alguno, lass—dijo él—. Solo veo azul.

Ella tocó la pantalla un par de veces y la imagen evolucionó; él comprendió, por mil vistas desde las cumbres de las Highlands y otros lugares, que era la vista de águila.

—Ah, ahora lo veo.

—Bien, la posada donde me hospedo está aquí. Está cerca de estos tres lagos, donde parecen unirse, Loch Long, Loch Duich y Loch Alsh. Ahora aquí —dijo, desplazando la vista de águila con el dedo, como si lo hubiera hecho volar— está el broch donde te encontré. No puedo encontrar información sobre este Newburn ni sobre tu amigo, ese tal laird, Lucas Thain. No he investigado demasiado, pero no sé si eso ayudará. Podríamos, y quizá nos veamos obligados en algún momento, detenernos en algo como una oficina administrativa o una iglesia antigua, ciertamente una biblioteca, donde podrían guardarse registros, pero por ahora, hoy, ¿reconoces algo, o al menos sabes en qué dirección podría estar? ¿Conoces algún lago por nombre que pueda estar cerca?

Graeme consideró la pregunta, inclinándose hacia ella para estudiar la imagen. Nada le saltó como algo que pudiera reconocer. Preferiría verlo desde el suelo.

—Podría —dijo—, creo que al menos podría orientarme desde Thallane, que está cerca de un lago llamado Cluanie.

—Clu-ah-nee —repitió lentamente—. Solo lo voy a deletrear fonéticamente... bien, aquí está. Oh, Graeme —dijo con algo de emoción, tocándole el muslo y dejando la mano allí un momento—. Mira, está entre aquí, Fort William y Dornie. Perfecto.

—¿Y ahora qué, lass? ¿Bicicleta?

—Alquilaré otro auto —dijo ella, sin despegar la vista del teléfono.

—¿Estás segura, lass —dijo él, girándose, observando los distintos puestos del mercado— de que no hay caballos que

podamos conseguir? Preferiría montar a caballo a soportar otro viaje en auto.

—Sí, estoy segura. Tal vez en algún lugar más rural podrían haber, o al menos nos encontraríamos con uno o dos para robar...

—Eso es un crimen capital —replicó él, girándose bruscamente, horrorizado ante la idea.

—Estaba bromeando —dijo ella—. De todos modos, el auto está pedido y llegará en... genial, siete minutos. Tenemos que volver al lugar donde nos dejaron.

Recogieron sus bolsas del banco y salieron de la plaza del mercado, encontrando el camino que Megan llamaba acera y caminando junto a la calle principal, demasiado cerca de tantos autos en movimiento para el gusto de Graeme.

Curioso por los troncos de árboles altos clavados en el suelo, con cuerdas negras suspendidas en la parte superior, Graeme notó la presencia de cada uno a medida que se acercaban, decidiendo que estaban espaciados uniformemente, tal vez a ochenta pasos de distancia. Cada uno estaba salpicado de distintos avisos, ninguno legible para él, algunos repetidos en cada tronco de unos nueve metros de altura.

Al acercarse al cuarto, Graeme se detuvo de repente, impactado por la imagen que le devolvía uno de los avisos, al que antes apenas había prestado atención.

—¿Qué engaño es este? —preguntó, acercándose y reconociendo la sonrisa de Kayla MacClellan en uno de los pergaminos.

—¿Graeme? —Megan estaba a su lado, mirándolo a él y no la imagen—. ¿La conoces?

—Sí, es la esposa de los MacClellan, Kayla. Te dije que la conocí. Estaba en Newburn, ella y su marido, y el Cameron con su esposa, Gabby, se habían reunido allí para discutir su situación. Holly lloró al verlos. No sabía que los había conocido, pero como te dije en la cena, identificó la extraña excentricidad que Cora llevaba sobre los ojos, les llamó gafas, y todas esas chicas quedaron boquiabiertas, como si solo alguien de este tiempo pudiera reconocerlas. Las he

visto en este siglo, las esferas de vidrio —dijo, haciendo un gesto con la mano para indicar dónde se colocaba esa rara excentricidad.

—Cora Bennett llevaba gafas —susurró Megan a su lado.

—Sí, eso vio Holly. Las lágrimas de Holly fueron de alivio, ahora sé, porque encontró a alguien, tres de ellas, que podían comprender lo que había sufrido. Estaba abatida en espíritu, me atrevo a decir, cuando ninguna de las lasses podía aconsejar sobre cómo regresar a casa. Pero sí, acabo de recordar, eso atrajo a las brujas. Eso dijo una de ellas, Samara era. Dijo que sintió su energía y que fue llamada por ello, o algo por el estilo.

—Dime algo sobre Kayla que me ayude a creer realmente que lo que dices es verdad —pidió Megan, con un hilo de voz.

Graeme negó con la cabeza.

—Solo vi a la esposa de los MacClellan dos veces. Pero puedo contarte mucho sobre Holly, ya que está casada con Duncan y pasé bastante tiempo con ella.

—¿Qué puedes decirme?

—Es de buen corazón, como tú —dijo él, lo primero que le vino a la mente, tal vez porque Megan le recordaba a Holly en ese sentido—. No fue bien recibida, como puedes imaginar siendo pariente de los MacHeth, y aun así hizo todo lo posible por adaptarse a la vida en Thallane. Aspiraba a ser una buena esposa para Duncan, eso lo sé. Como él lo era para ella, ella estaba un poco impresionada por él, con un afecto tierno, sé que así era. Cuando llegó, la mayor parte de su estudio sobre Duncan lo hizo a escondidas, intrigada y quizás un poco ansiosa ante este hombre, un extraño entonces, que ahora era su esposo. Pero no es tímida, oh, casi lo olvido, eso fue hace semanas. Holly estuvo atrapada en los sótanos de Thallane, un lugar espantoso como puedes imaginar. *Oh*, pero Duncan estaba desesperado por encontrarla. Encerrada en una de las cámaras de almacenamiento, solo con la oscuridad y los ratones de compañía, por más de medio día. Al día siguiente, nunca adivinarías que sufrió tal trauma.

—¿Es un requisito? ¿Ser la esposa de un laird, vivir en un castillo medieval? ¿Solo las valientes pueden postularse?

Por supuesto que no, y él conocía a muchas doncellas tímidas y lloronas. Aunque había visto, de hecho provocado, algunas lágrimas, Megan no era ninguna de esas cosas.

—Allí prosperarías, lass, de eso no tengo duda.

—¿Eres... eres un laird?

No estaba seguro de si debía interpretar demasiado su pregunta sobre la necesidad de que la esposa de un laird sea valiente, seguida tan de cerca por la pregunta de si él mismo era un laird.

—No soy el laird. Ese es Duncan. Yo capitanéo su, el ejército de los MacQuillan. Recluto, dirijo, entreno y los conduzco a la batalla junto a Duncan.

—Ya veo. ¿Has peleado en muchas batallas?

—Demasiadas para contarlas. ¿Este es nuestro auto? —preguntó al ver un vehículo que desaceleraba, el conductor inclinado hacia la ventana, entrecerrando los ojos y observando a Graeme y Megan.

—Sí, ese es —dijo Megan, dirigiéndose hacia él.

Se acomodaron en el auto, que afortunadamente era algo más espacioso. Resuelto a acostumbrarse tanto a la velocidad de los autos como a su falta de control sobre ellos, Graeme apretó la mandíbula y se acomodó en el asiento.

A diferencia de su primer conductor contratado, este parecía deseoso de conversar, preguntándole a Megan si era de Estados Unidos, con un evidente acento escocés, pareciendo conocer ese lugar.

—Soy de Chicago —dijo ella alegremente—, o justo al norte de allí.

—¿Y usted, señor?

—Soy un MacClellan, de Thallane en Wester Ross.

—¿Thallane? —repitió el conductor, sus ojos visibles en el espejo colgante del techo del auto, frunciendo el ceño y fijándose en Graeme en lugar del camino—. Nunca lo oí. Reservó un viaje a Loch Cluanie —dijo, su mirada desplazándose presumiblemente hacia Megan—. No hay ningún Thallane cerca, amigo.

—En realidad, estamos buscando un... bueno, un lugar antiguo, supongo, llamado Newburn —dijo Megan—, y Graeme pensó que podría recordar su dirección desde ese lago.

El ceño del conductor se frunció aún más, pero al menos su atención volvió a la carretera.

—¿Cómo recuerda un lugar antiguo que ya no existe?

—Estuvo allí, en su momento —dijo Graeme—. Yo vivo allí en...

—Él vive bajo una roca la mitad del tiempo —lo interrumpió Megan con ligereza, dándole un suave empujón con el codo.

—Vivo *sobre* una roca —lo corrigió Graeme—. Thallane se asienta sobre un lecho de roca firme.

—Sí, querido —dijo ella, con un tono conciliador que a la vez sonaba un poco insultante.

Permaneció en silencio entonces, permitiendo que Megan entablara conversación con el conductor, lo suficientemente trivial como para suponer que solo estaba pasando el tiempo.

No por primera vez, Graeme notó la escasez de árboles y bosques en esta época, esperando que eso no dificultara su capacidad de orientarse desde donde sabía que una vez se había asentado Thallane hacia lo que él conocía como dirección de Newburn.

Cabalgaban menos de una hora según la estimación de Graeme, con el camino serpenteando junto a otros tres lagos, que el conductor anunció primero como Loch Lochy, que no se parecía al que Graeme conocía, luego Loch Garry, y después brevemente junto a Loch Lyone, donde el conductor preguntó:

—¿Seguro que no quieren ninguno de estos lagos? ¿Tiene que ser Cluanie?

—Sí, Cluanie —le aseguró Graeme.

Diez minutos después, cuando se acercaban al lago solicitado, Graeme levantó las cejas, con la esperanza asomando.

—Los dejaré en el mirador —dijo el conductor—. ¿Fue el año pasado, amigo, o el anterior, cuando la ambulancia aérea vino justo aquí, rescatando a ese tonto que cayó y se golpeó la cabeza con las rocas?

—Sí —dijo Graeme distraídamente, observando el paisaje y la cinta de agua poco profunda que corría entre colinas y beinnns más altos. Salió del coche tan pronto como el conductor lo detuvo, habiéndose apartado de la carretera principal hacia un tramo corto de asfalto más claro y liso. Como las dos bolsas de ropa, vieja y nueva, habían estado en su regazo durante el viaje, las sacó del coche con él.

Sí, este lugar lo conocía bien, esta cima sureste con vistas al agua de Cluanie.

Absorto, con una mano sobre la puerta abierta, Graeme extendió la otra para ayudar a Megan a bajar.

—¿Te resulta familiar? —preguntó ella, de pie cerca, mirándolo.

—Sí, lass. Esto lo conozco —dijo él. La hizo avanzar y cerró la puerta del coche, golpeando con la mano la parte superior del vehículo—. Gracias por traernos sanos y salvos, lad—dijo—. No necesitamos más tus servicios.

—Eh, Graeme —dijo Megan, viendo cómo el coche giraba en círculo al partir—. ¿No necesitamos más? Estamos en medio de la nada.

—Sí, pero sé dónde estamos —dijo él, mirando completamente al este, creyendo reconocer la línea de colinas más cercana—. A menos que las montañas y los valles se hayan movido con los siglos, sé exactamente a dónde necesitamos ir.

—¿Y vamos a caminar hasta allí? Contraté el coche para que nos llevara en la dirección que decidieras desde aquí.

—No puede alejar mucho ese vehículo de este camino liso, jovencita. Tenemos que caminarlo.

—¿Hablas en serio? Vaya, Graeme, deberías haberme avisado. Habría traído agua y mi mochila con... no sé, otras cosas.

—Y yo mi espada, lass—dijo él—. Pero solo tuvo sentido para mí cuando estuve aquí. Sí, prefiero no emprender ningún viaje sin mi espada, pero no está tan lejos, apenas unos quince kilómetros, y tú has insistido a menudo que no necesito mi espada.

—Graeme, no me preocupa tu espada —dijo Megan—, sino la sed, el hambre, las ampollas y... —se interrumpió, agitando la mano

frente a su rostro—...y los insectos, aparentemente.

Graeme agitó su mano frente a su propio rostro, con menos disgusto del que había mostrado Megan, menos afectado por los mosquitos que ella.

—Estaremos bien, lass—le dijo—, y podremos satisfacer cualquier necesidad en el camino.

—Esto es lo que me toca por esperar aventura en mis vacaciones —gruñó ella, caminando junto a él mientras él retrocedía por el camino negro antes de alejarse de él, dirigido directamente en dirección noreste.

No habían avanzado mucho cuando se oyó un bajo retumbar de trueno a lo lejos. El cielo se había oscurecido lentamente en la última hora, pero seguía siendo solo gris claro y no negro con furia. Él esperaba más bien un ligero chaparrón o una llovizna duradera, pero no mucho más, aunque notó que el viento había aumentado dramáticamente desde que estuvieron cerca del mercado. Graeme miró de reojo a Megan, evaluando su reacción a la lluvia inevitable.

Ella apenas miraba hacia arriba, con su boca fruncida con un poco de exasperación de que su caminata pudiera verse arruinada por una rápida tormenta veraniega.

Cinco minutos después, cuando corrían por la tierra irregular mientras la lluvia los azotaba de lado, tratando de alcanzar la protección de los árboles al pie de la colina que necesitarían escalar, Megan gritó:

—¡Esto no está *bien*, Graeme! ¡Esto está muy *mal*! —Sus propias bolsas rebotaban y la bolsa atada a su cintura golpeaba sus caderas y muslos mientras corría, haciendo que su paso fuera irregular.

Él se rio de esto, deteniéndose para tomar su mano y estabilizarla, su rostro girado lejos de la lluvia que picaba.

—Dijiste que querías aventura, lass—le recordó.

—¡Ugh! Debería saberlo, debería saber tener cuidado con lo que deseo... ¡ahh!

Ella gritó, su pie resbalando en un largo desliz, casi cayendo por el suelo mojado. Solo la fuerte sujeción de Graeme la mantuvo en pie.

Entraron en un grupo de árboles, no tan densos como él hubiera querido para ofrecerles un refugio perfecto de la violencia de esta tormenta repentina. Él empujó a Megan hacia adelante, bajo el dosel de un abeto de tronco bastante grueso, cuyas ramas más bajas estaban a la altura de los hombros de Graeme, obligándolo a agacharse para seguirla.

Megan suspiró y apoyó la espalda contra el tronco, con las bolsas colgando flojas de cada mano.

La lluvia era en gran parte inevitable, cayendo tan fuerte que ni los árboles podían ofrecer protección completa. Graeme empujó a Megan hacia el lado protegido del árbol, de modo que los resguardara en cierta medida del viento. Se puso frente a ella, permitiendo que su espalda recibiera el golpe de cualquier viento y agua que llegara desde otra dirección, que no era insignificante. Puso sus bolsas en el suelo y levantó los brazos a los lados de la cabeza de Megan para protegerle el rostro, apoyando sus manos contra el tronco macizo del árbol.

Su pecho subía y bajaba rápidamente, resultado de la loca carrera. Sus mejillas tenían manchas rojas. Las gotas de lluvia brillaban en sus pestañas, uniéndose algunas y creando un efecto de picos, que de algún modo hacía que sus ojos parecieran más grandes y luminosos. Lamió la lluvia de su labio superior, con su mirada fija en Graeme, recorriendo su rostro, tomando nota de su aspecto empapado.

Su magnífico cabello castaño ahora era simplemente marrón oscuro, privado de todos los matices, empapado y colgando flojo alrededor de su rostro, cuello y hombros. Graeme levantó la mano y apartó los mechones que caían sobre su frente, con su mirada siguiéndolos, explorando la piel suave que quedaba al descubierto. Al bajar la vista, encontró a Megan mirándolo, inmóvil ante su toque.

Sus labios se entreabrieron y, aunque tal vez inconscientemente, él lo interpretó como una invitación y bajó la cabeza para devorarla, uniendo su boca húmeda con la de ella. No fue un beso modesto, pero Graeme se sentía dueño de sí mismo ahora, más que la noche anterior, cuando cada nervio de su cuerpo le gritaba besarla y no tuvo voluntad de resistirse. Esto, ahora, era

una elección, una sobre la que no dudó en absoluto. Ella era en muchos sentidos irresistible.

Separó sus labios y hundió la lengua en su boca, provocándola a responder. Ella lo hizo, maravillosamente, recibiendo el beso como la noche anterior, con la misma necesidad que él.

Apoyó su cuerpo contra su deliciosa suavidad y movió la mano con insistencia tierna a lo largo de la línea de su mandíbula, levantando su rostro hacia él. Su mano continuó moviéndose, bajando por sus hombros y brazos doblados entre ellos, tirando de su túnica. Con firmeza, apartó una de sus manos, luego moldeó su propia palma y dedos sobre la redondez de su pecho. Su cuerpo entero tembló ante el contacto, su beso se detuvo un momento mientras suspiraba en su boca.

Graeme profundizó el beso, tirando de su labio inferior, moviendo y enroscando la lengua con movimientos lujuriosos. Aunque su túnica era delgada, esa y la prenda de sostén explicada antes impedían su violento deseo de tocar su piel y sostener su pecho. Bajó la mano, deslizándola bajo la túnica y luego hacia arriba nuevamente, con movimientos agresivos, acordes a su deseo por ella. Empujó también bajo el sostén, gimiendo en su boca cuando sus dedos encontraron la piel desnuda y hermosa de su pequeño pecho y el pezón firme. Se frotó contra ella, su propio deseo aumentando aún más dentro de sus nuevos bóxers al mismo tiempo.

Acarició y apretó su pecho, y estimuló su pezón hasta que ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca. Queriendo el sensible punto en su boca, Graeme gruñó contra sus labios mientras sus manos comenzaban a levantar su delicada túnica,

—Necesito probarte, lass.

—Oh, Jesús, Graeme —suspiró ella—. Oh, lo deseo tanto. —Dicho esto, aunque cerró sus manos sobre las mucho más grandes de él, intentando forzarlas hacia abajo.

Él rompió el beso, sus respiraciones agitadas se mezclaban, la lluvia olvidada cayendo a su alrededor.

Por un momento, ambos miraron las cuatro manos unidas entre ellos, inmóviles ahora.

—No puedo —dijo ella, sonando tan apasionadamente triste como Graeme al escucharla—. Uno de nosotros se irá, yo cuando terminen mis vacaciones o tú cuando... lo que sea que pase. No puedo cargar con eso. —Se enjugó el agua de las mejillas y parpadeó varias veces—. No puedo ser abandonada otra vez, Graeme. Yo... —hizo una pausa, mirando su hombro, su labio inferior temblando un poco. Mi mano derecha desapareció de la suya, apoyándose plana sobre su pecho superior. Acarició la palma sobre la tela empapada de su túnica—. Siento que todos los daños de los años, todos los rechazos y deserciones y, ciertamente, las despedidas más simples, palidecerían en comparación con los tuyos. Si yo... si continuamos... solo hará que sea mucho más insoportable cuando te vayas o cuando yo me vaya. Lo sé, simplemente lo sé.

Retrocediendo apenas lo suficiente para que su erección ya no se presionara contra ella, y posando su mano sobre la que estaba cerca de su hombro, dijo:

—No quiero causarte dolor, lass.

Ella asintió.

—No pensé que lo hicieras, ni que lo fueras a hacer. —Intentó sonreír, pero el esfuerzo quedó a medias—. El destino es un poco estúpido, ¿no? O desorganizado. O quizá simplemente borracho.

—¿Por qué dices eso?

—Esto es solo yo pensando y hablando, y hablo solo por mí, pero... no sé, casi siento que tú y yo estamos destinados a estar juntos. —Mantuvo la mirada apartada mientras soltaba esta revelación tan sorprendente. Miraba más allá de su brazo izquierdo, quizá fijándose en la hierba oscurecida y reluciente por la humedad—. Es una tontería, lo sé —continuó—, pero así es como empiezo a sentirlo, como si el destino hubiera tomado demasiadas cervezas negras y se hubiera equivocado con nuestros años de nacimiento.

Algunos fragmentos de lo que ella había dicho le regresaron a la mente:

Una de las familias que me crio...

No tengo hermanos ni hermanas, de hecho no tengo familia en absoluto.

Supuso que no se equivocaría al pensar que ella se protegía mucho, que las relaciones de amor, de esas que una muchacha de corazón tierno necesita, no habían llegado a menudo ni fácilmente a su vida. Ahora ni siquiera podía mirarlo, aun después de haberlo recibido con tanto entusiasmo en su beso, cuando revelaba pequeños retazos de sus sentimientos: *Casi siento que tú y yo estamos destinados a estar juntos.*

Lo dijo, expresó su idealista teoría, con una vocecita, como si no tuviera mucha práctica en hablar tan abiertamente. Graeme dedujo que uno no supone ni desea algo como *estar destinados* si no hay al menos un sentimiento real ligado a ese *tú* o a ese *yo*.

Suspiró, preguntándose cómo demonios había logrado ella en veinticuatro horas lo que nadie había hecho en más de una década: hacerlo sentir.

Y aun así, la dejaría.

Levantó ambas manos y las posó sobre sus estrechos hombros, deslizándolas por sus brazos, frotando arriba y abajo un poco. Cuando ella alzó los ojos hacia él, sonrió débilmente.

—Tendré unas palabras para ese destino borracho, si alguna vez llego a encontrármelo.

CAPÍTULO DIEZ

La lluvia finalmente se había despejado. Los pájaros trinaban sobre sus cabezas, saltando de árbol en árbol. Megan pensó que podían ser chochines comunes, o al menos así lo parecían. El cielo no estaba azul, sino que aún se agitaba con nubes grises y espesas que se movían rápidamente, lo que sugería que tal vez todavía vieran más lluvia. No estaba completamente empapada hasta la piel, su chaqueta sherpa había absorbido la mayor parte de la lluvia, pero ahora estaba cargada de agua, pesándole encima. Sus leggings sí estaban empapados, pegándosele de manera molesta. Una brisa fuerte todavía les azotaba alrededor y, aunque ayudaba a secar el cabello empapado de Megan, nadie sabía cómo lucía aquello, le provocaba escalofríos hasta los huesos. Por suerte, siempre llevaba consigo ligas para el pelo y se había detenido un rato atrás para pelear con la maraña encharcada y enredada hasta lograr recogerla en una coleta, aunque aún tenía mechones que se le volaban continuamente alrededor de la cara.

Posiblemente parecían dos idiotas, cargando sus bolsas de compras de papel en esta caminata casi rigurosa. Pero, como no había nadie cerca para verlos, realmente no importaba.

Habían subido y bajado una colina más pequeña, ¿un munro?, y ahora caminaban junto a un río que bajaba con estrépito sobre las rocas y en un punto sobre el tronco muerto de un árbol, de al menos un pie de diámetro. De dónde había salido eso, Megan no tenía idea; había pocos árboles en cien metros a cada lado del río en ese valle.

Aun así, el paisaje era impresionante: los bosques cubiertos de musgo y los majestuosos pinos oscuros, los extensos y desnudos valles, donde Megan estaba segura de que podía ver los huesos de la tierra, apenas cubiertos por una delgada capa de brezo y

helechos. Incluso el aislamiento del paisaje resultaba fascinante y pintoresco.

El terreno no era excesivamente difícil, pero tampoco era parejo, y ya llevaban caminando muchos kilómetros. O al menos así lo sentía. Pero aún no había llegado al punto de derrumbarse y preguntar a Graeme: *¿Ya llegamos?*

Durante una hora después de que la lluvia se detuvo, tras haber dejado el refugio del árbol, Megan sufrió una terrible oleada de melancolía, triste por haber dejado atrás aquel árbol y aquel beso. La mitad del tiempo se preguntaba por qué había decidido detenerlo. Claro, lo que le había dicho era verdad; desde que él la besó por primera vez, había estado atormentada por la inquietante certeza de que superarlo no sería fácil, y que solo sería más difícil cuanto más profundo se hiciera el vínculo, y besar, y todo lo glorioso que naturalmente seguiría, sin duda contaba como involucrarse más profundamente. La otra mitad del tiempo lidiaba con lo inevitable: ya fuera que él fuera simplemente de Escocia o en realidad de otro tiempo, ella era de Estados Unidos; su tiempo juntos estaba limitado.

—Has estado callada, lass—comentó Graeme mientras avanzaban—. Casi una milla y ni una palabra.

—Francamente, estoy bastante miserable... con todo. Tengo frío, estoy cansada y hambrienta, y literalmente estamos en medio de la nada, que es hermoso, no me malinterpretes, pero no sé cómo vamos a volver a Dornie. —Suspiró, esquivando un tramo áspero de tierra, más roca escarpada que hierba—. Y, para ser sincera, pienso que no debí pedirte que pararas —dijo, poniéndole palabras a más de lo que normalmente habría hecho, aunque queriendo ver qué sentía él al respecto. Como no respondió de inmediato, se preguntó si había sido demasiado ambigua—. Parar de besarnos, quiero decir.

—Aye —respondió, caminando solo unos pasos delante de ella, sus anchos hombros ofreciéndole una buena vista cuando no estaba apreciando el paisaje tan imponente.

Pasó medio minuto entero antes de que añadiera algo más a esa respuesta tan poco comprometida. Cuando su voz volvió a

alcanzarla, el timbre áspero y las palabras en sí aliviaron parte de su melancolía.

—Tendremos tiempo todavía, lass. No creas que no me aseguraré de eso.

El alivio instantáneo que sintió le confirmó que su instinto anterior, que no debió haber detenido su beso, era una emoción honesta. Y además, la emoción causada por su afirmación la calentó desde dentro hacia afuera.

—¿Esto se ve familiar? —preguntó entonces—. ¿O se parece a cómo era en tu tiempo?

—Sí y no, lass—respondió él—. Reconozco las colinas onduladas y este río aquí y su forma sinuosa, aunque es mucho más angosto. No está más habitado ahora que entonces —continuó—, pero en mi tiempo gran parte de estas tierras estaba ocupada por grandes rebaños de ovejas y ganado, pastando, pariendo, o siendo llevados a los pueblos de mercado. Aun así, el paisaje se mantiene igual de salvaje y remoto, no inaccesible aunque los sureños lo vean de esa manera.

—¿Estás preocupado, Graeme? —preguntó ella—. ¿De qué quizá encuentres Newburn, o lo que quede de él, pero no puedas volver a casa?

—No me planteo preocuparme, lass. Volveré a casa, no tengo dudas —dijo él, con voz impregnada de fortaleza—, ya sea hoy, en una quincena o en un año. Jamás me rendiré.

No importaba que ella regularmente, tras solo veinticuatro horas, hablara como si realmente le creyera; ahora tenía que lidiar con la opresión en el pecho por su declaración y su ardor sobre el asunto. Era demasiado pronto para sentirse herida, para experimentar cualquier emoción sobre su ferviente deseo de irse, de dejarla.

Con la intención de alejar esos pensamientos de su mente, Megan preguntó:

—Pero ¿cómo sabrán que estás allí? ¿Las brujas?

—La que llaman Samara dijo que fue convocada a Newburn por la energía de las lasses. ¿No puedo simplemente concentrarme en el asunto y llamar a la bruja, Sidheag?

Megan sonrió, pensando en lo místico que sonaba: Graeme manifestando a una bruja.

—Supongo que puedes intentarlo.

—No queda mucho ahora —observó, señalando una formación rocosa inusual—. Conozco ese marcador, *a' chrùn*, la llamamos la Corona.

Megan examinó las rocas, tres de ellas, marrón y gris, irregulares, con forma de delgados triángulos en pie, colocadas muy juntas. Parecían haber usado sus puntas para abrirse camino desde debajo de la piel de la tierra y ahora se erguían majestuosas, de casi seis metros de altura, asemejando de hecho una corona puntiaguda y angular.

Abandonaron el valle del río y cruzaron colinas onduladas sin árboles, pantanos esponjosos, lomas irregulares y arroyos que serpenteaban. Al emerger de un valle boscoso fresco y nítido, Graeme se detuvo y miró directamente hacia el mar de verde, la extensa llanura estaba rota solo por un leve ascenso a unos treinta metros de distancia. El montículo no era insignificante y, de hecho, resultaba algo inusual comparado con otras colinas de la zona; tenía el tamaño aproximado de un campo de fútbol y un perfil notablemente plano en la cima.

Megan se puso a la altura de Graeme, pero solo brevemente, observando su expresión, que habría descrito como desconcertada. Luego él rompió en carrera, atravesando la pradera, sin que el alto césped barrido por el viento, a veces hasta sus rodillas, ni esas tontas bolsas que se balanceaban con cada uno de sus largos pasos, lo detuvieran.

Ella lo siguió a un ritmo más tranquilo, incapaz, después de tantas horas de caminata, de aumentar su velocidad. Para cuando llegó a la base de la meseta, Graeme llevaba más de un minuto allí de pie. Desde su perspectiva, se recortaba contra el cielo, con las manos en las caderas, mirando un punto fijo, posiblemente sin verlo, digiriendo lo que seguramente debía ser perturbador: no encontrar evidencia de que Newburn hubiera existido, si esto era donde esperaba que estuviera.

Megan se detuvo y dejó caer sus bolsas y su bolso, las primeras habían marcado líneas rojas en sus palmas y en el dorso de su mano. El sol había luchado durante el último cuarto de hora por hacerse notar, con éxito suficiente para que Megan levantara la mano a la frente y mirara a Graeme. Él estaba imponente, parecía un orgulloso y poderoso caballero guerrero sobre la colina, bañado por la dorada luz vespertina.

Como estaba tan quieto, ella no llamó su atención, sino que subió la pendiente semi-empinada y llegó a su lado.

Sin necesidad de preguntar, Graeme dijo:

—No sé qué esperaba, pero... no esperaba esto, ningún signo, ninguna marca que dijera que Newburn estuvo aquí, cuando en mi mente estuve aquí apenas ayer. No me sienta bien en el corazón, ciertamente tampoco en la cabeza.

Sonaba casi desolado, tan abatido como su profunda voz podía transmitir, supuso ella. Instintivamente, puso su mano sobre él, la palma en su espalda baja.

—Lo siento, Graeme.

Él asintió, con la boca apretada, y se apartó, dejando su mano extendida, pero sin tocarlo.

Quería privacidad, pensó ella, o al menos tranquilidad, para procesar lo que había descubierto, que no era nada en absoluto, ya que Newburn no estaba donde él lo había dejado.

El césped estaba húmedo, pero sus leggings también, así que Megan se sentó, bastante exhausta tras la larga caminata. No dijo nada, solo observó a Graeme, con el corazón apesadumbrado por él. Si, de alguna manera, de algún modo, el viaje en el tiempo era real y él provenía de otro siglo, y como dijo, había estado aquí solo ayer, debía ser horrible y parecer surrealista visitar el mismo lugar y encontrarlo desaparecido.

Con los pies nuevamente firmes, y su rodilla izquierda doblada en señal de cierta relajación o resignación, y las manos en las caderas, permaneció inmóvil un buen rato. Lo suficiente para que el sol ganara su lucha con las nubes, disipándolas. Megan se soltó la coleta y pasó los dedos por ella, esperando que se secara pronto.

Y luego simplemente se sentó. Y esperó.

No había señal de celular allí afuera; no la había habido en las horas previas cuando intentó abrir un mapa en su teléfono, pero la batería no se había agotado aún, lo que indicaba que eran después de las seis de la tarde, hora local. A este ritmo, regresarían a la posada de noche. Aun así, no presionó a Graeme ni lo apuró con sus reflexiones o lo que estuviera haciendo.

Finalmente, después de cambiar de posición varias veces y luego levantarse, esperando que sus leggings también se secaran, Graeme se giró y se dirigió hacia ella, acortando la distancia de seis metros.

—Eres muy amable, lass—dijo, sorprendiendo a Megan al inclinar la cabeza y darle un rápido beso—, por darme ese tiempo y espacio.

Megan asintió y luego hizo una mueca.

—¿Ayudó... lo que estabas haciendo?

—No puedo decirlo todavía. Pero ahora te pido un favor mayor.

—¿Más grande que caminar más de cuatro horas? —preguntó, rezando en secreto que no lo fuera.

Hizo una mueca que sugería que ella podría pensar eso.

—Deseo quedarme aquí, al menos lo que resta del día y durante la noche.

Megan se giró y contempló la amplia vista, praderas y montañas en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista.

—Um... está bien, ¿pero por qué? —Extrañamente, no sentía miedo, no la atormentaba la idea de que este fuera el lugar donde el asesino en serie cobrara vida, que todo esto hubiera sido su plan malvado y prolongado. Era cierto que podría enfurecerla más tarde si estuviera equivocada, pero sentía en su interior que no lo estaba.

—No sé cuánto tardaría una bruja en percibir una presencia, alguien que necesita o desea —respondió—. Las lasses, Holly y las demás, se reunieron durante dos días antes de que alguna bruja se mostrara.

—Graeme, no podemos quedarnos aquí dos días —replicó, con un tono moderado pero práctico—. No tenemos agua ni comida ni... nada.

—No tanto tiempo —respondió él—. Si nada ocurre durante la noche, podemos regresar a Dornie antes de que salga el sol. Pero entonces querría volver.

Ella asimiló esto, pero no lo analizó de inmediato, preguntando en su lugar:

—¿También querrás encontrar Thallane?

—Sí, pero solo si es necesario. No sé si quiero sufrir otro choque como este, no encontrar ninguna evidencia de mi propio hogar.

Megan asintió.

—¿Nos quedaremos aquí sentados?

—Sí. Si no te importa. Pero nos moveremos de la meseta cuando caiga la noche.

Y así lo hicieron, sentados donde habían estado, donde una vez estuvo Newburn. Megan pidió a Graeme que le contara sobre Newburn: cómo había sido, cómo había sonado, cómo olía.

—Sí, sé la diferencia —dijo él—. O mejor dicho, nunca presté mucha atención a los ruidos a los que estaba acostumbrado, pero lo noto enseguida en tu posada y luego en Fort William, era diferente aquí. En Newburn, en mi época, como en Thallane, podrías oír relinchos de caballos y el tintineo de los arreos. Las ruedas de los carros no giran en silencio, como la rueda de tu bicicleta. El martillo del herrero suena con regularidad. El ganado no está en silencio, por supuesto, y su olor flota por todas partes. Noté la ausencia de eso aquí. En Newburn, específicamente, se estaba haciendo un poco de trabajo en la piedra, los canteros golpeaban y raspaban sin cesar en mi primera visita.

Señaló dónde estuvo Newburn según su conocimiento, en la cima plana de la colina, la casa del laird en esa esquina, los establos allí, el horno de pan en la parte trasera donde estaba la entrada a la cocina.

Por cada respuesta que daba, Megan se animaba a saber más y hacía preguntas de seguimiento o nuevas. Charlaron así, sobre Newburn y Thallane, durante más de una hora. Graeme incluso describió a algunas personas de su hogar, Thallane.

—Red Moll supervisa al personal de cocina, también sirve como cocinera —dijo—. Es brusca y vivaz, pero no más peligrosa que un gato de granero. Roland es el administrador de Thallane, con capacidades superiores al hombre promedio; justo, pero ansioso por una buena broma. —Se encogió de hombros y sonrió—. Lamentablemente, pocos llegan a él. La madrastra y la hermanastra de Duncan, Doirin y Moire, viven en Thallane, pero no por mucho tiempo. Dunc arregló el matrimonio de Moire y se espera que su madre parta con ella hacia la casa de su prometido tras la boda y el banquete. —Miró de reojo y agregó—. Nadie extrañará a ninguna de las dos.

Y así continuó, Graeme aparentemente complacido de hablar de su hogar y su familia, como se refería regularmente a ellos. Al encontrarse con este Graeme tan hablador, se preguntó si ya sufría por la pérdida de Thallane, si extrañaba a su familia y hogar, y quizás se preocupaba, pese a su afirmación de que no, por no volver a verlos.

Fiel a su palabra, cuando el último arco del sol se deslizó detrás de las montañas del oeste, Graeme los guio colina abajo, alejándolos de la cima plana.

—No iremos lejos, lass, solo nos alejaremos de ser blancos en el espacio abierto y en el saliente —dijo—, pero quedaremos lo bastante cerca como para ver cualquier entidad iluminada.

Megan pensó que las probabilidades de eso eran muy escasas, pero no se lo dijo. Caminaron hacia la cobertura más cercana de árboles, que no era más que un grupo de pinos y otro árbol que Megan no supo identificar. Tenía una hoja ancha y más la forma y disposición de un arbusto que de un árbol, con muchos brotes creciendo en lugar de un solo tronco, y sus ramas se extendían más a lo ancho que hacia las alturas.

Se sentaron en la base, resguardados bajo el denso dosel por si volvía a llover. Megan aplanó una de sus bolsas de compras y se sentó sobre ella, sin ánimos de apoyar el cuerpo directamente en el suelo duro y posiblemente húmedo por un tiempo prolongado. Graeme se acomodó a su lado; el grosor del árbol era de varios pies, así que quedaron sentados juntos, hombro con hombro.

Ella bostezó, exhausta todavía, y recostó la cabeza hacia atrás, esperando que no hubiera arañas en ese árbol.

—Ven, Megan —la invitó Graeme—. Usa mi regazo. Apoya tu cabeza aquí.

Aquello sonaba tan maravilloso en un sentido acogedor como incómodo en otro. No era mojigata, pero sabía reconocer los grandes momentos de incomodidad, y se imaginaba perfectamente que ese podría ser uno de ellos. Le gustaba Graeme, adoraba sus besos y quería más, pero sentía, extrañamente, que aún no lo conocía lo *suficiente* como para ponerse tan cómoda en su cuerpo.

—Estoy bien, pero gracias. —Antes de que él insistiera, preguntó—: ¿Qué se siente, viajar en el tiempo?

—Recuerdo muy poco —contestó él—. Simplemente fue una ausencia de luz... pero no oscuridad, exactamente. Suena extraño, lo sé, pero así lo percibí. Me sentí muy ligero, como si flotara, como si estuviera bajo un mar inmenso. No sabría decir si ocurrió de inmediato —chasqueó los dedos, como indicando un instante— o si tomó horas moverme. No recuerdo ninguna sensación de que iba a perder el conocimiento, pero sí, lo perdí, despertando allí en el viejo broch sin recuerdos del viaje.

—Muy peculiar todo, Graeme. Yo me habría vuelto loca. —Bostezó otra vez y luego se disculpó—. No me estás aburriendo en lo más mínimo. Podría escuchar tu voz toda la noche, pero discúlpame si me quedo dormida. Estoy hecha polvo.

Él sacó de la bolsa de compras a su lado su extraño manto de cuadros.

—Tengo que preguntarlo —dijo ella entonces—, ¿qué onda con la manta? Sabía que los tartanes eran cosa escocesa, que los clanes tenían sus propios patrones, pero solo los había visto en faldas, sombreros o capas.

Graeme le lanzó una mirada feroz.

—Es un braecan, lass—dijo—, o *braecan-feal* cuando lo llevo como corresponde, ceñido y plegado. Este es el tartán MacQuillan, reconocido en todas las Tierras Altas. Lo porto con orgullo, identificándome como parte de los MacQuillan.

—Ah.

El tono de Graeme se suavizó mientras desplegaba la larga tela, claramente de más de cuatro o cinco yardas.

—Sin embargo, sirve para muchos propósitos, y desde luego puede usarse como manta. Y aunque no aceptes la oferta de mi regazo como almohada, ¿pondrás al menos tu cabeza en mi hombro? No quiero que estés aquí incómoda. Envolveré el braecan alrededor de los dos.

—La verdad, eso suena muy bien —dijo ella mientras él extendía sus brazos fuertes, abriendo el braecan por completo detrás de ellos—. Gracias. Mi cabeza ya hace ese movimiento raro de quedarme dormida.

Ella se acomodó más cerca de él y apoyó la cabeza en su brazo, incapaz de alcanzar su hombro con comodidad estando sentada justo a su lado. De inmediato, su mejilla se calentó: la parte superior contra el algodón de su camiseta y la inferior sobre su piel desnuda bajo la manga corta. Tiró del braecan hacia sí cuando Graeme lo puso sobre su hombro.

Suspiró y giró el cuerpo hacia él, esperando pronto necesitar más de su calor. Flexionó las piernas y las apoyó en su muslo. Graeme levantó el brazo derecho y lo dejó sobre sus rodillas, su mano rodeando sus espinillas. Esa familiaridad no la incomodó en absoluto, sino que la calentó de otra manera.

—Lass, no veo tantos braecans en este siglo —comentó Graeme—. ¿Acaso la gente ya no siente orgullo por su nombre y linaje?

Ella no tenía idea.

—No olvides que yo no soy de Escocia, Graeme. Seguro que aún hay clanes y... líderes, pero creo que las cosas son distintas a las de tu época.

—¿Ya no hay batallas entre clanes? —preguntó—. ¿Por tierras y riquezas? ¿O solo por el poder?

—No lo creo —contestó ella—. Creo que esas viejas guerras de clanes se apagaron. Quizá ahora todas las peleas son políticas. La gente no hace la guerra dentro de Escocia, unos contra otros.

—Un progreso, lo entiendo —reflexionó—, si ya no hay luchas internas.

No mucho después, con Megan acomodada felizmente contra él, Graeme preguntó en voz baja:

—¿Me crees ahora, lass?

Medio adormecida, Megan parpadeó varias veces y eligió con cuidado sus palabras.

—Quiero creerte, Graeme. —Se frotó los nudillos en los ojos pero no apartó la mejilla del calor de su brazo musculoso—. Desde luego, ya no creo que seas un depredador de mujeres... aunque sospeché de eso un poco, debo decir. Por un corto tiempo, y porque podía notar que los nombres de las chicas desaparecidas significaban algo para ti, pensé que quizá las habías atraído igual que podrías estar atrayéndome a mí, fingiendo todo este asunto de viajar en el tiempo, pareciendo algo confundido pero sincero, hasta tenerlas completamente bajo tu encanto, seducidas por tu... tu mirada ardiente, para entonces... no sé, secuestrarlas, mantenerlas cautivas, y peor. No... no creo que sea el caso. Al menos eso espero.

—Pero viniste conmigo, hoy —le recordó—, y te quedaste, aunque tuviste la opción de irte.

—Porque de *verdad* quiero creerte. —De lo contrario, ¿no sería yo la loca, encaprichada con un hombre gravemente enfermo o con el asesino de mujeres del que hablábamos? —. Pero, y ya lo hemos hablado, sin pruebas es muy difícil que mi cabeza procese algo tan... imposible.

Un largo silencio impregnó el aire fresco de la noche, hasta que la voz de Graeme le llegó en la oscuridad.

—¿Sabes que mi mirada es ardiente?

Ella había esperado que él pasara por alto esa parte. Estaba bastante segura de que podía *oír* su sonrisa.

—Y lo sabes —lo acusó somnolienta. Sin vergüenza en admitir lo que era tan obviamente cierto, lo que en realidad solo era admitir que se había fijado en ello—. Incluso sin espejos en tu tiempo, tendrías que saberlo, lo que ve una mujer.

—Tiempo de sobra tenemos, lass—dijo tras una pausa—. Dime, ¿qué ves?

CAPÍTULO ONCE

Nunca respondió, pero maldita sea, cuánto habría dado él por saberlo.

En cambio, se había quedado dormida.

Él pasó una noche difícil, cansado pero renuente a dormir, inquieto pero sin querer molestar a Megan, que tras un rato se aferró a su lado, habiendo enhebrado su mano en el pliegue de su codo mientras dormía. Roncaba un poco, un sonido no del todo delicado, pero tampoco totalmente desagradable. Seguía siendo perfecta.

Había sido increíble durante todo el día, no había pronunciado queja alguna salvo esa única vez, le había dado tiempo cuando llegaron a asimilar lo encontrado en Newburn, nada de nada. Era desconcertante estar allí donde Lucas y Cora Thain, y Holly y los demás podrían haber estado, en el mismo lugar, pero en otro tiempo. ¿Qué había sido de Newburn? ¿De los Thain?

Había pasado esos momentos de quietud, docenas y docenas de ellos, esencialmente intentando conjurar brujas en su mente, creyéndose tan ridículo como a veces pensaba que Megan o él mismo creían. Al mismo tiempo, estaba tan seguro de que tanto Sidheag como Samara, o ambas, sabrían que las llamaba. Lo sentía hasta los huesos.

Todo en vano, pero no se rendiría.

Con la mañana llegó Graeme, preguntándose lo que Megan seguramente tenía en mente, aunque no lo hubiera expresado, sobre cómo podrían regresar a Dornie y a la posada donde ella residía actualmente. Si hubiera estado solo, la caminata no le habría preocupado. Aunque estaba acostumbrado a cabalgar a todas partes, había disfrutado enormemente de sus nuevos zapatos, la comodidad era incomparable, sin molestias a pesar de tantas millas.

Megan se había rezagado varias veces durante su trayecto de ayer, obligándolo a acortar o disminuir el paso en varias ocasiones. Habiendo pedido y recibido tanto de ella ya, ¿realmente podía esperar que marchara otra docena de millas hoy?

Al final, caminaron poco más de la mitad de la distancia entre donde estaba Newburn, o donde había estado, y la posada en Dornie. Desde las cumbres de uno de los beinns más altos que atravesaron, Megan divisó un camino que serpenteaba por el valle.

—Quería ver los paisajes majestuosos de Escocia, Graeme —dijo—, pero no tan de cerca ni caminando horas y horas. Vamos a pedir un aventón.

"Aventón", lo llamó después de un rato, aunque lamentó la rareza de autos en ese tramo tan remoto del camino. Aunque le había gustado caminar por el camino liso de alquitrán negro, su entusiasmo disminuyó durante la siguiente hora, el tiempo que tardaron en ver su primer coche.

—No se recomienda pedir un aventón —dijo—. No lo haría sola, claro, pero te tengo a ti y sospecho que nadie en su sano juicio intentaría hacer algo raro contigo y tu ceño fruncido. Pero menos mal que no llevas tu espada, o nunca nos llevarían.

El coche se detuvo, un hombre de mediana edad les preguntó si estaban perdidos, levantando una ceja al ver las bolsas que cargaban. La respuesta de Megan, "más o menos", pareció satisfacerlo y les permitió subir al vehículo. El hombre fue lo suficientemente amable como para desviarse y llevarlos hasta la posada, pero luego resultó molesto por la cantidad de veces que lo recordó.

Habían llegado a la posada casi una hora antes. Al llegar, Megan lo invitó a la habitación que había alquilado y le preguntó si quería usar la ducha. Lo hizo, acercándose al baño y al dispositivo de baño no tanto incómodo como curioso. Rápidamente, la curiosidad se convirtió en puro deleite. Permaneció un buen rato bajo el fuerte chorro de agua caliente, dejándola salpicar su rostro, su cabeza y su espalda. Usó el jabón y lo que Megan llamaba *champú* para su cabello, tal como ella indicó, y cuando terminó, se secó con las toallas de felpa previamente utilizadas y se ocupó de su

higiene dental, pasta y cepillo de dientes, que Megan le había ofrecido generosamente.

La previsión habría implicado que trajera su ropa nueva al baño, pero la fatiga se lo impidió. Sin intención de ofender, se envolvió la toalla de baño demasiado grande alrededor de la cintura y salió del baño.

Megan estaba sentada de espaldas a él sobre la cama más cercana, con las piernas cruzadas bajo ella. Se giró al llegar él, con los ojos abiertos de par en par.

—Santo cielo —dijo, con sus ojos azules recorriendo lentamente el cuerpo de Graeme—. Oh, lo siento —dijo luego al dispositivo que sostenía en la oreja, con un cordón elástico y retorcido colgando—. Eso no era para ti. Lo siento mucho. Sí, eso sería todo: el café, los waffles, los huevos y ambas carnes. Gracias.

Colocó el dispositivo en una caja gris a juego sobre el armario entre las dos camas y se levantó de un salto, enfrentándose a Graeme.

—¿Estás tratando de...? Podrías haber... Oh, Graeme —tartamudeó, con sus mejillas sonrojándose.

Él frunció el ceño, un poco sorprendido por su ligera indignación.

—No traje mi ropa al baño.

—Claro. Vale. Oh, vaya.

Ella pasó junto a él, evitando mirarlo a propósito, estaba seguro, con una sonrisa ante su modestia, tan encantadora como innecesaria.

—Ahora me daré mi ducha —dijo por encima del hombro—. Tú puedes vestirte aquí afuera.

Antes de encerrarse en el baño, se detuvo cerca de la puerta, mostrando solo la mitad de su cuerpo, informando a Graeme:

—Volví a revisar en las redes sociales y todas las noticias. Ninguna noticia sobre que Holly haya regresado.

—Sí, y gracias, lass.

Veinte minutos después, durante los cuales Graeme se había puesto otro par de calzoncillos, un nuevo par de calzones y una túnica fresca, Megan salió del baño. Llevaba una prenda del mismo

material que las lujosas toallas, pero esta parecía un abrigo, con mangas y cinturón. Su cabello estaba húmedo, pero no goteando, peinado cuidadosamente y cayendo sobre un hombro. Se veía absolutamente adorable, un poco pequeña para el abrigo demasiado grande, sus pies desnudos curiosamente marcados por ser más pálidos que el resto de su piel dorada, y además, las uñas de los pies pintadas de un rosa brillante y chispeante.

—¿Te importa si uso la bata mientras desayunamos? —preguntó.

Sentado en una de las sillas cerca de la ventana, Graeme negó con la cabeza, sin encontrar ningún problema.

—No hay problema, lass. —Podría desayunar desnuda si le place—. ¿Es esa vestimenta aceptable para el comedor?

—Oh, no, no bajaremos a desayunar. Pedí servicio a la habitación —dijo, deslizándose en la silla frente a él—. Lo traerán aquí. —Inclinó la cabeza hacia el pergamino liso y doblado que él sostenía—. ¿Puedes leer eso?

—No —admitió—. Aunque lo intenté. Estaba mirando las pinturas aquí. El artista es notable, las escenas muy realistas.

—Eso son fotos, no pinturas —le corrigió, y luego se levantó de un salto de la silla.

Recogió su teléfono, desconectándolo de una cuerda delgada y lisa, y regresó a la mesa, sus dedos se movieron ágilmente sobre el dispositivo. Brevemente levantó el teléfono frente a su rostro, con los brazos ligeramente extendidos, y luego se inclinó sobre la mesa, mostrando la pantalla a Graeme.

Él se inclinó también, mirando su propia imagen en el teléfono y luego su túnica, frunciendo el ceño por no comprender.

—Hay una cámara en el teléfono —explicó—. Las cámaras toman fotos o, eh, capturan imágenes en un momento del tiempo. Mira, aquí hay otras fotos que tomé. Esta soy yo y Jasmine cuando llegamos, eso es una selfie, yo sosteniendo la cámara y tomando mi propia foto.

Deslizó el dedo sobre la imagen y fue reemplazada por otra y otra, varias imágenes de lagos y montañas. Siguió rotando las

imágenes hasta que aparecieron más personas. La cara de Megan se veía en muchas de ellas, sonriendo en cada una.

—¿Qué es eso en tu cara? —preguntó, reconociendo solo sus ojos azules.

—Eso fue durante el Covid, o al principio —dijo, mostrando unas cuantas más con ropa similar, una túnica del color de sus ojos, a veces con otras personas.

—¿Qué es Covid?

—Es una enfermedad infecciosa, algo así como una peste, que se extendió por todo el mundo hace un par de años. Tuvimos que protegernos, por eso las mascarillas y esos lentes evitaban enfermarnos. Ah, fue un tiempo terrible. Casi todo el mundo estuvo en cuarentena. Pero luego estas personas se contagiaban y llegaban al hospital, sabes lo que es, ¿verdad?. Sus familias no podían estar con ellos. Era... desgarrador, la gente muriendo sola.

Tocó con el dedo la imagen de ella inclinada sobre una mujer pálida y sonriente de cabello blanco, con mascarilla sobre nariz y boca. Los ojos de la mujer brillaban, pero enrojecidos, subrayados por círculos oscuros.

—Esa era Alma Stone. Tan dulce. Tomaba fotos de ella o con ella para enviar a sus familias. Pobre Alma, ochenta y siete años, seis hijos, catorce nietos y tres bisnietos, y murió sola. Me rompió el corazón. —Deslizó de nuevo—. Ese es Ed Otto. Igual, gran familia cercana, y murió sin nadie a su lado.

Había más, docenas y docenas de ellos, ella y sus pacientes, todas esas personas a las que había cuidado. En cada imagen y a pesar de todo el equipo en su rostro, él podía ver que sonreía, sus ojos tras el vidrio transparente que los cubría se arrugaban con buen humor. Y aun así, había sido desgarrador, había dicho ella. Él decidió que se podía establecer un período de tiempo por los cambios en Megan en cada imagen. Cuantas más imágenes le mostraba, más saludable parecía. Las primeras de ella con la máscara mostraban signos de fatiga, el azul de sus ojos más cansado, menos arrugas en las comisuras de los ojos. En esas primeras imágenes, también tenía sus propios círculos oscuros bajo los ojos, y sus mejillas y frente aparecían con un color mucho menos intenso.

—Fue agotador —presumió él.

—Más deprimente que agotador, muy triste —hizo una mueca, su semblante de repente abatido, posiblemente recordando aquel período y todo el dolor—. Honestamente, amo la enfermería, de verdad. Pero me preocupa un poco solo haber trabajado en el hospital unos pocos años y... es agotador. No estoy segura de poder verme haciendo esto los próximos treinta o cuarenta años. Es difícil ver, día tras día, tanto sufrimiento, preocupación y pérdida.

—Mi pequeña y tierna Megan —comentó él, cautivado.

Otro rubor saludable subió a sus mejillas.

Un golpe seco en la puerta lo sobresaltó y vio a Megan levantarse de la silla.

—El desayuno ha llegado —anunció, abriendo la pesada puerta.

Entró un joven, sosteniendo una bandeja oval sobre uno de sus hombros. Cruzó la habitación, caminando directamente hacia Graeme, y dejó la bandeja sobre la mesa, descargando cada recipiente cubierto mientras Megan rebuscaba en su pequeña cartera detrás de él. El joven apenas cruzó mirada con Graeme antes de girarse hacia Megan, deteniéndose, la bandeja demasiado grande bajo su brazo.

Megan le entregó una nota doblada y lo vio salir por la puerta.

—Oh, me muero de hambre —dijo al cerrar la puerta y regresar a la mesa, sentándose en la silla con las piernas recogidas bajo ella, ajustando la bata de felpa, aunque no antes de que Graeme viera un vistazo de su rodilla doblada.

Quitó las tapas de los recipientes, descubriendo una abundancia de comida, justo lo que él había oído pedir antes: huevos salados y salchichas jugosas, más de esos pasteles estampados y tiras de tocino crujiente y aún humeante. Además de este pequeño banquete, había dos tazas y una jarra negra brillante, de la cual Megan sirvió café, recientemente conocido para Graeme pero muy apreciado.

—¿Quieres que te prepare el café? —preguntó—. ¿Igual que la otra noche en la cena?

—Sí, por favor.

—Es “helpie-selfie”, Graeme —dijo mientras él esperaba—. Reparte la comida en los dos platos vacíos. Puede que seas de otro siglo y estés acostumbrado a que te atiendan en todo, pero ahora no es así y tus manos no están rotas. Puedes servirlo tú mismo.

Él sonrió ante esto, pero rápidamente se puso a trabajar, dividiendo la comida entre ellos, llenando dos platos casi por igual y dejando suficientes sobras por si alguno quería más.

Tuvieron buena compañía mientras comían, Megan contándole más sobre su trabajo en el hospital, mientras él, a su solicitud, compartía más sobre su vida en Thallane y en el siglo XIV.

Cuando terminaron de comer, Graeme, apreciando la comida privada solo para ellos dos, vio que Megan bostezaba y dijo que le encantaría una siesta.

—¿Te importaría? —preguntó, y luego aclaró rápidamente—. No necesito una siesta larga, solo una hora para despejar la mente.

Aunque él también estaba cansado pero quería superar la somnolencia, no tenía razón ni deseo de negarle su descanso.

—Duerme, lass—dijo—. Yo me ocuparé abajo o tal vez afuera. Se levantó de la silla.

—Gracias —dijo ella, poniéndose de pie también, rebuscando nuevamente en el contenido de su cartera, acercándose a él al cabo de un momento con un pequeño rectángulo plano.

Brevemente le explicó cómo usar la llave plana que producía una luz verde parpadeante en la cerradura y luego abría la puerta. —Guárdala en tu bolsillo —le dijo y luego lo hizo por él, metiendo la pequeña tarjeta en el bolsillo trasero. —Creo que sirven cócteles todo el día en el patio trasero, si te interesa. Pero despiértame en una hora y continuaremos nuestra búsqueda de la bruja —mordió su labio y frunció un poco el rostro—. No te estoy echando, también puedes dormir si quieres. Solo que no me pareces del tipo de siesta y estoy bastante segura de que no quieres sentarte aquí mirándome dormir.

—No te preocupes, lass —le dijo y se dirigió hacia la puerta.

Echó un vistazo rápido a su plaid, doblado cuidadosamente sobre la cama que tal vez había usado Jasmine al menos una noche,

y decidió dejarlo, aunque se sintiera tan desnudo sin esa prenda como sin su espada, que aún estaba guardada en el gran cobertizo azul de la posada.

No acostumbrado a estar ocioso, pero sin mucho más que hacer, Graeme bajó las escaleras y luego salió. Evitó con amplitud el pavimento de grava justo afuera de la puerta de la posada, donde se movían dos autos, y luego se refugió en el edificio azul para asegurarse de que su espada estuviera en su lugar. Satisfecho de que todo estaba como lo había dejado, caminó por el perímetro de la propiedad como lo había hecho antes, con sus márgenes fácilmente distinguibles por el césped recortado, en algunos lugares flanqueado por maleza y hierba más alta, y en un lugar, un grupo de abedules juntos.

Eventualmente llegó al lado trasero de la posada, donde se había colocado un piso de piedra afuera y donde media docena de mesas redondas rodeadas por sillas inclinadas parecían acogedoras. El patio, supuso, que había visto desde las ventanas del comedor, y donde estaba otra pareja, sus sillas cercanas y cabezas juntas.

Eligió la mesa y sillas más alejadas de ellos y se acomodó en el asiento, disfrutando de la vista del lago. Aunque el sol no brillaba, el agua aún relucía y danzaba con destellos plateados.

Pronto se le acercó el mismo joven que les había servido la cena la otra noche, llamado Adam.

—Un poco de descanso y relax, ¿eh? —preguntó el joven, con una sonrisa lenta pero genuina.

Graeme asintió, creyendo que era esperado, pero sin estar del todo seguro de lo que había aceptado.

—¿Quieres beber algo mientras te sientas? —preguntó—. ¿Un Macallan 18, solo, verdad?

—No whiskey —decidió Graeme—. Cerveza estará bien.

—¿Qué tipo de cerveza quieres que traiga?

Graeme no tenía idea de qué responder.

Quizá fue su expresión inexpresiva lo que llevó al joven a explicarle:

—Amigo, servimos veintisiete cervezas diferentes. ¿Cuál?

Con un encogimiento de hombros negligente, Graeme le dijo que decidiera él.

—Claro, amigo —dijo.

Adam regresó pronto y Graeme se sentó con la cerveza de color intenso, servida en un vaso alto y transparente. Disfrutó del sabor suave y refrescante y se contentó con quedarse un rato, lo suficiente para necesitar una segunda ronda de la cerveza oscura.

Cuando estuvo seguro de que había pasado una hora, regresó adentro y subió las estrechas escaleras, teniendo que insertar la tarjeta varias veces hasta que apareció la luz verde y oyó el clic que Megan le había dicho que esperara. Aunque la puerta no chirriaba ni crujía, la abrió lentamente, sin querer despertarla de su sueño.

Estoy bastante segura de que no quieres sentarte aquí mirándome dormir, había dicho ella antes.

Pero descubrió que sí quería.

Ella yacía en la cama más cercana a las ventanas y por tanto a la mesa y sillas donde habían desayunado. No se había metido debajo de la manta acolchada azul, sino que yacía encima, de lado, con las rodillas dobladas y las manos bajo la mejilla. Graeme se sentó en la misma silla que había ocupado más de una hora antes, estirando las piernas hasta topar con el borde de la cama, contento de observarla. Era una lass muy animada, su rostro correspondía regularmente con su estado de ánimo y reacciones. La había visto con los ojos muy abiertos de sorpresa, y más de una vez levantaba solo una delicada ceja para mostrar su incredulidad. Había presenciado su risa encantadora y al menos una ocasión de lágrimas, la había visto fresca y cansada y la observó disfrutar de aquel dulce pastel casi negro, la escena más que cautivadora.

Pero a pesar de dormir lado a lado la noche anterior, aún no la había visto dormir, y ahora con esta oportunidad, se resistía a desaprovecharla demasiado rápido, las brujas tendrían que esperar.

Absorbió cada detalle de su rostro y cuerpo. Su cabello estaba casi seco, más voluminoso y desordenado sobre la almohada, con un mechón cobrizo enrollado alrededor del cuello. Sus pestañas castaño oscuro proyectaban pequeñas sombras en forma de media

luna bajo los ojos. Sus labios rosados estaban torcidos por la posición, deliciosamente así, como si los frunciera. Las líneas que en sus horas de vigilia eran frecuentes ahora estaban completamente ausentes, su sueño era pacífico.

Graeme se rascó la mandíbula y continuó observándola, ignorando la sensación de que de algún modo estaba invadiendo su intimidad.

No estaba exento de emoción, pero conocía un vacío en su pecho desde hacía más de una década, desde que perdió a su esposa e hijo. Mariam había sido su primer, y único, amor. Ella era tan diferente de Megan como lo era este siglo del suyo, tranquila y circunspecta, difícil de hacer reír, aunque eso solo había sido un desafío constante para Graeme y no un obstáculo. Era plácida pero no tímida, y con rasgos infantiles, esto solo notado en retrospectiva, él siendo demasiado joven en ese momento para considerarla así. Nunca la conoció de otra manera que no fuera contenta. Era tan fácil de amar.

La perspectiva de un hijo con ella lo llenaba de gran alegría y ambos, por separado y juntos, aguardaban con ilusión la llegada de su criatura. Había pensado más de una vez lo irónico que era que aquello que le había brindado tanta dicha fuera, a la vez, lo que le había arrebatado la alegría durante tanto tiempo. Sí, aún lloraba por ello, pero el tiempo, como muchos habían predicho con desesperante frecuencia cuando perdió a Mariam, había, en verdad, mitigado el dolor.

No había amado desde entonces, no así; era incapaz de percibir siquiera los más leves atisbos de emoción, más allá de las pequeñas chispas necesarias para satisfacer sus necesidades personales, siempre de modo tan impersonal.

De nuevo, con el codo apoyado en el brazo del sillón y la barbilla sobre la mano, dejó que su mirada recorriera a Megan.

No podía negar la verdad, que no supo desde el primer momento en que la conoció, pero sí con decisión desde el instante en que la besó: que, intencionadamente o no, ella estaba llenando ese vacío en su pecho con algo suyo, colmándolo de forma digna y

sin esfuerzo. No era la primera vez que Graeme meditaba sobre lo cada vez más difícil que le resultaba, hora a hora, la idea de dejarla.

A pesar de esa preocupación, ya no pudo resistir la tentación que ella le ofrecía y se arrodilló junto a la cama. Suavemente, apartó el mechón que caía sobre su cuello, peinándolo hacia atrás para dejar su rostro al descubierto.

Sus pestañas aletearon y tardaron en abrirse, y la sonrisa perezosa e inmediata que iluminó su rostro al verlo no iba a facilitar en nada su partida eventual. El efecto no le fue indiferente; era parte de la razón por la que se inclinó hasta apoyar el pecho en el borde de la cama y rozó sus labios con los suyos. Megan no se excusó: levantó los brazos con parsimonia y los enredó alrededor de su cuello.

—Querías que te despertara —dijo él contra su boca.

—Sí —respondió ella mientras él movía los labios—. Tal vez imaginé un suave sacudón en el hombro, quizá un cosquilleo en el pie. Esto es mucho mejor.

—Estoy de acuerdo, lass.

Él insistió, deseando saborearla y sentirla, profundizando el beso, recorriendo con la lengua su boca. La primera vez que la besó había, acaso, un componente de desesperación: curiosidad potente y el inicio del deseo impulsando el acto. Este beso era distinto: era puro anhelo, necesidad de más de ella. Sin separarse, Graeme se elevó un poco y se acomodó en la cama a su lado, atrayéndola a su abrazo.

Los brazos de Megan se apretaron alrededor de él. Eso bastó como aceptación, y el toque inicial, tierno, se volvió hambriento e implacable. Megan respondió con avidez, moviendo labios y lengua a la par con los suyos, hasta que un gemido de satisfacción brotó de lo más profundo de su pecho. El aire en la estancia era fresco, pero su beso no lo era.

Bajó la mano por su brazo, sobre la tela mullida de su bata, y subió hacia la clavícula, donde la piel se mostraba tersa. Deslizó la palma más abajo, obligando a la bata a abrirse.

Acababa de mover la mano hacia la izquierda, rozando la primera curva de su pecho, cuando ella apartó la mano de su cuello

y cubrió la suya, con un agarre lo bastante rígido como para hacerlo detenerse.

Graeme alzó el rostro y buscó sus ojos azules.

—Creo que eres... fascinante, Graeme —dijo como preludio—. Y más que eso, quizá. Y tan apuesto, y bien por ti por no haber enloquecido tanto como yo lo habría hecho si me hubieran arrojado sin más a otro siglo. Y... bueno, debes saber que me atraes. Claro que sí. Quiero que gustes de mí y quiero que me beses y quiero hacer mucho más que eso, pero ¿de qué sirve? O bien te vas tú o me voy yo. —Hizo una pausa, estudiando su reacción, que probablemente sólo mostraba que estaba excitado y quería más—. ¿Por qué me expondría a un desengaño tan grande a sabiendas? —preguntó.

Él no desestimó su pregunta ni minimizó su inquietud. Se incorporó apoyándose en el codo y la miró.

—¿No arrancarías la rosa porque se marchitará pronto al separarla de la planta? —preguntó—. ¿Evitas el sol sabiendo que la lluvia llegará? ¿Rechazas el vino porque te dolerá la cabeza mañana?

—No es exactamente lo mismo, Graeme —dijo ella, haciendo una mueca al sentirse reprendida por la comparación—. ¿Puedes... perseguir esto y luego marcharte, o que te lo quiten? ¿Y estás de acuerdo con eso?

—No lo estoy —respondió con honestidad, tras haberlo pensado brevemente como ella—. Ni un poco. Pero lamentaría mucho más todo lo que no tuve o no viví contigo que lo que lamentaría lo que compartimos.

Ella seguía vacilante.

—No te obligaré, lass, ya lo sabes.

Ella asintió y escudriñó su rostro, buscando en sus ojos, y luego su mano se soltó y volvió a enredarse en su cuello.

—Solo desearía... que las cosas fueran distintas. Pero no lo había pensado desde esa perspectiva, y quizá tengas razón —dijo, entrelazando los dedos en su cabello y atrayéndolo hacia sus labios—. Tal vez lamentaría más todo lo que no hice contigo. Ahora mismo, no quiero pensar. Quiero sentir.

CAPÍTULO DOCE

Te has vuelto loca, Megan West, se reprendió a sí misma, pero la amonestación no tenía fuerza alguna.

Lo deseaba, lo quería a él.

A estas alturas, estaba entregada por completo, y quizá lo había estado desde poco después de conocerlo.

Acababa de gastar una suma absurda de dinero en tres noches más en ese hotel. Las compras de ayer y el alquiler de coches ya habían cargado bastante su tarjeta de crédito. Estaba tomándose en serio las palabras de su antiguo profesor, viviendo de verdad las vacaciones al máximo. No había hecho todo eso solo por bondad, ya se preocuparía por la deuda cuando regresara a casa. Lo había hecho porque estaba encaprichada con él, aunque sus extrañas historias de viajes en el tiempo, sus ropas inusuales y su espada amenazante, junto con todo lo demás que enarbolaba banderas rojas ante sus ojos casi a diario, fueran motivo de incertidumbre.

Pero su beso... bueno, estremecía el alma y hacía temblar las rodillas, y quería más de él.

—No pienses mal de mí, Graeme —dijo—, pero ya me he preguntado cómo sería sentirte desnudo y apretado contra mí.

—*Oh, lass*—se tensó él contra su cuello, donde había empezado a besar y lamer—. Endureces mi polla con palabras como esas. Pero no creas que no he anhelado lo mismo.

Y de repente estaba dentro de una novela realmente subida de tono, ardiente, de libertinos y debutantes o de guerreros y doncellas, y no le importaba. *Vaya que sí, polla endurecida.* Lo quería, lo quería todo de él.

Volvió a sus labios, su beso ahora exigente y apremiante, tomando de ella tanto como quería que le diera. Había magnificencia

en su beso y en su sabor, al parecer había seguido su sugerencia y tomado un par de tragos en la terraza, que era imposible resistir o ignorar. La devoción de su beso, la manera en que su lengua recorría tan expertamente sus labios y el interior de su boca la estremecía. La alimentaba. Ella se inclinó hacia él, deslizando la mano entre ambos, algo sorprendida de sí misma, tomando la iniciativa como nunca lo había hecho. Necesidad, debía de serlo. Un deseo arrollador.

La tela de sus pantalones, allí en la cremallera, estaba tibia donde su erección presionaba contra ella. Megan movió los dedos arriba y abajo y se oyó gemir en respuesta al tamaño, la forma y la dureza de él. Y entonces, como si el beso hubiera encendido un fuego y su mano en su entrepierna solo añadiera más leña, empezaron a despojarse de la ropa, labios y lenguas unidos y separándose apenas lo justo para quitarse la camisa o para los segundos en que él maldecía y debía perder tiempo desatando las cuerdas de las botas y librarse de ellas. Megan deslizó los brazos fuera de la bata, aún sin haberse vestido, disfrutando de la reacción de Graeme, de cómo se detuvo al borde de la cama, en mitad de bajarse los pantalones, con la mirada llena de asombro, mientras sus ojos verdes se deslizaban lentamente por su cuerpo, con tanta reverencia.

Nada inmune al cuerpo imponente de él, ella contuvo las ganas de humedecerse los labios al verlo meter los pulgares en la pretina y empujar pantalones y calzoncillos hacia abajo y fuera. Se quedó desnudo ante ella, el tamaño de su *polla endurecida* desató un caos entre sus piernas, donde su cuerpo se contraía con anticipación.

—Oh, Graeme —exhaló. Se sintió como si fuera ella la desplazada en el tiempo, arrojada a un vergel de los dioses, la pequeña Megan West de Des Plaines, Illinois, indigna de semejante magnificencia, excepto que la mirada voraz y constante de él decía lo contrario.

Instintivamente levantó los brazos hacia él cuando se acercó, y un jadeo escapó de ella al primer contacto, por lo sólido y cálido que estaba contra sus pezones doloridos. El beso se renovó,

intensificado por la desnudez de ambos. Él enredó los dedos en su cabello y profundizó el beso, explorando dentro de su boca mientras sus manos iniciaban otra exploración igualmente excitante.

El sexo no era nuevo para Megan. El sexo con un chico atractivo tampoco lo era. Pero este era Graeme, que eclipsaba a todos y cada uno de los hombres en los que alguna vez había tenido interés, superando con creces a los pocos con los que se había acostado. Vagamente, se preguntó si estaría soñando, si su siesta se había vuelto deliciosamente erótica.

No, no estaba soñando, decidió. No podría sentir el calor exacto y abrasador de su beso, ni la chispa de llamas que encendían sus manos al recorrerle el cuello y los hombros. En los sueños, todo sería brumoso, la sensación, las emociones. Esto era real, y menos mal, porque podía experimentarlo todo. Sus sentidos estaban en llamas. Él olía a recién bañado, la fragancia del jabón de sándalo del hotel la envolvía tanto como él. Su cabello era suave, y su piel dura. Aunque tenía los ojos cerrados de puro deleite, aún veía la imagen fugaz de su pecho esculpido, más hermoso que cualquier cosa que hubiera visto.

Si estuviera soñando, estaba bastante segura de que no sabría de la belleza absoluta y sobrecogedora de Graeme tocándole los pezones, rozando con aspereza la yema de sus pulgares sobre los endurecidos brotes. Su cuerpo se contrajo deliciosamente, en la superficie y hasta el núcleo, ardiendo por él, por tenerlo dentro. Cuando bajó el rostro hacia su pecho, ella enredó los dedos en su cabello. Sus hábiles dientes atraparon su pezón, mientras su mano apretaba y levantaba todo su seno. Usó la lengua en la punta mientras los dientes lo mantenían fijo. Megan gimió su nombre, un sueño en sí mismo, suspirar su nombre mientras él le hacía esas cosas, y apartó las manos de su cabello para sujetarle las caderas, empujando su erección contra ella.

—Megan —gruñó él, con un dolor perceptible, alzando el rostro de su pecho—. No puedo casarme contigo, no en este tiempo. —El dolor, el remordimiento y el hambre estaban grabados en cada vena y cordón de su cara y cuello—. Si pretendes guardarte para tu futuro esposo, detenme ahora. De lo contrario, ordéneme que

termine esto, lass—suplicó entrecortado. Se inclinó de nuevo y la besó hasta dejarla sin sentido, antes de rogar—: No me pidas que me detenga ahora, Megan.

—No hay nada que guardar ni nadie para quién guardarlo —dijo ella, con la mente nublada por la deliciosa bruma del placer—. No soy virgen, Graeme, y si eso no te importa, entonces me entrego feliz a ti. Por ahora, en este momento, y por todo el tiempo que tengamos juntos.

Aquellas palabras le parecieron insólitamente románticas, pero tan poderosas, al decirlas en voz alta, al hacer ese compromiso, que era todo lo que quería en ese instante, y por tanto tiempo como Graeme, o el destino, o Delta Airlines lo permitieran.

Graeme selló su afirmación con otro beso debilitante y luego descendió por su cuerpo, con sus manos deteniéndose en sus pechos mientras seguía bajando por la cama. Cuando pasó la boca por su vientre y más abajo, Megan dejó caer la cabeza hacia atrás, toda claridad y razón escapando de ella. *Sí, por favor*, susurraba su cuerpo con urgencia. Inhaló rápido al primer roce entre sus piernas, con sus labios y su aliento jugando sobre el triángulo brasileño que le costaba setenta y cinco dólares al mes mantener. Le empujó las rodillas hacia arriba, separándolas con suavidad.

Se estremeció y suspiró por lo que él le hacía, su lengua provocando y torturando, sus labios y su aliento avivando las llamas que encendía. Un rubor la cubrió, un cosquilleo recorriéndole cada centímetro, por las extremidades, los pechos bajo sus manos, erizada por todas partes. Megan no podría haber abierto los ojos aunque hubiera querido, a la vez lánguida y tensa con una expectativa intensa. Arqueó la espalda y se aferró al edredón, murmurando lo que le venía a la mente, dispuesta a dejarse hechizar por Graeme y su toque, tan lejos de la decepción. El placer se deslizaba sobre ella, provocándola, siempre al alcance pero escapando de sus intentos por atraparlo. Era parte del embrujo de Graeme, ajustar el ritmo o la profundidad de su caricia, su toque tan íntimo, tan asombroso en su perfección.

Y entonces su pulso se aceleró con más fuerza y los sonidos que apenas con lucidez pensaba que debía contener estallaron de

ella. Alzó la cadera contra sus labios y gimió, con su cuerpo tensándose y expandiéndose al mismo tiempo. Una alegría violenta se propagó por ella, saltando como piedra sobre agua, enviando ondas de placer a todas partes: a su centro, donde él trabajaba tan deliciosamente, a su vientre contraído en el intenso clímax, a sus pechos doloridos, hasta sus dedos de los pies.

Megan lo abrazó, lo celebró, sin pensar en resistirse. Hasta ese momento, nunca había deseado con tanta fuerza que un instante permaneciera, que el placer no se desvaneciera jamás. Pero lo hizo, claro. Su cuerpo se calmó, su pulso acelerado volvió a la normalidad.

Abrió los ojos por fin para encontrar a Graeme mirándola, pero apenas pudo regalarle una sonrisa temblorosa, una de profunda admiración. Pensó que debía intentar incorporarse, que debía devolverle el glorioso favor.

—Te desarmas tan hermosamente, amor —dijo él, con voz ronca.

Un poco aturdida, ella contestó:

—Soy tan feliz de desarmarme así.

—Hay más, ya lo sabes —dijo él, moviendo las rodillas hasta acomodarse entre sus muslos, deleitándola con un beso salvaje.

El instinto guio su mano, buscándolo antes de que la penetrara, queriendo tocarlo, conocerlo. Sus dedos lo rodearon, y apenas sintió un breve pesar de que las caricias rítmicas de su mano sobre su piel rígida y aterciopelada no podían compararse con lo que él había hecho por ella, con lo que le había dado.

—Necesito estar dentro de ti, Megan —dijo, apartando su mano con un empuje de cadera.

Ella gimió al primer roce de su longitud buscando entrada y sonrió y dejó escapar una risa temblorosa, tan complacida con la primera embestida suave y satisfactoria, que la llenó por completo.

Él se detuvo, lo cual Megan agradeció, queriendo saborear aquello, la belleza de ese momento.

Expresaron la sensación con palabras murmuradas, dichas al mismo tiempo.

—Oh, lass, eres el cielo.

—Eso es... simplemente perfecto.

Un calor dulce la envolvió, y tembló mientras él se hundía de nuevo y otra vez, los movimientos seductores de sus caderas empujando hacia adelante, combinados con la forma en que la llenaba, encendiendo una fiebre de deseo renovado, mil veces mayor que cualquier otra que hubiera sentido.

—Oh, sí —gemía mientras él mantenía el ritmo, una mano fuerte y firme bajo su trasero, la otra suave y tentadora sobre su pecho. —Esto es el cielo —susurró entrecortadamente, deseando y latiendo otra vez.

—Ah, Megan —gruñó contra ella antes de abrasarla con un beso.

Él la penetraba profundo y fuerte, aumentando el ritmo, volviéndola loca con la tentación de un segundo clímax. Ella lo buscaba, deseando que él conociera también el gozo angustioso, apretando su centro alrededor de él, provocando un gemido profundo y vibrante. Megan llegó al clímax solo segundos antes de que Graeme realizara la última embestida, quedando perfectamente quieto mientras temblaba al eyacular dentro de ella. Ella dejó que el fuego del placer la inundara, absorbiéndolo, recorriendo perezosamente con las manos los brazos tensos de Graeme, sobre el acero de sus músculos. Sintió como si floreciera desde dentro, creciendo y prosperando en las hábiles manos de Graeme.

Graeme se movió de nuevo, entrando y saliendo con una lentitud exasperante, arrancándole un pequeño suspiro y un estremecimiento idílico, su cuerpo entero estaba sensible, hormigueante, prolongando su orgasmo hasta que quedó completamente agotada y satisfecha.

El calor de su cuerpo volvió lentamente a la normalidad, pero sabía que ya no era la misma, que nunca volvería a serlo. Simplemente no era posible. Esto era algo que nunca había hecho, nunca antes había permitido que alguien entrara en ella. No físicamente, no solo el sexo, sino permitiendo que Graeme accediera a lugares en su mente y corazón que normalmente mantenía tan cerrados y apartados del mundo. Curiosamente, eso no la hizo entrar

en pánico, sino que la saturó de aquello que había mantenido a raya durante tantos años: la esperanza.

Finalmente, Graeme se deslizó de ella y se recostó a su lado, en medio de la cama. Apenas pasó un segundo antes de recogerla entre sus brazos, anclando su pierna sobre la de ella, con el mentón apoyado en la parte superior de su cabeza. Megan se acurrucó contra él, hundiéndose en su abrazo tanto como pudo.

—Querré más, lass—dijo, con un tono lánguido.

—Sí, más —aceptó ella, dejándose llevar, el sueño inevitable.

—Mucho más, preferiblemente pronto, y ojalá más a menudo que no.

—Aye, amor, más y seguido.

Él solo había querido besarla, no había podido resistirse demasiado. Realmente no había pensado que las cosas llegarían tan lejos, ciertamente no podía haber imaginado que progresarían hasta esa conclusión tan desgarradora.

¡Oh, pero esta lass!

Sí, debería haberlo sabido, habiéndose sentido más hambriento con los pocos besos que compartieron. Una vez que ella levantó los brazos hacia él, estaba perdido. Tan pronto como pronunció esas palabras encantadoras, "*No quiero pensar. Quiero sentir*", supo que no había vuelta atrás.

Pero ¿cómo podía ahora? ¿Cómo podría verla marchar? ¿Cómo podría dejarla alguna vez?

La luz entraba por las ventanas, a través de las cortinas transparentes, bañando su cuerpo desnudo y ágil con un brillo pálido y reluciente, su piel aún humedecida por el rocío de su unión. Graeme besó la cima de su cabeza y la estrechó contra sí.

Nunca consideraría que la tarde había sido desperdiciada, pero no salieron de la cama durante varias horas más. Se habían quedado dormidos, o al menos él, despertando con un recuerdo instantáneo de que algo tremendo había ocurrido, y al segundo siguiente, dándose cuenta de la presencia de Megan en sus brazos.

No estaba listo para moverse, ni mucho menos para ceder este momento. Quería más con ella, estaba completamente

despierto ahora, lleno de pensamientos y deseo por ella. Debería haberlo sabido, podría haberlo adivinado, que tenerla solo iba a despertar más su apetito, no a saciarlo por completo, ni por mucho tiempo.

Graeme comenzó a mover las manos, tanteando su estado de alerta. Ella estaba somnolienta pero no dormida, murmurando “Mmm” mientras pasaba la mano por su pecho. Y eso fue todo lo que necesitó. Se inclinó sobre ella, empujándola nuevamente sobre la espalda, conquistando su boca con un beso ardiente.

Su miembro se puso rígido y Megan gimió, sintiéndolo erguirse contra ella.

—Nunca llegaremos a Newburn —dijo entre besos, con sus pequeños dedos cerrándose alrededor de su erección, acariciándolo como antes, incitándolo a mayor pasión, a olvidar todo lo demás.

—Newburn y todo el siglo XIV pueden esperar, lass.

Graeme se incorporó, apoyando la espalda contra el cabecero, sabiendo exactamente lo que quería con ella. Extendió la mano hacia ella. Ella la tomó, su sonrisa intrigada y animada por el tirón de su mano, movió una pierna y luego la otra hasta sentarse sobre él. Inmediatamente rodeó su cuello con los brazos y lo llenó de besos, suaves y brillantes en sus brazos.

Sus manos encontraron sus pechos, ya eran conocidos y amados. Los empujó hacia arriba y juntos mientras simulaban con la boca y la lengua lo que habían hecho antes, y lo que estaban a punto de hacer de nuevo. Graeme bajó las manos a sus caderas delgadas y rompió el beso. Su mirada estaba ardiente, expectante. Ella estaba sin aliento otra vez.

Antes se había perdido, no pensó en crear una imagen para recordar, había cerrado los ojos cuando se hundió por primera vez en su estrecha vaina. Esta vez no.

—Mantén tus hermosos ojos azules sobre mí, lass—dijo con voz ronca mientras apretaba sus caderas y la bajaba sobre su miembro.

Un gemido excitado escapó de ella. Sostuvo su mirada, con sus labios hermosos entreabiertos, manos alcanzando la cabecera detrás de él.

No entró de golpe, sino que se deslizó con precisión, llenándola pero no por completo. Una sonrisa torturada se dibujó en sus labios. Sabía lo que él quería ahora, un pequeño gemido escapando por sus deseos de movimientos controlados, sus manos en sus caderas marcando el ritmo.

No quería participar de eso, pero se retorció y movía para salirse con la suya. Cerró los ojos, con la cabeza inclinada hacia atrás, la curva de su cuello era perfecta. Graeme se preguntó si tenía idea de lo excitante y deseable que era.

Sí, quería tomarla por las caderas y embestirla con fuerza, pero esto primero. Ella se movió, ondulando sus caderas con dulzura y sensualidad mientras lo montaba, aplicando sus labios a su sien, mejilla, mandíbula y cuello. Cielo, efectivamente, la manera en que su vaina se cerraba y latía alrededor de él. Otro gemido escapó, y ella luchaba contra su ritmo, queriendo que él fuera más profundo.

Su propia sonrisa era de dolor. Era una gloriosa tortura.

Finalmente le dio a ella, y a él, lo que querían, hundiendo sus caderas con fuerza hasta que se sentó completamente sobre él. Ella gritó un sonido precioso y alcanzó el clímax con la segunda embestida intensa. Sus paredes se comprimieron a su alrededor, aumentando su propia excitación. Megan se volvió líquida en sus brazos, sobre su erección palpitante. Graeme la abrazó y se levantó, manteniéndola en su lugar. La llevó hacia la única pared desnuda de la habitación y continuó penetrándola. No necesitaba sostenerse de nada más que de él, pero se apoyó, una mano en el brazo de una lámpara a su derecha, la otra en la alta cómoda a su izquierda. Era una postura abierta y provocativa, extendida contra la pared, sus pequeños pechos rebotando al ritmo de sus embestidas, sus piernas alrededor de sus caderas. Su eyaculación llegó fuerte y rápida, con la mandíbula apretada, penetrándola una última vez, cerrando los ojos, deleitándose en ello.

—Maldita sea, Megan, te sientes increíble.

Cuando estuvo quieto varios segundos, apoyó la cabeza en su hombro mientras sus brazos abandonaban los anclajes y la rodeaban, sobre sus hombros y bajando por su espalda. Finalmente, Graeme se incorporó, pero no se retiró, simplemente la acercó más y

la besó, perezosa, lentamente, con todo el aprecio que podía reunir por lo increíble que era. No podía pensar en la próxima vez, estaba demasiado agotado, felizmente agotado, pero esperaba poder repetir esto al menos mil veces más con ella.

Megan West lo había convertido en su cautivo voluntario, cuerpo y alma.

Y su corazón se apretó con algo parecido al dolor, algo que se parecía o era la misma tristeza, sabiendo que no habría, ni podría haber, mil ocasiones más como esta.

Ella no podía decidir si debía archivar lo que habían hecho bajo la categoría de estar ignorando señales de alerta y buscando desesperadamente amor, cualquier tipo de afecto, o si aquello era simplemente el caso de la siempre práctica Megan, que había intentado ser la hija, la adolescente y la adulta perfecta, cayendo de pronto en la tentación imposible de resistir que era Graeme MacQuillan. También podía decirse algo sobre el hecho de que, de todos los hombres en quienes alguna vez había mostrado interés, cuya atención o consideración podía haber deseado, ninguno la había tratado como Graeme lo había hecho. Sentía su deseo, en sus palabras, en la manera en que la miraba, en cómo acababa de hacerle el amor con tanta gloria. Si se separara de él en ese mismo momento, iría a la tumba creyendo que había algún afecto ligado a su sexo. Podía estar equivocada, era una pésima jueza de las personas, pero no creía estarlo esta vez.

Acurrucada en sus brazos, con la cabeza en el hueco de su hombro, cuando por fin sus corazones volvieron a latir con normalidad, Megan detuvo los dedos que había estado paseando por la amplia extensión de su pecho.

—Graeme, ¿dirías que ya te estás acostumbrando al siglo veintiuno? —Apenas reconoció su propia voz, impregnada de un tinte soñador, deliciosamente saciado.

—Me *gustas* en el siglo veintiuno —fue su respuesta, agradable aunque menos informativa.

Megan no se atrevió a preguntar, temiendo la respuesta: *¿lo suficiente como para quedarte?* Él lo había dejado muy claro, casi desde el principio, una de las primeras cosas que le había dicho, que necesitaba volver a su tiempo.

—No recuerdo la palabra que usaste lass—dijo tras un momento, mientras su mano acariciaba perezosamente el costado de su brazo—, cuando dijiste que solo estabas visitando Escocia. Pero ¿por qué? ¿A quién o a qué vienes a visitar?

—Vacaciones —le recordó ella—. No estaba visitando a nadie en particular. No conozco a nadie aquí. Solo estaba visitando Escocia en sí. Quería verla. Tengo una lista de lugares que quiero conocer. Irlanda. Praga. Australia. Todo el mundo. —Recordó cómo había decidido a qué lugar viajar primero—. Cuando decidí que iba en serio con lo de viajar, que es solo por ocio y porque mi pequeño mundo en Illinois es bastante limitado, me dije: de acuerdo, el próximo lugar de mi lista que escuche mencionar o vea algo al respecto, allí iré. Y al día siguiente en el trabajo, uno de mis pacientes era de Escocia —dijo, recordando a John Anderson, un hombre de setenta y seis años de Fraserburgh, en Aberdeenshire, que tristemente falleció tras solo unos días en el hospital, uno de ellos en urgencias bajo el cuidado de Megan—. Decidí que era mi señal. Reservé el viaje al día siguiente, originalmente para viajar sola, pero entonces Jasmine armó un gran escándalo, que por qué no la había invitado, por qué iba sola. —No hacía falta repasar lo que pasó con ese arreglo, pues Graeme lo había presenciado.

—Pero si viajas a cualquiera de esos otros lugares, no volverás a viajar con Jasmine —dedujo él.

—Eh, no. No lo creo. Prefiero ir sola.

—¿No tienes a nadie más...?

—No.

—Porque no tienes familia —supuso él—. ¿Y cómo es eso? No fuiste criada por lobos, así que ¿qué fue de tu gente?

—No tengo idea —le dijo, encogiéndose de hombros contra su pecho y su brazo—. Quedé huérfana muy pequeña. Nunca supe quién era mi padre, mi madre dejó ese espacio en blanco en el certificado de nacimiento. Y luego mi madre murió cuando yo tenía

cuatro años, así que no la recuerdo en absoluto. Mi abuela me crio hasta los siete, pero supongo que no fue gran cosa ya que conservo muy pocos recuerdos de ella o de ese tiempo. La mayoría de mis recuerdos de infancia comienzan e incluyen a las diferentes familias de acogida que me criaron.

—No es un comienzo muy sólido, algo así —comentó él, besándole la coronilla.

—No, supongo que no. —Pero era todo lo que ella conocía.

Él no preguntó ni añadió nada, pero ella se preguntó si pensaba, como ella misma, que sí, era solitario.

No dejó que aquello la derrumbara.

Megan estaba bastante segura de que no podía venirse abajo después de la euforia de aquel día.

No recordaba un momento, o si alguna vez, en que hubiera descansado tan cómoda después de un sexo tan increíble, dos ocasiones magníficas, de hecho, y que su compañero aún quisiera conversar con ella, quisiera saber de ella.

Cuando se levantó para ducharse antes de la cena, todavía llevaba la sonrisa que había sido suya toda la tarde.

CAPÍTULO TRECE

La siguiente semana pasó demasiado rápido para el gusto de Megan. Incluso mientras la vivía, todavía inmersa en ella, temía no poder recordar con claridad ni con tanto detalle todo lo que había sido maravilloso y trascendental, ni siquiera los pequeños momentos que la habían convertido en la feliz y dispuesta cómplice de Graeme, en la cama y fuera de ella. Cuando su teléfono no estaba fallando, encendiéndose y apagándose cuando quería, sacaba foto tras foto de él y de ellos, suponiendo que lloraría sobre esas imágenes cuando sus vacaciones terminaran o cuando Graeme ya no estuviera.

Al margen del sexo demoledor, jamás creería que no recordaría ni reviviría cada detalle succulento de las caricias de Graeme, él era simplemente perfecto como compañero, dispuesto a cada una de sus peticiones y sugerencias, rebosante de información sobre su vida y las Tierras Altas en el siglo XIV. Además, le daba verdadera alegría verlo comer lo que llamaba las *maravillas de las cocinas de este siglo*.

Habían acordado que dedicarían cada tarde a la búsqueda de la bruja en Newburn, o donde alguna vez había estado Newburn, cuyo lugar tenía señalado en su teléfono. Se había hecho amiga de un chofer contratado y le había pedido que no le importara recogerlos todos los días en el albergue a la misma hora, llevarlos a buscar o esperar a una bruja o a otra clase de magia que pudiera apartar a Graeme de ella. Las mañanas estaban reservadas para otras cosas; pidieron servicio a la habitación la misma mañana después de que él la amara por primera vez con tal pasión salvaje, y apenas habían salido de la cama hasta el mediodía; esa tarde habían recorrido en bicicleta el lago, con Megan cantando a todo pulmón, su alegría era desbordante y gritaba dentro de ella, como si las

majestuosas Highlands necesitaran el agregado de una canción de Lady Gaga cantada desafinada, y luego habían almorzado en el patio antes de que David, el chofer que habían contratado, llegara para llevarlos al sitio de Newburn. Al día siguiente tomaron un autobús hasta Fort William, mucho menos costoso que contratar un auto; Megan deseó haber preguntado o sabido eso antes. Desayunaron en un pequeño café que también era librería, donde Megan compró cuatro libros de su género favorito, el misterio ligero. Al día siguiente, Graeme sugirió alquilar una de las largas canoas que ofrecía la posada. Él remó desde un extremo del lago al otro y de regreso, incansable, mientras Megan leía en voz alta *Invitation to Mayhem*, el segundo libro de la serie. Ella había leído *Invitation to Murder* más de un año atrás.

Finalmente fue al tour a Skye. Tomaron el ferry desde Glenelg, y Graeme no le dijo nada al ver la ruidosa barcaza metálica ni durante el cruce del agua. Visitaron las famosas Fairy Pools de las Highlands, donde se decía que alguna vez habían vivido hadas, y quizá aún vivieran. El engañoso azul tropical de esas aguas sugería una temperatura tibia, pero no era así en absoluto. El agua estaba helada cuando Megan sumergió sus dedos.

Había reservado una excursión en los alrededores del lago Ness, explicándole la leyenda de la criatura marina. Él arqueó una ceja escéptico, lo que le sacó una sonrisa a ella.

—Una bruja te hizo viajar en el tiempo —lo desafió—, ¿y aun así cuestionas la posible existencia de una criatura marina tan venerada?

La excursión incluía visitas a pueblos locales, comenzando en Fort Augustus y siguiendo hasta el pueblo de Drumnadrochit, donde visitaron el centro de exhibición del lago Ness, que Graeme proclamó mostraba más especulación e imaginación que pruebas de cualquier criatura misteriosa.

Sus pequeñas aventuras no estuvieron exentas de traspiés, y Graeme resultó peculiar e inesperado en distintas formas.

En las Fairy Pools, Graeme le había dado una buena reprimenda por tentar al Destino al atreverse a tocar el agua. La apartó bruscamente de la tentadora poza, para sorpresa de varios

que estaban allí. Megan calmó su enojo con un beso risueño, diciéndole que estaba atado a ella por ahora.

—No lo ... solo no hagas eso, lass —dijo con voz rígida, lanzándole una dura mirada al agua mientras la alejaba.

En el café/librería, el barista que tomó y preparó su pedido fue conversador, preguntándole, como lo habían hecho algunos otros desde que habían comenzado sus vacaciones, de qué parte de Estados Unidos era y si le estaba gustando su *pequeña Escocia*. Aunque, sin duda, muy atractivo, simplemente estaba charlando, siendo amable. Graeme pensó otra cosa, se pegó a Megan, con el ceño fruncido y el labio torcido hacia el tipo, su disgusto creciendo cuando el joven le entregó sus cafés y sándwiches, diciendo sin mala intención:

—Aquí tienes, bella Megan.

Graeme no se lo tomó bien.

—¿Has pedido permiso para dirigirte a ella con tanta familiaridad? —preguntó, sorprendiendo tanto a Megan como al barista—. Si lo que buscas es cortejarla, te sugiero que encuentres otra lass con la cual practicar tus poco inspirados intentos. Ella es mía.

—Tranquilo, tío —instruyó el chico, de repente sin rastro de buen humor.

Megan se había visto obligada a cubrirse la boca con la mano para no estallar en carcajadas. Rápidamente ofreció abundantes disculpas al sorprendido joven, dando la excusa improvisada y bastante pobre:

—Está bromeando. Está practicando su papel de príncipe guerrero para la obra de teatro de la próxima semana —antes de alejar a Graeme del mostrador, sin tener idea de si Fort William tenía teatro o montaba obras.

—¿Qué diablos fue eso? —le había susurrado a Graeme, aunque todavía sonriendo mientras tomaban una pequeña mesa de bistró hacia el fondo del local. "*Ella es mía*" era tanto entrañable como excitante. No había amenaza para su afecto por Graeme; podría habérselo dicho, pero no lo hizo. Para ese momento, su corazón ya estaba completamente invertido.

—¿Qué dijo? ¿"¿Tranquilo, tío"?

—Te estaba pidiendo que te relajaras —respondió Megan—, básicamente diciéndote que no representa una amenaza.

—No es amenaza —le aseguró Graeme con arrogancia.

Aún medio divertida, Megan replicó:

—Sí, querido.

Cuando alquilaron la canoa, el chico delgado del puesto del muelle preguntó si necesitaban un remero.

—¿Un remero? —repitió Graeme, frunciendo el ceño al instante mientras miraba el delgado cuerpo del chico, sin molestarse en ocultar su escepticismo sobre sus capacidades—. Más práctica de espada, lad—sugirió al chico, que en ese momento parecía atontado por la manera en que miraba a Graeme, como si no comprendiera del todo lo que decía—. Necesitas volumen en esos brazos —recomendó Graeme—. No sé cómo podrías manejar un birlinn sin que esos pequeños miembros se rompan por el esfuerzo.

Megan lo empujó hacia la canoa, mostrando su tarjeta al chico para que su habitación cargara el alquiler.

—Lo siento por eso —dijo, esperando que su sonrisa no mostrara vergüenza por asociación—. Su nave acaba de llegar de Marte.

A Graeme le sugirió con suavidad:

—Quizá tendrías que hacer menos ataques personales a estas personas que solo tratan de hacer su trabajo.

—¿Esperas que ese lad—argumentó Graeme—, que no es ni lo suficientemente ancho para persignarse, maneje el birlinn mejor que yo?

Megan puso los ojos en blanco.

—No es eso, Graeme.

Esa mañana habían decidido regresar al broch donde ella había encontrado a Graeme por primera vez, con cierta esperanza, suya no de ella, de que la bruja o *alguna* bruja pudiera aparecer y devolver a Graeme a su tiempo. Una vez más tomaron prestadas bicicletas del hotel. Mientras estaban en Fort William el otro día, Megan había comprado dos paraguas y dos impermeables bastante caros, ya que no quería esos de plástico baratos que quizá los

mantuvieran secos pero no impedirían el frío que sentía cada vez que llovía. Serían útiles hoy; aunque no llovía de forma constante o intensa, había y había habido toda la mañana una niebla persistente. También había comprado una buena mochila de lona para Graeme, después de que él se lamentara de no querer dejar su plaid, braecan cómo le recordaba regularmente, en la posada cada vez que salían.

—¿Traes tu espada? —le preguntó Megan al salir de la habitación del hotel. No la había llevado en ninguna de sus excursiones a Newburn.

—Solo porque puedo —dijo, ajustándose el cinturón para que la espada quedara atada verticalmente en su espalda—. Dijiste que no podía llevarla en un coche alquilado, pero en la bici sí puedo.

Megan se mordió el interior de la mejilla, observándolo prepararse para el paseo. Le vino un pensamiento, quizá escondido en su subconsciente: él tenía todo lo que le pertenecía consigo. Si se fuera ahora, ella no tendría nada para recordarlo, nada más que esas fotos en su teléfono. ¿Qué pasaría cuando los recuerdos comenzaran a desvanecerse con el tiempo? ¿Cómo lo recordaría a él y cada momento espléndido que compartieron?

Se había afeitado ayer, usando su rasuradora, necesitando solo unas rápidas instrucciones. Extrañaba la barba rala y sexy y la sensación de esa fricción en su piel, pero también adoraba las líneas sensuales y los ángulos cincelados de su rostro y mandíbula afeitados.

—¿Lista? —preguntó, montando la bici, la misma que había usado para recorrer el lago, un poco más grande que la de ella, con la barra central un poco más alta.

Megan asintió, mostrándole una sonrisa melancólica, lo mejor que pudo mientras el temor le oprimía el corazón.

Nada bueno dura.

Darren Robinson, un chico con el que había convivido temporalmente, se lo había dicho cuando la familia con la que habían estado casi un año, quizá el hogar favorito de Megan, se vio obligada a mudarse fuera del estado por el trabajo del marido.

Era algo así como el viejo dicho, *esto también pasará*, pero visto desde otra perspectiva, un triste recordatorio de que incluso las

cosas buenas son siempre pasajeras.

La melancolía la acompañó durante todo el paseo, que no fue tan fácil como la primera vez simplemente porque el suelo estaba más empapado. Soportó muchas dudas sobre todo el asunto. ¿Tomaría un avión de regreso a Estados Unidos en dos días y nunca sabría qué pasó con Graeme, o si alguna de sus historias salvajes había sido cierta? Se debatía si eso, más que nada, sería lo que la atormentaría el resto de su vida, solo superado por la probabilidad de que quizá nunca lo volvería a ver.

No vieron a nadie más durante todo el recorrido, ni en las calles principales, ni en los senderos para bicicletas, ni en el escaso camino que los llevó sobre colinas verdes. Por esas colinas, la bici de Megan resbaló varias veces en el barro, que ya había salpicado sus zapatillas. Milagrosamente, logró enderezarla cada vez, evitando caer en el lodazal.

Era temprano por la tarde cuando llegaron. Graeme abrió la puerta, y caminaron con sus bicicletas cuesta arriba. Todo lucía casi igual que en aquella primera visita accidental, cuando ella lo había encontrado dentro de las ruinas de la casa redonda. Una vez más, la pequeña colina estaba salpicada de ovejas y el cielo arriba mostraba un gris inquieto.

Dejando las bicicletas en la parte trasera, detrás del muro casi completo, descendieron al círculo hundido donde Graeme había estado más de una semana atrás.

Megan sonrió.

—Fuiste muy grosero, por cierto —dijo—. Amenazarme con una espada y lanzarte sobre mí mientras intentaba escapar.

Graeme le envió una sonrisa tierna.

—Debía hacerlo, desde el principio sabía que no quería que te alejaras de mí.

—Estoy segura de que eso fue lo que pasó.

—Fue la primera buena mirada que tuve a tus ojos, lass—dijo—, cuando te inmovilicé en el suelo, el azul tan vívido, tan brillante. No podía dejarte ir.

Conmovida por esta confesión, incluso sabiendo que no tenía nada que ver con su exigencia de entonces de que lo ayudara,

Megan pateó algunas de las hojas marrones húmedas que cubrían el suelo dentro del loch.

—Trajiste todas tus cosas hoy, pero no lo hiciste cuando fuimos a Newburn. ¿Esperas que hoy sea el día? ¿Que venga la bruja?

—Extraño, ¿verdad? —preguntó—. No tenía la sensación de que esto fuera a ser diferente de cualquier tiempo perdido en Newburn, y sin embargo empaqué la alforja, bastante intuitivamente, supongo, de esa manera.

Quizá el rostro sombrío que no pudo ocultar lo acercó a ella. Cubrió la pequeña distancia que los separaba en unos pasos y tomó sus mejillas entre sus cálidas palmas, plantando un beso lento y suave en su frente antes de abrazarla. Permanecieron así un largo momento antes de que Megan hablara nuevamente de lo inevitable.

—No me va a gustar en absoluto si de alguna manera te llevan mágicamente —dijo y luego bromeó—, y no solo porque tendré que llevar dos bicicletas de regreso al hotel.

—No más que a mí, lass, cuando contemplo que subas a ese coche que vuela por el cielo como un pájaro, lo que aún no comprendo.

—Dos días más, Graeme —le recordó con tristeza, atrapada por la ya familiar punzada en el corazón.

—Quédate —dijo, con la voz áspera, posiblemente lo más cercano a suplicar que había hecho—. Quédate conmigo, Megan.

—¿Para qué me dejes cuando llegue el momento? Si es que llega —se apartó de sus brazos.

Suspiró, con expresión torturada.

—Entonces ven conmigo.

Ella quedó boquiabierta.

—¿Al siglo XIV? Graeme, tengo toda una vida en casa, en Des Plaines.

—No la tienes —argumentó, frunciendo el ceño, algo que no mostraba desde hace días—. No tienes familia. Tu amiga más cercana te abandonó sin mirar atrás, sin ningún contacto a través de tu dispositivo como esperabas. Dices que te está costando recuperarte, tus palabras, lass. ¿A qué vuelves?

Megan se encogió de hombros.

—¿A la normalidad?

—¿Es eso lo que quieres?

—Graeme, mi infancia fue un caos —intentó explicar—, me movían de un hogar de acogida a otro. He pasado mi vida buscando algo: la familia que nunca encontré, por supuesto, pero también la paz. Mi vida puede ser aburrida, y lo es, pero hay paz. Hay mucho que decir sobre mi rutina tan monótona, la constancia de mi trabajo tan ajetreado, mi propio apartamento, mi bicicleta y los pocos amigos que tengo: son familiares. Yo construí esta vida —dijo, golpeándose el pecho.

—Puedes tener más —dijo él con cierta desesperación—. Construye una vida conmigo, lass.

—Quédate aquí conmigo —ofreció ella como alternativa. La garganta se le apretó, las lágrimas inminentes—. Ven a Des Plaines conmigo.

—Lass, yo... tengo gente, parientes, a los que debo regresar, que me esperan. No digo esto para lastimarte, Megan. Sabes que no lo haría...

Ella asintió de repente, entendiendo su punto, bajando la mirada un momento para recomponerse.

—La verdad es la verdad, no hay daño en eso. —Levantando su mirada húmeda hacia él, susurró—: Lo siento, Graeme. No soy lo bastante valiente para arriesgar incluso mi pequeña vida miserable por...

—¿Por mí? —preguntó él, con la mandíbula endurecida.

Megan inclinó la cabeza, con expresión angustiada:

—Para regresar al caos. Me estás pidiendo elegir algo que no entiendo, algo de lo que ni siquiera estoy segura de que sea real.

—¿Por qué te dedicas a mí, a mi búsqueda, si no crees? —la desafió.

Ella era patética, eso ya lo había establecido, y no tenía sentido mentirle. Él lo sabría de todas formas. Tenía que saberlo ya.

—Quería estar contigo —dijo con voz baja.

Él suspiró, se pasó las manos sobre los ojos y la barba incipiente de la mandíbula, luego plantó los puños sobre las caderas

y la contempló en silencio.

—Eres valiente —dijo tras un momento, con dureza, como si toda la situación y la conversación lo frustrara—. Por supuesto que lo eres, por haber hecho la vida que tienes, por mostrar sonrisas y dar de ti misma tan generosamente cuando nadie ha devuelto el favor.

Esperando restarle importancia a ese pequeño elogio, con el que no se sentía cómoda, lo minimizó:

—Bueno, sí, tengo mi propia clase de valentía. No soy valiente como Steve Irwin, haciéndole cosquillas a animales peligrosos, pero no le temo a la masa cruda de galleta, eso sí. Y aunque miro a ambos lados al cruzar, a veces no espero a que la luz se ponga verde. Soy una rebelde, lo sé. —Por supuesto, él no entendía sus referencias, así que le sonrió traviesamente—. Y una vez, este tipo que conocí dijo que venía del siglo XIV, y yo pensé, genial, vamos a devolverte allá.

Eso lo entendió, una comisura de su succulento rostro se arqueó.

—Sí, como dije. Eres valiente.

Se quedaron toda la tarde en las ruinas, esta empresa tan infructuosa como todas las demás. En un momento, Graeme se apartó del bajo muro contra el que se apoyaba, mirando alrededor con cierta expectativa tensa, como si escuchara o sintiera algo. Pero no pasó nada y volvió a apoyarse contra la piedra mientras Megan, sentada sobre un tramo nivelado del muro de sesenta centímetros de ancho que se desmoronaba, volvía a su libro.

Regresaron a la posada poco después de las seis, el regreso en bicicleta les llevó otra hora. Sus ánimos se habían ajustado, ahora alineados con su insatisfacción, no específicamente entre ellos, sino con una circunstancia tan insostenible. Podían estar disfrutando el uno del otro ahora, pero la verdad era que solo se habían conocido hacía una semana. Aunque decepcionante, no era del todo inesperado que ninguno estuviera dispuesto a renunciar a su vida real tal como la conocían para permanecer o ir con el otro.

Esa noche, el amor de Graeme fue el más tierno que había tenido, sus besos suaves y prolongados, su unión libre de la urgencia y el hambre anteriores. La amó pausadamente,

intencionalmente, llevándola al borde del placer más puro muchas veces antes de finalmente llevarla magníficamente al clímax. Su liberación fue lo más hermoso que había conocido, pero no sin un matiz de tristeza, preguntándose si sería la última vez que experimentarían eso, preguntándose si él también lo pensaba.

Les quedaban solo unos días, si acaso. O ella dejaría Escocia, o él finalmente sería llevado hacia atrás en el tiempo. Sería en el broch, ahora lo sabía. Lo había sentido ayer, un cambio en el aire a su alrededor mientras se demoraban en las ruinas. Era lo mismo que había sentido en Newburn aquel día, cuando habían llegado las brujas: una densidad brillante en el aire, casi similar a la sensación que se tiene cuando se aproxima una gran tormenta, pero... diferente también, cargada con un pequeño toque sobrenatural, esa conciencia.

No se lo había dicho a Megan, pero sabía que debía hacerlo. Planeaba regresar allí ese día. Tendría toda la mañana para convencerla de ir con él, no solo al sitio del broch, sino también a su hogar.

Se sentó en la silla junto a la ventana de su habitación, observando y esperando mientras ella hablaba por teléfono con alguien llamado Delta. Le había explicado que, aunque no estaba dispuesta a viajar atrás en el tiempo con él, estaba preparada para retrasar su propia partida, pero necesitaba el permiso de Delta para hacerlo.

Como siempre, él se complacía en sentarse y observarla. Hoy ella vestía una túnica delgada y ajustada y una prenda ridículamente pequeña que llamaba *shorts*, lo que le provocó una fuerte reacción cuando se dio cuenta de que pretendía usarlos fuera de esta habitación privada. La idea de que otras personas, especialmente hombres, miraran la suave y cremosa piel de sus esbeltas piernas casi lo volvía loco.

Él le habría prohibido expresamente salir de esa habitación usando solo esos shorts, exponiendo sus piernas de esa manera, pero ahora entendía que era común mostrar tanta piel en esta

época. Inapropiado, aún lo creía, pero no excepcional según los estándares del siglo XXI.

Por lo demás, ella era tan encantadora como siempre. Aunque prefería su cabello suelto y cayendo sobre los hombros, o mejor, esparcido sobre la almohada mientras la amaba, había un encanto en su coleta, que no ocultaba nada de su bonito rostro ante él.

—Solo estoy preguntando cuál es el costo de cambiar este vuelo que tengo reservado por otro, digamos a fin de semana —decía ella ahora por teléfono, un aparato que Graeme aún no podía comprender—. ¿Cuánto sería eso? —preguntó a continuación—. ¡Cristo, me estás tomando el pelo! Lo siento, lo siento. Es solo que estoy pidiendo cambiar una reserva ya hecha. No esperaba tener que dar un brazo, una pierna y algunos órganos internos también.

Graeme frunció el ceño ante esto.

Quizá le habría gustado quedarse, al menos un poco, para aprender más sobre este siglo. Megan le había comentado que estaba experimentando muy poco de él, en realidad. Le había hablado de Fort William, lo cual lo había asombrado tanto como intrigado, un pueblo pequeño comparado con muchos otros lugares. Ella decía que había estructuras en otros lugares, edificios que se elevaban hasta las nubes como lo hacían las montañas allí, improbable, pensó él, acusándola secretamente de exagerar un poco. Habló extensamente de esos *aviones* voladores, difíciles de imaginar, y le mostró lo que ella llamaba una *película*, que vieron en su teléfono, más de una hora que él no pudo recuperar, perdida en el dios del trueno, una historia poco plausible. ¿Un dios que usaba un martillo para luchar contra sus enemigos? Estaba más confundido que entretenido, obligado a hacer muchas preguntas, hasta que Megan apagó su teléfono, murmurando: “Quizá la próxima vez veamos una comedia.”

Ella quería que él viera Des Plaines, el lugar al que llamaba hogar, había dicho que le habría gustado mostrarle el parque alrededor del cual paseaba en su bicicleta y su museo favorito, donde se conservaban artefactos, y el hospital donde ayudaba a sanar a la gente.

Hablaba de lugares y no de personas.

Cuando él pensaba en Megan en su tiempo, y lo hacía regularmente, se imaginaba presentándola a Duncan y Holly, si todavía estuvieran allí. La presentaría orgulloso a Roland, el administrador de Thallane, y la mostraría a Kennera, la sanadora de Thallane. Se imaginaba a Megan conociendo a todas esas otras lasses perdidas en el tiempo. La llevaría a las tumbas de su esposa y de su hijo y le contaría que fueron sus seres queridos alguna vez y que siempre tendrían un lugar en su corazón.

Y ahora ella lo tenía.

Megan lanzó su teléfono sobre la cama cuando terminó, soltando un suspiro frustrado.

—No pueden ayudarme —dijo y luego frunció los labios—. O mejor dicho, no pueden ajustarse a lo que queda de mi miserable presupuesto. Tengo que volar el martes o, aparentemente, según mi cuenta bancaria y tarjetas de crédito, nunca salir de Escocia.

—¿Necesitas dinero? —sospechó él.

—Sí, dinero.

Se movió hacia la silla frente a él, pero Graeme se inclinó y tomó su mano, acercándola a él, donde ella cayó torpemente en su regazo. Se recostó sobre él, apoyando la cabeza en su hombro.

—No tendrías necesidad de dinero en mi tiempo, lass—dijo, a modo de tentación.

—Me imagino que incluso en el siglo XIV, la gente necesita dinero, Graeme.

—Yo cuidaría de ti, lass. Lo he dicho. No vivirías con lujo, pero sí bien.

—Por favor, Graeme —imploró ella—. Ya estoy bastante angustiada. Por favor, no me pidas de nuevo que vaya contigo. Ya estoy muy afectada por tener que irme sola. No me pidas tomar esa decisión.

Aunque se sintió decepcionado por su rechazo a siquiera considerar o tener una discusión completa sobre la posibilidad, entendió su reserva. Podría encontrarse sin otra opción que quedarse en este siglo, pero no lo haría voluntariamente. Quería y necesitaba regresar a su hogar.

Sin embargo, percibió que ella estaba tan desgarrada como él. Se habían dicho pocas palabras, pero sabía que, como él, ella temía su inevitable despedida, la idea misma de no volverse a ver jamás.

Ahora ella se aferraba fuertemente a él, enrollando sus brazos alrededor de su cintura mientras él permanecía sentado en la silla y la sostenía, un sufrimiento evidente en su abrazo.

Graeme inhaló el fresco y limpio aroma de ella, su cabello impregnado con el perfume de su champú. Hizo círculos lentos y firmes sobre su espalda con una mano mientras la otra sostenía sus piernas suaves y sedosas cerca de él.

—Quizá deberíamos despedirnos ahora, Graeme —sugirió ella, con un nudo visible en la garganta—. Creo que sería más fácil que...

—Nae, lass. No estoy listo para eso —dijo él con firmeza—. No me pidas eso.

CAPÍTULO CATORCE

Fueron de nuevo esa tarde a las ruinas del antiguo broch. Una vez más, no ocurrió nada, lo cual aliviaba secretamente a Megan. Egoístamente, esperaba que él se viera obligado a despedirse de ella, con ella marchándose, en lugar de que fuera al revés. Y luego se sintió mal por haber sentido ese alivio, ya que Graeme estuvo visiblemente callado esa noche cuando cenaron en la posada. Estaba tan pensativo que ni siquiera comentó sobre el Chocolate delice, que había aparecido nuevamente en el menú. Se lo comió todo, y bastante rápido, pero no dijo nada al respecto; quizá ni siquiera se había dado cuenta de lo delicioso que era el postre.

Megan luchaba con el peso de su propia preocupación. No estaba lista para irse, ni de Escocia ni, ciertamente, de Graeme. Pero ¿qué opción tenía? No podía permitirse el alto costo de reprogramar su vuelo de regreso a casa, prolongando así su estancia, ni arriesgarse a perder su trabajo si pedía un permiso o simplemente no se presentaba. Y, sin embargo, se devanaba los sesos buscando formas de compensar la falta de lo primero, dinero, y daba vueltas y vueltas tratando de imaginar algún escenario que apaciguara a los que mandaban en el hospital y le permitiera tiempo libre en su trabajo.

Era completamente e imprudentemente irresponsable considerar simplemente abandonar la vida real en Des Plaines, todo por un chico de otro siglo. Eso, sin duda, sería un caso de buscar el amor en los lugares equivocados, determinó, aunque a veces trataba de justificárselo en su cabeza. Y, francamente, una parte de ella se preguntaba por qué debería renunciar a todo cuando Graeme había dicho rotundamente que él no lo haría.

—¿Qué harás cuando me haya ido? —le preguntó mientras él apartaba el plato del postre—. ¿Dónde te quedarás? ¿O dormirás o

comerás?

Él levantó el rostro sombrío hacia ella, tan melancólico como ella podría creer.

—No te preocupes por eso, lass. Tienes suficiente con lo tuyo. —Guardó silencio entonces, aunque su mirada era firme.

—Esto apesta —se lamentó.

—¿Qué significa eso? —preguntó, levantando una ceja.

—Que es horrible y estúpido y... no sé, injusto. Entre otras cosas.

—¿Te arrepientes entonces de todo lo que hemos hecho?

—No, Graeme —respondió honestamente, manteniendo su penetrante mirada verde—. No. Me va a romper el corazón, estoy segura. Pero no cambiaría nada.

—Ni yo.

Más tarde esa noche, de vuelta en la habitación del hotel de Megan, recibió una llamada de Jasmine. Su amiga logró fingir que nada iba mal, que no la había abandonado de vacaciones en un país extranjero. Demasiado preocupada por problemas reales, Megan lo dejó pasar.

—¿Te lo estás pasando bien con Kyle?

—Oh —exclamó Jasmine—. Nos lo estamos pasando de maravilla.

Siguió nombrando todos los lugares que había visto y los tours que había hecho, mucho más ocupada que el itinerario que había planeado con Megan. Ni un quejido se escuchó.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Sigue ese tipo raro, Graeme, por ahí?

Megan se rio de esto. Jasmine lo encontraba raro, pero no tuvo problema en dejar a Megan a solas con él. Nunca había sido de juzgar rápido a otra persona, todos cometían errores, pero en esta ocasión Megan se sintió impulsada a distanciarse de Jasmine, tanto ahora como cuando regresaran a casa y volvieran al trabajo juntas.

—Está aquí —dijo ahora—. Es realmente muy...

—Oh, mierda —interrumpió Jasmine—. Tengo que irme. Kyle me está saludando frenéticamente. Nos vemos en el aeropuerto, ¿verdad?

No se mencionó lo que Megan había propuesto alguna vez, que al menos pasarían sus últimos días juntas en Glasgow.

—Sí —respondió Megan secamente.

—Genial. Nos vemos entonces.

La despedida de Megan fue a una línea muerta, Jasmine ya había colgado.

Mientras Graeme se duchaba, Megan se sentó en la mesa y sacó su pequeño diario y un bolígrafo de su bolso.

El diario estaba vacío, comprado específicamente para este viaje, donde había pensado registrar su propio diario de todo lo que había visto y hecho. Sintió una breve punzada de decepción porque no había escrito nada y esperaba no arrepentirse más tarde.

Pronto hizo dos columnas en la primera página, separadas por una línea recta hecha con el lateral de su teléfono. Tituló la columna de la izquierda, *Razones para Volver a Casa*, y la de la derecha, *Razones para Volver en el Tiempo* con Graeme, y luego golpeó el bolígrafo contra sus labios mientras consideraba en qué orden colocar las cosas que más destacaban inicialmente.

En la columna de la izquierda escribió primero: *Seguro y normal.*

Debajo agregó, en rápida sucesión:

El viaje en el tiempo no es real.

Buen trabajo.

Vida tranquila.

Ordinaria, pero estable y predecible. Sin sorpresas.

En la columna de la derecha anotó inmediatamente dos palabras: *Graeme MacQuillan.*

Escuchó cómo se apagaba la ducha y volvió a leer lo poco que había escrito.

Agregó, bajo el nombre de Graeme:

Nadie me extrañaría.

Posiblemente, yo no extrañaría a nadie.

Justo antes de que la puerta del baño se abriera, dejando escapar vapor hacia la habitación, Megan escribió en mayúsculas, presionando firmemente con el bolígrafo: *Hazlo. Sé valiente. Arriésgate. Ve a las ruinas del broch con él y regresa al siglo XIV.*

Puso sus manos sobre las palabras que había escrito, mirándolas, preguntándose si realmente tendría el valor de hacerlo, y luego cerró el pequeño diario al sentir que Graeme la observaba. Se giró, levantando el rostro, el diario olvidado al encontrarlo recostado contra la esquina de la pared, donde el pequeño vestíbulo y la puerta del baño estaban separados del resto de la habitación. Llevaba solo la gran toalla de baño, con la tela de felpa colgando baja sobre sus caderas. Su cabello estaba mojado y peinado hacia atrás desde la frente, su pecho desnudo todavía era un espectáculo al que ella no se había acostumbrado del todo.

—Entra, lass—dijo—, y usa la ducha o quítate la ropa y métete en la cama. Quiero verte desnuda entre mis brazos.

Megan le sonrió. Más tarde, podría agregar: *sexo, mucho sexo alucinante que te hace encoger los dedos de los pies*, bajo esa columna de la derecha.

—Sí, sí, capitán —dijo, levantándose de la silla y encontrándolo en medio de la habitación.

Se puso de puntillas para besarlo.

—Me ducharé, muchas gracias —otro dulce encuentro de labios—. Y prometo volver desnuda, pero solo si tú prometes que también te encontraré desnudo.

—No tienes que preocuparte por eso, lass—dijo, alejando juguetonamente la toalla de su hermoso cuerpo—. Lo prometo —bromeó, la besó de nuevo y luego le dio una palmada en el trasero, enviándola a su camino—. Ve ahora antes de que decida que no puedo esperar.

Al día siguiente salieron de la posada en bicicleta nuevamente, más temprano de lo habitual, justo después de desayunar, en el patio, ya que el sol brillaba nuevamente y el aire estaba cálido. Los caminos y senderos eran favorables, la lluvia de días atrás se había absorbido en la tierra, y hoy el suelo estaba seco. Como en las dos excursiones anteriores al broch, Graeme había empacado todas sus pertenencias, llevando su espada en la espalda y haciendo buen uso de las alforjas que Megan había comprado para él.

Echó un vistazo hacia atrás, comprobando el progreso de Megan. Mantenía el ritmo, como siempre cuando no iban a pie. Su expresión no era del todo descifrable, pero no podía decir con esa rápida mirada si estaba molesta o triste. Habían hablado poco desde que partieron, muy diferente del desayuno compartido de manera amena, donde Megan le había contado historias de lo que llamaba medicina moderna. Habló de lo que los barberos-cirujanos actuales eran capaces de hacer. No estaba de mal humor, sino animada, había dibujado en las servilletas de papel al aire libre la terrible fractura que había visto en la pierna de un paciente, mostrando cómo el hueso había perforado la piel, nada que Graeme no conociera. La pierna del muchacho había sanado, dijo, maravillándose de que después de muchos meses, y sin apenas cicatriz, el chico no sufriera efectos residuales, ni cojera ni dolor persistente.

—Graeme, te sorprendería lo que hacen hoy en día en medicina —había dicho ella—. Bueno, algunas cirugías no son realmente medicina, no con fines de curar. La gente cambia su apariencia con cirugías —había dicho—. Pueden modificarse la nariz, remodelar la mandíbula, tensar la piel para eliminar arrugas. —Se inclinó hacia adelante, con los ojos brillando de picardía—. Algunas mujeres se hacen aumento de pecho. Técnicamente, una mamoplastia. —Llevó sus suaves manos quince centímetros frente a ella, con las palmas hacia sus pechos—. Se agrandan los senos.

—¿Por qué? —fue la única respuesta que él pudo concebir.

—¡Ding, ding, ding! —dijo alegremente—. Tenemos un ganador, haciendo la pregunta correcta de un millón de dólares.

Él se rio, más por su encantador entusiasmo y su brillante sonrisa que por sus palabras, adivinando apenas su significado: que *agrandarse los senos* era frívolo.

Ella no sonreía ahora y no lo había hecho desde que él le preguntó si estaba lista para irse. Entonces solo había asentido con melancolía, obligando a Graeme a sugerir:

—No necesitas venir conmigo, lass. Quizá sería mejor que ya no vinieras más.

Por un instante fugaz, él pudo ver que ella lo consideró. Solo por un segundo, antes de que se sacudiera y fingiera un mayor interés en ir al broch con él.

—No, quiero ir contigo —mintió.

Se preguntó si en realidad quería decir que no quería quedarse atrás. Una vez había dicho exactamente eso, había expresado tristeza por una familia que la había criado brevemente y luego se había ido, dejándola descolocada hasta que otra familia la cuidara. *Lo cual... no hicieron*, había dicho entonces, bajando la vista, mordiéndose el labio, quizá reviviendo un recuerdo doloroso.

Graeme agarró el manillar y levantó su trasero del sillín, pedaleando más rápido y con más fuerza, no para llegar al broch, sino para gastar una energía frustrada. Sin prestar atención al camino irregular, a veces hierba, a veces tierra, a menudo pedregoso, pedaleó más y más rápido, su pecho ardiendo no por el esfuerzo sino por el dolor que sentía por dentro.

Decidió que pondría fin a esto hoy; ya no podía soportar su tristeza ni los pinchazos en su corazón, preguntándose cada día si aquella sería la última vez que la vería. Esa noche, se iría, se alejaría de ella, se escabulliría en silencio, diría solo un adiós silencioso en lugar de ser arrancado de su lado frente a ella. Mejor aún que verla llevada por una de esas enormes máquinas que ella llamaba autobús, que según decía la llevaría al lugar donde *tomaría un avión*. Y lo dejaría.

Hoy no era el día de todos modos, supuso, disminuyendo su ritmo agotador al oír el grito distante de Megan. El aire no estaba pesado, no tenía sustancia, no estaba cargado con la travesura de brujas. El sol brillaba intensamente, el cielo era azul puro hasta donde alcanzaba la vista. No había lugar donde la magia sobrenatural pudiera ocultarse.

Se detuvo por completo, apoyando sus botas a ambos lados de la bicicleta, a la vista del broch, a unos cientos de metros adelante.

—¿Qué fue eso? —preguntó Megan, sin aliento al alcanzarlo y ponerse a su lado—. ¿Sentiste algo? ¿O viste algo?

—No, lass—respondió sacudiendo la cabeza—. Solo estoy expulsando demonios, eso es todo.

Ella le devolvió la sonrisa torcida, quizá comprendiendo de qué demonios hablaba.

Montaron un poco más, bajándose y dejando las bicicletas justo dentro de la puerta antes de subir por la hierba seca y azotada por el viento hasta las ruinas. Graeme saltó abajo y se giró, agarrando las caderas de Megan mientras ella se aferraba a sus hombros y él la bajaba al interior hundido con él.

—Otro día, otro capítulo —dijo ella, sentándose sobre la alfombra de hojas crujientes, presumiblemente porque el suelo estaba seco, sacando su libro de la bolsa—. ¿Quieres que lo lea en voz alta otra vez? —preguntó.

—Hoy no —dijo él—. Me temo que no puedo prestarle atención a esta hora. Y, francamente, muchacha, no entiendo cómo un par de felinos, no mejores que gatos de granero, según suena, pueden ayudar a esa muchacha a descubrir un asesino.

Ah, su primera sonrisa verdadera en las últimas horas, sus ojos azules se arrugaron en las esquinas, brillando bajo el sol.

—A veces leer requiere suspender la incredulidad —se defendió ella con descaro—. ¿Sabes? Como creer que viajar en el tiempo podría ser real.

—Tu punto está hecho. Tal vez en otro momento —ofreció él, aunque ya sabía que no habría otra vez.

Durante la media hora siguiente, Graeme rondó el interior y a veces el exterior de las ruinas mientras Megan permanecía inmóvil, felizmente perdida en su narrativa improbable. Parecía que, aparte de Graeme, nada ni nadie se movía; no había viento, ni siquiera la brisa ocasional que moviera el aire veraniego o alguna hoja colgante; no aparecía una sola nube, ninguna, deslizándose perezosamente por el cielo; ni un solo coche pasaba por la carretera asfaltada.

En un momento regresó al interior deprimido y encontró a Megan sentada con el libro, los ojos cerrados, el rostro inclinado hacia el sol.

—¿Terminaste? —le preguntó sobre la lectura.

—No —dijo, bajando el rostro y abriendo los ojos—. Pero he releído la misma página una y otra vez sin comprender ni retener nada, así que parece inútil.

—¿Distráida?

—¿Y tú no lo estás? —respondió ella.

—No tanto como tú, supongo. No siento que hoy sea el día. No percibo ninguna alteración en el aire.

Megan se puso de pie, sacudiéndose el trasero y guiñó un ojo a Graeme mientras guardaba el libro en su bolsa.

—Parece que te vas a quedar conmigo una noche más.

Dio un paso y luego otro hacia él y se detuvo, frunciendo el ceño, levantando la mano para señalar más allá de él. Graeme giró justo cuando Megan dijo:

—Hubo... hubo relámpagos. Pero el cielo está azul... por todas partes.

Él no vio nada, pero un segundo después escuchó y sintió un bajo retumbar de trueno. Se giró de nuevo, mirando al sur sobre la cabeza de Megan.

—*Oh* —susurró.

El cielo ya no estaba azul en esa dirección, sino que se agitaba con nubes negras y densas, arrojando sombras oscuras sobre todo lo de abajo. Imposible, pensó. Hace solo un segundo, todo el vasto cielo estaba despejado. Otro giro, otra vista increíble, nubes que se arremolinaban desde todas las direcciones, rápidamente, el círculo de cielo azul restante se hacía cada vez más pequeño hasta que todas esas nubes se encontraron y el cielo estaba casi negro.

En el segundo siguiente, una lluvia fuerte comenzó a caer. Graeme entrecerró los ojos y levantó la mano, todavía boquiabierto ante la escena que acababa de presenciar, lo rápido y terrible que había surgido la tormenta.

—Ella está aquí —le gritó a Megan, teniendo que alzar la voz para hacerse oír por encima de la lluvia torrencial—. Puedo sentirla.

—¿Seguro que no es la tormenta que se avecina? —gritó Megan a su lado.

—Bien puede ser que la bruja sea la tormenta, amor.

Un relámpago evitó todos los árboles y montañas más cercanos al cielo, cayendo con una pequeña llamarada en el suelo, a unos veinte metros de ellos, cerca de la verja. El pequeño fuego fue sofocado de inmediato por la lluvia torrencial.

—¿Graeme...?

Él se volvió hacia ella, instintivamente tomándole la mano, golpeado por la expresión de su rostro, esa mezcla de pánico por lo que ella, y él también, suponían era su inminente partida. Estaba furioso de no haber tenido advertencia alguna, de no haber tenido tiempo de darle a Megan una despedida adecuada, de no haber tenido tiempo de enviarla lejos para que no presenciara su partida y todo lo que eso pudiera conllevar.

Ella se quedaría atrás. Por él.

Si no hacía nada para evitarlo.

—Megan, no puedo dejarte —rugió por encima de la tormenta, tirando de ella hacia sus brazos, besándola desesperadamente, con su mano aferrada con fuerza a la de ella—. No puedo dejarte, amor. —Su voz era desgarrada.

—¿Entonces te quedas? —La alegría burbujeó en su voz, contra sus labios, mientras la lluvia salpicaba sus rostros, rebotando a veces de la mejilla de él a la de ella.

—No, lass—dijo con fiereza—. Tampoco puedo quedarme. —Se apartó y le sujetó el rostro entre las manos.

La expresión de Megan vaciló, quizá dándose cuenta de lo que quería decir, tal vez un atisbo de sorpresa abriendo su boca y agrandando sus ojos, o tal vez congelada en confusión, sin comprender aun lo que implicaban sus palabras.

Él pensó entonces, y lo pensaría durante mucho tiempo, que hubo un segundo, quizá dos, en los que ella podría haberse escabullido de sus brazos, lejos de su férreo abrazo. Si hubiera querido. Si en realidad hubiera sabido cuál era el plan que él acababa de concebir y estaba decidido a llevar a cabo.

—¿Graeme? —preguntó ella, con curiosidad por algo más que la tormentosa tempestad, quizá también por la rigidez atormentada de su mirada—. ¡Graeme!

—¡No puedo dejarte ir, amor! —fue lo último que él recordó haber dicho, mientras estaban dentro del broch y el viento y la lluvia azotaban a su alrededor. La envolvió con sus fuertes brazos, presionando sus labios contra su sien.

El cielo no era ni negro ni azul, sino que había vuelto a ese gris agitado que había dominado más de la mitad de su tiempo en Escocia.

Ese fue el primer pensamiento de Megan.

El siguiente fue darse cuenta de que estaba tendida en el suelo, afuera, de espaldas, y que tanto ella como la tierra estaban empapadas. Movi6 primero una mano, levantándola de lo que parecía un charco de barro. Y, en efecto, barro, confirmaba la mano que inspeccionaba, barro cálido y viscoso, pegado en todos sus dedos y debajo de sus uñas. Levantó la otra mano, que, aunque mojada, había escapado del baño de lodo.

Megan suspiró y solo entonces se le ocurrió preguntarse qué había pasado, por qué estaba tirada en el suelo encharcado, y...

Y entonces lo recordó. Ella y Graeme en las ruinas. La furiosa tormenta. Graeme sujetándola con tanta fuerza, besándola frenéticamente, diciéndole que no podía dejarla ir.

Un relámpago había destellado. ¿Había caído sobre ellos?

Intentó incorporarse. Lo que debería haber sido un acto muy simple se convirtió en una hazaña cuando por fin lo logró, con lo débil y descoordinada que se sentía. Y pareció que su cerebro tardó otro instante en ponerse al día, pues no hizo más que mirar alrededor, sin reconocer nada, salvo la figura inerte de Graeme, tendido a unos tres metros, en medio de un campo tranquilo y sin árboles.

¿Dónde estaba el broch? ¿Y la colina en la que se alzaba? ¿Y las bicicletas y la verja?

¿Por qué estaba...?

¡Graeme!

Giró bruscamente la cabeza hacia él, ay, ¿por qué esa primera visión de él, tendido boca abajo e inmóvil, no la había aterrorizado? Había pasado la vista por encima de él, notando que

no se movía, ipero sin entrar en pánico de inmediato! ¿Qué le pasaba?

Trató de ponerse de pie, y le resultó aún más difícil que al intentar sentarse. Nada funcionaba, sus piernas y brazos eran lentos en obedecer a sus órdenes. *¿Era esto un sueño?* ¿Uno de esos sueños fantásticos pero molestos, en los que todos los miembros parecen de melaza, blandos e insumisos a la voluntad del cerebro?

Incapaz de ponerse de pie, se arrastró hasta Graeme, abriéndose camino con uñas y manos por el barro y la hierba corta, dejándose caer sobre él cuando todavía no podía controlar bien sus extremidades.

—Graeme —lloró, empujando su barbilla contra su espalda, sacudiéndolo con fuerza con sus manos.

Él no se movió.

Megan tensó brazos y manos, endureciendo sus músculos, esperando insuflarles fuerza o al menos obediencia. De algún modo consiguió voltear a Graeme boca arriba. Supo que despertó por la rigidez de su cuerpo y porque sus brazos empezaron a agitarse con violencia.

—Graeme, soy yo —lo calmó, apartando uno de sus fuertes brazos, posando su mano limpia de barro sobre su mejilla.

Sus brazos cayeron, uno golpeando su costado y el otro quedando sobre su abdomen plano.

—Maldita sea —gruñó, pero no hizo nada más.

Incapaz de sostenerse erguida, Megan se derrumbó sobre él, con su cabeza recostada en su pecho. Pero sus piernas estaban dobladas en una posición incómoda y para estirarlas tuvo que girarse un poco, cayendo de espaldas junto a Graeme.

Se sentía como si hubiera corrido un triatlón, y cada músculo, cada hueso y toda su carne gritaban en protesta dolorosa. No estaba segura de cuánto tiempo pasó antes de volver el rostro hacia Graeme.

Él la miraba, con una expresión desconcertante.

—¿Estás...? ¿Por qué sonríes?

—Lo logramos —dijo él, con la voz ronca—. Lo logramos, lass.

—Graeme, por favor dime que no... oh, no. No lo hicimos. Dime que no lo hicimos. —El pánico se apoderó de ella. ¿Era posible? —. ¿Por qué me sujetaste tan fuerte?

—No podía dejarte atrás. —Seguía sonriendo.

Megan lo miró, atónita, incapaz de pronunciar palabra.

No. Simplemente no. No lo habían hecho. No era posible, se recordó a sí misma. Obviamente algo había pasado, pero no, no habían viajado en el tiempo.

—Graeme MacQuillan, si tienes razón y estoy en el siglo XIV, o en cualquier siglo que no sea el XXI, tú y yo vamos a tener un problema. —¡Cómo pudo haberlo hecho!

Posiblemente percibiendo su angustia, dándose cuenta de que ella no estaba tan emocionada como él, la advirtió con suavidad:

—No sabemos que fuimos trasladados, lass, no lo sabremos hasta... hasta que encontremos algo que diga en qué año estamos.

Finalmente, Graeme se puso de pie. Tal vez haber permanecido allí unos minutos le permitió tener control total sobre su cuerpo, de modo que parecía levantarse sin esfuerzo.

Se alzó sobre ella y extendió una mano hacia ella...

—No me toques —dijo entre dientes, con el miedo clavándole sus garras profundamente—. No me toques nunca más.

No había colina ni broch, ni puerta ni bicicletas. Graeme y Megan comenzaron a marchar por el campo. Lentamente su cuerpo volvió a la normalidad, su inicial marcha pesada se convirtió en caminar regular, aunque más que caminar, era un pisotear furioso.

Los intentos de Graeme de hablar con ella, diciéndole que creía reconocer dónde estaban, fueron recibidos con un seco y frío:

—No me hables ahora. No digas ni una palabra más hasta que sepa que sigo en el siglo XXI.

—Lass, si me dieras...

—¡Basta! —gritó, cubriéndose los oídos con las manos.

Y siguieron marchando durante más de una hora, con la furia de Megan hirviendo hasta sentir que podía estallar, lo que no se alivió en absoluto cuando finalmente llegaron a algo más que

senderos embarrados en valles abiertos y bosques de árboles goteando.

Se quedó boquiabierta ante la enorme fortaleza, que se alzaba sobre la misma colina elevada, con un telón de fondo similar al sitio que habían visitado en su búsqueda de Newburn, un espacio de colinas onduladas y, más allá, montañas más grandes cubiertas de pinos. El extraordinario, aunque sorprendente, castillo crecía más y más a medida que se acercaban.

—Es Newburn, lass—dijo Graeme, con orgullo y satisfacción en su voz.

No. Newburn había desaparecido. Habían visitado el lugar, ese mismo punto. Ya no existía.

Pero esto... Megan abrió los ojos y sintió que se le llenaban de lágrimas, aunque no por la austera belleza del enorme castillo, cuyos rincones delanteros estaban flanqueados por torres cuadradas y una imponente puerta sobre la entrada de tres pisos, sino por lo que podría ser su presente realidad.

Un muro bajo se extendía desde el muro cortina más grande y formidable que rodeaba el castillo y el patio inmediatos. El muro más corto, que no medía más que ella, juzgó, descendía en dos brazos desde las esquinas frontales del muro cortina del castillo y serpenteaba casi torcido colina abajo, con los brazos extendiéndose allí para contener varias pequeñas cabañas de techo de paja que bordeaban ambos lados del camino lleno de surcos.

Gente se movía por ese camino y otros caminaban sobre la parte superior del muro, soldados supuso, por su ropa, similar a lo que Graeme había llevado alguna vez, aunque con la adición de cascos de plata apagada. Las enormes pero relativamente estrechas puertas estaban abiertas, mostrando un fragmento del interior del patio con más gente deambulando mientras ella y Graeme se acercaban.

Los pasos de Megan se ralentizaron, la incredulidad y la ira luchando dentro de ella.

Graeme detuvo su marcha, girando para enfrentarla, interrumpiendo la vista atónita.

—¿Ahora me crees?

Ella no podía hablar. Sacudió la cabeza, parpadeando rápidamente, las lágrimas cayeron justo cuando la lluvia regresaba. Sus labios temblaban. Atrapada en esa niebla de incredulidad, permitió que Graeme tomara nuevamente su mano para guiarla. Su paso aumentó a medida que se acercaban, hasta que comenzaron a trotar bajo la lluvia y a través de la puerta mientras alguien desde arriba gritaba el nombre de Graeme. Tuvo una impresión fugaz de personas vigilantes, pacas de heno y madera, el relincho de un caballo, de fuegos encendidos dentro de estructuras abiertas más pequeñas en el patio.

Y entonces Graeme irrumpió por la enorme puerta arqueada del castillo. Dentro, casi fueron atacados por dos hombres, levantándose de un salto y desenfundando espadas de sus cinturones. Una mujer, de pie junto a un hombre llamativo en la amplia escalera a la derecha, jadeó y se cubrió la boca. Varios otros dentro de la amplia sala con techo de madera jadeaban y observaban.

Uno de los hombres con espada, más grande y fornido que Graeme, volvió a enfundar su arma y se precipitó hacia él, abrazándolo fuertemente.

—¡Por los huesos, lad! —gritó el hombre.

La pareja en la escalera bajó corriendo, el hombre sosteniendo la mano de la mujer. Se abrieron paso entre varios otros, este hombre con ojos del mismo color que Graeme lanzándose sobre él.

—¡Maldito seas! —le raspó el hombre a Graeme mientras lo abrazaban—. Me asustaste de muerte.

Cuando terminó, la mujer se lanzó sobre Graeme.

La mente de Megan no funcionaba correctamente, procesaba lentamente la abundancia de detalles, así que solo vagamente consideró que la mujer se parecía mucho a una foto de Holly Wright que había visto posiblemente mil veces. Podría ser ella, su cabello rubio oscuro y ojos marrones animados luciendo igual, pero esta mujer, como las pocas otras presentes, vestía un extraño vestido largo con un cinturón de cuerda alrededor de su delgada cintura.

—Oh, gracias... —gritó la mujer en los brazos de Graeme—. ¡Estaba tan preocupada!

—Todo está bien, lass. Me alegra encontrarte aquí —dijo Graeme—. Pensé que seguro podrías haber sido lanzada a otro lugar.

—No, Graeme —dijo la que parecía Holly Wright—. Solo tú fuiste trasladado.

—Está bien —reconoció Graeme, sonando un poco sin aliento.

El hombre de ojos verdes que había bajado con la mujer de ojos marrones estrechó la mirada hacia Megan, recorriéndola de pies a cabeza, deteniéndose largo tiempo en sus leggings y zapatillas. Su ceño se levantó ligeramente cuando sus ojos se posaron en la mano de ella, que recién ahora se dio cuenta estaba firmemente sujeta por Graeme.

Megan parpadeó y observó cómo más personas saludaban a Graeme, hombres y mujeres vestidos con ropas de época, largos vestidos de distintos colores, y pantalones y camisas que le recordaban de nuevo la ropa de Graeme, que seguía guardada en la mochila de lona sobre su espalda. Las jóvenes que lo habían recibido con tanta alegría, como si temieran no volver a verlo, acapararon gran parte de la atención atónita de Megan.

Era imposible, implausible, pero las reconocía a todas.

Kayla Forbes.

Cora Bennett.

Gabrielle Noble.

Cuando terminaron los saludos y mientras la mirada de Megan saltaba de una chica desaparecida a otra, todas sonriendo, Graeme preguntó al otro hombre de ojos verdes:

—¿Qué haces todavía aquí?

—¿Todavía aquí? —repitió el hombre, confundido—. Solo llegué uno o dos días después de que tú... te fueras.

Graeme frunció el ceño, su confusión evidente.

—He estado ausente casi quince días.

—Graeme —dijo la doble de Holly Wright, con un tono cargado de tristeza—. Solo han pasado unos días.

—No —replicó Graeme, atónito—. Al menos diez días completos.

Fragmentos, detalles y una sorprendente realidad golpearon a Megan en la cara.

No había mentido.

Era cierto.

Esas chicas desaparecidas estaban aquí... aparentemente en este, el siglo XIV.

Megan tiró de su mano con fuerza, recordándole a Graeme su presencia, que parecía haber olvidado con gusto.

—¡Hijo de puta! —le gritó cuando se volvió hacia ella—. Tú simplemente... sin siquiera... ¿cómo pudiste?

Retrocedió su mano libre y la lanzó, su pequeño puño golpeando con fuerza la dura mandíbula de Graeme.

Graeme absorbió el golpe, sacudiendo la cabeza para despejarla. Se frotó ligeramente la mandíbula, aun sujetando su mano.

Luego sonrió a la pareja que ahora suponía eran Duncan y Holly.

—Esta es Megan —dijo orgulloso, aparentemente impermeable a su débil ataque.

CAPÍTULO QUINCE

A pesar del golpe de Megan, que todavía le hormigueaba en la mandíbula, Graeme no pudo evitar sonreír, todavía procesando la verdad: lo había logrado, había regresado a casa.

Sin embargo, Megan no era la única que lo miraba con desdén.

Dirigiendo una rápida mirada a Megan, Holly, con los labios apretados, se puso directamente frente a él y siseó

—Por favor dime que no trajiste a esta pobre mujer a otro siglo por la fuerza.

Esta pregunta eclipsó el más bajo y vacilante:

—¿Qué demonios llevas puesto? — de Duncan, mientras fruncía el ceño, mirando a Graeme de pies a cabeza, con sus jeans, camiseta y botas de montaña.

Megan, que había estado en silencio y temblando durante tanto tiempo antes de estallarle, volvió a encontrar su voz, respondiendo a la pregunta de Holly.

—Oh, sí lo hizo —acusó, con su voz temblorosa pero firme—. No me soltaba, me envolvía en sus brazos cuando sabía... ¡él sabía! lo que estaba pasando. —Finalmente logró soltarse, usando su mano libre para arañar la presión de su agarre. —Nunca te perdonaré, Graeme. Nunca.

Estas amargas recriminaciones se sintieron profundamente y, finalmente, su sonrisa se desvaneció.

—Eres Holly —adivinó correctamente Megan, y luego se volvió hacia las otras mujeres cercanas—. Y tú eres Cora. Tú eres Kayla y tú eres Gabby. Todo el mundo está buscándolas, pensé que mentía cuando dijo que estaban todas a salvo y bien. Santo cielo. No le creí. Pensé que era un asesino en serie, que había secuestrado a todas ustedes —dijo a Holly.

Graeme aclaró con calma:

—Acababa de despertar. No sabía si ustedes habían sido trasladadas conmigo.

Holly negó con la cabeza.

—Pero entonces... ¿cómo pudiste confiar en él?

—¿Qué hiciste durante diez días, Graeme? —preguntó Cora al mismo tiempo.

La barbilla de Megan volvió a temblar.

—No sé qué me hizo creer que no era peligroso, pero ahora desearía haber prestado atención a cada maldita señal de alerta que apareció frente a mis ojos. No estaría atrapada aquí —se detuvo, cerrando los ojos—. No estaría en un lugar donde no quiero estar.

—Todo irá bien, Megan —la tranquilizó Holly, falsamente, pensó más de una—. Lo solucionaremos.

Cora Thain hizo un gesto con los labios a Gabby: *¿Cómo?*

Y justo entonces, cuando parecía que Megan iba a perder todo control sobre sí misma y sus emociones, levantó la barbilla y estiró la columna, inhalando profundamente por la nariz, mirando de una muchacha a otra.

—Si alguna de ustedes supiera *cómo* regresar al siglo XXI, imagino que no estarían aquí ahora. No está bien. A menos que realmente sepan cómo volver a casa, por favor, no me digan que todo estará bien.

Gabby intervino con voz baja, llena de una pequeña esperanza:

—Pero Graeme simplemente fue hacia adelante y ahora regresó. Nada, parece, es imposible.

Megan la fulminó con la mirada, implacable.

—¿Por qué no regresaste entonces?

—Yo... supongo que en realidad no lo intenté —admitió Gabby, lanzando un vistazo por encima del hombro hacia Aedan.

Megan se pasó las manos por el cabello, todavía húmedo por la tormenta anterior y la lluvia posterior.

—Lo siento —dijo, con cansancio—. No... estoy siendo yo misma. Esto fue... no esperaba... —levantó los hombros y los dejó caer, incapaz o sin ganas de terminar.

Cora dijo:

—Megan, todas hemos estado allí, justo aquí donde tú estás. No es fácil, lo entendemos. Solo queremos que sepas, lo que acabamos de decirle a Holly hace unos días, estamos aquí para ayudarte, en lo que podamos.

—Incluso aunque sea un hombro en el que llorar —agregó Kayla.

—Ven —dijo Holly, tomando a Megan por los hombros—. Siéntate. Te ves exhausta.

Las mujeres se apartaron entonces, Holly guiando a Megan, sentándola en una de las mesas donde continuaron cuidándola, ofreciéndole comida, vino, un baño, lo que quisiera. Megan lo rechazó con un gesto y su conversación se volvió más silenciosa por la ligera distancia, mientras todas las chicas se sentaban alrededor de esa mesa con ella.

El primo y laird de Graeme, Duncan, lo miraba con dureza, su expresión rígida de grave decepción.

—¿La trajiste a propósito? —preguntó.

Graeme asintió.

—Estaba en mi mente, y sí, por eso no la solté cuando sentí que la bruja estaba cerca.

Lucas Thain, el primero en saludarlo, frunció los ojos hacia Graeme.

—La bruja dijo que si había amor, una pareja no podía separarse —dijo, bajando la voz profunda.

La sonrisa de Graeme volvió, habiendo percibido la pregunta en el tono de Lucas.

—Exactamente.

Lucas Thain soltó una risa.

—Todo en vano, lad, si ella no te perdona.

—Lo hará. —Su propio amor o su tierno corazón inducirían el perdón. Movié la mirada hacia Megan nuevamente, que ahora lloraba suavemente en sus manos mientras las lasses intentaban consolarla.

El perdón llegaría, pero quizás no hoy.

Michael MacClellan negó con la cabeza, riéndose de Graeme, dándole una palmada en el hombro.

—Lad. Hay un alto beinn que escalar.

Duncan, aparentemente dispuesto a dejar que Megan fuera mimada y cuidada por las otras chicas del siglo XXI, luego preguntó:

—¿Pero has estado allí? ¿En el... futuro? —Con las manos en la cintura, negó con un pequeño desprecio hacia sí mismo—. Por la sangre, eso no suena bien, esas palabras de mi boca —gruñó.

—He estado allí —respondió Graeme, con la mirada todavía fija en Megan—. Es irreal, tan fantástico como ilusorio. Y sin embargo, mucho de ello parece apenas cambiado de este aquí y ahora. Sí, pero en un lugar llamado Fort William...

—Kayla estuvo allí alguna vez —intervino Michael.

—Eloise y Gabby también —añadió Aedan.

—Sí, está lleno de cosas que no podríamos imaginar a menos que las veamos: autos y buses, cables colgando por todas partes. Luces que se encienden con un interruptor, calor que sale de los respiraderos en las paredes y, *Oh*, la ducha, es como estar bajo una cascada, calentada a la temperatura perfecta. Lamentaré mucho la pérdida de eso. De lo contrario, me alegraría de no volver a verlo nunca. No era hogar.

—¿Y si no hubieras logrado regresar...? —preguntó Aedan—. ¿Te habrías resignado eventualmente a quedarte allí?

—Sin opción, sí, pero no dejaría de intentarlo.

—Pero ¿realmente te rendirías, con Megan a tu lado? —preguntó Michael, frunciendo el ceño.

Graeme hizo una mueca.

—No fue suficiente tiempo para contarlo.

Michael suspiró.

—Le pedí a Kayla que dejara todos los intentos de regresar tras solo dos semanas. No consideré realmente lo que había sacrificado.

—Cora también —añadió Lucas—. Todas ellas, apostaría que a menudo luchan con lo que han perdido.

Aedan rio sin humor.

—Y nosotros somos los valientes, ¿no?

—No —dijo Michael, girándose para fijar la mirada en su esposa entre las otras cuatro chicas, incluyendo a Megan—. Ellas lo son.

Más tarde, habiendo apenas apartado la mirada de Megan, suponiendo que solo quisiera un lugar tranquilo para descansar, Graeme se acercó a ella desde el otro lado de la sala.

Se dirigió primero a Cora al llegar al grupo de lasses.

—¿Podríamos tener una habitación? Megan seguramente querrá retirarse un momento.

Cora asintió.

—Por supuesto. La habitación está lista —dijo—. Lo siento, Megan. No deberíamos haberte retenido tanto tiempo.

—Oh, cielos —dijo Holly—, y aquí hemos estado parlotteando todo este tiempo y probablemente quieras aislarte del mundo. ¿Qué habitación, Cora? Yo la llevaré arriba.

—Yo la llevaré arriba —intervino Graeme mientras se escuchaba un movimiento frente a él, todas las damas poniéndose de pie de inmediato.

Megan no rechazó su ofrecimiento, pero lanzó una mirada significativa a Holly, vista solo de perfil desde su posición, pero notable por el ruego que enviaba hacia Holly.

—Está bien, Graeme —dijo Holly, dándole una sonrisa apretada—. Sabes que está en buenas manos con nosotras.

Aprensivo, renuente a imponer su presencia sobre Megan cuando claramente todavía estaba enojada con él, las vio irse.

Mientras se recordaba a sí mismo que no había querido estar sin ella, que había tenido cierta sospecha de que ella podría sentir lo mismo, ahora se daba cuenta de lo impetuosas y egoístas que habían sido sus acciones. Tal vez, si le hubieran dado más que unos segundos para decidir y actuar, podría haber tomado una decisión diferente.

Le ofrecieron pan, queso y cerveza, y lo consumió rápidamente, teniendo un hambre feroz. Pasó un tiempo con los cuatro lairds dentro del salón de Newburn, en la mesa del jefe. Aunque había estado ausente lo que se sentía como mucho tiempo,

había poco que hubiera cambiado y de lo que necesitara ser informado.

Después de un rato, salió afuera, queriendo volver a familiarizarse con tantas cosas, incluyendo el aire fresco de esta tarde y de este siglo, por ahora libre de cualquier sensación de presencia de una bruja. Lucas Thain le había dicho que su corcel había sido bien cuidado para él, y Graeme lo encontró así, el destrier delgado pero enorme golpeando el suelo dentro de su establo incluso antes de que Graeme llegara. Montó al gran negro y se permitió a sí mismo y a su corcel un paseo animado al atardecer, complacido de tener esta silla y bestia robusta bajo él, bastante seguro de que no lamentaría nunca más tener que montar una bicicleta. Según su cálculo, nunca había alcanzado una velocidad tan rápida en la bicicleta como la que el destrier podía, lo que significaba que la única ventaja de la bicicleta, de haber conocido tal cosa en este tiempo, era que no podía convertirse fácilmente en objetivo de una flecha enemiga u otro proyectil destinado a herir o matar a un hombre.

Mientras cabalgaba, pensaba en Megan, y luego se preguntó fugazmente cuándo no lo hacía.

¿Tienes hambre? le había preguntado hace diez días. Entre tantas otras imágenes, esa estaba grabada en su memoria. Supo en ese momento que ella inmediatamente se cuestionó por qué le había preguntado eso, se mordió el labio, encantadora en su incertidumbre, en su disposición a seguir adelante. Och, y luego su sonrisa cuando él respondió afirmativamente, con sus ojos iluminándose y su pecho expandiéndose con alivio o placer. Podría haber estado perezosamente enamorado de ella en las primeras horas antes de esto, pero este fue el momento en que reconoció la satisfacción conocida de haberla hecho sonreír.

Si fuiste honesta en ese momento, siéntete libre de estar gruñona todo el día y no te preocupes por mí, disfrutando del resplandor de la posibilidad de otro beso.

Hasta el día de su muerte, probablemente recordaría vívidamente la lenta y creciente sonrisa que se había formado en su rostro entonces, que llegó después de que ella cuestionara por qué

había hecho una retirada tan apresurada y rígida después de su primer beso. Durante algún tiempo después, mientras desayunaban, ella llevaba una pequeña sonrisa, a veces ampliada, a veces contenida, como si quisiera guardarla junto con otros pensamientos privados, ocultos.

Recreó otras imágenes en su mente: Megan sentada en el manillar aquel primer día, enfrentándolo, sosteniendo su espada, que no era mucho más corta que ella, el viento y el paseo despeinando su cabello, obligándolo hacia él, mechones como dedos, acariciando regularmente su mejilla y barbilla; su expresión cuando Jasmine anunció que su enamorado viajaría con ellos, cómo reprimió su propia decepción, mostrando admirablemente a Jasmine lo que quería que viera; Megan en ese lujoso y enorme albornoz blanco, cuyo cinturón en numerosas ocasiones él había tenido el placer de desatar, abriéndolo para revelar el tesoro de su cuerpo sensual; ella en esas imágenes en el hospital, todo ese tiempo y cuidado dedicado a los pacientes, sonriendo a pesar del cansancio y la tristeza; Megan, justo anoche, desnuda y debajo de él, sus dedos apretando su cuello, suplicándole: *No más torturas. Te necesito dentro de mí.*

Arrugó la nariz mientras cabalgaba, queriendo disipar el calor y hormigueo repentino allí, y luego giró al destrier, regresando a Newburn.

Veinte minutos después, se deslizó por el silencioso salón y se encontró con Holly en el segundo piso.

Ella suspiró al verlo.

—¿Dónde está ella? —preguntó él, con la voz baja por la hora.

—Graeme —comenzó Holly, vacilante.

—¿Dónde?

Otro suspiro.

—Arriba —dijo, señalando con el dedo hacia el techo de piedra—. La tercera puerta a la derecha.

Siguió adelante, sabiendo que Holly lo observaba, quizás con un pequeño arrepentimiento por haber revelado esto. Subió las

escaleras y se deslizó silenciosamente dentro de la habitación que Holly le había indicado.

Un pequeño fuego de turba moribundo brillaba suavemente, la habitación estaba bañada por un tenue resplandor anaranjado, revelando una figura inmóvil en la cama, apenas visible bajo el grueso cobertor, salvo por la abundancia del cabello brillante de Megan, extendido sobre las almohadas.

Graeme permaneció junto a la cama varios minutos, diciéndose a sí mismo que solo quería verla. Sin embargo, se dio cuenta de que eso nunca sería suficiente, y nunca lo sería. Se quitó las botas, la camisa y los pantalones, pero dejó los calzoncillos puestos, y se metió en la cama con ella.

Ella despertó suavemente, sin sobresaltarse, girándose lentamente hacia él. Su rostro se iluminó brevemente, destacando el rastro de lágrimas secas. Encontró su mirada, algo angustiada pero que él creyó que no le desagradaba su presencia. Con gran certeza y necesidad, Graeme la reunió en sus brazos.

Y ella lo dejó, girándose completamente hacia su abrazo.

Le habían dado una camisa limpia y seca, con los brazos descubiertos, cruzados sobre el pecho mientras se acurrucaba contra él.

Y lloró, más, otra vez, pero no dijo nada.

Graeme la calmó con una mano cálida, acariciando suavemente su espalda cubierta por la tela, y besó sus lágrimas, diciéndole una y otra vez que era egoísta y lo arrepentido que estaba.

Megan fue despertada por risas que llegaban desde abajo. Fue breve, solo la carcajada de alguien, un hombre, que resonó brevemente por todo el castillo. *Torre*, corrigió, como se había referido habitualmente ayer.

Se giró sobre su espalda, sin sorprenderse del todo al ver que Graeme se había ido, y luego no tuvo prisa en abandonar la comodidad de la suave cama. Había mucho que considerar, todo lo que había descubierto ayer, poco de lo cual tenía sentido.

El mayor impacto de todos, como si el hecho de que los viajes en el tiempo fueran reales no fuera suficiente, a menos que simplemente estuviera atrapada en el sueño más largo conocido por el hombre, era que acababa de encontrar a todas esas chicas desaparecidas.

Aquí, en la Escocia del siglo XIV. Poco la consolaba una parte de esta verdad, que al menos ahora sabía con certeza, dejando de lado los escenarios de sueños, que Graeme no le había mentado. Eso apenas ofrecía alivio alguno.

Adormilada, deslizó la mano por el lado vacío de la cama, donde Graeme había estado la noche anterior. Todavía estaba furiosa con él por lo que había hecho, por llevarla a la fuerza hasta allí, pero al menos era honesta consigo misma en un aspecto: por más enojada que estuviera, consideraba que esta ira presente podría ser más fácil de sobrellevar que el dolor de haberlo perdido, aunque él hubiera sido trasladado en el tiempo.

Y por más dulce y reconfortante que fueran las cuatro jóvenes, su simpatía y simplemente la consolación de su presencia no habían logrado mucho para hacer que Megan quisiera quedarse más que ayer.

Pero, oh, qué fantástico en un sentido irreal, qué... desconcertante todo, cómo cada una de ellas había atravesado el tiempo. Kayla, como recordó ayer por la tarde, simplemente había caminado por un bosque, buscando a Eloise, que también estaba desaparecida, retrocediendo en el tiempo, solo para toparse con Michael MacClellan, enterrado durante dos años completos. Asombroso.

Gabby Noble había paseado inocentemente por una playa al otro lado del país cuando fue absorbida por el suelo, horrible, solo para despertar y pasar tres semanas angustiantes, sin saber qué había ocurrido y sin poder comunicarse con la familia que le había dado refugio. Conoció a Aedan Cameron mientras huía de su vida, primero de una manada de lobos y luego de un grupo de despiadados asaltantes.

Cora Bennett había conocido en persona a la bruja que la había movido por el tiempo con tanta crueldad.

—Todavía me da tanta vergüenza —dijo—, lo crédula e... insensata que fui. Pero sigo sosteniendo que pensé que era algún tipo de truco de marketing.

Aterrizó de golpe en medio de las secuelas de una batalla, encontrándose con Lucas Thain en menos de una hora, siendo acogida por él y su ejército en movimiento porque le había dado aviso de otro ejército que se acercaba.

Holly, que era la más reciente en desaparecer, solo había estado aquí un mes, tomada del mismo broch en el siglo XXI, el mismo broch donde Megan y Graeme habían sido atrapados por la tormenta de la bruja y lanzados hacia aquí. Megan ya conocía su historia, contada por Graeme, sobre cómo fue presentada como una MacHeth, prometida y luego casada con Duncan.

Se había encogido de hombros mientras contaba su historia ayer.

—No tenía intención de engañarlo, ni siquiera lo conocía. Pero Sidheag dijo que era la única forma de volver a casa.

Megan recordó ese nombre, Sidheag, mencionado por Graeme como el de la bruja.

Aparte del asombroso asunto del viaje en el tiempo, Megan no lograba comprender lo relajadas que parecían estar cada una de ellas. Reían a menudo, la mayoría de esas risas provocadas sin querer por Cora, que posiblemente no sabía lo curiosamente graciosa que era. Todas parecían tan... no resignadas, para nada; estas mujeres eran increíblemente felices, verdaderamente felices de estar allí, incluso mientras hablaban largamente sobre sus familias en casa, aquellas que tuvieran a alguien que las extrañara. Kayla se dejó llevar brevemente ayer, llorando por extrañar a su madre, padrastro y hermana. Pero por lo demás, y hasta donde Megan podía ver, se habían adaptado bien y felices.

Ella no tenía planes de hacer lo mismo.

Simplemente no era así. Definitivamente había tenido romances problemáticos y relaciones insatisfactorias, y podría incluir a Graeme MacQuillan en esa lista, pero aparte del amor y el romance, Megan había vivido esforzándose por ser perfecta. Comenzó desde joven, claro, tan pronto como se dio cuenta de que

cada familia buscaba al hijo ideal. Era responsable y práctica, ordenada y limpia, no era rebelde. Consideraba que sus dificultades escolares habían sido uno de sus mayores fracasos. Excepto que un consejero le señaló que no lo era, ya que había tenido éxito, terminado la secundaria y completado un exigente programa de enfermería trabajando a tiempo completo y sin el apoyo familiar que la mayoría de los estudiantes tenía.

Involucrarse con Graeme inicialmente, contra todas las señales de advertencia, podría haber sido lo más atrevido que había hecho. Y francamente, estaba segura de que muchas cosas habrían ido de manera diferente si Jasmine no la hubiera abandonado.

Incluso en algunas relaciones previas que comenzaron con más signos de interrogación que certezas, que terminaron bien, mal o desastrosamente, simplemente no era una persona que actuara sin precaución. Aunque era práctica y normalmente decidida y no temía al trabajo duro, no se lanzaba a la piscina sin pensarlo. Era cautelosa.

Por lo tanto, simplemente no era del tipo de persona que se lanzara de cabeza, claro me encantaría vivir en el siglo XIV. Analizándolo con más racionalidad, que lo admitía, había usado poco durante la última semana, Megan determinó que, aunque Graeme pudiera haberla emocionado profusamente diciendo que no quería estar sin ella, incluso esa apasionada confesión no tenía mucho peso. Eso era hoy, o había sido ayer, pero ¿y mañana?

Cerrando los ojos, alejó la melancolía. No quería que Holly, Cora u otras se preocuparan por ella, ni que su excursión, esperaba que breve, a este siglo se recordara con tristeza.

Se sentó justo cuando alguien llamó a la puerta, un golpe ligero que no parecía ser Graeme.

Tras un vistazo rápido hacia abajo para asegurarse de que estaba cubierta adecuadamente, el ligero camisón que le habían prestado era sorprendentemente suave y cómodo, dijo:

—Adelante—, lo que permitió que entraran Cora y Holly.

Tenían expresiones coincidentes, vacilantes y curiosas, cejas levantadas.

—¿Cómo estás? —preguntó Holly.

—Bien —dijo ella—. Sí. Solo voy a tomar esto un día a la vez.

Entraron más en la habitación, sus rostros mostraron más alegría, quizá un poco aliviadas de no tener que lidiar con lágrimas hoy. Holly parecía llevar la ropa que Megan había usado ayer, sus leggings y la camiseta rosa tie-dye, que Cora había prometido lavar la noche anterior.

—Genial —dijo Cora, sosteniendo una prenda larga color óxido sobre su brazo—. Graeme quiere que... bueno, todos queremos que bajes y vayas al pueblo. Puedes conocer a Sidheag.

—¿La bruja está aquí? —¡Oh! ¿Por qué nadie dijo esto ayer?

—Sí —la tranquilizó Holly rápidamente—, pero no está muy saludable. O sí lo está, pero aparentemente, como hemos aprendido, mover a una persona a través del tiempo agota todas sus fuerzas.

Se lo merece, pensó Megan con poca compasión.

—Como, realmente la debilita —agregó Cora—. Estuvo casi en coma los primeros días.

El ceño de Megan se frunció.

—Entonces... ¿no fue ella quien nos movió, si todavía está débil?

Ambas mujeres se encogieron de hombros.

—No estamos seguras —admitió Holly.

—De todos modos, traje esto —dijo Cora, levantando la tela color óxido con ambas manos—. No sabía si querías pasar desapercibida o...

—Si hay alguna posibilidad de regresar —respondió Megan—, prefiero usar mi propia ropa, pero gracias.

Cora asintió y se acomodó las gafas sobre la nariz.

—Extraño los leggings —lamentó.

—Entre otras cosas —le recordó Holly con una sonrisa mientras dejaba el montón de ropa de Megan sobre la cama.

—¿Quieres que te esperemos? —preguntó Cora.

—Sí, por favor —dijo Megan, incorporándose de la cama. Se había cambiado de ropa frente a ellas anoche, no necesitaba privacidad ahora para hacerlo de nuevo. —Y por favor —dijo mientras se pasaba el camisón por la cabeza—, por favor no me

dejen sola con Graeme. No puedo... no quiero dejarme convencer por él ni por... nada. Quiero ir a casa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Habiendo visto a Cora y Holly subir las escaleras para buscar a Megan más temprano, y habiendo sido informado de que la léine que Cora Thain llevaba estaba destinada a Megan, Graeme decidió que no era un buen presagio que, cuando Megan apareció, llevaba su propia ropa: esos condenadamente atractivos pantalones ajustados y esa túnica suave que se pegaba al cuerpo.

Había recuperado las pocas pertenencias que había traído originalmente a Newburn, cuando se le había encargado escoltar a Holly lejos de Thallane, y así pudo refrescar su propia ropa, volviendo a la comodidad de sus conocidos calzones y túnica, con su tartán nuevamente orgullosamente colocado sobre el hombro y cruzando el pecho.

Megan apenas le devolvió la mirada cuando entró en el gran salón de Newburn, aunque su mirada constante sobre ella mostró que sí echaba miradas furtivas de vez en cuando. Ella misma parecía descansada, sin señales de haber llorado recientemente, tal vez desde que se había quedado dormida en sus brazos la noche anterior.

Lucas, Michael, Aedan y Duncan habían prohibido estrictamente que sus esposas vieran a la bruja, Sidheag, quien, según Graeme había sido informado, permanecía cerca, demasiado débil para irse quizá, según la conjetura de que posiblemente no había sido ella quien lo había traído de vuelta a él, y a Megan también, a este tiempo.

Sin embargo, al llegar al salón, Cora Thain se dirigió con determinación hacia su esposo, poniéndose de puntillas para susurrarle algo, lo que provocó un enorme ceño fruncido y lo que pareció un intercambio rápido y sincero de argumentos. Finalmente, Lucas frunció el ceño de nuevo, curvando el labio con desagrado

hacia su pequeña esposa, quien al final puso su mano sobre su enorme pecho y lo favoreció, lo derritió, presumió Graeme después, con una mirada suplicante.

—Cora caminará con nosotros hasta el pueblo —anunció Lucas rígidamente al minuto siguiente—, estrictamente para acompañar a Megan. —Miró con más dureza a su esposa, ordenando —: Pero no se acercará a la bruja. —Con un suspiro, elevó la atención hacia los demás reunidos—: Decidan ustedes mismos quién más puede o no caminar con nosotros.

—Maldita sea —bufó Michael, lanzando un ceño a su esposa.

—Ella nos necesita ahora, Michael —dijo Kayla, sin inmutarse ante la severidad de su rostro—. Yo voy.

—Yo también —dijo Gabby Cameron.

—Gabrielle, no puedes... —comenzó a decir Aedan, solo para ser silenciado por la inclinación de cabeza y la ceja levantada de su esposa—. Maldición, pero no pondrás un pie dentro de la cabaña.

Duncan y Holly intercambiaron una mirada, él cediendo sin discusión.

—La misma regla aplica, amor. No voy a arriesgarme.

Así fue que el grupo de diez salió del castillo y bajó la colina hacia el pueblo de Newburn, más allá de las casas de los campesinos cercanas a la sombra inmediata de la fortaleza. No pasó desapercibido para Graeme que las mujeres formaban un círculo protector alrededor de Megan, como si hubiera algún intento de impedirle el acceso a ella.

Aunque hubo algo de conversación entre las lasses, fue en voz baja, de modo que nada de eso llegó a sus oídos y, en general, avanzaron bastante en silencio.

Y cualquier preocupación de estos esposos de que sus mujeres no debieran entrar en la pequeña pero ordenada cabaña fue en vano cuando se acercaron al lugar donde la bruja había estado y la encontraron no dentro, sino sentada justo afuera de la puerta, encaramada sobre un barril corto, volteado para ser usado como asiento.

Graeme reconoció de inmediato a Sidheag, habiendo mantenido esa forma de vieja miserable que él y otros habían visto

anteriormente, en contraste con otra fachada que poseía, la de una mujer mucho más joven y menos horrenda. No reconoció a la anciana sentada al otro lado de la puerta abierta, también sobre un pequeño barril usado como asiento.

—¿Es la otra, Samara? —preguntó Graeme a Duncan sobre la segunda anciana mientras se acercaban.

A pesar de la gravedad de la situación y el propósito de su visita, Duncan sonrió.

—Es Goldie, una residente mortal del pueblo de los Thain.

Graeme frunció el ceño, lamentando haber confundido a la anciana, posiblemente inocente, con una bruja.

Michael comentó en voz baja:

—No parece estar tan débil como antes.

Había cierta advertencia en su comentario, conscientes todos del poder indiscriminado de la bruja.

Cuando se situaron en el camino justo frente a la choza, las lasses fueron advertidas por sus cautelosos esposos y algunos gestos de manos de que no debían avanzar más.

Sabiendo que Megan quería audiencia, Graeme tomó su mano y la guio hacia adelante, solo unos pocos pasos delante de los demás. Sintió un temblor de miedo en su mano, cuyos efectos recorrieron su mano y antebrazo. En respuesta, apretó su mano con un gesto tranquilizador.

Pero ella no lo miró, su mirada estaba fija en Sidheag. Se preguntó cómo sabía cuál de las ancianas era la bruja, pero pronto se dio cuenta de que la mirada firme y astuta que Sidheag fijaba sobre ella podría haber respondido cualquier pregunta. Goldie estaba sentada con la cabeza inclinada, concentrada en el palo que estaba tallando con un pequeño y afilado cuchillo.

Provocando escalofríos a más de uno, Sidheag sonrió grotescamente y dijo:

—Y aquí estás, Megan.

—*Oh* —maldijo Michael MacClellan detrás de ellos—. Y te preguntas, ¿verdad?, por qué tu gente es perseguida.

Megan lo ignoró, su mirada fija en Sidheag.

—¿Me trajiste aquí? —preguntó con voz firme, la ira burbujeando.

—No —respondió Sidheag—, pero sabía que vendrías. — Finalmente apartó sus ojos azul cristal de Megan para mirar a Graeme—. Y tú regresaste, veo.

Si ella no había traído a Megan, ciertamente no lo había traído a él de vuelta.

—Ningún mérito tuyo, si es que hay que creerte.

—Estuve aquí todo este tiempo —dijo Sidheag—. Goldie lo sabe.

—Mm —dijo la otra anciana, sin levantar la cabeza de su inútil labor.

—¿Pero cómo regreso? —preguntó Megan.

—No lo haces. No puedes, no ahora.

—Entonces no eres tan poderosa como pretendes —desafió Megan secamente—. Te gusta jugar con vidas, pero eso es todo, juegos. No eres capaz de nada más.

Sidheag rio con un sonido áspero ante la flagrante manipulación.

—No juego, niña. Solo muevo a las personas a donde deberían estar.

—Pero recién dijiste que no me moviste.

—No lo hice.

—¿Y quién eres tú, qué derecho tienes, para entrometerte en la vida de las personas de forma tan catastrófica?

Sidheag movió su mirada más allá de Graeme y Megan, hacia donde estaban cuatro parejas más.

—No veo tragedia.

Megan se indignó. Su mano apretó la de Graeme.

—¡Eso no es algo que tú ni... ni cualquiera de los tuyos deba decidir!

—No, no lo es. El destino decide esto como decide aquello, siempre tiene su mano en todo.

—Tú o quien haya hecho esto conmigo no tenía derecho — replicó Megan—. Quiero ir a casa. Ahora. No tenían derecho...

Sidheag agitó su sorprendentemente fuerte mano, lanzándola por el aire de manera despectiva, lo que despertó la ira de Graeme.

—Bah, derechos —se burló—. Es todo de lo que hablan los mortales. Los derechos no tienen poder sobre el destino, lass.

Megan no se intimidó.

—¿Y la elección personal y la libertad? ¿Tienen algo que decir?

Sidheag la miró, inclinando la cabeza con cierta desaprobación compasiva.

—La elección ya se hizo, lass. Por dentro, al menos. No escuchamos palabras tanto como sentimos emociones.

—Mentira —contestó Megan—. Tú o quien haya hecho esto no escucharon ni sintieron nada. Yo no quería venir aquí.

—¿No querías?

—No, yo... —hizo una pausa, levantando la cara hacia el cielo.

Graeme también lo sintió, algún cambio en el aire, que de repente se volvió denso y agitado, como si se estuviera gestando una tormenta. Se giró, viendo que los demás también lo notaban.

—Cristo Todopoderoso —maldijo Aedan.

Cinco espadas se desenvainaron, casi al mismo tiempo. Detrás de Graeme, Sidheag sonrió.

Diez miradas recorrieron todo alrededor. Graeme vio que Goldie apenas se perturbó, levantando la cara solo brevemente antes de volver a su trabajo de tallado. Para su eterno desconcierto, notó que aquellas pocas personas que estaban en el pueblo ese día, un par de mujeres hablando en la puerta de una casa; dos lads corriendo por el camino, el que iba detrás gritando para que el que iba adelante esperara; un campesino robusto empujando una carretilla directamente hacia la cabaña de Goldie, no mostraban señal alguna de que algo estaba mal, ni reconocían de ninguna manera siquiera la llegada del señor y la señora y sus ocho invitados. Era como si todos ellos, tal vez todos los que estaban frente a esta choza, fueran invisibles por el momento.

Tan rápido como el aire hubo cambiado, también se calmó.

Y nada había cambiado, todas las personas seguían presentes, la mano de Megan todavía unida a la suya.

O al menos así parecía.

—Sabía que no podrías mantenerte alejada —arrastró Sidheag.

Los ojos mortales continuaron moviéndose de un lado a otro, finalmente recompensados por la vista de la bruja, Samara, saliendo de entre la cabaña de Goldie y la siguiente. No llevaba el aura iluminada que la había envuelto la última vez que Graeme la había visto, pero era inconfundiblemente la bruja, con los pies apenas tocando el suelo mientras fingía caminar.

Graeme acercó a Megan hacia él.

—¡Samara! —exclamó Cora con evidente exasperación—. Eres como una polilla atraída por la llama, con la forma en que sigues apareciendo. ¿Qué pasa ahora?

Cora fue ignorada.

Sidheag se rio, entrecerrando los ojos hacia Samara.

—Parece que tienes más de qué expiar. Por lo que veo, doblemente —añadió, lanzando su mirada estrecha hacia Megan y Graeme.

—Solo se pretendía enmendar la injusticia que habías hecho, Sidheag, y traer al hombre MacQuillan de vuelta al aquí y ahora. *Él* —dijo Samara con cierto reproche en el tono, dirigiendo su mirada frustrada a Graeme— no quería soltar su mano.

—Sí, pero ella lo sintió, el encantamiento, entonces y ahora —Sidheag adivinó o de algún modo lo sabía, y su mirada astuta resultaba inquietante al posarse con tanta audacia sobre Megan—. Problemas en ciernes, no una tormenta, supuso. Y no quería soltarlo. Confiaba en él, no quería liberar su mano más de lo que él quería liberar la suya.

—¡Eso no es cierto! —afirmó Megan, avanzando con ira y sacudiéndose de la mano de Graeme cuando él primero trató de resistirse—. ¿Eres tú, entonces? —le preguntó a Samara—. Envíame de vuelta. O revierte esto, lo que tengas que hacer para...

—Cállate, niña —Sidheag irritó a muchos al reprender a Megan.

Un momento de shock y enojo, con los ojos abiertos de par en par, pasó entre todos los mortales.

Todos, menos uno.

Goldie, que parecía completamente indiferente a todo lo que ocurría a su alrededor, finalmente habló.

—Tanto entrometimiento —observó, con voz áspera como los beinns, sin molestarse en levantar la cabeza mientras hablaba—. ¿Tiene algo que ver con la antigua doctrina, transmitida a través de los siglos, que dice que cualquier bruja que una a dos mortales en el amor puede algún día ganar su propia humanidad? —Finalmente levantó el rostro, pasando su mirada arrugada sobre los lairds y las lasses—. Las brujas no pueden aparearse —explicó—, las hijas de la sombra son estrictamente eso: hijas, mujeres. Pero si...

—Bah, leyenda —se burló Sidheag.

Samara entrecerró los ojos y desafió a Sidheag.

—Entonces, hija vieja, ¿por qué persistes en unir a cada pareja destinada pero rota por el tiempo?

—Guiada por la mano del Destino, igual que tú.

—Madre Moireach no estará de acuerdo —predijo Samara—. Por eso estoy aquí, ya que tu presencia es solicitada por la hija eterna.

—¿No has hecho mal alguno? —preguntó Sidheag.

—He hecho las paces con Moireach —afirmó Samara—. Tú has evitado las tuyas demasiado tiempo.

—Esto es encantador, su pequeña disputa familiar —dijo Megan, tan cortante como Graeme la había conocido—. Pero, ¿alguien va a enviarme de vuelta a donde pertenezco o qué?

Un viento malévolo sopló por la aldea, agitando cabellos sueltos y haciendo ondear los extremos de los plaids y léines, levantando un remolino de polvo desde el suelo y arrastrándolo rápidamente por el camino.

—Cristo —se enfureció Duncan—, ¿y ahora qué?

Con solo un fugaz intercambio de miradas, delgadas y recíprocas, y sin ningún destello de luz ni evidencia de magia, Samara y Sidheag desaparecieron, con su plenitud disipándose como niebla dispersada por una persona que la atraviesa.

Megan echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—¡Vamos! ¿En serio?

Graeme comprendió y apreció su frustración, pero al mismo tiempo reconoció todo el alivio mostrado en los rostros a su alrededor. Podrían sentir pena por el dilema de Megan, pero mucho mayor era su júbilo por este respiro de la presencia de las brujas.

Permanecieron tres días más en Newburn, medio esperando y medio temiendo el regreso de las brujas, o al menos de una de ellas. Discutieron largo y tendido, hasta la exasperación, sobre la perfidia de las brujas, las probabilidades de su regreso, y las posibilidades de que Megan pudiera obtener su único deseo.

Todos estaban tensos y, al tercer día, Michael y Aedan declararon que ya no aguantarían más. Se marchaban, anunciaron, rumbo a sus respectivos hogares, con algún propósito, estaba seguro Graeme, de alejarse del lugar donde las brujas habían visitado y se habían mostrado con tanta libertad. No envidiaba la posición de Lucas Thain, siendo su hogar el que habían frecuentado.

Graeme le dijo lo mismo en privado a Lucas, quien le recordó:

—No puedo recordar cuál de ellas lo dijo, pero no olvides que fueron convocadas aquí en primer lugar por la energía de las lasses. Una vez que se dispersen, debo esperar que la energía se desvanezca.

Graeme leyó entre líneas con claridad. También a él y a Duncan se les invitaba a partir. No culpaba a los Thain. Lucas quería su hogar de vuelta, quería eliminar cualquier amenaza para su esposa tan adorada. Poco después de esa conversación, Graeme consultó con Duncan sobre salir de Newburn.

—Sí, sé que debemos —aceptó Duncan—. Lo siento por tu lass, Graeme, pero no me apetece tener a Holly cerca de esas hechiceras —se pasó una mano por la mejilla.

Graeme asintió, ciertamente no irritado por la actitud protectora de Duncan respecto a Holly. A pesar de la continua frialdad de Megan hacia él, Graeme no tenía intención de ponerla demasiado a disposición de las brujas.

—*Oh*, se me olvidó todo el otro asunto que enfrentan los MacQuillan —dijo Graeme entonces—. ¿Qué hiciste o planeas hacer con los MacHeth? —Preguntó al vecino más cercano de Thallane y su enemigo más exasperante, los que habían hecho pasar a Holly por Ceri MacHeth, la hermana que Duncan esperaba casar para terminar con tantas pequeñas disputas y agravios—. No hay paz ahora que te impusieron un fraude como tu esposa.

—Sí, y casi lo olvido, con todo lo demás pasando —reconoció Duncan—. No había pasado ni un instante desde que te fuiste con Holly cuando los lads atraparon a tres MacHeth cerca de los Lady Fingers Hills, llevándose una docena de ganado.

—No aprenden —gruñó Graeme, indignado por su osadía—. Sé que están enfermos, quizá hambrientos, con pocas perspectivas por el carácter odioso de Hugh MacHeth, más enemigos que aliados ha hecho, pero simplemente no aprenden.

—Supongo que ahora sí —observó Duncan—. Ya me cansé de capturar y soltar a todos los delincuentes que enviaba para sus fechorías. Hice mi parte, pero la paz no será nuestra, Graeme. Corté la mano a cada ladrón, los envié de vuelta a Hewgill House, con las manos atadas alrededor del cuello.

Tristemente, Graeme estuvo de acuerdo con la evaluación de Duncan.

—Eso no lo detendrá.

—Me temo que no —dijo Duncan—. Otra razón para regresar a Thallane. Hemos estado demasiado tiempo aquí, sé que vendrá una represalia.

—Y tal vez eso es lo que ha estado buscando todos estos años —sospechó Graeme—. Empujado lo suficiente para hacerte actuar y ahora reclamará que tiene causa justa para emprender un plan mayor, una guerra total.

—No descarto esa posibilidad —Duncan se volvió hacia la puerta del salón—. Prepararé a los lads. Traje a Baltair, Connor y Roari.

—Cinco espadas —calculó Graeme—. Suficiente para llevarnos a casa.

—Sí. Si quieres —asintió Duncan, inclinando la cabeza hacia el interior del castillo—. Reúne a las lasses. No espero que permitas que Megan se quede aquí; no creo que Lucas lo permita.

—No es opción —le informó Graeme—. Lucas esté de acuerdo o no, Megan viene conmigo.

Se separaron entonces, con Graeme yendo al segundo piso y el solar de Cora Thain, donde ella, Holly y Megan se habían reunido antes, tras despedirse de los Cameron y MacClellan.

Golpeó la puerta con decisión y entró cuando lo llamaron, encontrando a las tres damas sentadas en el suelo, Cora con un libro de contabilidad en la mano, registrando palabras con lo que él asumió era una pluma, aunque no parecía una que hubiera visto jamás.

—Nos despediremos de Newburn, señora —dijo Graeme a Cora, quien había sido sumamente amable y, a veces, inquietantemente imperturbable por todo lo ocurrido en el transcurso de la semana— y le agradecemos su hospitalidad y paciencia.

Como un solo cuerpo, Megan, Holly y Cora se pusieron de pie.

—Espero que no se vayan por algo que Lucas haya dicho —respondió Cora—. Es un alarmista.

Holly soltó una carcajada, sonriéndole a Cora.

—Se me ocurren muchos adjetivos para tu esposo, Cora. Te aseguro que “alarmista” no está ni entre los quinientos primeros.

Con desdén, Cora restó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Bueno, obviamente es magnífico en todo lo demás —dijo con una sonrisa satisfecha—, pero en serio, se preocupa como una abuela.

—Eres imposible —dijo Holly—, y maravillosa. —La abrazó con cariño—. Te voy a extrañar.

—Ay, yo también —dijo Cora con dulzura—. Pero estoy tan feliz de que nos hayas encontrado; tienes que agradecerse a Graeme, y ahora podemos escribirnos todas; Kayla, Gabby y yo ya lo hacemos. Ah, y también Eloise. Seguro que la conocerás pronto. Si

crees que Lucas es súper protector, espera a conocer a Nicol. De todos modos, estaremos encantadas de ampliar nuestro club de corresponsales viajeras en el tiempo para incluirnos a las seis ahora. Tú también, Megan.

—Oh, yo no... —empezó ella, apretándose un puño contra el pecho—. Quiero decir, gracias, pero espero no estar aquí tanto tiempo como para tener la oportunidad de unirme a su club secreto. —Sonrió, con una expresión que parecía sincera.

Cora la abrazó después.

—Considera la invitación abierta.

—Gracias, Cora —dijo Megan, abrazándola con fuerza—. Por todo.

—Oh —dijo Cora cuando todas empezaron a moverse hacia Graeme en la puerta—, ¿deberíamos celebrar la Navidad juntas! ¿No sería genial?

—En realidad sí lo sería —dijo Holly—. Me encantaría. Le voy a pedir a Duncan si podemos organizarlo en Thallane. —Se detuvo frente a Graeme—. ¿Te di las gracias, Graeme? Por tener la previsión, o el sentido, de traerme aquí con Cora y no devolverme con los MacHeth como... estaba previsto.

—No necesitas hacerlo, claro. —Bajó la cabeza y le confió—: Sabía que no iba a ser permanente, ni la ira de Dunc ni esa pequeña separación.

Holly le dio una palmada en la mejilla y le sonrió antes de salir al pasillo.

Megan vaciló, pero él no pensó que fuera solo porque tendría que pasar junto a él para salir de la habitación.

—Quizá debería... —dijo, retorciéndose las manos delante de sí. Apartó su mirada angustiada de Graeme para posar los ojos en Cora—. Tu esposo... probablemente no me quiera aquí... pero podría...

—No, Megan —intervino Graeme con firmeza.

—Espera, Graeme —advirtió Cora—. Megan, siempre serás bienvenida aquí...

—Ella va donde yo voy —insistió Graeme con brusquedad, entrando en la habitación.

Cora se dejó llevar por la angustia de Megan y no por la furia creciente de Graeme.

—Pero ¿no crees que, al menos por ahora, podría...?

—Nae, ella viene conmigo.

—¿*Ella* no tiene derecho a opinar? —preguntó Megan con aspereza.

Graeme le dirigió un ceño fiero; los últimos días, sin un gesto amable de ella, habían agriado la euforia de volver a este siglo.

—No lo tienes. Yo te traje aquí. Te quedas conmigo.

Megan se irguió, enderezando la espalda mientras lo miraba con furia.

—No es que alguna vez tuvieras derechos, pero sin duda perdiste los pocos que creías tener cuando me arrastraste a patadas y gritos a este siglo.

Él le dedicó una sonrisa burlona.

—No recuerdo tanto las patadas y los gritos —soltó entre dientes— como sí el llanto y el aferrarte a mí.

Megan jadeó.

—Eres un bastardo.

Él ignoró el insulto, consciente de que acababa de ser un poco despreciable por provocarla.

—Vas a obedecerme. Me aseguraré de que regreses a tu precioso mundo moderno —dijo con tono duro—. Yo mismo lo hice, encontré el modo de volver. Estoy seguro de que puedo arreglarlo para ti.

Lo haría, se prometió. Probablemente le arrancaría el corazón del pecho, pero encontraría la manera de darle lo que ella decía querer.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cinco caballos con siete personas partieron de Newburn un poco después, con Lucas y Cora Thain despidiéndolos desde la puerta. Megan apenas había protestado por el arreglo, montando con él en su dócil corcel, después de ver a Holly instalada felizmente delante de su esposo en el corcel de Duncan. Tras murmurar con tensión: “Supongo que no tengo otra opción”, había permitido que Graeme la levantara hasta el caballo, sentándola de lado, y no había soltado ni un chillido por el brazo fuerte que él había colocado alrededor de su cintura.

Baltair y Connor iban al frente, con buen sentido de la dirección y del camino, habiendo hecho el trayecto de ida y vuelta entre Thallane y Newburn varias veces ya. Duncan y Holly los seguían, hablando en voz baja, con intención de mantener la conversación privada, lo cual Graeme entendía. Él y Megan venían después en la corta hilera, y Roari cerraba la marcha, a unos veinte metros, con la mirada astuta sin duda en movimiento constante, a izquierda, derecha y hacia atrás.

—Solo media jornada, lass—le había dicho al salir—. Sé que todavía estás enojada, pero me alegrará mostrarte Thallane.

Sin hacer comentario sobre el estado actual de su ira, ella había preguntado:

—¿Thallane es tan grande como Newburn?

—Casi similar en tamaño —había admitido—, pero situada de otra manera, lanzada hacia afuera sobre un brazo que da al mar.

—¿Thallane está en el agua? —preguntó, girando más la cabeza hacia su pecho—. ¿En el océano?

—Sí, más o menos.

—Quizás haya algo de consuelo en eso —supuso ella, aunque su tono no mostraba casi esperanza—. Pero entonces, ¿no está el

broch más cerca de Newburn que de Thallane?

—Así es. Y lo he considerado. Propongo que primero volvamos a Thallane y luego salgamos de nuevo en un día o dos, provistos y preparados para pasar unos días en el broch para que puedas regresar a casa.

—¿Lo prometes? O sea, ¿esto no es algún tipo de estrategia para que empiece a gustarme Thallane y quiera quedarme, verdad?

—No, lass—replicó Graeme con voz resignada—. Me enfadaría mucho descubrir que cualquier apego a Thallane te ha influido, cuando cualquier afecto por mí no lo ha hecho.

Eso había sido hacía horas, ese breve intercambio. Desde entonces habían hablado poco, salvo por la advertencia cortante de Graeme de que se aferrara a su brazo al descender una pendiente empinada, y luego Megan preguntando dónde y cuándo podría aliviarse antes de que hicieran una breve parada para esas necesidades.

Cuando el pequeño grupo volvió a ponerse en marcha y Thallane estaba a apenas una hora de distancia, Megan levantó el rostro hacia Graeme, percibió el movimiento en su visión periférica baja.

—No es que no sienta afecto por ti —dijo ahora, retomando su comentario anterior—. Es solo que mi enojo por tu autoritarismo y por estar en esta... esta situación, en este siglo, no se va a evaporar así como así.

—Ya he dicho, ¿no?, que te llevaré a casa.

—Sí, lo has dicho, pero en realidad, ¿qué probabilidades hay de que eso pase?

—Podrías... —Se detuvo de golpe al notar la mano de Baltair levantada a su lado, el codo doblado y la palma dando la señal de alto.

Graeme entrecerró los ojos mientras Connor se agachaba en la silla, mirando hacia adelante, aunque hacia qué o quién, Graeme no pudo decirlo. Miró alrededor, buscando algún lugar donde esconder a Megan si era necesario. En el siguiente segundo, justo cuando dos jinetes irrumpieron desde el bosque por el que debían atravesar para llegar al mar antes de dirigirse al norte, Baltair agitó

la mano dos veces en rápida sucesión, dando la señal de que todo estaba bien.

Graeme reconoció a Boyd y Paedir, dos lads del ejército de los MacQuillan, aunque su llegada le causó cierta alarma.

Pasaron de largo a Baltair y Connor mientras Graeme espoleaba su corcel, alcanzando a Duncan y Holly. Los recién llegados se detuvieron bruscamente frente a Duncan.

—Los MacHeths se están moviendo, laird —dijo Boyd, un muchacho de temperamento sereno y confiable.

—¿Dónde están? —preguntó Duncan.

Boyd se encogió de hombros.

—La última vez los vieron simplemente sentados, laird, cerca de esa colina de fresas.

No se podía deducir mucho de esa información. El lugar del que hablaba, donde abundaban las fresas a inicios del verano, estaba justo al este de Thallane, y podía ser que los MacHeths solo estuvieran bordeando las tierras de Thallane para dirigirse a otro lugar. Ah, pero no se podía confiar en ellos.

—¿Cuántos? —preguntó Graeme.

Paedir lo miró con gravedad.

—Todos, capitán, posiblemente más de un centenar.

El ceño de Duncan se profundizó.

—¿Quién vigila ahora?

—Fue sólo Fergus, laird —dijo el muchacho, sonrojándose un poco—. Iba tras las ovejas y se topó con ellos. Volvió directo al castillo, y esta mañana Hendrie sacó una unidad a buscarlos, pero no han regresado. Boyd y yo pensamos que lo mejor sería encontrarlos mientras tanto.

Trasladó la mirada a Graeme.

—Lo comentamos con Roland, capitán: mejor planificado y eso, ya que no estaba —añadió.

—Hiciste bien, lad —concedió Graeme.

Duncan dirigió su mirada a Graeme y habló en voz alta lo que pensaba.

—Podría no ser nada, solo que intenten escapar de cualquier represalia, como dije en el mensaje que mandé; que hayan vuelto

con esos ladrones y sus hombres.

—También podría ser que ellos —replicó Graeme— pretendan tomar la iniciativa mediante una ofensiva.

Duncan se mordisqueó el interior de la mejilla y asintió levemente.

—Sí.

—A buen paso llegaremos a las puertas en menos de una hora —observó Graeme.

—Sí; entonces mandaremos más unidades —decidió Duncan. Luego se dirigió a Boyd y Paedir—: Colóquense tras Baltair, con los ojos bien abiertos, y las cabezas vueltas.

—Sí, laird.

—¿Son esos los mismos MacHeth que...? —preguntó Megan.

Graeme mantuvo su montura junto a Duncan y Holly; todo el grupo aumentó la velocidad.

—Los mismos —llamó Duncan cuando galopaban hacia los árboles.

—Esto no pinta bien, Duncan —dijo Holly, alzando la voz para hacerse oír sobre el creciente retumbar de cascos.

—No digo que sea malo, cariño —replicó Duncan en voz alta.

Tuvieron que aminorar el paso dentro del bosque; Duncan mandó a Boyd y Paedir que se quedaran atrás de Baltair y Connor al frente, más cerca del resto de los cinco. Graeme sabía que quería más protección alrededor de las lasses, por si acaso. Salieron de los árboles tras apenas unos minutos, ya más cerca del hogar. Y justo cuando Graeme empezaba a creer que no tendrían problemas, vio que Baltair y Connor se habían detenido en la cresta de un pequeño montículo.

Graeme cruzó una mirada con Duncan mientras los alcanzaban.

No hay razón para que unos exploradores se detengan... a menos que...

—Oh —bufó Duncan al llegar a la cumbre unos segundos antes que Graeme.

Graeme frenó junto a los demás. Frente a ellos había una línea escasa de objetivos, un pequeño ejército de no más de un

centenar, según su cálculo, pero formidable, y ellos sólo eran nueve y disponían de siete espadas.

Los MacHeth, ofendidos quizá por la amenaza abierta que Duncan había dirigido a Hewgill House o creyendo que no tenían nada que perder atacando ahora, se plantaban ante ellos, entre los Thain y la seguridad de Thallane. Graeme supuso que uno o más de los cincuenta soldados que Thallane y el ejército de los MacQuillan habían reunido en la boda de Duncan con Holly, a quienes los MacHeth habían intentado hacer pasar por su gente, podrían haber sido enviados como espías o haberse desencantado de la disciplina de los MacQuillan. Quizá avisaron a Hugh MacHeth de que ni Duncan ni Graeme estaban en la residencia, y se habían reunido para esperar, presumiblemente para matar al laird y al capitán a su regreso, antes de lanzar su ataque sobre Thallane.

Lo más triste era que Thallane se veía casi desde allí. Habrían seguido hacia el oeste, hacia el mar, y luego virado un poco al norte por el valle donde el río llega al océano. Allí, esa pequeña mancha en la distancia, el terreno se asoma al mar. Casi podía distinguir las torres.

—No podemos luchar —decidió Duncan justo cuando Roari por fin les alcanzó y se unió a la línea en la cima del montículo.

—Una docena o más nos están rodeando por cada lado —informó Roari—. En pocos minutos estarán directamente detrás de nosotros.

—Mierda —gruñó Graeme.

No había tiempo para escapar, ni siquiera para reorganizar a la gente en los caballos y enviar a Holly y Megan de vuelta a Newburn, lejos de este peligro. El enemigo estaba ya encima, y Graeme sabía tan bien como Duncan que, pese a las abrumadoras probabilidades en su contra, las lasses estaban más seguras donde estaban. Nadie las defendería mejor que él y Duncan. Podría morir, probablemente ese día, pero antes haría todo lo posible por garantizar su seguridad.

—La mejor opción —supuso Duncan— es dispersarlos. Cabalgar cuatro direcciones. Seremos capaces de abrir paso contra una docena antes que contra ochenta.

—Sí. Roari —dijo Graeme, desviando la atención del muchacho del enemigo hacia Megan antes de volverse a mirarlo—. ¿Crees que puedes volver a Newburn?

Roari acarició el cuello de su veloz caballo.

—No lo hemos exigido mucho, señor. —Parecía totalmente despreocupado, indiferente al peligro que tenían delante o al que encontrarían a la vuelta—. Me llevará, calculo, menos de dos horas.

—No aún —aconsejó Graeme—. Cuando nos movamos, será todos a la vez.

—Date la vuelta, lass —dijo Duncan a Holly, apartando la mano de su cintura y sujetando las riendas con la mano derecha.

—¿Qué? —preguntó Holly, con los ojos muy abiertos.

Como Megan, Graeme tuvo que imaginarlo. Contra su pecho notó el apresuramiento de su respiración.

—Detrás de mí —aclaró Duncan—, para que pueda blandir la espada.

Graeme desmontó y ayudó a bajar a Megan al mismo tiempo.

—Tú también —le dijo, tendiéndole la mano para levantarla de la montura. Temblaba; el estremecimiento del miedo se notaba en sus manos y brazos. La abrazó con fuerza, solo un instante, besándole la frente.

—No dejaré que te pase nada, lass —le dijo, con una pena fugaz. Si podía mantener esa promesa era otra cuestión; aquello quizá borraría cualquier pequeño afecto que ella hubiera sentido por él tiempo atrás.

Sin más palabras, volvió a montar y le tendió la mano.

El rostro de Megan había perdido el color. Miró su mano con la mirada vacía pero no la alzó.

—Megan —la animó, sin tiempo para discusiones inútiles sobre cómo no estaría en esta situación si no fuera por él.

Se sobresaltó al oír su voz y, con torpeza, recolocó la pequeña talega en diagonal sobre el pecho, con la bolsa colgando ahora a la espalda. Sin mirarlo de frente, chocó la mano con la suya.

—Súbete —ordenó, elevándola sobre su montura—. Pon los brazos alrededor de mí —indicó, con la voz ronca por la emoción—.

Apoya la cabeza en mi espalda y pase lo que pase, no me sueltes.

Sintió que ella asentía contra su espalda.

—Tengo miedo, Graeme —dijo en voz baja.

—Yo también —admitió él—. Pero lo dije, Megan: no llegarán a ti mientras yo esté.

—Por favor no mueras —sollozó ella.

—No planeo hacerlo —respondió. Contempló al ejército frente a él y las colinas y valles más allá; Thallane al norte, tan cerca.

—Roari regresa a Newburn —dijo Duncan—. Connor, Boyd, escóltelo y asegúrense de la línea que se forme detrás de nosotros, lo mejor que puedan. Holly, Baltair y yo iremos recto al norte. Graeme, tú y Megan vayan al antiguo túmulo junto al muro de Lundy —dijo, señalando al sur—. Paedir, estás con tu capitán. No hace falta que te diga que evites la línea MacHeth; tendrán la ventaja de la pendiente; debemos correr más que ellos.

—Yo iré directo contra ellos —propuso Baltair.

—No seas idiota —cortó Duncan.

—Pero, laird —replicó Baltair—, sabes que muchos convergerán sobre el que venga en nuestra dirección. Serán menos los que persigan.

Las fosas nasales de Duncan se ensancharon y le señaló con el dedo.

—Si te comprometes a eso, te mataré yo mismo.

Cuando Baltair asintió a regañadientes, Duncan volvió su atención a Graeme. Compartieron otra mirada sombría, entendiendo y reconociendo en silencio que las probabilidades no estaban para nada a su favor.

—Que estés bien, Dunc —dijo Graeme.

—Y a ti, Graeme.

Con la mejilla pegada a la espalda de Graeme, Megan compartió una mirada de pánico con Holly, ahora montada detrás de su esposo, con la mejilla también pegada a su espalda, la expresión

no era menos grave que la de Megan. Holly intentó ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero parecía más bien un contorsionado gesto de terror.

—Movámonos —ordenó Duncan, girando su caballo a la derecha.

—Somos MacQuillan —gritó Graeme—. *Nolite tradere.*

—*iNolite tradere!* —le respondieron los soldados, más fuerte y con más vigor.

Tal como había ordenado el laird, su grupo se movió todo a la vez; Holly pronto desapareció de la vista mientras Graeme giraba el caballo hacia el sur. Todos ellos pasaron de cero a sesenta en cuestión de segundos, a la máxima velocidad que sus caballos podían alcanzar. Fue horrible. Sin un lugar donde apoyar los pies para impulsarse, Megan solo podía sostenerse mientras rebotaba salvajemente detrás de Graeme. Lamentablemente, no estaba segura de que mantenerse en el caballo garantizara que llegaría al final del día con vida.

Con el rostro inclinado hacia la derecha, contra la espalda de Graeme, pudo ver claramente la reacción de los MacHeth. Hubo cierto desorden, como si no estuviera predeterminado quién perseguiría a cada grupo, y muchos caballos se cruzaban frente a otros. Pero pronto, ella, Graeme y Paedir fueron perseguidos por al menos una docena de hombres a caballo, gritando, algunos con armas alzadas: espadas, hachas y más de uno con una larga lanza con punta de metal. No le parecía importar que ninguno portara arcos y flechas, pues había notado que varios soldados de Newburn, ya sea en la muralla o rondando, llevaban arcos y carcaj como parte de su uniforme.

Apenas podía respirar, y de repente un sudor frío le recorrió el cuerpo por el miedo, mientras observaba cómo los perseguidores, reduciendo la distancia al acercarse en ángulo como Duncan había advertido, avanzaban lenta pero constantemente.

Esto, entonces, era su introducción al siglo XIV. Aquellos pocos días en Newburn habían sido, en retrospectiva, solo un suave acercamiento a esta extraña era. Incluso con su enfado, se había sentido reconfortada por la presencia de Holly, Cora y Graeme. Había

estado cómoda en una cama cálida, había comido alimentos inusuales pero sabrosos, se había fascinado con la fortaleza de Newburn e incluso se había reído una o dos veces de algo que Cora había dicho.

Mirando atrás, todo bastante... ordinario, dentro de lo que podía considerarse ordinario ser lanzada caóticamente a otro siglo.

Esto, ahora, no era ordinario. Esto superaba el terror, era más parecido a una pesadilla que a la realidad; los primeros veinticuatro años de Megan en la Tierra no le habían presentado nada remotamente parecido a esto. Otra razón para enfadarse con Graeme por traerla aquí. Esto no habría ocurrido en su vida real en el siglo XXI.

Pero nada de eso importaba ahora, ni cómo ni por qué, ni lo que podría haber sido.

—¡Graeme! —gritó advirtiéndolo mientras el hombre más cercano se acercaba a unos veinte metros. Aunque no había visto arcos ni flechas, gimió ante la idea de ser atravesada por un proyectil, lanzado desde atrás sin aviso y quizá atravesando su cuerpo hacia Graeme.

—¡Agárrate, lass! —respondió Graeme.

Un segundo después los cascos del caballo dejaron el suelo. Los ojos de Megan se abrieron como platos y se aferró con más fuerza a la cintura de Graeme, viendo un destello de un estrecho barranco pasar bajo ellos. El caballo vaciló; el aterrizaje no fue completamente suave. No tropezó del todo, pero se detuvo un instante luchando por mantenerse erguido y avanzar, mientras Graeme sin duda lo instaba a seguir. Esos pocos segundos les costaron caro, pues el enemigo, con aterrizajes más ágiles, lograba acercarse aún más.

—¡Paedir! —llamó Graeme al joven adelante—. ¡Gira! ¡A la lucha!

¡Oh, no!

Ella habría seguido corriendo hasta no poder más. Graeme, supuso, no era así. O quizás no le gustaba que la espalda de Megan quedara expuesta, lo primero que uno de esos MacHeths enloquecidos vería a la velocidad que llevaban.

Hizo girar el caballo con tal fuerza y rapidez que Megan se inclinó peligrosamente hacia la derecha, casi perdiendo el asiento. Por un instante casi inmóvil, pudo recomponerse y aferrarse aún más, justo cuando Graeme impulsó al caballo hacia adelante, sacando la espada mientras cargaba contra la horda que se aproximaba.

Lo que sucedió después fue a la vez fantástico e inevitable. El horror la hizo cerrar los ojos con fuerza al primer estruendo de espadas chocando. No sabía cómo podía reconocer el sonido de acero contra carne y, más horriblemente, contra hueso, pero lo hizo, y entendió de inmediato, así como el feo gruñido que siguió, que no provenía de Graeme ni de su cuerpo. Más choques y tintineos siguieron, a veces rápidamente, y Megan supuso que algunos pertenecían a Paedir.

Graeme gruñía con cada estocada, tajo o bloqueo, a veces levantándose en la silla, arrastrando con él los brazos de Megan. El caballo bajo ellos se movía bruscamente, presumiblemente guiado por Graeme, aunque ella no estaba segura, tan erráticamente que era zarandeada de un lado a otro y hacia adelante sobre la espalda de Graeme cuando este se inclinaba demasiado. Juraría que escuchó el silbido de una espada cortando el aire justo sobre su cabeza.

Y entonces Graeme resopló, bufó y se inclinó frente a ella de manera que no había hecho en los últimos segundos, y Megan supo que había sido herido. El caballo se detuvo al mismo tiempo y Graeme gruñó de nuevo; Megan abrió los ojos, el miedo ahogaba cualquier sonido que pudiera haber hecho. Con la cabeza girada, vio a dos hombres apuntando para apuñalarla, y Graeme movía el caballo de tal manera que la protegía y se ofrecía como blanco en su lugar, recibiendo un tajo o puñalada tras otra, comenzando a inclinarse en la silla.

—¡No! —gritó, golpeando sus costados con las manos—. ¡No! ¡Para! ¡Graeme! ¡Para!

Él no lo hizo.

En un momento, maniobró bruscamente el caballo y el golpe dirigido a ella rozó la nuca de Graeme, cortando la piel pero sin

profundidad; la espada ensangrentada estaba apenas a unas pulgadas del rostro de Megan.

—¡Para! ¡Por favor! —le suplicó. —Baja la espada.

—Mientras respire, no —dijo él, con la voz áspera.

Y habría continuado, recibiendo cada estocada, la mitad de las cuales debería haber atravesado su carne y hueso, pero no lo hacía gracias a cómo manejaba hábilmente su montura.

Megan no podía soportarlo, las lágrimas brotaban de sus ojos.

Sin idea de cómo lograr que él cediera, creyendo que nunca lo haría, movió las manos y luego se impulsó desde su espalda, desesperada por poner distancia entre ella y él. Al caer, trató de girar hacia un lado, pero no tuvo mucho éxito. Cayó con fuerza sobre su hombro y cadera, y de inmediato se cubrió la cabeza, consciente de los cascos golpeando la tierra muy cerca, temerosa de ser aplastada.

—¡Megan! —rugió Graeme.

Pero no estaba tan cerca como el enemigo, que estaba sobre ella de inmediato. Alguien saltó de su caballo y la levantó por el cabello. No estaba segura de cómo no había gritado. No resistió el asalto, solo levantó las manos para mostrar que no se opondría, con su mirada atormentada buscando a Graeme.

Un grito brotó de ella cuando lo encontró, ensangrentado y golpeado, cortes y tajos cruzando su pecho, y su orgulloso tartán hecho trizas. Su brazo izquierdo y muslo derecho tenían heridas significativas, la sangre empapaba sus calzones, alarmante por lo amplio del óvalo rojo.

—¡Nos rendimos! —gritó. —Nos entregamos. Levantó las manos más alto, haciendo una mueca cuando tiraron más de su cabello. Se giró y miró furiosa al sucio monstruo que la sostenía, pisando cerca de su pie.

—¡Dije que nos rendimos!

Vio a Paedir, más allá de Graeme, liberándose de un MacHeth que había saltado sobre él recientemente.

La caótica escena se detuvo, varios matones medievales vacilaron por los gritos de Megan.

—¡Maldita sea, Megan! —maldijo Graeme mientras bloqueaba un ataque tardío, aunque poco efectivo.

Posiblemente, la captura de Megan había calmado un poco la desesperación de ambos bandos. O quizá el hombre simplemente no quería enredarse completamente con Graeme. Aunque gravemente herido, Graeme seguía siendo un combatiente formidable, con los dientes apretados y su destreza con la espada evidente. Solo el estar ampliamente superado en número y preocuparse demasiado por la seguridad de Megan lo había puesto en esa situación.

—¡No me insultes, Graeme MacQuillan! —le gritó ella entre miedo y lágrimas. Su voz temblaba entonces—. Por favor, solo detente.

—No lo haré...

—¿MacQuillan? —repitió uno de los MacHeth, con un acento inglés más marcado que cualquiera que ella hubiera oído, aunque suficiente para que comprendiera que había reconocido el nombre.

Dijo algo más, gaélico incomprensible para Megan, salvo que ella creyó oír "*Graeme MacQuillan*" en medio.

Graeme respondió con algo seco, con su tono lleno de una pizca de resignación, y su mirada ardiendo al considerar a Megan bajo su control. El hombre que la sostenía levantó un puñal hacia su garganta. Megan apenas pudo no estremecerse o sollozar más.

Siguió un intercambio acalorado, aterrador, en el que Graeme y el hombre comenzaron a gritarse mutuamente, con el caballo de Graeme moviéndose nervioso por su propia agitación. El MacHeth que sostenía el puñal le gritaba al mismo tiempo que Graeme. Cuando el cuchillo rompió su piel, Megan creyó sinceramente que no había sido intencional; en el calor del momento, mientras el MacHeth se esforzaba por gritar más fuerte que Graeme, solo la había rozado por accidente.

Sabía que la piel estaba cortada, pero no profundamente. Aun así, debía haber sangrado de inmediato, y Graeme palideció y gruñó de nuevo con furia antes de dejar caer su espada. En su periferia, vio que Paedir hacía lo mismo.

Megan sintió que podía volver a respirar. Observó cómo un joven MacHeth se acercaba cautelosamente a Graeme, ofreciendo

una cuerda. La expresión feroz de Graeme se tornó aún más aterradora. Frunció el ceño, pero extendió las manos al chico, mucho más bajo y joven que él, y permitió que lo ataran con la cuerda, que el soldado anudó alrededor de sus manos y luego al pomo de la silla. Paedir también tuvo sus manos atadas a la montura de su caballo.

Estaban vivos, eso era lo único que importaba. El rubor de la ira en las mejillas de Graeme desapareció rápidamente, dejándolo casi sin color, tanto que Megan se preocupó por la cantidad de sangre que había perdido.

El MacHeth que la detenía dijo algo, nuevamente en gaélico incomprensible, salvo que el tono y la mueca de Graeme sugerían que había sido burlado, quizás algo como: "¿Ves? ¿Tan difícil era?"

Megan fue llevada hacia el caballo del hombre. Al parecer, se vería obligada a montar con él. Lo miró todo lo que pudo, evaluando su estado solo por la vista, un poco difícil sin ver de cerca las heridas. La mirada de Graeme era como acero frío sobre ella.

No encontró ni admiración ni agradecimiento por lo que había hecho, por haber detenido la pelea.

CAPÍTULO DIECIOCHO

No teniendo nada más lo suficientemente resistente como para hacer ruido, Megan golpeó repetidamente su teléfono contra los barrotes de la celda en la que habían sido arrojados varias horas antes. La pantalla se había roto unos veinte minutos atrás, aunque eso no importaba en este siglo. Nada importaba salvo que no los abandonaran allí abajo indefinidamente. Ni siquiera unas pocas horas más.

Había hecho lo que pudo por Graeme, pero le aterraba que no fuera suficiente. A los pocos minutos de haber sido literalmente arrojados al calabozo, antes de que él pudiera reaccionar por provocarle su rendición, Graeme se había desmayado. A pesar de varios días ya transcurridos en este período de tiempo, que ahora fantásticamente incluía aquel angustioso enfrentamiento que había presenciado de cerca, la situación presente, *iser arrojados a un calabozo!*, parecía absurdamente inverosímil, tan irreal.

Pero allí estaban, bajo tierra, en las profundidades sombrías de una húmeda y mohosa caverna tallada en la montaña rocosa sobre la que se alzaba Hewgill House, la espeluznante fortaleza hogar de los MacHeth.

No puede estar pasando, se repetía en la cabeza, pero eso no cambiaba nada.

Afortunadamente, la habían arrojado a la misma celda que Graeme mientras Paedir había sido confinado en otra. Megan podía oír al joven, pero no verlo; las pocas celdas estaban alineadas en fila recta y la luz era escasa, proveniente únicamente de una antorcha o vela más cerca de las escaleras en espiral y la puerta chirriante por la que habían entrado.

Un extraño sentido de déjà vu la visitó, no debería haber nada familiar en tener un grillete de ocho centímetros de grosor

sujeto a su tobillo. Y luego la fugaz impresión de un sueño cruzó su conciencia, uno que había tenido semanas atrás tras conocer a Graeme, donde ambos estaban atrapados en un calabozo.

Pero no tuvo tiempo de detenerse en esa extrañeza.

Tan pronto como los matones que los habían llevado se fueron, cerrando la puerta tras ellos, con el sonido del pesado travesaño de madera deslizándose en su lugar al otro lado de la puerta, con una finalización aterradora, Graeme se desplomó sobre el duro suelo junto a la pared, cayendo hasta quedar sobre su lado izquierdo. Megan actuó de inmediato, desnudándolo hasta los calzoncillos, no sin dificultad; era muy grande, su peso muerto increíblemente pesado, y el espacio dentro de la celda apenas era suficiente para los dos. La pesada cadena de acero era incómoda, pero lo suficientemente larga como para ser más una molestia que un obstáculo, excepto que significaba que no podía quitarle una bota o esa pierna del pantalón.

Le resultó extraño sentirse agradecida por el lugar donde había impactado la espada, pero se alivió al descubrir que la herida en el muslo, que había sangrado profusamente empapando gran parte de su pantalón, no había alcanzado la arteria femoral. Era profunda y larga, y requeriría puntos de sutura, pero ella no podía hacer eso, ni siquiera con algún estilo medieval tipo MacGyver.

No tenía nada con qué trabajar salvo gel antibacterial de su bolso y su ropa interior. Aunque ciertamente no estéril, su enagua era lo más limpio que ambos, ella y Graeme, llevaban puesto. Su camisa a cuadros estaba sucia y también cubierta de sangre, y solo la había usado como almohada. Hizo vendajes de presión con tiras de su enagua en su muslo derecho y brazo izquierdo, aplicando el gel antibacterial sobre ellas y sobre todas las heridas de puñaladas. Por supuesto, no era suficiente, y cada pocos minutos, al colocar su mano en su frente, temía encontrar su piel fría ardiendo en fiebre. Sabiendo que incluso los cortes pequeños podían infectarse, los vigilaba cuidadosamente, difícil de hacer con la escasa luz, revisando bajo los vendajes por cualquier signo de hinchazón, irritación o pus.

—Detente, lass—dijo Paedir somnoliento desde otra celda, refiriéndose al ruido que hacía con su teléfono—. No vendrán. Tal

vez ni siquiera quieras que lo hagan, no sabes lo que podrían hacer. Cuanto más nos dejen solos, mejores serán nuestras oportunidades.

—Eso podría ser cierto en circunstancias normales, Paedir —admitió—, pero no ahora. Graeme necesita atención médica, más que gel antibacterial. —Suspiró preocupada y dejó caer la mano que sostenía el teléfono fuera de la celda.

Había intentado compartir la pequeña botella de gel con Paedir para sus propias heridas, pero no pudieron determinar si estaba a dos celdas de distancia o más. Paedir insistió en que Graeme necesitaba más, lo cual era cierto entonces, pero Megan se preguntaba por cuánto tiempo más.

Necesitaba mejor luz y quería agua hirviendo y paños limpios, además de cualquier cosa que sirviera de antibiótico allí y ahora. Continuó golpeando. No le importaba enfadarlos, no le importaba si tenía que vender su alma, quería conseguir esas cosas. Graeme claramente había perdido mucha sangre. No mejoraría, solo empeoraría, a menos que tuviera suministros médicos básicos.

Antes, Paedir le había informado que a sus captores, los MacHeth, probablemente no les importaría si Graeme moría. Eventualmente morirían los tres, le dijo sin emoción. “Solo falta el cuándo y el cómo”, había concluido hace una hora.

Megan se había negado a creerlo.

—Si querían matarnos, ¿por qué no lo hicieron ya? —le preguntó a Paedir—. Podrían haberlo hecho fácilmente allá en el campo —argumentó—. Reconocieron el nombre de Graeme, nos tomaron prisioneros por una razón. —Por supuesto, era solo una suposición, una conclusión esperanzada basada en la lógica, no en experiencia real con algo así—. Si Duncan y Holly se escaparon —dijo—, seguramente vendrá por su primo, ¿verdad? O Roari podría haber llegado a Newburn y Lucas Thain. Vendrá, ¿no?

—Es un gran “si”, lass—fue la respuesta de Paedir—. Viste a todos esos MacHeth allá afuera. No hay mejores posibilidades de que el laird y la señora, o Roari, escapen de ese ejército.

Desde esa breve conversación con Paedir, Megan naturalmente había tenido tiempo de considerar que podría morir. Tal vez la gente de esta época enfrentaba esa posibilidad con

regularidad inquietante, aunque la aparente indiferencia de Paedir le daba poco alivio, pero Megan no podía recordar un momento en su joven vida en que hubiera tenido que contemplar su posible muerte. Con los dientes apretados, había analizado sus sentimientos sobre lo que ahora suponía, era una posibilidad real. Por supuesto, estaba aterrada. Aterrada por el método o el dolor, horrorizada por la fuerte posibilidad de que, llegado el momento, entrara al más allá orinándose del miedo. Horrendo todo, y luego más fácil de considerar otros aspectos de su muerte esperada, como quién lo sabría. Tal vez dejaría el mundo como había vivido en él, con pocas personas perturbadas por su presencia o desaparición.

Ignorando las continuas súplicas de Paedir para que se detuviera, Megan continuó golpeando su maltrecho teléfono contra los barrotes oxidados. Lo hizo durante otra hora aproximadamente, revisando a Graeme intermitentemente, con el corazón roto por su condición, su preocupación por él más angustiante que la perspectiva de la muerte.

Sus golpes fueron lo suficientemente fuertes como para que no escuchara el movimiento del travesaño ni la apertura de la puerta. Solo un gruñido desde la escalera la alertó de que alguien llegaba.

Naturalmente, temió los problemas que podría haber causado, como Paedir había sugerido repetidamente, pero más que cualquier temor, temía por la vida de Graeme.

—Recuerda, Paedir —dijo, recordándole al soldado lo que habían hablado antes—. Repite todo lo que diga en gaélico.

No uno sino tres hombres se mostraron, pero Megan no los reconoció como ninguno de los que los habían capturado. Su determinación vaciló. Instintivamente, retiró las manos dentro de la celda, alejándolas de los barrotes. Esos hombres eran monstruos y sus manos, en ese momento, eran como sus pies fuera de las mantas por la noche. Sin embargo, de alguna manera, logró mantener su posición. A pesar del desesperado deseo de escapar de cualquier par de ojos malévolos que la miraban, Megan no retrocedió más en la oscuridad de la celda.

Un bajo gemido sonó desde Graeme detrás de ella, con su pie aún con bota descansando entre los suyos, y Megan recordó su necesidad más urgente y comenzó a gritarles.

—¿Saben quién es este? —gritó a los tres hombres, señalando detrás de ella—. ¡Este es Graeme MacQuillan! Es primo de Duncan MacQuillan, querido como un hermano. —Hizo una pausa, esperando que Paedir anunciara su apertura en gaélico, pero no lo hizo—. ¡Maldita sea, Paedir! ¡Díselo!

—Lass, ese es Hugh MacHeth —informó Paedir—. Él no...

—¡Dilo! —rugió. Literalmente rugió esto, rasgándose la garganta y abriendo los ojos del hombre más cercano, Hugh MacHeth o quien fuera, no le importaba.

Tras una maldición murmurada, Paedir repitió sus palabras.

El hombre frente a Megan, sosteniendo su mirada, levantó una mano y enroscó los dedos alrededor del barrote frente a ella mientras arqueaba una ceja hacia Paedir, aparentemente escuchando.

Megan tragó saliva pero no se encogió ante la maligna indiferencia de su mirada. Parecía tener unos cincuenta y tantos años, con una cabeza increíblemente ancha y alta que no encajaba con su cuerpo, siendo apenas tan alto como Megan e igual de estrecho. Parecía descompensado, en peligro de caerse.

Cuando Paedir dejó de hablar, Megan continuó, con tono firme, fingiendo al menos que no sentía miedo.

—Si muere, el señor de Thallane no lo pasará por alto —prometió al hombre frente a ella, señalándolo con el dedo—. Suponiendo que no lo mataste para usarlo de alguna manera, rescate o mejores condiciones para ustedes, asegúrate de que se mantenga con vida. —Hizo una pausa mientras Paedir traducía nuevamente—. Si los parientes más cercanos de Duncan MacQuillan son asesinados por los MacHeth, los problemas que pensaron tener con los MacQuillan parecerán un juego de niños, se los aseguro.

Cuando esto también fue traducido, el hombre puso una cara que decía que no le importaba y agitó la mano con impaciencia, hablando rápido y con brusquedad en su idioma.

Megan lo ignoró a él y la lenta traducción de Paedir al inglés. Frustrada, se lanzó hacia adelante y volvió a golpear su teléfono contra los barrotes, queriendo llamar su atención.

—¡Me importa una mierda lo que digas, imbécil! ¡Necesito medicina y...! —se detuvo.

Porque el hombre que era Hugh MacHeth se había sobresaltado y echado hacia atrás, con los brazos doblados por los codos, con la boca abriéndose rápido y de par en par mientras la miraba fijamente. Los dos esbirros detrás de él también dejaron caer la mandíbula, con la mirada fija en su dirección. En el primer instante de confusión, Megan pensó con seguridad que Graeme, en todo su esplendor desnudo, a pesar de los boxers y la única bota, se había levantado detrás de ella como un ángel vengador. Seguramente eso era lo que había asustado al trío MacHeth.

Megan se giró y encontró a Graeme aún en el suelo, inconsciente. Al girar, un pequeño haz de luz giró con ella. Venía de su mano. Inexplicablemente, su teléfono se había encendido. Inexplicable porque la batería había estado muerta desde hacía días. De tanto sujetarlo con rigidez, golpeándolo tan fuerte, debía de haber presionado el botón de encendido en el costado. Tan sorprendida como Hugh MacHeth, aunque no por la misma razón, recordó el miedo que había visto en sus ojos y se volvió de nuevo hacia él. Sonrió, tan maliciosamente como pudo, al ver que él mantenía su postura rígida y alerta.

La pantalla había pasado de la luz blanca brillante que aparecía siempre que se encendía, a la pantalla que pedía su pin. Suponiendo que tal vez solo tuviera segundos antes de que la estúpida e impredecible cosa muriera otra vez, fue directamente a su aplicación de música y pulsó lo primero que encontró en la página de inicio, que eran las mismas canciones que había escuchado días atrás mientras se secaba el pelo, y que resultaban ser no solo audio, sino un video, un enérgico tema de Pink en uno de sus conciertos.

Megan metió el teléfono entre los barrotes, disfrutando de una satisfacción maligna al ver cómo Hugh y sus esbirros retrocedían un poco más. Curvó el labio como había visto hacer a Graeme un centenar de veces.

—Paedir —dijo con calma—, lo que diga a continuación es extremadamente importante. Tradúcelo palabra por palabra, lo mejor que puedas. Ponle toda la urgencia en tu tono. ¿Me entiendes?

—Aye —respondió él, con un poco de vacilación en la voz.

—Tenemos una sola oportunidad de salvarle la vida a Graeme, Paedir. Repite después de mí.

—Aye, lass.

—Dile que no puedo salir de esta celda, pero que mi magia sí puede. —Siguió mirando con firmeza a MacHeth mientras hablaba y Paedir traducía—. Libéranos antes de que el infierno caiga sobre ustedes. —Inventó, deseando desesperadamente haber visto más ciencia ficción o el género que fuera que le ayudara a inventar esa basura. Hugh se estremeció con esto. Aun aterrado como estaba, negó frenéticamente con la cabeza. No los soltaría.

—Entonces será mejor que reces para que Graeme MacQuillan no muera. Si muere, tú también morirás, Hugh MacHeth. —Tal vez habiendo olvidado que ella sabía quién era porque Paedir había anunciado su nombre instantes antes, Hugh MacHeth apartó la mirada del video en el teléfono hacia Megan, como si se preguntara de dónde había sacado esa información. Ansiosa de que su teléfono pudiera apagarse en cualquier momento, Megan lo agitó dramáticamente y lo apagó ella misma, con la mínima esperanza de que ese idiota pensara que ella era poderosa.

—Dile —ordenó a Paedir— que necesito un sanador, o una tetera de agua hirviendo, trapos limpios, ejem, paños, y la palabra que sea para ungüento o pomada contra la fiebre. Dile que lo necesito ahora o que él, Hugh MacHeth, morirá.

Paedir habló rápido, las palabras eran tan atropelladas que Megan temió que se equivocara. Ni siquiera había terminado cuando Hugh MacHeth comenzó a sacudir la cabeza violentamente y salió huyendo de las mazmorras. Sus compañeros lo siguieron a saltos.

Así, sin más. Nada de villano exponiendo su filosofía o su propósito al público ignorante, nada de amenazas de mayor daño o violencia. Simplemente se dio la vuelta y corrió.

—¡Tráeme agua caliente, bastardo! —le gritó ella detrás—. ¡Envíame un sanador! ¡Duncan MacQuillan te matará lenta y... y horriblemente si su primo muere! ¡O lo haré yo! ¡Yo y mi magia!

La cabeza de Megan se dejó caer, apoyándose contra los barrotes cuando solo el silencio le respondió.

—Lass —la voz de Paedir le llegó al cabo de unos momentos—, ¿qué... qué magia les has amenazado con usar?

—No es exactamente magia, Paedir —dijo cansada, y se apresuró a tranquilizarlo—. No puede hacerte daño a ti ni a nosotros, te lo prometo. Si salimos de aquí, te lo mostraré encantada. —Siempre y cuando la batería no muriera otra vez.

Habiendo fracasado en su misión, suponiendo que no habría otra visita en la que pudiera recurrir a las súplicas, Megan arrastró su cadena hacia atrás y se sentó junto a Graeme, reemplazando la almohada de tartán con sus propios muslos, pasándole los dedos por el cabello en la oscuridad.

Él estaba frío al tacto y tan, tan quieto.

En voz baja, Megan murmuró una oración.

—Por favor, haré lo que sea. Me quedaré aquí. Volveré. Reformaré mi vida, me arrepentiré o... o empezaré a ir a misa, a confesarme, lo que quieras que haga. Por favor, déjalo vivir.

Suponiendo que las probabilidades de que la escuchara, cuando no le había hablado en años, fueran escasas, rogó en cambio a Graeme mismo.

—Espero que me escuches —susurró en el silencio de su prisión—. No estoy enojada. Por favor, no mueras con mi estúpido enojo como lo último que recuerdes de mí. No puedo perderte, Graeme. Eres la única persona que he... por favor, no mueras.

Se dio cuenta de que ahora había algo verdadero, algo que jamás lo había sido con otra persona. Temía perder a Graeme como nunca había temido perder a nadie. No es que alguno de ellos hubiera estado alguna vez cerca de morir en sus brazos, pero, de haberse dado esa improbable situación, estaba segura, absolutamente convencida, de que solo habría lamentado la pérdida de la vida y no la pérdida del amor, de la posibilidad, de los días y meses y años que les serían negados, de sonrisas que ya no vería y

de una querida voz profunda que ya no escucharía, de unos brazos que ya no podrían abrazarla.

Su comprensión fue llegando poco a poco, pero cuando al fin llegó, se estrelló contra ella, llenándola de una inoportuna y temblorosa ligereza. La sacudió la alegría de ello y enseguida sintió un dolor atroz, por haberse dado cuenta quizá demasiado tarde. La invadió un deseo urgente de decírselo.

—Te amo —dijo, incapaz de recordar si alguna vez había pronunciado esas palabras a otra persona. Una risa nerviosa se le escapó y lo repitió, llena de asombro—. Te amo. Debí habértelo dicho. Nunca le he dicho eso a nadie en toda mi vida. Nunca... nunca lo había sentido. Debí habértelo dicho.

Era verdad.

Quizá había amado a su abuela, en la medida en que un niño pequeño puede amar, pero no lo recordaba. Varias veces se había convencido de que estaba enamorada, pero pronto había descubierto la verdad sobre sí misma y sobre su supuesto estado: en aquel entonces, pensaba que simplemente no era capaz. Había estado enamorada de la idea de cierto chico o de la idea de tener una relación, de tener a alguien propio. La verdad se le había impuesto bastante rápido en esos pocos casos. Era, hasta Graeme, emocionalmente aún virgen. Sin duda, lo que sentía ahora por él arrojaba luz sobre cualquier relación anterior, sobre cualquier suposición de que lo que había sentido por alguien era amor. No, no lo era. Nada de eso, antes de Graeme, había sido tan crudo, tan desgarrador, clavando sus afiladas garras en su pecho. Nada de eso había sido tan glorioso, calentándola desde dentro, haciéndola sentir querida como él lo había hecho en esos días idílicos antes de viajar en el tiempo.

La huérfana sin familia había encontrado por fin a su persona. El hecho de que perteneciera a otro siglo casi tenía sentido, explicaba por qué tan a menudo se había sentido perdida en su propia época. Tal vez nunca había sido realmente suya.

Aquí era donde debía estar. Con Graeme.

Lo más hermoso de esta revelación era que se sentía bien. Estaba en paz con ello, en paz con ese conocimiento hasta ahora

irrealizado de que todo iba a estar bien. Graeme iba a estar bien.

Le llegó con tal firmeza, con tal claridad, que su ansiedad se desvaneció casi por completo.

Se lo dijo a él:

—Todo está bien, Graeme. Duerme ahora, recupera tus fuerzas. Tenemos toda la vida por delante. —No estaba segura de dónde venía esa certeza: su situación parecía bastante grave en ese momento.

Pero no, no lo era. Con el conocimiento llegó la paz. Con el amor llegó la paz. Y con la paz, la certeza.

Simplemente lo sabía.

Megan respiró hondo y suavemente acarició con las yemas de los dedos sus sienes, sus ojos ya estaban acostumbrados otra vez a la penumbra de su celda. Recorrió con sus dedos las líneas de su rostro, aquellas que enmarcaban su boca, las patas de gallo en las comisuras de sus ojos, la vena marcada en su cuello. Miró su pecho y sus brazos, surcados de heridas frescas, su brazo envuelto en una tira de lino de su enagua. Aprendería todas esas nuevas cicatrices, trazaría dibujos sobre ellas como había hecho con las antiguas.

La guerra era esta vida, *su* vida. Su valor y sacrificio de hoy, su deseo de protegerla a toda costa, pintaban la imagen de él para ella. Estaba bastante segura de que él también debía de estar enamorado de ella. No carecía de honor, nunca la habría secuestrado en el tiempo como lo había hecho, esa era una manera fea de describir lo que había hecho, si no hubiera temido dejarla ir, igual que ella temía ahora. Posiblemente él había estado tan desesperado entonces como ella lo estaba ahora, dispuesto a hacer lo que fuera por no perderla. Y habría muerto hoy por ella, para salvarla.

Ella le daría un buen sermón por eso. Su muerte probablemente no la habría salvado. Nunca debía volver a hacerlo. Pero lo haría, si era necesario, ella lo sabía. Él simplemente era así.

Aun así, le gritaría. No quería un caballero de brillante armadura que la salvara, que diera su vida por la de ella. Quería amar a ese caballero por mucho, mucho tiempo.

Graeme levantó la mano sucia y ensangrentada del lugar donde descansaba sobre su pecho. Tenía los ojos cerrados. Su mano

se movía lentamente, los dedos temblando como si buscaran algo. Megan entrelazó sus dedos con los de él. Graeme cerró la mano alrededor de la suya y ya no se movió más, solo la sostuvo.

Al cabo de un rato, sus pestañas aletearon aunque no abrió los ojos.

—Si no muero, ¿me lo dirás otra vez? —preguntó con voz baja y ronca—. ¿O retirarás la declaración?

Otra risita tranquila y feliz brotó de ella.

—Te lo diré todos los días, toda mi vida. Estoy enamorada de ti.

Él estaba muy débil, aún aturdido, las palabras lentas.

—Muy conveniente, lass. No quiero ser el único enamorado.

Megan cerró los ojos y lloró, su alegría desbordada. La sensación era cálida y maravillosa, brotando desde su vientre y asentándose serenamente en su pecho.

Así que esto es el amor.

Él volvió a dormirse, aún débil. Ella se sentía segura de que no había perdido el conocimiento. El pulso de Graeme era estable, su piel cálida, aunque no peligrosamente. De vez en cuando, sus dedos se apretaban alrededor de la mano de ella.

Ella llamó a Paedir cuando no oyó nada por un tiempo.

—Aye, lass—respondió su voz, fuerte pero cansada—. Todo bien aquí.

Más tarde, Megan no pudo decir cuánto tiempo había pasado, ni desde que le dijo a Graeme que lo amaba ni cuántas horas llevaban encerrados en esa celda, cuando se elevó sobre sus cabezas un rumor amortiguado. Le pareció oír gente corriendo. Alguien gritó. Hubo un estruendo fuerte. Los sonidos llegaban poco a poco, no todos amontonados. Suponiendo que quizá estuvieran bajo el gran salón de Hewgill House, pensó que tal vez eran simplemente los MacHeth reuniéndose para cenar. Sin duda habían pasado ya varias horas desde que los capturaron al mediodía, podría ser la hora de la cena.

Otro golpe retumbó, y después se sintió cómo trozos de tierra y piedras quebradizas caían del techo sobre su cabeza y de las paredes a su alrededor.

Una voz atronadora rugió arriba, abriendo los ojos de Megan. Graeme no abrió los suyos.

—¿Paedir?

—Vengan los MacQuillan o vengan los Thain —predijo Paedir, su tono alzándose con cierta emoción.

Una cadena tintineó cerca. Megan se imaginó a Paedir abalanzándose hacia el frente de su celda, apretando ansioso la cara entre los barrotes de hierro.

—Aye, vienen —dijo—. La victoria está cerca. No pueden perder ahora, no si han llegado hasta el torreón.

Más choques, gritos y golpes se oyeron arriba, los ojos de Megan estaban pegados al techo cubierto de tierra excepto cuando tenía que bajarlos, parpadeando para quitarse los restos que caían.

Pareció una eternidad, pero quizá no fueron más que cinco minutos desde aquel primer sonido inequívoco hasta que se abrió la puerta enrejada de las mazmorras.

—¡Graeme! —se gritó escaleras abajo antes de que alguien se mostrara.

Megan pensó con certeza que aquella voz poderosa y resonante pertenecía a Lucas Thain.

—¡Aquí! —gritó al mismo tiempo que Paedir clamaba—: ¡Aye, aye!

Graeme se despertó con el alboroto, mientras varios hombres llenaban el espacio abierto frente a las celdas. Uno de ellos llevaba una antorcha, la luz cegadora. Megan levantó la mano libre frente a los ojos.

—Cristo todopoderoso —maldijo alguien.

Lucas Thain, sin duda.

—¿Dónde está la maldita llave? —bramó.

Metal tintineó.

—¿Duncan? ¿Holly? —preguntó Megan, mientras el alivio por su propia situación la invadía.

—Parece que aquí está Graeme, su laird —dijo Lucas Thain mientras uno de sus soldados intentaba abrir la celda a toda prisa, probando una llave tras otra del enorme aro lleno de llaves—. Ni

peor ni mejor, aunque habían llegado casi hasta Thallane. La muchacha estaba ilesa.

—Gracias...

—Se tardaron —comentó Graeme somnoliento, sin tanto entusiasmo, como si su rescate fuera algo cotidiano.

—*Oh*, amigo, pero quise terminar la comida del mediodía antes de salir a rescatar tu triste trasero —bromeó Lucas Thain.

—Aye —replicó Graeme—. Sé que Cora te pidió digerir primero, y venir después.

Lucas Thain soltó una carcajada justo cuando al fin se encontró la llave correcta, el mecanismo giró y la reja se abrió.

—Ella iba, ya sabes, corriendo a mi lado desde la puerta, empujándome la espada, persuadiéndome a apresurarme —dijo el Thain mientras entraba en la celda.

Megan sonrió ante esto, el alivio llegando de golpe. Las lágrimas corrían abundantes, dejando surcos frescos en sus mejillas.

Incluso cuando Graeme fue levantado con cuidado de su regazo por Lucas Thain y sus soldados, él no soltó su mano.

—No puedes retractarte, lass—dijo, sus ojos somnolientos atrapando la mirada acuosa de ella—, solo porque estamos salvados.

—No quiero —le respondió Megan con seguridad—. Me gusta cómo se siente.

EPÍLOGO

*Thallane
Tres meses después*

Se sentó sobre su corcel bajo un cielo gris y nublado, en la cima del pequeño cerro que separaba el torreón del pueblo.

Pronto lloverá, pensó. La brisa ligera que durante toda la mañana había removido la hierba seca y sacudido hojas quebradizas de los árboles otoñales ahora se mostraba más indomable, levantando remolinos de polvo del campo cosechado no muy lejos de donde se había detenido.

Miró hacia el valle donde se encontraba el pueblo, su mirada fue detenida por la visión de Megan regresando del lago, donde en la orilla se encontraban con frecuencia raíces y nueces comestibles. Holly caminaba a su lado, cada una con una cesta colgada y balanceándose de su brazo. Doblaron la última cabaña y se dirigieron hacia la tercera en ese camino, la que había compartido con Megan durante los últimos meses, conociendo más alegría en ese corto tiempo que en cualquier otro momento de su vida, estaba seguro. Como capitán del ejército MacQuillan, había pasado los últimos doce años viviendo dentro de los cuarteles anexos a la casa de la puerta, no infeliz, pero esos días ya habían quedado atrás. Como pariente cercano del laird de Thallane y ahora casado, había sido invitado a tomar una cámara dentro del torreón, pero Megan lo persuadió de otra manera, razonando que prefería la idea de tener su propio hogar con él. Y a él también le gustaba la idea.

Con Hugh MacHeth muerto por Lucas Thain en el enfrentamiento para liberar a Graeme y Megan, Duncan había ofrecido a Graeme la Hewgill House como residencia. Graeme no quería nada con la fortaleza incrustada en la montaña. Durante

demasiado tiempo los MacHeth habían usado ese bastión de piedra para confundir a los MacQuillan. No quería respirar el mismo aire que algún MacHeth había respirado. Duncan, en cambio, había acuartelado allí a la mitad de los soldados MacQuillan, incorporando la fortaleza bajo el estandarte MacQuillan. Ahora estaba hecho, los MacHeth ya no existían.

Graeme no estaba lo suficientemente cerca como para ver muchos detalles, pero no lo necesitaba; conocía la forma de Megan, su rostro y cada pulgada de su hermoso cuerpo de memoria.

Megan y Holly permanecieron algún tiempo frente a la puerta de su cabaña, el tiempo suficiente para que finalmente movieran las cestas de sus brazos y las colocaran sobre sus caderas. Supuso que hablaban de *cosas de chicas*, como Megan le había explicado cuando él le preguntó de qué hablaban ella y Holly, tanto tiempo juntas y tan poco de ese tiempo con la boca sin moverse. La mayoría de sus conversaciones empezaban y terminaban con unas pocas frases concisas, transmitiendo o recibiendo todos los elementos necesarios. No encontraba ningún defecto en eso, contento de ver que una vez que ella había aceptado lo que el Destino tenía preparado para ella, lo había abrazado con entusiasmo y vivía plenamente en Thallane.

Más de una vez, tanto Megan como Holly le habían dicho que les complacía tener a alguien con quien compartir, aprender lo mismo al mismo tiempo, ya que Holly no llevaba mucho más tiempo que Megan para haber aprendido todo lo que una dama debía saber para dirigir un torreón tan grande. Se las veía juntas con frecuencia durante el día: en la cocina, en el patio con las lavanderas, en el pueblo en la cabaña del cervecero, en el jardín de hierbas detrás del torreón. La semana pasada, Duncan y Graeme habían liderado una excursión al mercado, que Graeme se dio cuenta era el Fort William del siglo XXI.

No recordaba la última vez que había sentido placer por algo aparentemente tan trivial como una lass disfrutando de tantos sonidos y vistas como Megan lo había hecho en el mercado. Ese día, su pecho se expandía cada vez que Megan se emocionaba con las mercancías de algún vendedor o cuando se maravillaba expresivamente con los dulces que compartían. Había estado

animada y vibrante, su sonrisa casi constante. Caminó hombro con hombro con Holly parte del día y durante un tiempo al lado de Graeme, entrelazando su brazo con el de él.

—Estoy tan feliz de compartir esto contigo.

Días después, en Thallane, cuando Red Moll en la cocina se quemó tan gravemente que le salieron ampollas de más de una pulgada en la palma de la mano, y no se encontraba a Kennera, Graeme había llamado a Megan. Ella atendió y trató a Red Moll y su herida con sorprendente eficiencia, regresando cada día durante más de una semana para asegurarse de que Moll no perdiera movilidad en su mano. Cuando Graeme preguntó sobre este cuidado prolongado, ella se lo explicó:

—Si te lesionaras la mano, Graeme, la que maneja tu espada, y no sanara bien, quedara rígida y dolorosa, afectaría tu destreza con la espada, ¿verdad? Lo mismo para Moll, ella usa sus manos todo el día, constantemente removiendo, picando y demás. Notaría dolor creciente en cualquier tarea pequeña si no se tratara correctamente ahora.

Desde entonces había sido llamada con frecuencia como sanadora, limpiando y tratando raspaduras y cortes, colocando el brazo roto de un joven, sacando astillas del pulgar del pequeño Dawy. No lo consideraba una maldición, aunque Graeme a veces se molestaba por la gente que tocaba a toda hora la puerta buscando la pericia restauradora de Megan.

Se estaba adaptando bien, determinó con orgullo, salvo en un área.

Nunca sería, admitiría él primero, una gran amazona. Lo más que podría alcanzar era ser capaz. Su caminar podría ser elegante y parte de sus encuentros amorosos delicadamente refinados, pero montar era otro asunto, que la frustraba casi hasta la locura. Decirle que no importaba, que no tenía tantos lugares a donde ir, no la consolaba, sino que reforzaba su deseo de triunfar en la silla.

—Si se espera que pase el resto de mis días aquí, en este terreno y esta cabaña, Graeme —le dijo semanas atrás—, te diré que estás equivocado. Aún me debes un recorrido por Escocia, que me robaste al secuestrar mis vacaciones. Así que voy a aprender a

montar aunque me cueste la vida, y entonces no tendrás excusa para no llevarme a ningún lado. Quiero verlo todo.

No siempre entendía a Megan, aunque el idioma rara vez era una barrera. Cosas que no deberían alterarla lo hacían, como su primer intento de preparar una comida en la cocina de la cabaña. El venado que habían conseguido de la cocina del torreón estaba duro, y Graeme tuvo que torcer su boca e intentar romper el trozo con los dientes. Sus risitas por esto hicieron que ella dejara caer el paño de cocina que siempre llevaba sobre el hombro mientras trabajaba, diciéndole que había intentado y que él podía preparar su propia cena. Se dio vuelta rápidamente y Graeme ahuyentó su pequeña frustración con un abrazo cálido y disculpas abundantes.

Y un día se cayó de la yegua en la que aprendía, cayendo fuerte, con los pies por encima de la cabeza, lo suficientemente fuerte como para detener el corazón de Graeme por un segundo. Debería haber llorado entonces, debería haber tenido precaución al volver a la silla. No, Megan despreció la ayuda de Graeme, se sacudió el trasero y reprendió a la yegua por su descortesía, subiendo de nuevo.

—Si puedo andar en bicicleta y diseccionar un cerdo sin compañero de laboratorio —gruñó—, y subirme a una camilla para evitar que un herido por bala pierda sangre, bien puedo montar un caballo.

No podía, claro. No bien, pero llegaría allí, no tenía duda.

Finalmente Holly se alejó, dejando a Megan sola en su puerta. Ella recogió la cesta que finalmente había dejado en el suelo y se dispuso a entrar, deteniéndose entonces, como si le echara un vistazo. Sospechó que estaba recorriendo la colina, con nada más que cielo gris detrás, y se preguntó si ella lo reconocería desde esa distancia, si siquiera le prestaría atención después de su pequeña disputa esa mañana, cuando él le informó que al día siguiente se iría unos días a Glasgow y no, ella no podía acompañarlo.

Aparentemente, había superado ese enfado. Levantó la mano libre hacia sus labios y simuló besar sus dedos, lanzando su mano al aire. Lo hizo varias veces, enviándole besos, sus movimientos

volviéndose más entusiastas hasta que casi brincaba en el lugar, enviándole su amor.

Graeme se rio de sus travesuras y sintió un agradable calor en el pecho.

No, poco entendía él a veces a Megan, pero sí, había alegría en el aprendizaje.

Chasqueó la lengua para su caballo y le dio un leve golpe en los flancos, dirigiéndose hacia Megan.

*Lodge del Loch
Septiembre, 2022*

Autumn Winters se sentó en la silla cerca de la ventana y el balcón de la habitación 203, con los codos apoyados en el brazo de la silla y los dedos perfectamente arreglados marcando un ritmo constante sobre el borde. Llevaba más de veinte minutos en ese lugar, habiendo registrado su entrada apenas esa mañana.

La habitación del hotel era anodina; una alfombra berber comercial y gastada cubría todo el suelo, salvo la entrada y el baño. Un par de colchas azules, sólidas y poco inspiradoras, cubrían las dos camas queen. El mobiliario, incluida la mesa y la silla, era anticuado, pero no lo suficiente como para considerarse vintage. Las obras de arte en las paredes eran bastante mediocres: impresiones de algún fotógrafo aspirante con paisajes locales, colgadas de manera descuidada, una incluso torcida, en marcos baratos sin paspartú, pequeñas imágenes perdidas en paredes grandes.

Y según Janet McLaren, la mujer de mediana edad y labios finos de la oficina del hotel, la policía había revisado cada centímetro de estos 28 metros cuadrados durante más de tres semanas, dejando a Autumn con poco que investigar. La habitación solo había sido liberada como escena del crimen hacía diez días. Autumn había estado llamando durante tres meses tratando de reservar esta misma habitación.

Megan West podría haber estado sentada en esta misma silla, pensó.

Y ahora estoy yo. Una sensación punzante erizó los vellos de su nuca.

Autumn lo ignoró. Era reportera del canal de noticias WGRN en Des Plaines, Illinois, la miembro más joven y estrella en ascenso del equipo de investigación. Ella trataba con hechos y pruebas, no con sensaciones punzantes.

Solo un golpe de suerte le había dado esta historia sensacional, una oportunidad, al haber conocido a Jasmine Lane, quien durante un tiempo había disfrutado de sus quince minutos de fama. Había sido, es decir, hasta que se descubrió que no era simplemente la amiga de luto de la última mujer estadounidense desaparecida en Escocia, sino la amiga pésima que había planeado un viaje con Megan a Escocia, solo para invitar a su novio una vez que aterrizaron. Según todos los testimonios, entrevistas con la fulminante Janet McLaren, el conductor que Jasmine y su novio habían contratado, y luego el (ahora ex) novio mismo, conocido mundialmente como McSteamy 2.0, Jasmine había dejado a Megan, había ido a Edimburgo con McSteamy 2.0 y había dejado a Megan sola allí. Sola, es decir, salvo por el "tipo raro y atractivo" que todo el mundo de habla inglesa buscaba, un e-fit de él visto casi cada hora en cualquier canal de cualquier país, siendo la primera pista sólida que las autoridades tenían tras tantos años de desapariciones femeninas. Pero Graeme, MacAlgo según Jasmine, era un fantasma.

Autumn había entrevistado a Jasmine para las noticias locales poco después de su llegada a Chicago. Eso fue antes de que se revelara la verdad sobre cómo había abandonado a su amiga. El fugaz amor de Jasmine por la cámara se había desmoronado. Casi no hablaba con nadie desde entonces, no trabajaba, no salía, había cambiado su número de teléfono. Tras conocerla y establecer un vínculo bastante básico con ella, Autumn le escribió una carta, preguntándole si quería contar su historia una vez más. La invitó a explicar lo que realmente había sucedido con su separación de Megan en Escocia, para que el público no completara los vacíos en redes sociales de manera injusta, donde Jasmine Lane era

diariamente objeto de críticas, incluso para quienes no eran fanáticos de los casos. Honestamente, Autumn se sorprendió cuando Jasmine la llamó. Llorando, pidió que Autumn la ayudara.

Autumn miró el diario en su regazo.

El diario de Megan West. Que Jasmine había ocultado a la policía.

Para su crédito, Jasmine Lane *había* estado preocupada por su amiga cuando no llegó al aeropuerto en la fecha y hora programadas. Mordida tardíamente por la culpa, Jasmine había perdido su propio vuelo de regreso a la posada para buscar a Megan, siendo la primera y por un tiempo, la única persona en ver el pequeño cuaderno de Megan.

"No quería que pensarán que estaba loca," había dicho Jasmine al mostrarle a Autumn el pequeño cuaderno tamaño tarjeta de felicitación.

Autumn no la culpó.

"No quería que *dejaran* de buscarla," había llorado Jasmine, llorando de manera seria y poco atractiva; probablemente agradeció haber acordado encontrarse con Autumn fuera de cámara.

Fue la decisión correcta.

Autumn todavía no sabía qué pensar de las palabras en la primera página, la única usada:

Razones Para Volver en el Tiempo con Graeme. Hazlo. Se valiente. Arriégate. Ve a las ruinas del broch con él y regresa al siglo XIV.

No inspiraban confianza de que la persona que buscaban no necesitara simplemente medicación, que no estuviera drogada en algún lugar, necesitando no solo ser encontrada sino atención médica urgente.

Por supuesto, era tan desconcertante como fantástico, y no había manera de que Autumn no lo usara en su historia cuando estuviera lista para revelar la bomba. Pero por ahora quería indagar un poco, quizá descubrir si las palabras podían significar algo más que lo que aparentemente implicaban.

Habiendo descubierto poco en la habitación estéril del hotel, Autumn se puso de pie y recogió su reluciente maleta dorada con

ruedas. Era agotador, siempre arrastrarla, pero la necesitaba. Dentro llevaba su pequeña videocámara digital, su cámara digital normal, su portátil, varios cuadernos de notas y una bolsa entera de sus bolígrafos ergonómicos favoritos. Se alisó la falda lápiz color topo y tiró del dobladillo de la chaqueta a juego, no azul marino, no era política; no gris, no era abogada, y se detuvo frente al espejo del baño para retocarse el lápiz labial Yves Saint Laurent, Conflicting Crimson, el más adecuado para su tono de piel y que lucía bien en cámara. Revisó el resto de su rostro y cabello, rociando rápidamente su cabello rubio, esperando que no hiciera demasiado viento afuera.

Los tacones de seis centímetros de sus zapatos de diseño golpeaban el suelo de baldosas y luego se amortiguaban en la alfombra de pelo corto del pasillo mientras bajaba, tomando el pequeño y dudoso ascensor.

Janet McLaren no estaba más contenta de verla ahora que hace una hora: “la posada no es una atracción turística, señorita Winters,” había sido su respuesta cuando Autumn preguntó si podía mostrarle los lugares que Megan West había visitado.

Fingiendo no tener agenda alguna, Autumn preguntó si había ruinas de brochs cerca que pudiera visitar. Veinte minutos después, tras haber desperdiciado gran parte de ese tiempo explicándole a Janet McLaren todas las razones por las que no estaba preparada para “encontrar el camino en bicicleta”, Autumn tenía un mapa dibujado a mano y semi-detallado de la mujer refunfuñando, ilustrando cómo llegar en coche.

Arrojó su maleta al asiento trasero y salió en su auto de alquiler, habiéndose acostumbrado rápidamente a conducir por el lado izquierdo de la carretera, ya que el trayecto desde el aeropuerto hasta la posada había tomado varias horas. Tras treinta minutos, algunos giros equivocados y casi quedarse atascada al retroceder por un sendero fangoso que no era camino, Autumn finalmente encontró las ruinas.

Se detuvo al costado de la carretera, esperando que ningún vehículo que doblara rápidamente en ese camino estrecho dañara su auto, y miró por la ventana hacia la colina donde estaban las ruinas. Los brochs, había aprendido tras buscar un poco en Internet, se

encontraban solo en Escocia y se creía que eran de la Edad de Hierro, estructuras circulares que funcionan como tótems de la prehistoria escocesa. Sin idea de cuánta luz del día le quedara, salió del auto, recogió su equipaje y lo subió colina arriba, caminando de puntillas para evitar que los tacones se hundieran en el suelo pantanoso.

En cuanto a atractivos turísticos, la encontró poco impresionante. Claro, su antigüedad era notable por haber resistido tanto tiempo, salvo la parte frontal derrumbada, pero era bastante desolada, gris y cubierta de vegetación, sin ningún cuidado en su entorno.

Y, sin embargo, al acercarse, lo... sintió. O sintió algo. No era aficionada a la historia, no se emocionaba con cosas antiguas, se impresionaba más por una buena orquesta o una exposición de arte, o quizá por un castillo o mansión moderna, así que no estaba segura de que lo que sintiera fuera alguna reacción al lugar o a su historia misteriosa.

Aun así, había una corriente, un cambio en el aire o en la forma en que lo percibía. De repente, justo allí, a pocos metros del broch, el aire tenía una riqueza y profundidad distintas. O tal vez simplemente no había notado el aire de Escocia hasta ahora, no estaba segura, pero no podía ignorar que esa conciencia la dejaba un poco alterada.

Se dio la vuelta desde las ruinas, con la intención de tomar su cámara y sacar algunas fotos antes de explorar el área en busca de algo que pudiera aclarar las crípticas palabras de Megan en su diario.

Al girar de espaldas a las ruinas, sintió una conciencia más intensa e inexplicable, creciente, que no solo erizó los vellos de su nuca, sino también los de sus brazos.

—¿Hola...? —llamó débilmente, agarrando el asa de su equipaje.

Estaba sola. No había nadie cerca.

Nadie habló.

Y, sin embargo, escuchó claramente —en realidad, sintió— a alguien decir:

—No te vayas, lass. Él viene por ti.

*Septiembre 1303
Cerca de Inverness, Escocia*

Montones de turba eran levantados con furia y apenas unos instantes después caían de nuevo, el suelo alterado por el paso contundente de Marcus McInnes. Apenas los fragmentos se asentaban, eran agitados con igual violencia por el ejército que retumbaba tras él.

—¡Ahí! —gritó Inan, cabalgando más cerca de Marcus—. ¡El destello entre los árboles!

Sí, Marcus lo vio, y supuso, al igual que Inan, que bien podría ser el reflejo del brillante sol sobre la espada de cualquiera de los despiadados saqueadores que acababan de infligir su impiedad sobre las desdichadas almas del pueblo de Darrie, el ataque realizado mientras el ejército de Nicholson estaba ausente.

El labio de Marcus se curvó mientras espoleaba a su corcel. No mostraría misericordia, no concedería cuartel, tal como ellos lo habían hecho en Darrie. Dejaría sus cuerpos pudrirse bajo el sol otoñal, los marcaría con hollín como traidores a la humanidad, ¡haciendo la guerra a su propia sangrienta gente!, e incitaría al diablo a reclamar sus almas antes de que algún ángel de mente débil pudiera compadecerse de sus cadáveres infieles.

Inan maldijo algo ininteligible y luego arengó al ejército detrás de ellos:

—¡Por mi juramento y mi orden, lads! ¡Sin misericordia! ¡Nada más que muerte!

Los vencedores se convertirían ahora en los vencidos.

Impulsados a mayor urgencia por estas palabras, varios de los arqueros McInnes dispararon mientras cabalgaban, ráfagas salvajes no como advertencia, el enemigo no tenía permitido escapar, sino como una muestra del poder y la fuerza del ejército McInnes. Llevarían el infierno a esos saqueadores, quienes no

encontrarían lugar para desaparecer, no habría ninguna escapatoria dentro del bosque de pinos hacia donde aparentemente se habían internado. Otra lluvia de proyectiles sobrevoló por encima de ellos mientras todavía estaban a cien yardas de distancia.

Marcus entrecerró los ojos, un tanto sorprendido de que, incluso a través de las densas ramas verdes, no detectara movimiento disperso, no viera un solo destello más de acero, ni distinguiera figuras corriendo en busca de refugio o incitadas a huir.

Maldita sea, podrían estar más lejos de lo que habían imaginado.

Enderezándose en la silla, desacelerando su montura para poder maniobrar entre los árboles sin percance, Marcus fue el primero en entrar al bosque, y no había avanzado más de cincuenta yardas cuando se detuvo en seco ante la visión frente a él.

Tan vigorosamente tiró de las riendas que los cascos delanteros del corcel se levantaron del suelo. El animal sacudió la cabeza con desagrado, pero Marcus no le prestó atención, incapaz de concentrarse en algo que no fuera la aparición que estaba justo delante de él.

Una mujer...

O un espectro fantasmal de una. Vestida de manera extraña y aparentemente imperturbable ante la llegada de su ejército, aunque ya era víctima de su furiosa represalia por el daño hecho en Darrie.

Mientras su ejército se detenía por completo a su alrededor, Marcus sostuvo la mirada en los brillantes pero afligidos ojos grises de la mujer. Su peculiar atuendo color ciervo, las piernas indecentemente descubiertas y la inusual caja dorada sujeta a su mano por un palo de metal negro tenían poca importancia por ahora.

No, la flecha McInnes con plumas de cisne que sobresalía de su hombro izquierdo y el círculo de sangre roja que se expandía a su alrededor, oscureciendo su túnica color ciervo, era lo que concentraba toda su atención.

—Bendita Màthair —exhaló Inan a su lado.

Marcus gruñó:

—Sea lo que sea, no es eso, amigo.

Fin
